
TRILOGÍA DE LA NOCHE
ADOLFO RODRÍGUEZ
LA NOCHE DE LA TORMENTA
Grijalbo

ADOLFO RODRÍGUEZ

La noche de la tormenta

Grijalbo

Para las piedras del camino, por hacerme más fuerte

Prólogo

Marzo de 2014

La lluvia cae en cortinas densas azotándole el rostro mientras ella camina deprisa por las calles resbaladizas de La Nucía. El estuche del violín le pesa en la mano derecha, y cada paso le resulta más difícil que el anterior. El viento arrastra por el asfalto restos de hojas mojadas y papeles que se le pegan a los tobillos.

Tiene frío. Más del que admite. La sudadera que lleva puesta apenas la protege, y cada gota que cala en su ropa parece pesarle directamente en el alma. Hace meses que las cosas no van bien, desde que todo se rompió, y cada noche como esta —gris, vacía, infinita— se siente un poco más perdida.

Oye algo. Un crujido entre los árboles. Se vuelve de golpe, asustada.

Nada. Solo son las tenues luces de las farolas distorsionadas por el aguacero.

No hay nadie en la calle; sin embargo, tiene miedo. Por algún motivo, piensa que alguien la persigue. Pero eso no es lo único que teme. También tiene miedo de sí misma.

Aprieta el paso. Sabe que, para llegar a casa, tendrá que cruzar los caminos de las afueras, senderos embarrados que serpentean

entre campos olvidados y viviendas aisladas. Durante el día es diferente, pero de noche, con la tormenta, parecen rutas salidas de una pesadilla.

Siente otra vez esa presión en la nuca. Esa certeza inexplicable de que alguien la sigue, invisible, escondido justo fuera de su campo de visión. Traga saliva. Tal vez sea su imaginación. O tal vez no.

La tormenta arrecia, y cada relámpago ilumina el mundo de forma breve y fantasmagórica. En uno de esos destellos, distingue la entrada al sendero que lleva a su casa. Se detiene, jadeante, con el estuche del violín resbalándole de la mano.

Frente a ella, el camino desaparece en una oscuridad que ni siquiera los relámpagos logran disipar. Una oscuridad absoluta.

Titubea. Algo en su interior le susurra que dé media vuelta, que no cruce. Pero el siguiente trueno la empuja hacia delante.

«Tal vez —piensa mientras da el primer paso—, tal vez sea lo último que haga».

PRIMERA PARTE

1

Marzo de 2021

Gabriel Somoza deja caer la mochila junto a la puerta de su casa y se pasa la mano por el rostro. Nota la fatiga del largo viaje. Fuera, la tarde se deshace en un cielo nublado sobre la Coveta Fumá y el petricor, arrastrado por el viento, se cuela en el pequeño salón.

Cierra la puerta con un leve chasquido y se queda quieto unos segundos mientras respira hondo. El silencio de su hogar lo envuelve. Patricia no está. Seguramente, su jornada se ha alargado o habrá ido a ver a sus hijos. Sigue viviendo con él; ya ni se molesta en buscar piso. Lo cierto es que hay una conexión entre ambos que lo hace sentir bien. Con ella puede comentar casos y hablar del trabajo, y además cuenta con su punto de vista, el cual tiene siempre muy en cuenta.

Hasta ahora prefería una vida solitaria, disfrutar del silencio de su casa junto al mar con la única compañía del rumor de las olas y de Azabache, su gato negro. Su compañera lo ha cambiado todo, ahora siente que la soledad no es el camino, que su sonrisa ocupa ciertos vacíos que necesitaba llenar.

La vida del inspector ha cambiado. Ha aceptado que su mujer y su hija no volverán. No es fácil aceptar algo así. Es solo una

consecuencia del paso del tiempo. La muerte es irreversible, y el dolor que deja, también. Solo queda aprender a vivir con él, y parece que ha encontrado la forma de hacerlo más llevadero: centrarse en su oficio, sin descanso.

Acaba de volver de Chicago, donde ha estado tres semanas trabajando codo con codo con Kevin Laguardia, el detective cuya fama de implacable ha cruzado fronteras. Y no podría haber encontrado un refugio mejor. La intensidad, la presión, el ritmo frenético…, todo ha sido exactamente lo que Gabriel necesitaba. Cada caso, cada pista, cada minuto empleado en la investigación le han recordado que todavía es capaz de rendir, que aún puede mantenerse a flote y ser útil.

Fue el propio Gabriel quien solicitó unirse al plan de colaboración internacional. El nuevo comisario, Alfonso Muñiz, se mostró reticente al principio, pero aceptó por la insistencia de su subordinado. Todo es diferente desde que Urriaga se jubiló. Los cambios empiezan a notarse y, en general, no son bien recibidos, aunque eso es algo que a Gabriel le trae sin cuidado.

Se quita la chaqueta y la deja en una silla. Luego camina hasta la cocina, donde el eco de sus propios pasos lo acompaña. Se sirve un vaso de agua, lo bebe de un trago y vuelve al salón, frente a la ventana abierta hacia el mar encrespado.

Sin pensarlo demasiado, conecta su teléfono a la barra de sonido y pulsa la tecla. Hacía mucho tiempo que no escuchaba música. Durante años, cada nota le resultó insoportable, como si el entretenimiento fuese algo que no le estuviera permitido. Pero Laguardia, con su costumbre de trabajar acompañado de viejas

canciones, le ha recordado que quizá la música no tiene la culpa de nada.

La voz de Nina Simone llena la estancia, grave y desgarradora. «Sinnerman» empieza a sonar; el ritmo creciente cataliza la motivación de Gabriel. Cierra los ojos un instante y se deja envolver por esa energía, por esa urgencia que parece hablarle directamente.

Sobre la mesa baja, una pila de libros espera: manuales de técnicas de interrogatorio, tratados de criminología, estudios de comportamiento criminal. Los abre uno tras otro, subraya párrafos, toma notas. Lleva horas, días, semanas obsesionado con la perfección. Con convertirse en un profesional extraordinario.

Tiene claro que quiere ser el mejor y se prepara para ello. No lo hace por la gloria, no lo hace por la fama. Lo hace porque ha entendido que ese es su único propósito en la vida.

Le viene a la memoria una imagen suya procrastinando un domingo cualquiera en la cama mientras su hija le tiraba de la camiseta para que se levantara. El recuerdo le produce dolor y, por eso, lo mantiene en su mente el menor tiempo posible. Ya no es ese hombre. No lo volverá a ser jamás. Ni se quedará dormitando en la cama ni su hija le tirará de la camiseta.

Cuando el sol empieza a deslizarse detrás del horizonte y tiñe de tonos anaranjados su barrio adormecido, Gabriel Somoza se calza unas zapatillas viejas y sale de casa. Se obliga a caminar al menos media hora al día. Es una norma que se impuso hace meses, desde que su vida empezó a girar exclusivamente en torno a libros, informes y anotaciones dispersas.

No hace deporte, ya no. No encuentra el tiempo ni la motivación. Pero caminar, aunque sea solo media hora, lo ayuda a no oxidarse

del todo. Le recuerda que aún existe algo más allá de las páginas que subraya de madrugada.

La Coveta Fumá sigue siendo un lugar tranquilo. Casas bajas, jardines recortados, calles en las que el tiempo parece haberse detenido. Sus vecinos lo respetan. Saben que no es un hombre de conversaciones amables ni de sonrisas vacías. Entienden —o al menos aceptan— que rehúye las interacciones humanas salvo cuando son estrictamente necesarias.

Camina en silencio por el sendero que desciende hasta la playa. El aire huele a salitre y a tierra húmeda, arrastrando los últimos restos del invierno. El sonido del mar, grave y rítmico, se cuela en sus pensamientos y lo acompaña.

Todo parece estar igual que siempre, pero cuando pisa la arena fría y suelta sus ojos se fijan de inmediato en una figura que avanza en su dirección. Un hombre de estatura media, joven. No le resulta familiar. Si fuese algún vecino del barrio, le sonaría, al menos. Los conoce a todos, aunque algunos se dejen ver poco. Esa persona, sea quien sea, no vive en la Coveta Fumá.

La forma en que camina —rápido, decidido, la mirada fija— lo pone en alerta. No es casualidad. No es un paseo despreocupado. Parece dirigirse directamente hacia él. Transporta algo en la mano derecha, una especie de maletín que agarra con la mano enfundada en un guante de cuero.

Gabriel se detiene unos segundos y lo observa con disimulo. El viento le echa el pelo hacia atrás y lo obliga a entornar los ojos. El instinto que tantas veces lo ha salvado en su trabajo le musita al oído un susurro incómodo.

Algo no encaja.

Mientras avanza un paso más hacia la orilla se pregunta quién será ese desconocido. Y qué es exactamente lo que quiere de él.

Bruno Porta camina hacia Gabriel Somoza con su habitual seguridad. Irradia una confianza que parece inquebrantable. No hay obstáculo que lo frene. No duda, no vacila: está decidido a hacer lo que ha ido a hacer, y nada ni nadie logrará detenerlo. Está preparado.

Tal como se ve en las fotos, Gabriel es un hombre apagado, casi desdibujado. Un gris palpable lo envuelve como un manto de tristeza que se percibe incluso a varios metros de distancia. Sus ojos, marcados por unos párpados caídos, reflejan con claridad esa carga que arrastra de su pasado. Bruno lo sabe bien. Pocas cosas escapan a su conocimiento.

Salvo una. La que lo ha llevado hasta la Coveta Fumá.

—Hola —saluda cuando se detiene a escasos metros del inspector Somoza.

—Hola —responde Gabriel arrugando la frente mientras una expresión incierta se adueña de su rostro.

Bruno observa la posición de su mano. Es un instinto típico de los polis. Absurdo, sí, porque por mucho que doble el brazo hacia atrás y oriente la palma no encontrará un arma. Gabriel Somoza no es el tipo de policía que sale a dar un paseo por la playa con la pistola encajada en el pantalón. De ser así, Bruno no habría ido a buscarlo.

—Me llamo Bruno. Bruno Porta. He venido para hablar con usted sobre algo que podría interesarle —anuncia clavando los ojos en él.

Gabriel gira la cabeza y echa un vistazo por encima de su propio hombro. Bruno lo observa con atención; sabe que el inspector

analiza su único punto ciego, incapaz de relajarse en terreno abierto. Sabe que es meticuloso, receloso, tenso. Es, sencillamente, el hombre ideal para su cometido.

Somoza no responde de inmediato. Su mirada fija denota una desconfianza instintiva, una resistencia que, sin embargo, no descarta del todo ese encuentro.

—¿Quiere que vaya directo al grano? —inquiere Bruno.

—Lo agradecería —responde Gabriel en un tono áspero, aunque sin hostilidad abierta.

Bruno se permite una sonrisa casi imperceptible. Cualquier otra persona le habría preguntado cómo lo había encontrado, pero Gabriel no. Quizá porque ya está acostumbrado a ser un rostro conocido gracias a la prensa y a sus hazañas. Bruno apenas ha necesitado tres segundos para confirmar que ese hombre le gusta.

—¿Le suena el nombre de Katerzyna Nowak? —lanza, seguro de la reacción que provocará.

Los ojos de Gabriel se abren apenas un poco más. Un leve destello de interés parpadea en su mirada.

Ladea la cabeza. La desconfianza sigue siendo palpable.

—Sí, claro —contesta—. Kasia Nowak. Desaparecida en La Nucía hace siete años, en 2014.

Bruno asiente apretando los labios. De no ser porque podría malinterpretarse, habría sonreído ante la seguridad cortante que destilan las palabras de Gabriel.

—Yo la conocía, inspector Somoza. Íbamos juntos al instituto cuando desapareció. Sé que usted no llevó el caso. No formaba parte del Grupo de Homicidios por aquel entonces —dice dando un paso al frente—. Pero también estoy seguro de que sabe que no se

hizo una buena investigación —sentencia modulando la voz, y arquea las cejas.

Gabriel se lleva una mano a la barbilla. El sonido de las olas al romper contra las rocas llena el silencio que se abre entre ellos, cargado de tensión.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —pregunta al fin sin apartar la vista.

—Que me ayude a encontrarla.

El inspector hace una mueca, como si la petición le resultara amarga.

—¿Por qué no me ha buscado en comisaría? ¿Por qué abordarme aquí, tan cerca de mi casa? Es un poco violento —se queja, y lanza a Bruno una mirada de reproche.

—Lo sé. Y lo siento. Pero no tengo en mucha estima a sus compañeros, inspector. No es algo personal, es solo que la investigación sobre Kasia fue… lamentable, siendo generoso. Siempre ha existido la posibilidad de que alguien metiera la pata… o encubriera algo. Prefiero hablar con usted en privado. Tal vez peque de maniático, pero no me fío.

—Una conversación en mi despacho también habría sido privada —replica Gabriel con escepticismo.

—Las paredes oyen. Aquí no hay ninguna —dice Bruno conforme abre los brazos para señalar la inmensidad de la playa desierta.

Gabriel deja escapar un suspiro y se rasca la nuca visiblemente incómodo.

—He repasado ese caso. Varias veces, de hecho. No voy a entrar a valorar, con un desconocido a quien no le compete juzgarlo, el trabajo que hicieron mis compañeros —afirma en tono serio—. Sin

embargo, ha pasado mucho tiempo y gran parte de las pruebas encontradas se filtraron a la prensa, con lo que voy a tener la deferencia, porque es amigo de Kasia, según dice, de advertirle que ese caso está cerrado.

Bruno se queda callado. Unos segundos de silencio.

—Parece que el novio que Kasia conoció por internet nunca visitó España, y ella no salió del país. Al menos, no por medios de transporte que se pudieran controlar —continúa Gabriel—. Si se marchó, debió de hacerlo utilizando una identidad falsa, lo que sería muy raro —aclara, y carraspea antes de continuar—. Luego está la nota de suicidio… Estoy de acuerdo en que, si realmente se hubiera suicidado, lo normal habría sido que su cuerpo hubiera aparecido. Pero era su letra. Lo siento, lo más probable es que esté muerta.

—Lo sé —admite Bruno con serenidad—. No he venido a pedirle que me ayude a encontrarla con vida. Me basta con encontrarla, y que quien le hizo daño pague las consecuencias.

Gabriel guarda silencio, pensativo. Experto en leer a las personas, Bruno percibe la lucha interna que libra el inspector: quiere aceptar, le interesan ese tipo de casos, pero algo lo retiene. Quizá el modo en que le ha llegado la información. Sin duda ha sido poco convencional.

—Supongo que, por la manera en que habla, me ha investigado —dice finalmente con una ceja arqueada—. Así que sabrá que ahora tenemos otro comisario.

Bruno asiente con un gesto sobrio.

—Por mucho que me gustase la idea de reabrir el caso —añade Gabriel—, no podría convencer al comisario sin una nueva prueba. Así que, si me permite, querría continuar con mi paseo. Que le vaya

bien —sentencia esquivando a Bruno para reiniciar de nuevo la marcha.

Bruno, ahora sí, sonríe. Una sonrisa breve, pero cargada de intención.

—¿Y si le dijera que tengo algo que podría hacerle cambiar de opinión? —propone con un brillo casi desafiante en los ojos.

Gabriel se gira y fija la mirada en Bruno sin perder ese gesto cansado que parece parte de su piel.

—Le diría que me lo enseñara, claro —responde cruzándose de brazos.

Bruno levanta el maletín que lleva en la mano, a modo de trofeo.

—Es el violín de Kasia —anuncia—. Lo encontré en una tienda de artículos usados hace unos días.

Gabriel alza la vista de inmediato. Sus pupilas se mueven, intensas, entre Bruno y el maletín que alza en un intento de desentrañar la verdad solo con observarlo.

—¿Cómo puede estar seguro de que es el suyo?

Bruno lo mira directamente a los ojos, decidido.

—Por la marca de la voluta. Fue culpa mía, así que lo recuerdo muy bien.

El silencio que sigue está cargado de significado, como si el propio viento y el olor salobre del mar que arrastra con él se detuvieran a escuchar.

Una mujer permanece sentada en una vieja silla de mimbre. Inmóvil, parece que el más leve movimiento pudiera hacerla desmoronarse. El vestido que lleva, de un color indefinido y apagado, le cae sobre

el cuerpo huesudo como un sudario. Hace días que apenas prueba bocado. La culpa le ha carcomido el apetito, le ha devorado las ganas de dormir, de hablar, de existir.

Sus manos, delgadas como ramas secas, descansan temblorosas en su regazo. El dolor es constante, un lastre silencioso que recorre cada rincón de su cuerpo y la merma cada día.

Frente a ella, sobre la mesa desvencijada, reposa una fotografía. La imagen está gastada por las lágrimas y el roce de unos dedos que no se resignan a soltarla. En ella, una adolescente sonríe con timidez mientras sostiene un violín entre las manos. Sus ojos brillan con la inocencia de quien aún cree que todo es posible. La mujer la contempla durante largos minutos, incapaz de apartar la mirada.

Esa niña nunca volverá. Y ella lo sabe.

Podría haberlo evitado.

Pero no lo hizo.

2

Patricia Siles no deja de mirar el móvil sobre la mesa; espera una llamada. Apoya los codos en el escritorio y entrelaza los dedos con fuerza, intentando disimular la tensión que le recorre el cuerpo. Frente a ella, Gabriel Somoza se pasea de un lado a otro, incapaz de estarse quieto.

La inspectora recorre con la mirada el informe que su compañero le ha dejado en la mesa. No hace falta que lea todas las líneas para entender lo que representa: otro caso olvidado, arrastrado por la corriente del tiempo hasta quedar cubierto de polvo. Gabriel la ha puesto al día con la precisión habitual, pero ha tenido que admitir que la información disponible es escasa. Resulta difícil entender cómo un caso de tal magnitud no contó con una investigación acorde.

Kasia Nowak tenía diecisiete años cuando desapareció. De ascendencia polaca, aunque criada en España desde que tenía cuatro. Una adolescente a quien la tierra se tragó en marzo de 2014 durante una noche de tormenta mientras regresaba de su clase de violín. No hubo testigos. Tampoco señales de lucha. Ni un bolso abandonado ni una llamada extraña. Nada. Solo el vacío que quedó cuando ella se marchó.

La zona donde se cree que desapareció es un problema en sí misma: caminos sin asfaltar, parcelas vacías, tramos de bosque espeso donde la visibilidad es nula a los pocos metros. El tipo de lugar donde las búsquedas, por intensas que sean, terminan siendo simbólicas. Se registró el área, sí. Al menos esa parte se hizo bien. Se movilizaron recursos. Pero no se encontró absolutamente nada. Ningún objeto personal. Ninguna pista. Solo silencio.

Con el paso de los días, la versión más cómoda fue ganando fuerza: Kasia había huido. El registro de su actividad aportó una pista: hablaba con un chico alemán por internet. Un supuesto novio. Se tejió una historia de fuga romántica, de rebeldía adolescente, y de pronto todo pareció encajar. La policía pidió colaboración internacional. Se rastrearon sus movimientos. Incluso se llegó a buscar en Alemania.

No hubo resultado.

Aquel supuesto novio nunca apareció. No dejó rastro digital. No existía. O, al menos, no supieron dar con él.

Para Patricia, lo inquietante no es tanto la desaparición en sí, sino el abandono progresivo del caso. Con el tiempo, Kasia fue convirtiéndose en una nota marginal. Otro expediente frío, sin resolución. Otro nombre entre cientos. Las búsquedas se detuvieron. Las preguntas también.

En los informes no constan sospechosos, no constan interrogatorios. No consta que se tirase de ningún hilo. ¿Hubo dejadez policial? Todo apunta a que sí, lamentablemente.

Ahora, tantos años después, Gabriel vuelve a mencionarla. Y lo hace en ese tono que usa cuando algo le huele mal.

Patricia no sabe aún qué busca su compañero exactamente, pero tiene claro que no es casualidad que haya desempolvado el nombre de Kasia Nowak. Y eso, más que cualquier otra cosa, la pone en alerta.

—No te hagas muchas ilusiones, Gabi —dice manteniendo la voz en un tono tajante—. Puede que no sea nada: una pista falsa, como tantas otras.

Gabriel se detiene a su lado y se inclina apenas hacia ella.

—Tengo un presentimiento —responde, con esa intensidad que Patricia ha aprendido a reconocer y temer a partes iguales—. He estado investigando al tal Bruno Porta. No es un cualquiera. Es una especie de genio, Patricia. Un tipo peculiar, pero brillante. Tiene un coeficiente intelectual fuera de lo normal.

Patricia alza la vista hacia él, evaluándolo. Sabe que Gabriel no es de los que se dejan llevar por corazonadas sin más. Pero también sabe —porque lo ha visto antes— que, cuando se obsesiona con algo, es casi imposible hacerlo entrar en razón.

—¿En qué te basas para decir eso? —pregunta.

Gabriel se acerca a su escritorio y abre una carpeta que había dejado allí. En ella hay impresas varias hojas con información sobre Bruno Porta.

—Mejor alumno del instituto. Mejor calificación en las pruebas PISA de su año a nivel europeo. Cursó Derecho y Psicología de manera simultánea, siendo premio extraordinario de carrera en ambas… ¿Sigo?

Patricia le indica con un gesto de la mano que es suficiente.

—Así que era eso lo que hacías anoche ensimismado en tu ordenador mientras preparaba la cena.

Gabriel asiente.

—Te estás obsesionando demasiado. Deberías tomártelo con más calma. ¿A qué se dedica ahora el tal Bruno?

—No tiene trabajo —contesta Gabriel.

—¿De qué vive entonces?

—Parece que se conforma con poco. Vive en una pequeña casa rural que pertenece a sus padres. No debe de tener grandes gastos.

—Creo que te cae bien ese tipo —comenta Patricia—. A veces no logro entender los baremos que usas para que alguien te caiga bien o mal.

Gabriel levanta las cejas y desvía la mirada.

—No me cae ni bien ni mal. Lo que realmente pienso es que, viendo su currículum, me cuesta creer que haya patinado con lo del violín. Si me lo ha traído es por algo. Y sí, no lo voy a negar, me parece alguien fascinante y creo que me ha puesto en bandeja un caso que quiero llevar. —Se sienta frente a ella—. ¿Tú recuerdas el caso de Kasia?

—Sí. Recuerdo las noticias, pero ni tú ni yo formábamos parte del Grupo de Homicidios. No estoy al tanto de los detalles técnicos, aunque veo que has puesto remedio a eso —dice Patricia señalando la carpeta con los informes del caso que Gabriel ha preparado.

—Yo llegué justo un año después. En 2015. Era un novato y me fijaba mucho en dónde pisaba. Nunca formé parte del equipo que llevó ese caso. Era demasiado mediático, y a mí me asignaban lo que nadie quería. Pero ¿sabes qué? Tengo una memoria fabulosa y recuerdo perfectamente que nadie comentaba nada de esa investigación. Una desaparición que había salido en todas las portadas a nivel nacional y, nada, tan solo un año después no le

importaba a nadie. Lo que siento es que estamos en deuda con esa chica y con su familia. Eso es todo.

—No te precipites —sugiere Patricia—. Ya veremos en qué queda todo esto.

Suspira y vuelve a mirar el teléfono.

—¿Has llamado a Javier Aliaga? —pregunta Gabriel.

Patricia se ríe y niega con la cabeza.

—Gabi, está jubilado. No voy a llamarle para preguntarle sobre un caso que llevó hace siete años si no tengo nada firme.

En ese momento, el teléfono de la inspectora Siles comienza a sonar y a vibrar sobre la mesa. Se incorpora, coge el móvil al segundo tono y se lo pega a la oreja.

—¿Sí?

Reconoce la voz del agente de la Policía Científica de inmediato. Toma aire, aguanta la respiración mientras escucha.

—¿Están seguros? —pregunta con las cejas enarcadas. Apunta mentalmente cada palabra—. Entiendo —murmura, y cuelga sin añadir nada.

Levanta la vista. Gabriel la observa, expectante, como un resorte a punto de dispararse.

—Han encontrado muestras de ADN, las han cotejado con la base de datos y, sí, coincide con el de Kasia Nowak —dice Patricia, aún procesando la magnitud de la noticia—. En la barbada del violín, esa pequeña pieza donde se apoya la barbilla. Les ha costado, había contaminación por todas partes, pero han conseguido aislarlo. Es suyo. No hay duda.

Durante un segundo, el despacho queda en silencio. Luego Gabriel se incorpora de un salto, incapaz de esperar un segundo

más.

—Tenemos que hablar con el comisario —dice con una voz firme que a Patricia no le deja lugar a réplica.

Antes de que pueda reaccionar, Gabriel ya ha cruzado la puerta.

Y ella tiene esa sensación única que supone el preludio de un gran caso.

Gabriel Somoza cruza el umbral del despacho del nuevo comisario con Patricia a su lado y siente que le invade la nostalgia. No puede evitarlo. Desde que Urriaga se jubiló, esa estancia ya no es la misma. Antes, sobre la cómoda junto a la ventana, había una vieja cafetera de acero que echaba humo a todas horas, impregnando el aire con ese olor amargo y familiar. Ahora solo queda un mueble impersonal lleno de carpetas alineadas con precisión. Hasta los cuadros de las paredes han cambiado: donde antes colgaban fotos de la plantilla en cenas de Navidad ahora hay diplomas enmarcados y frases motivadoras que no dicen nada útil.

Por un instante, Somoza recuerda lo que Urriaga acostumbraba a decir al respecto de las frases que suelen ir escritas en los sobres de azúcar: «La gente no es consciente del daño que hacen estas tonterías. Uno se levanta por la mañana, se toma un café y lo primero que lee es que debe arriesgar para ganar. El siguiente que toma lo consigue pidiendo limosna porque está arruinado». Y una leve sonrisa se dibuja en su cara.

El comisario Alfonso Muñiz los recibe tras su escritorio. Su postura es impecable; su sonrisa, medida. No da puntada sin hilo. Les ofrece asiento con un gesto elegante, quizá demasiado forzado.

—Inspectores, es un placer —dice entonando cada palabra como si diera una rueda de prensa.

Patricia, que lleva la voz cantante como jefa del Grupo de Homicidios, se adelanta. Expone los hechos con objetividad: el hallazgo del ADN de Kasia Nowak, el violín, la oportunidad de reabrir un caso olvidado. Gabriel escucha en silencio; la frustración le hierve por dentro. Muñiz asiente, interesado, pero es evidente que no tiene ni idea de quién era Kasia. Ni del caso. Ni de una noticia que en su día cubrieron todos los periódicos.

Se supone que un comisario debería conocer los hechos, al menos, por antiguos que sean, piensa Gabriel al tiempo que aprieta los puños sobre sus rodillas. Pero es un puesto político; Muñiz nunca ha trabajado en la calle, como ellos. De ser así, lo sabría o, como mínimo, le sonaría.

Muñiz finge reflexionar unos segundos con los dedos entrelazados.

—Puede ser una gran oportunidad para la comisaría —dice sonriendo con una falsa modestia—. Resolver un caso antiguo durante mi mandato… sería un golpe de efecto positivo. Sobre todo, si contamos con alguien de su perfil, inspector Somoza. Un agente tan querido e idolatrado como usted, alguien con experiencia… Los medios adoran esas historias.

Gabriel se tensa. Patricia, que lo conoce muy bien, le lanza una mirada fugaz de advertencia, pero ya es tarde.

—No —dice él, cortante—. No pienso convertirme en una marioneta mediática.

El silencio que se instala en el despacho es incómodo. Gabriel sostiene la mirada al comisario sin pestañear. Si Muñiz quiere un

héroe al que poner en un escaparate, deberá buscar en otra parte.

Aún sonriendo, el comisario se reclina en su silla sin darse por aludido. Pero Gabriel sabe que el golpe ha sido certero. Y no piensa disculparse.

—En ese caso, inspector Somoza, tendré que considerar su propuesta. Vamos justos de efectivos ahora mismo y hablamos de un expediente que se cerró hace siete años.

Las facciones de Gabriel se tensan. No entiende de jerarquías. Las respeta, pero más por eludir problemas que por corresponder sus valores.

—Ha aparecido una nueva pista que es crucial, comisario. Ese violín era el que llevaba Kasia Nowak el día que desapareció, y alguien lo ha vendido hace unos días. —Suspira antes de continuar —. La familia tiene derecho a saber qué pasó con su hija y poder descansar —apunta en un tono afilado.

El comisario hace una mueca con los labios.

—Como tantas otras familias, inspector. Como, por ejemplo, esa chica que se escapó de un psiquiátrico hace veinte años.

—Silvia Orts —interrumpe Gabriel.

—¿Cómo? —pregunta Muñiz con cara de extrañado.

—Esa chica de la que habla tenía un nombre: Silvia Orts.

Patricia levanta la mano pidiendo calma. Es evidente que percibe cómo aumenta la tensión de la conversación.

—Comisario —dice—, ya sabe que al principio es mejor llevar el caso sin llamar mucho la atención. La prensa nos perjudicaría, sin duda. Deje que Somoza y yo trabajemos a nuestra manera. Tal vez no lleguemos a ninguna parte. Después de todo, no nos podemos fiar de un desconocido que nos trae una prueba crucial así, sin más.

Airearlo antes de tiempo no beneficiaría a nadie. Si terminamos resolviéndolo, acaparará todas las portadas queramos o no.

Alfonso Muñiz se toma unos segundos, tal vez para pensar, tal vez para añadir dramatismo a la escena. Comienza a asentir con las manos entrelazadas y los codos apoyados en la mesa.

—Me parece adecuado lo que propone, inspectora Siles. Hagámoslo de esa forma.

Patricia inclina la cabeza en señal de agradecimiento. Le detalla entonces los pasos a seguir, y el comisario pone cara de entenderlo todo, aunque Gabriel no tiene claro que sea así.

Cuando Patricia se despide y ambos se levantan, el comisario fija su atención en Gabriel, que no la rehúye.

—Tengo mucha confianza en usted, inspector Somoza. No me decepcione.

Patricia reacciona con rapidez esta vez, agarra del codo a su compañero y abandonan el despacho.

3

El coche se detiene en una curva estrecha y Patricia apaga el motor. El silencio es casi total, apenas interrumpido por el canto lejano de un pájaro y el crujido suave de la grava bajo los neumáticos. La periferia de La Nucía no ha cambiado tanto como imaginaba. Sigue siendo un rincón extraño, atrapado entre el verde húmedo de la montaña y la sequedad polvorienta del litoral.

Es curioso cómo la memoria distorsiona los recuerdos agradables con el paso del tiempo. La última vez que estuvo allí fue con su exmarido, en aquel hotelito rural donde intentaron salvar algo que ya estaba roto. Le sorprende ahora recordar que ese paseo le resultara tan sereno.

—¿Es aquí? —pregunta, aunque la cabaña de madera frente a ellos no deja lugar a dudas. Es tal cual la ha descrito Bruno Porta por teléfono.

Gabriel asiente sin decir nada. Él tampoco parece tener prisa. Observa la vivienda con esa expresión suya de falsa calma, pero a la vez algo parece incomodarlo.

¿Se estará replanteando confiar en Bruno? Al fin y al cabo, no saben mucho de él.

Es un pensamiento efímero que surca la mente de Patricia, a pesar de que en el fondo sabe que no es así. Si Gabriel ha decidido

dar por válida la versión del misterioso Bruno Porta, le guste o no, es por un motivo. No cambiará de opinión con tanta facilidad. Es ese instinto que se supone deben tener los inspectores de homicidios. La habilidad de mirar a través de los ojos de una persona y ver qué secretos esconde. Ella cree ser buena en eso, pero lo de Gabriel es superlativo.

Baja del coche y se queda un momento junto a la puerta de la valla hecha con troncos que delimita la propiedad. Se cruza de brazos, pensativa. La cabaña no es gran cosa. Una estructura simple, rectangular, de madera oscura que parece más propia del Pirineo que de esa zona del Mediterráneo. Pero está impecablemente mantenida. El jardín, aunque mínimo, tiene grava limpia y plantas en macetas de cerámica. Todo ordenado, todo en su sitio. Es un lugar agradable. Bastante más cuidado que el hogar que comparte con Gabriel.

No puede evitar dudar. Es parte de su oficio.

—¿Estás seguro de que este hombre nos va a ayudar? —pregunta.

Gabriel gira la cabeza hacia ella. No sonríe, pero hay una chispa de convicción en sus ojos. La misma que tenía cuando le propuso ese encuentro. La misma que siempre ha tenido cuando está a punto de sacar algo en claro.

—Lo estoy —dice con esa seguridad que nunca necesita adornar.

Y por eso ha ido hasta allí, al fin y al cabo. Porque rara vez se equivoca. Porque últimamente parece más centrado que nunca. Más atento a los detalles, más eficaz. Está perfeccionando su trabajo de tal forma que no deja lugar al error. Y eso… eso provoca en la

inspectora Siles algo parecido a la admiración. Aunque nunca lo admitiría en voz alta.

Patricia da un paso hacia la cabaña, sube los dos escalones de madera y llama a la puerta. Tres golpes secos.

Del otro lado, el silencio se prolonga unos segundos más de lo esperado.

Contiene el aliento. Debe centrarse en lo importante: el caso.

Entonces algo se mueve dentro. Una sombra se perfila tras la cortina. Y la puerta se abre despacio sin un solo chirrido. Al otro lado aparece un hombre joven, tal y como Gabriel lo había descrito: delgado, de mirada intensa y penetrante, con una barba corta que no parece descuidada, sino medida. Hay algo en su presencia que desconcierta, como si cada uno de sus movimientos estuviera calculado al milímetro. Transmite seguridad, pero también algo más difícil de definir: un aura envolvente, tal vez. Cautelosa. Misteriosa.

—Bruno Porta —dice él al ver a Patricia.

—Hola, Bruno —responde Gabriel con seriedad—. Ella es Patricia Siles, inspectora jefa del Grupo de Homicidios.

—Lo sé —contesta Bruno—. Gracias por venir, inspectora.

Les hace un gesto para que pasen. Patricia cruza la puerta y se encuentra con un interior que no se esperaba. No es tanto la cabaña rústica que parecía desde fuera, sino un espacio acogedor, cálido y sorprendentemente ordenado. La madera lo envuelve todo: las paredes, el techo inclinado, el suelo cubierto por alfombras de tonos ocres. Hay una estantería enorme repleta de libros que ocupa casi toda la pared del fondo. Reconoce varios manuales esenciales sobre criminología y psicología, pero también hay ensayos de historia y novelas, muchas con los lomos cuarteados por el uso. Le llama la

atención una especie de adorno. Un llavero con forma de violín que no pinta nada ahí ni casa con la decoración.

En una esquina, un corcho cubre buena parte de la pared. Patricia se acerca casi sin pensarlo. Está lleno de recortes de periódico, fotografías impresas, flechas trazadas con rotulador rojo y pequeñas notas escritas con letra firme. En el centro, una foto: una joven rubia de expresión serena. Es Kasia Nowak. Bajo su imagen, alguien ha escrito en mayúsculas: NO OLVIDAR.

Sobre la mesa, varios libros abiertos, un cuaderno de anillas con hojas llenas de subrayados y un mapa desplegado. Todo está dispuesto con precisión, como si cada objeto tuviera una función específica en el rompecabezas mental de su dueño. A Patricia le llama la atención uno de los libros abiertos; tiene ilustraciones y multitud de marcas y anotaciones. Lo coge y le da la vuelta: es *El Principito*, de Antoine de Saint-Exupéry. Ha oído hablar de él, pero no lo ha leído. Siente que Gabriel tiene razón. Bruno Porta se ha tomado muy en serio la desaparición de Kasia. Podría ser muy útil.

—¿Os apetece café o preferís ir al grano? —pregunta Bruno desde la cocina, que no es más que un rincón abierto con una barra de madera pulida.

—Al grano —responde Gabriel.

Aunque Patricia mira de soslayo un tarro de café Illy, invadida por el deseo, y se queda con las ganas.

Bruno asiente, serio, y se cruza de brazos mientras se aproxima. Su forma de hablar es peculiar. No titubea, no decora sus frases con amabilidad innecesaria. Habla como si cada palabra fuera irrefutable, como si la realidad tuviera que adaptarse a sus conclusiones.

—No voy a negar que me entristece que haya tenido que aparecer el violín para que la policía se tome esto en serio —comenta—. Aunque sé que no es culpa vuestra.

—Empecemos por ahí. ¿Dónde lo encontraste? —pregunta Patricia sacando su libreta.

Bruno se sienta en una silla y les indica que tomen asiento en el sofá.

—En una tienda de segunda mano en Benidorm. Cuando lo vi, supe que era el de Kasia por la marca de la voluta. Por eso no lo toqué y pedí al encargado que se pusiera unos guantes.

—¿Te dijo quién se lo había vendido? —indaga Patricia.

—De ser así, habría continuado con la investigación yo mismo. Esa es una de las razones por las que acudí a Gabriel. Vosotros podéis solicitar los registros, entre otras muchas cosas, pero yo no. No soy policía —responde Bruno con un dejo de frustración.

—¿Haces esto por tu cuenta? Me refiero a esto. —Patricia señala el corcho lleno de anotaciones—. Aquí hay horas de investigación. ¿Alguien te ha contratado?

—No. Lo hago porque se lo debo a Kasia. Fue la única persona del instituto que me trató bien, que no se reía de mí. Digamos que ni ella ni yo gozábamos de una gran popularidad por aquel entonces. Fueron unos años duros para mí. Siento que es algo que debo hacer. —Bruno carraspea—. Por otro lado, no niego que haya decidido ganarme la vida como detective. He visto cómo te fijabas en la estantería y que te han llamado la atención los tratados de García-Pablos. Tengo pensado ejercer de ello en un futuro próximo porque he descubierto que es algo que me encanta. Sin embargo, no lo haré hasta que resuelva este caso.

Sus ojos se clavan en los de Patricia esperando una reacción. Pero ella permanece quieta, sin permitirle adivinar qué piensa.

—¿Qué tiene que ver ese libro, *El Principito*? —pregunta.

Bruno desvía la mirada hacia la mesa.

—Todavía no lo sé. Tal vez nada. Kasia lo leyó muchas veces, lo llevaba consigo a todas partes, de hecho. Creo que fue la única persona que lo sacó de la biblioteca durante los años que estudiamos en el instituto. Es un libro cargado de reflexiones. Intento enfocar esto desde todos los ángulos. Trato de averiguar qué interés tenía *El Principito* para Kasia.

Patricia asiente.

—La inspectora Siles y yo hemos repasado el caso —anuncia Gabriel—. Han pasado siete años y nos gustaría conocer qué has averiguado durante todo este tiempo. Hemos tenido un problema al intentar contactar con Javier Aliaga, el anterior policía encargado del caso…

—Sufrió un ictus hace dos meses y su estado actual no es bueno, lo sé —interrumpe Bruno.

Gabriel se queda callado.

—¿Hay algo que no sepas? —pregunta Patricia con cierta ironía.

Bruno la observa y se da cuenta de que debe medir sus palabras.

No es alguien que guste, no es alguien que caiga bien. Tras tantos años sufriendo el menosprecio de quienes lo rodean, lo tiene claro.

Tampoco es algo intencionado; al contrario, desearía caer bien y gustar, pero no es así.

Sabe que no debe ser tan pedante porque eso lo hace parecer prepotente, como sabe también que lo mejor es que intente explicarse sin parecer un capullo.

—Muchas cosas, inspectora —miente. Es consciente de que su conocimiento excede lo cotidiano, pero no lo dirá en voz alta—. Por eso me alegra que estéis aquí.

—Vamos a centrarnos en lo importante —interviene Gabriel Somoza—. ¿Qué tal si repasamos lo que sabemos del día que desapareció Kasia?

Bruno se yergue. Esperaba esa pregunta. Eso significa que van a contar con él. De otro modo, no lo incluirían y tomarían sus propias decisiones. Eso es bueno. Quiere colaborar.

Se remueve en la silla, se lleva dos dedos al entrecejo y asiente.

—Kasia Nowak desapareció el 12 de marzo de 2014 —dice sin levantar la vista—. Un miércoles como tantos otros. Volvía a casa después de recibir su clase habitual de violín. La profesora declaró que había salido alrededor de las ocho. Aquella tarde llovía a cántaros. La tormenta colapsó media provincia, tal vez lo recordéis.

Patricia Siles asiente lentamente sin perder detalle. Tiene la libreta abierta sobre las rodillas, pero no escribe nada. Todavía no. Gabriel Somoza, por su parte, permanece en silencio con los brazos cruzados. La expresión se le ha endurecido un poco.

—Según los informes, la profesora de violín fue la última persona en ver a Kasia —añade Gabriel—. ¿Es correcto?

—Sí, así es. Hubo cortes de luz por la tormenta. En La Nucía no hay muchas cámaras de seguridad, pero alguna podría haber captado a Kasia de haber funcionado ese día. Se juntó todo —responde Bruno.

Un silencio sirve de antesala para el resto de la conversación. Fuera, el viento agita las hojas del ficus que hay junto a la ventana, como si la naturaleza también recordara aquella tormenta.

—Según nuestras fuentes —añade Gabriel—, Kasia solía hacer ese camino a pie. Lo conocía bien. Nunca tuvo problemas. Su teléfono… —Hace una pausa para calibrar el valor de sus palabras—. Ese día, su teléfono se apagó antes de que entrara en la clase.

Bruno lo mira. Lo sabe perfectamente. Lleva años estudiando la desaparición de su amiga.

—Justo antes —confirma Bruno—. A las dieciocho horas y cincuenta y seis minutos. En ese momento se corta todo rastro: llamadas, ubicación, incluso los datos móviles. Pero aquí viene lo inquietante —dice girándose hacia Patricia antes de proseguir—: a las veintidós horas y diecisiete minutos, la señal se recupera por unos segundos en el barranco del Infierno, cerca de Denia.

Patricia le sostiene la mirada.

—Exacto —asiente Gabriel—. La señal solo duró unos segundos. Luego volvió a desaparecer para siempre. Técnicamente, podría ser un error, según nos han explicado. Esa noche la tormenta colapsó varias antenas. Las comunicaciones se volvieron un caos.

—¿Se siguió esa pista o se descartó? —indaga Patricia, que anota ahora con rapidez—. Odio hacerte esta pregunta, pero los informes son muy incompletos y no contamos con esa información.

Bruno se inclina hacia delante. Modula la voz.

—Descuida. Estoy muy al tanto de eso. Sí, se investigó —afirma —. Aunque quizá sea una exageración de lo que realmente sucedió. Supongo que conoces el lugar. El barranco del Infierno es un sendero circular de unos nueve kilómetros. Es una zona inmensa

repleta de despeñaderos y recovecos. Nunca apareció el cuerpo. Ni rastro de sangre. Ni ropa. Nada.

Gabriel se inclina hacia delante.

—¿Conoces bien esa zona, Bruno? El barranco del Infierno. ¿Hay algún tipo de depredador que pudiera haber hecho desaparecer un cuerpo?

Bruno niega con la cabeza sin pensárselo mucho.

—Claro que la conozco. La he recorrido unas veinte veces desde que Kasia se esfumó. De hecho —dice señalando un mapa del corcho—, en ese mapa están los puntos que no he conseguido explorar. Lugares escarpados adonde no es sencillo llegar sin un equipo y una preparación adecuados. —Vuelve a centrar la mirada en Gabriel—. Por otro lado, no, allí no hay lobos, ni osos ni nada parecido. Como mucho, algún perro salvaje al que su dueño haya abandonado. Y si hay varios, pueden formar una manada. Pero ni siquiera así… No serían capaces de hacer desaparecer un cuerpo entero. Lo habrían destrozado, sí, pero se habría encontrado algo. Restos. Ropa. Huesos.

Gabriel asiente despacio con los ojos entornados.

—¿Y jabalíes?

Bruno suspira.

—Ahora sí hay. Bastantes. Pero en 2014 eran raros por esa zona. Muy esporádicos. Dudo mucho que tuviera algo que ver con ellos. Tampoco con los buitres. Si Kasia terminó en ese barranco, su cuerpo sigue allí. En algún lugar de difícil acceso. Y eso —añade alzando ligeramente la voz, como si llevara tiempo esperando ese momento— es algo que quería proponeros.

Gabriel y Patricia lo miran atentos. Él se aclara la garganta.

—En 2014 la policía no disponía de drones con cámaras de alta definición como los de ahora. Las búsquedas eran a pie, desde helicópteros, con perros. Pero ahora se podrían rastrear zonas escarpadas, profundas, inaccesibles. Zonas que entonces ni se consideraron por falta de medios. He preparado una lista con las coordenadas.

Patricia entrecierra los ojos. Gabriel le lanza una mirada rápida, un gesto apenas perceptible. Ella aguanta la suya unos segundos más, evaluando algo que no ha verbalizado todavía. Bruno lo percibe: no le gusta que alguien a quien no conoce meta las narices en su caso.

Al final, asiente.

—Lo pondré en marcha. Pero necesitaré saber con exactitud qué ropa llevaba Kasia Nowak ese día. Facilitará la búsqueda.

Bruno responde sin dudar:

—Una sudadera blanca con capucha y unos vaqueros. Lo recuerdo a la perfección porque era una combinación que vestía a menudo.

Patricia anota algo más en su libreta, esta vez con firmeza. Luego levanta la vista.

—¿Y qué más? —pregunta Gabriel con la mirada clavada en Bruno—. ¿Qué más crees que se les pasó a los agentes hace siete años?

Bruno vacila un segundo, pero luego se apoya en el respaldo de la silla y resopla por la nariz.

—No te lo tomes a mal. Soy consciente del corporativismo que existe en la policía. Pero básicamente se dedicaron a organizar batidas con los vecinos —responde—. Voluntarios, perros, gente con

linternas caminando por los márgenes del camino, por los bancales, por los huertos. Sin embargo, era evidente que el cuerpo de Kasia no iba a aparecer cerca de allí después de la primera batida. Si alguien la interceptó de camino a casa tuvo que hacerlo muy cerca ya de su domicilio. Su familia vivía en las afueras, en una zona poco transitada. Entre campos y chalets dispersos. Si hubiese sido en mitad del pueblo, a pesar de la lluvia… es muy probable que alguien lo hubiera visto.

Patricia asiente muy despacio sin levantar la vista de sus notas. Gabriel la mira un segundo y luego se vuelve hacia Bruno.

—O era alguien a quien Kasia conocía —añade en voz baja—. Alguien en quien confiaba. Y no dudó en irse con esa persona.

Bruno no responde enseguida. Lo piensa. Y asiente.

—Eso también es una posibilidad, por supuesto.

—¿Y los familiares? ¿Las personas cercanas? —insiste Gabriel—. ¿No se investigaron a fondo?

Bruno se inclina hacia delante, apoya los antebrazos en las rodillas. Le tiembla un poco la voz, pero no de miedo: de rabia contenida.

—No sé por qué no me sorprende que no tengas información sobre eso. Gabriel, yo he llegado hasta donde he podido. Pero no soy policía, te consta. Muchas personas ni siquiera me escuchan porque saben quién soy. Porque piensan que busco algo más. Que no es por ella, sino por mí.

Gabriel no dice nada. No hace falta.

—Y no, no se investigó a la profesora de violín, por poner un ejemplo —continúa Bruno—. Ni una sola vez. Y siempre me ha

generado desconfianza. No por lo que decía, sino por cómo trataba a Kasia.

Patricia alza la cabeza.

—¿A qué te refieres?

Bruno se pasa una mano por el rostro. Duda. Pero ya no hay marcha atrás.

—Un día Kasia fue a clase con pantalones cortos. Hacía calor, era casi verano, y ella apenas tenía dieciséis años. La clase se daba en la casa de la profesora. En su salón. Nada raro, en teoría. Pero esa tarde, la mujer la echó. Le dijo que no volviera a presentarse así.

—¿Le molestó la ropa? —inquiere Gabriel.

—Eso decía. Pero según Kasia, no era por ella. Era por su marido. Afirmaba que la miraba de una manera sugerente. Que era muy celosa. Que no soportaba que él reparara en las alumnas.

—¿Y cómo era el marido? ¿Algún antecedente?

Bruno se encoge de hombros.

—Es informático. En apariencia, un tipo gris, burdo y vulgar. Pero si me preguntas si se investigó, no. No lo hicieron. Nunca.

Patricia juguetea con el bolígrafo.

—Veo que tenemos varios frentes por donde avanzar.

Gabriel asiente. No con entusiasmo, sino con determinación. Parece que, de pronto, el caso ya no es solo un archivo olvidado en una estantería, sino algo que vuelve a estar muy vivo.

Bruno se remueve de nuevo en la silla. No está nervioso. Es capaz de mantener la calma, aunque esta sea la primera vez que dos inspectores de homicidios se encuentran en su salón haciéndole preguntas sobre aquello que lleva investigando años.

—Hay más personas —dice tras una breve pausa.

Patricia levanta la vista, expectante. Gabriel no se mueve.

—¿Quiénes? —pregunta la inspectora con evidente reticencia.

—El profesor de Música, Fabián Núñez, es uno de ellos. El del instituto. Un auténtico cabrón. Trataba fatal a Kasia. Delante de todos. La humillaba constantemente en clase. Era una situación incómoda para todos.

Los ojos de Patricia vuelven a estar fijos en la libreta; aun así, pregunta:

—¿Consta alguna denuncia, queja, algo?

Bruno se percata de que la inspectora va a poner en tela de juicio todas sus afirmaciones.

—No. Porque Kasia no deseaba que se supiera. Todos lo veíamos, pero ella le restaba importancia. Decía que no quería ser «la pesada» que se queja por todo. Pero se le notaba. Iba apagándose poco a poco. —Se inclina, baja la voz—. No era una chica especialmente querida. No era popular, aunque tampoco invisible. Tenía talento. Era guapa. Y eso, a veces, basta para que te odien.

Gabriel ladea la cabeza.

—¿Celos?

—Sí. Muchas chicas le tenían envidia. La aislaban. Hacían comentarios. Se reían por lo bajo cuando pasaba. Nunca lo decían de frente, claro. Pero ella lo sabía. Me lo contaba. Había una en especial: Celia Gil.

Patricia anota y subraya el nombre.

—¿Qué pasó con ella? —pregunta impaciente.

—Su novio la dejó, y se rumoreaba que había sido por Kasia, porque él estaba colado por ella. No sé si era verdad, pero el instituto entero hablaba de eso. Un día, Celia y Kasia se enzarzaron

en una riña en el patio. A gritos. Celia le tiró la mochila al suelo, le escupió… Kasia, que no solía contestar a las provocaciones, por algún motivo ese día estalló, y se pelearon. Tuvieron que separarlas, y Celia acabó con la nariz sangrando a borbotones. Más tarde encontré a Kasia llorando sola. A veces daba la sensación de que no era tan fuerte como quería aparentar.

Gabriel se cruza de brazos y observa a Bruno, intenta leer entre líneas.

—¿Y los profesores? ¿Alguien intervino?

—Lo típico, las reunieron a las dos, las informaron de que si volvía a pasar las expulsarían y poco más. No pasó de ahí. No hubo sanción, ni parte ni nada.

Patricia deja de escribir.

—¿Y qué sabes tú del supuesto novio de Kasia?

—¿El de Alemania?

—Sí. ¿Era real?

Bruno asiente, aunque su gesto se tiñe de duda.

—Presumiblemente sí. Pero nadie sabía nada en el pueblo. Eso es algo que filtró la policía a la prensa cuando investigaron el teléfono móvil de Kasia. Parece que tenía una relación con un chico de Alemania, un tal Thomas, que nunca apareció. Vivía en Ludwigsfelde, una pequeña localidad cerca de Berlín. Me consta que la policía fue allí a buscarla creyendo que se había fugado con él, pero en ese lugar nadie sabía nada ni de Kasia ni de él.

—Es extraño que nadie lo supiera. Son cosas que los adolescentes suelen contar entre sus amigos —comenta Patricia.

—Quizá debería aclarar que Kasia y yo no éramos íntimos amigos. Nos llevábamos bien, o eso creo, pero no teníamos la

confianza suficiente para hablar de ese tipo de cosas.

—Entonces no puedes saber si realmente era un secreto para todos o si Kasia se lo contó a alguien —insiste Patricia.

—Llevo años preguntando y te aseguro que nadie sabía nada. Pueden haberme mentido, pero sería absurdo, porque fue algo que descubrió la policía al registrar los mensajes del móvil de Kasia. Lo que se sabía seguro era que se habían conocido a través de Facebook. Él la agregó a ella y comenzaron a hablar. El tono de los mensajes fue subiendo; había cientos y cientos de páginas de transcripciones. Al final eran novios, aunque nunca llegaron a verse, por lo que tengo entendido.

Gabriel, ahora sí, saca una libreta para tomar notas.

—Según he podido constatar en los informes, Thomas, el chico alemán, anulaba psicológicamente a Kasia. ¿Notaste algo raro en ella?

—Eso lo sabéis vosotros mejor que yo. Nunca he tenido acceso a esas conversaciones. Nadie fuera de la policía, de hecho. Estaría encantado de revisarlas, si me lo permitís —sugiere Bruno.

Patricia se muerde el labio. Mira a Gabriel de reojo. Él le devuelve la mirada sin decir nada, pero transmitiendo un mensaje: Bruno no debe exceder ciertos límites.

—Si decidiéramos que eso podría ser útil te lo haríamos saber. De momento, entiende que ese es nuestro trabajo —sentencia Patricia.

Gabriel carraspea. Bruno asiente y baja la mirada.

—Hay varias cuestiones sobre las que me gustaría conocer tu opinión antes de ponernos en marcha. La primera es la nota que encontró la madre de Kasia —comenta Gabriel.

—¿Te refieres a la nota de suicidio que apareció en un abrigo un mes después de su desaparición? —pregunta Bruno esforzándose por sonar irónico.

Gabriel asiente con semblante serio.

—No fue una nota de suicidio, en realidad —contesta Bruno—. Fue una nota en la que ella hablaba de la muerte como concepto. No decía que fuese a suicidarse.

Observa cómo las miradas de Patricia y Gabriel se encuentran.

—Bruno, la hemos leído y recuerdo que ponía literalmente las palabras: «Quizá morir sería la solución». ¿Qué te hace pensar que no hablaba de su propia muerte? —indaga Gabriel.

Bruno hace una mueca con los labios.

—Que la conocía. Sé leer a las personas, tengo habilidad para eso. He leído mucho sobre el suicidio y he repasado mentalmente nuestras conversaciones antes de que ella desapareciese. Soy psicólogo, entre otras cosas. Creedme, sabría reconocer los rasgos típicos, y os aseguro que Kasia no se suicidó.

—A veces creemos que conocemos a las personas, pero la realidad nos sorprende —replica Patricia.

Un silencio se instala en la estancia.

—Si soy sincero, yo tampoco creo que se suicidara —dice Gabriel —. De haberlo hecho, su cuerpo habría aparecido. Existe la posibilidad de que lo hiciera en una zona alejada y de difícil acceso, pero es poco probable.

Bruno asiente. Está de acuerdo con Gabriel.

Patricia entrelaza los dedos en el regazo y observa a Bruno con atención. No dice nada. Solo escucha. Lo observa. Lo estudia.

Bruno no evita su mirada, pero tampoco se la sostiene demasiado tiempo. Tiene ese aire de suficiencia que siempre ha puesto en guardia a la inspectora Siles. No es prepotencia, para ser exactos. Es algo más sutil, más peligroso. Como si creyera que tiene todas las respuestas. Como si el hecho de haber acudido por voluntad propia lo colocara moralmente por encima de ellos. Y, sin embargo, ahí está. Buscando ayuda.

Pero Patricia no se fía. No lo hace nunca. Ni siquiera de los que, en teoría, están de su lado. Esa desconfianza permanente, ese radar interior que nunca descansa es parte de lo que la ha llevado hasta ahí. La mantiene despierta cuando los demás se relajan. La mantiene alerta incluso ahora, cuando todo indica que Bruno Porta no tiene nada que ocultar.

Gabriel sí cree en él. Lo ve en su manera de hablarle, en ese leve gesto de asentimiento que solo ofrece a quienes considera sinceros. Patricia lo nota. Y le gustaría decirse que eso debería bastar, que si Gabriel confía en Bruno Porta, ella también puede hacerlo.

Pero no. No basta.

—Háblame de Kasia —pide desviando la conversación.

Gabriel la mira. La conoce mejor que nadie y sabe adónde quiere llegar.

Bruno parpadea despacio. La petición parece haberlo sorprendido. Luego se encoge de hombros y cruza una pierna sobre la otra con estudiada indiferencia.

—Kasia era… particular —responde en ese tono que desprende soberbia, tal vez de manera involuntaria—. Demasiado lista,

demasiado bella. Y eso no suele acabar bien en una chica de diecisiete años.

Patricia no hace comentarios. Solo anota mentalmente la elección de las palabras. «Particular». «Demasiado». Una forma elegante de decir que era conflictiva.

—Tenía muchos enemigos. Algunos profesores no la soportaban. El director estaba harto de verla en su despacho. —Bruno hace una pausa breve—. Pasaba horas allí. Castigada oficialmente. Pero también porque era donde solía meterse cuando quería desaparecer del mapa. Creo que a veces era justo lo que buscaba.

—¿Y sus compañeros? —inquiere Patricia sin cambiar el tono.

—Bueno… Como ya he dicho, las chicas la envidiaban, porque Kasia sabía que era atractiva y lo usaba a su favor. Y los chicos… Tonteaba con muchos. Le gustaba llamar la atención. Era su forma de estar presente, supongo. Aunque, cuando tocaba el violín…

Bruno se interrumpe por primera vez. Las palabras que está a punto de pronunciar requieren un tono distinto. Más bajo. Casi reverente.

—Poseía un talento innato. Yo no había escuchado nada igual. Era como si la música la transformara. Tenía algo. Una especie de magia que atrapaba.

Patricia lo mira en silencio. No escribe en su libreta. No lo interrumpe. Pero no se pierde el leve temblor en su voz cuando menciona el violín. Esa emoción inesperada que asoma por un instante y que desaparece enseguida, como una cortina que alguien cierra de golpe.

Quizá haya algo más ahí. Quizá no.

Pero lo que sí sabe Patricia, con la misma certeza con la que sabe que no confía en nadie, es que hay verdades que no se dicen de inmediato.

—¿Estabas enamorado de ella? —suelta a bocajarro.

Bruno no parece sorprenderse por la pregunta. De algún modo, Patricia sospecha que la esperaba.

—No en aquel entonces. O puede que sí y no era consciente de ello. Lo cierto es que me dolió mucho su pérdida. Me afectó. Como si un pedazo de mí se hubiera ido con Kasia.

«Es una respuesta demasiado ambigua —piensa Patricia—. Estaba colado por ella y, por algún motivo, no lo reconoce».

—Bueno… Creo que es suficiente de momento, ¿verdad, Gabriel?

El inspector Somoza asiente y cierra su libreta.

—Lo primero que debemos hacer es averiguar quién vendió ese violín y empezar a tirar del hilo. Tal vez no nos lleve a ningún sitio. Pero antes es preciso hablar con la familia de Kasia. Según me ha informado Gabriel, tienes relación con ellos, Bruno. Dado que fuiste tú quien encontró el violín y tenemos que explicarles por qué reabrimos el caso, nos gustaría pedirte que nos acompañaras.

Bruno se pone en pie abruptamente y señala la puerta con un gesto.

—Después de ti.

4

La casa de la familia Nowak parece mostrar el estado de ánimo de sus habitantes. La pintura de la fachada se desprende en escamas. Las persianas permanecen a medio bajar, dejando entrever un interior sombrío y desalentador, como el aire que se respira antes de una tormenta. Gabriel lo percibe en cuanto pisa el porche: un jardín descuidado, trastos desperdigados por todos los rincones, muebles de madera podridos…

Bruno se adelanta. No necesita llamar. La madre de Kasia ya está abriendo la puerta antes de que él levante el puño. Tiene el rostro demacrado; parece que se lo hubieran exprimido lentamente durante los últimos siete años. Aun así, se esfuerza por esbozar una sonrisa triste al verlo.

—Hola, Bruno —dice con voz pausada—. Pasa, por favor. Hace frío hoy.

El padre aparece enseguida en el recibidor. Es más reservado, más seco. Su manera de mirar a Bruno deja claro que entre ambos ha surgido algún problema. Sus ojos, sin embargo, se clavan enseguida en los desconocidos que lo acompañan.

—¿Quiénes son? —pregunta sin molestarse en sonar cortés.

—Son inspectores de policía —responde Bruno con un gesto rápido—. Gabriel Somoza y Patricia Siles. Quieren hablar con

vosotros.

—¿Quieren hablar o han venido a remover mierda?

No le tiembla la voz, pero hay algo frágil detrás de la fachada que ese hombre muestra. Una fatiga muy antigua.

—Por favor, Dominic, cálmate. —La mujer posa una mano en el brazo de su marido—. Vamos a escucharlos.

—¿Escuchar qué, Anna? ¿Otra teoría absurda? ¿Otra pista que no lleva a ninguna parte? Le pedí a Bruno que lo dejara. Que nos dejara. Y aquí estamos de nuevo. Con policías en la puerta de casa.

—Señor Nowak —interviene Gabriel por primera vez. Habla con suavidad, si bien en tono firme. Sabe cuándo tiene que tomar cartas en el asunto y cuándo no—. No hemos venido a prometerles nada ni a darles esperanzas. Pero necesitamos hablar con ustedes porque hay algo que deben saber. Algo importante. No estamos aquí por una corazonada.

Un silencio. Miradas que se alternan antes de que se pronuncie la siguiente palabra.

El padre de Kasia se cruza de brazos. Clava los ojos en los de Gabriel durante un segundo que se alarga demasiado.

—Muy bien —responde al fin sin moverse—. Pero si esto es otra pérdida de tiempo, quiero que se marchen y no vuelvan jamás.

Gabriel asiente. No hay espacio para rodeos ni para mentiras. Entiende a ese hombre. Ahora más, después de descubrir la chapuza de investigación que se hizo en su día. Se avergüenza por ese tipo de situaciones. No es capaz de entender cómo alguien con la responsabilidad de un inspector de homicidios no cumple con su deber. Ya no se trata de ser extraordinario, sino de ejecutar una

serie de pasos simples e inamovibles, algo con lo que cualquier investigación debe contar. Solo que no fue así con Kasia.

Dominic Nowak se da la vuelta y Anna los invita a pasar.

El salón es un mausoleo.

Gabriel no necesita más que un vistazo para comprenderlo. Todo en esa estancia parece congelado en el tiempo, como si el propio aire evitara moverse por respeto. A un lado, encima de un mueble, la llama de una vela tiembla con delicadeza frente a una foto de Kasia. La niña sonríe desde el marco ignorando que ese retrato se convertirá en altar. Alrededor de la fotografía, una docena de flores marchitas reposa sobre una pequeña manta de encaje. Encima, colocados con sumo cuidado, hay objetos que claramente fueron suyos: una pulsera de cuentas, una cinta para el pelo, una nota doblada tantas veces que casi se ha roto por la mitad y, presidiéndolo todo, un gran retrato de la joven. Tiene los ojos verdes de su madre, pero la expresión serena y terca de su padre.

Gabriel se aclara la garganta. No quiere rodeos. No ha ido a reconfortar ni a remover el pasado. Ha ido a cumplir con un deber.

—Lamento irrumpir así en su casa —empieza con voz grave—, pero no estaríamos aquí si no creyésemos que es necesario. Hemos decidido reabrir el caso de su hija.

La madre de Kasia se estremece. El padre permanece inmóvil, las palabras parecen no surtir efecto en él.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —murmura Anna.

Gabriel no responde al instante. En su lugar, se inclina hacia la mesa de centro. Abre la cremallera de la bolsa negra que porta al hombro y la deposita con suavidad sobre el cristal, justo entre ellos.

Un gesto lento, deliberado. Cuando retira la mano, deja al descubierto parte del contenido.

—Porque hemos encontrado esto —dice.

El padre de Kasia se queda mirando la bolsa con curiosidad. Pasan unos segundos. Cuatro, cinco… Y entonces su expresión se fragmenta.

Se lanza hacia delante, abre la bolsa con un temblor exagerado en las manos y extrae el violín.

Sus dedos rozan la madera con sumo cuidado. Lo levanta despacio, lo observa deseando ver en él un mensaje oculto, una pista, algo que le ofrezca las respuestas que espera desde hace siete años.

—Es el suyo —susurra.

Mira a su esposa. Anna ya está llorando. Se tapa la boca con ambas manos y cae de rodillas frente al altar improvisado. Se pone a rezar en su lengua materna.

Dominic no tarda en seguirla.

Lloran. Lloran de una forma que hace que la habitación parezca más pequeña, más asfixiante. Gabriel se obliga a mantener la mirada fija en el suelo, en la grieta de una baldosa. Aprieta los puños con fuerza.

No puede con ese sonido. Ese dolor no debería existir. Lo sabe muy bien.

«Lo encontraré», piensa sin decirlo en voz alta.

Encontrará al culpable.

No descansará hasta hacerlo.

El coche se detiene frente a una tienda cuya fachada parece estar a punto de derrumbarse. Está encajada entre una peluquería de rótulos vistosos y un local vacío. El cartel, medio descolgado, ha vivido tiempos mejores. En él se lee: BUY & SELL.

Bruno es el primero en bajar del vehículo. Mira el local con una mezcla de incomodidad y resignación. Gabriel observa su reacción con atención y, antes de seguirlo, intercambia una mirada fugaz con Patricia.

La tienda tiene un pasillo angosto que acaba en una sala mayor. Está desordenada hasta el extremo, como si alguien hubiera arrojado el contenido de cinco casas abandonadas y luego se hubiera marchado sin molestarse en organizar nada. Hay sillas rotas apiladas contra la pared, lámparas de araña colgando del techo, relojes sin manecillas, cintas en VHS y discos de vinilo. En definitiva, pocas cosas aprovechables.

Bruno se detiene cerca de una vitrina que apenas se sostiene sobre sus patas astilladas.

—Estaba ahí —murmura, y señala con la barbilla un hueco entre una guitarra sin cuerdas y una caja de herramientas oxidada—. El violín. No tenía estuche.

—¿Qué hacías en una tienda como esta? —pregunta Gabriel.

—Precisamente, buscar el violín de Kasia. Tuve suerte, lo reconozco. Pero la suerte, al final, hay que saber encontrarla. Cuando Kasia desapareció, llevaba su violín con ella. Nunca se encontró. Teniendo en cuenta que es un objeto relativamente caro, no era descabellado pensar que quien lo tuviera podría verse en la tentación de venderlo. Por eso, desde hace tiempo, lo busco en este tipo de establecimientos.

Gabriel asiente sin apartar la vista del lugar. Imagina el instrumento allí, trata de visualizar la escena.

Desde el fondo del local emerge un hombre corpulento con camiseta de tirantes y un cigarro apagado entre los dedos. Su calva reluce bajo la única bombilla encendida, y su expresión es la de alguien que no espera nada bueno de la vida.

—¿Buscan algo en concreto? —pregunta sin molestarse en sonar amable.

Gabriel saca la placa y se la enseña con un movimiento pausado.

—Inspector Somoza. Investigamos un objeto que vendió hace unas semanas. Un violín. Este hombre —señala a Bruno— asegura que lo compró aquí.

El dependiente se encoge de hombros mostrando cierta indiferencia.

—Lo recuerdo. Yo se lo compré a un chaval joven, pero no lo conocía. ¿Qué pasa con ese violín?

—Necesito identificar a la persona que se lo vendió a usted. ¿Hace cuánto que ese chaval se lo trajo?

—Un par de semanas, más o menos. No sabría decir…

—¿Tiene cámaras de seguridad? —pregunta Gabriel, y levanta la vista para buscarlas entre tantos objetos.

El hombre se ríe, pero no es una risa real. Más bien un ruido áspero, como una tos disimulada.

—¿Aquí? No, qué va.

—¿Y registro de ventas? ¿Alguna nota, una factura, un albarán? —interviene Patricia.

—Nada de eso. Aquí todo es sencillo. Vienen, me venden algo a lo que pueda sacar partido y se van. Ese violín era caro y lo compré

barato.

Gabriel lo observa en silencio. Sabe reconocer la mentira, pero ese tipo no parece estar mintiendo.

—¿Recuerda algo más de ese chico? ¿Cómo vestía? ¿Algún acento? ¿Parecía nervioso?

El hombre se rasca la barriga pensativo.

—Sudadera gris, creo. No muy hablador. Estaba como… con prisa, sí. Pero no dijo nada raro. No sé, un tipo normal y corriente, o eso pensé.

Patricia, a un lado, se mantiene callada. Lo analiza, intenta descifrar si está siendo sincero. Bruno sigue inmóvil junto al hueco donde encontró el violín, parece pensativo.

Gabriel saca una tarjeta y se la entrega al dependiente.

—Por favor, si recuerda algo, llámeme.

Bruno Porta empuja la puerta de la tienda de artículos de segunda mano y sale a la calle. El sol lo golpea de frente, pero ni lo nota. Solo piensa en lo inútil que ha sido esa visita.

No debería haberse hecho ilusiones. Ya lo presentía. Ese lugar no iba a ofrecerle nada más que polvo, vitrinas mal iluminadas y un dependiente con poca memoria. Aun así, duele. Duele porque está acostumbrado a obtener respuestas, aunque sean mínimas. Duele porque ya no es él quien toma las decisiones. Está a merced de los inspectores.

Se cruza de brazos y mira a su alrededor. La calle huele a pan recién hecho. Un niño pasa corriendo riendo a carcajadas con un globo rojo, ajeno a las maldades presentes en el mundo.

Gabriel Somoza y Patricia Siles le imponen respeto —porque son buenos, de los mejores—, pero hay algo dentro de Bruno que se revuelve. El instinto. La costumbre de ir por libre. De seguir su propio olfato. En su cabeza ya ha trazado al menos cinco formas de conseguir la identidad del chico que vendió el violín. Algunas rozan lo ilegal. Otras no tanto.

Pero no da un solo paso. Sabe que su carácter puede salirle caro. Se gira hacia Gabriel, que revisa algo en su móvil, apoyado en una farola.

—¿Y ahora qué? —le pregunta sin ocultar del todo el fastidio que le arde en la voz.

Gabriel levanta la cabeza, se guarda el móvil en el bolsillo de la chaqueta y le lanza una mirada rápida y decidida.

—Ahora continuamos la inspectora y yo. Puedes marcharte a casa. Es posible que te necesite más adelante —dice—. Nosotros vamos a preguntar en los comercios cercanos, a ver si alguien recuerda al joven del violín. Con suerte, ese chico entró a alguna otra tienda y llamó la atención. Y hay que buscar cámaras de seguridad. Si lo tenemos en vídeo, aunque sea una imagen borrosa, ya contamos con un punto de partida.

Bruno asiente. No dice nada. Solo se mete las manos en los bolsillos y empieza a caminar hacia la parada de autobús después de despedirse, esforzándose por mantener la disciplina. No es lo habitual, pero esa vez está dispuesto a adaptarse.

Sabe que Gabriel Somoza no es como los otros agentes que han llevado el caso de Kasia Nowak. Puede confiar en él.

Esteban, el dueño de la tienda de artículos de segunda mano, se ha quedado solo. Lo incomoda el silencio que reina cuando la campanilla de la puerta deja de sonar y durante unos segundos permanece de pie, inmóvil, mirándola. Luego finge normalidad. Se sienta tras el mostrador, despliega el periódico y lo abre por una página cualquiera.

Pero no lee.

La tinta baila frente a sus ojos, sin sentido. Su mente está en otra parte. En la manera en que uno de sus visitantes —el del gesto serio, el que parecía no tragar con nada— lo miraba, como si pudiera ver a través de él. Le sudan las manos. Siente un picor en el pecho. Le falta el aire, aunque lo disimula bien.

¿En qué maldito momento compró ese violín?

Lentamente, aparta el periódico y echa un vistazo por el cristal del escaparate. Los tres siguen allí, hablando a media voz frente a su tienda. No puede oírlos, aunque tampoco le hace falta. El tono del interrogatorio ha sido suficiente para que sepa que no es una visita rutinaria. Algo buscan. Y no tardarán en volver si no lo encuentran.

La mujer se marcha hacia la derecha. Uno de los hombres cruza la calle. El otro se queda observando el entorno un instante, con las manos en los bolsillos, y luego también se aleja.

Es el momento.

Esteban saca el móvil del cajón, pulsa un número que conoce de memoria y se acerca el teléfono al oído. No hay saludo. No hay formalidades.

—Han venido a preguntar por el violín. No quiero problemas, así que pregunta a tu chica de dónde lo sacó.

5

Contar con Bruno agiliza mucho el proceso. Gabriel ha ido a recogerlo de nuevo para que lo acompañe en el siguiente paso. Además, tenerlo presente también ayudará a discernir si todo lo que dice es cierto. Aunque pueda parecerlo, la confianza del inspector Somoza nunca es absoluta.

Apaga el motor y el silencio se instala de inmediato en el interior del coche. Solo se oye el tictac pausado del intermitente, olvidado, hasta que lo acalla.

—¿Es aquí? —pregunta.

—Sí. Aquí es. Supongo que estará en casa. No es un hombre con una gran vida social.

La casa del antiguo profesor de Música se alza frente a ellos; una vivienda baja de fachada blanca y persianas verdes, igual que la mayoría en esa calle tranquila donde nunca pasa nada. O eso parece. Gabriel entrecierra los ojos. A veces, las casas más anodinas guardan las historias más retorcidas. Sin embargo, ese barrio de las afueras de La Nucía no ofrece esa sensación.

Bruno mira fijamente la entrada. No hay movimiento, solo una maceta caída en un rincón del porche y el sonido lejano de un cortacésped, insistente.

La mañana ha sido una pérdida de tiempo. Ni un testigo útil, ni una pista que valga la pena. Preguntaron en cada tienda, en cada cafetería, incluso en un estanco minúsculo con cierto encanto. Nadie recuerda haber visto a un chico con sudadera gris y un violín bajo el brazo. Nadie. Parece que aquel tipo hubiera atravesado la calle sin tocar el suelo.

Gabriel se masajea el puente de la nariz. Está cansado. No físicamente. Es el otro cansancio, el que no se quita durmiendo. El que se instala cuando la investigación empieza a parecer una caza de fantasmas. Su obsesión por abarcarlo todo está lastrando su salud, pero no le importa. Es justo lo que quiere.

Confía en haber encontrado un hilo del que tirar. Han localizado un par de cámaras de tráfico que cubren la zona: una en una esquina de la manzana adyacente, otra justo frente a un paso de peatones cercano. Si tienen suerte y el joven que vendió el violín tomó esa ruta, aparecerá en las grabaciones. Patricia ha vuelto a la comisaría para encargarse de ello. Es rápida y eficiente con los trámites.

Ahora Gabriel quiere continuar con otra pista sugerida por Bruno. El profesor de Música.

Echa un vistazo al retrovisor, un gesto instintivo al que recurre a menudo para vigilar la calle. Lanza una última mirada a la casa antes de volverse hacia Bruno. Fuera, el mundo sigue girando como si no pasara nada. Como si lo que están a punto de remover no llevase años pudriéndose bajo la superficie.

—Háblame de ese profesor antes de entrar —dice Gabriel sin rodeos—. ¿Qué tipo de hombre era?

Bruno tarda un segundo en contestar. Se rasca la barbilla mientras busca las palabras adecuadas. Al final, se encoge de hombros.

—Era peculiar. Muy peculiar —responde con una mueca que no es del todo sonrisa—. De esos que un día te suelta un insulto delante de toda la clase y al siguiente aparece con bombones para todos como si nada.

Gabriel arquea una ceja.

—¿Insultos?

—Sí —afirma Bruno—. Nos llamaba inútiles, mediocres, a veces hasta cosas peores. Pero lo decía con esa voz suave que tenía, casi con elegancia, como si fuera parte de una ópera. Lo hacía sonar menos grave de lo que era. Aun así, te aseguro que dolía igual. Cuando eres un adolescente no tienes los mecanismos de defensa que se forjan con el tiempo.

Gabriel asiente en silencio. Ha visto ese tipo de personajes antes. Encantadores para algunos, inestables para otros. Impredecibles.

—¿Y nadie se quejaba? —pregunta.

Bruno suelta una risa breve, seca.

—Supongo que estaba a punto de jubilarse y nadie quería problemas. Ni el director ni los padres. Ni siquiera los alumnos, si te soy sincero. Era más fácil dejarlo estar. Nadie lo tomaba muy en serio. Decían que era excéntrico y con eso lo justificaban. Una especie de artista bohemio, ya sabes. Pero había días… —Hace una pausa—. Había días que se largaba en mitad de la clase. Así, sin decir palabra. Cogía su abrigo, su maletín y desaparecía.

—¿Y luego volvía como si nada?

—A veces sí. Otras no lo veíamos hasta la semana siguiente. —Bruno carraspea—. Sí, ya lo sé. Muy normal todo —sentencia con ironía.

Gabriel entrelaza los dedos. Hay algo inquietante en todo eso. No solo en el comportamiento del profesor, sino en la forma en que los demás parecían aceptarlo. Esa dejadez que tanto le molesta.

—¿Y Kasia era la alumna favorita para este tipo de comportamientos?

Bruno mueve despacio la cabeza en señal de asentimiento.

—Con Kasia tenía fijación, sí —dice finalmente—. Y no de la buena. Por eso lo comenté. Parece que la gente tiende al olvido cuando ciertas desgracias suceden, pero yo no. No tengo esa facilidad.

Gabriel observa la expresión resignada de Bruno.

—Siempre se metía con ella —continúa él—. La castigaba por cualquier tontería. Recuerdo una vez que la agarró de la oreja. —Chasquea los dedos—. Así, sin más, en plena clase. La arrastró hasta el despacho del director. Todos se rieron. Todos menos ella, claro.

Gabriel se queda callado. Su instinto le dice que no es solo una anécdota más del pasado. Hay algo enterrado ahí. Algo que nadie quiso ver. O que vieron y prefirieron ignorar, pero tampoco puede confiar en el criterio de Bruno ciegamente. Intenta imaginarse a Kasia siendo humillada, quiere meterse en su piel y sentir lo que sintió ella. Solo así podrá llegar a comprender quién era Kasia y qué sentimientos despertaba en las personas a su alrededor.

—Y hay algo más —añade Bruno—. La semana en la que Kasia desapareció, Fabián Núñez, el profesor de Música, no fue al instituto.

Faltaba muy a menudo, por lo que nadie le dio importancia. Pero yo creo que sí la tiene.

—¿Has podido averiguar el motivo por el que faltó?

—El director me dijo en su momento que se había cogido unos días libres, pero, como ya te expliqué, a mí no me toman en serio.

Sin decir nada más, abre la puerta del coche.

—Vamos a ver qué tiene que contarnos ahora.

Bruno intenta mantenerse relajado, la mirada neutra, las manos cruzadas a la espalda. Su apariencia debe ser tranquila. Cordial, incluso, aunque por dentro le arda la sangre.

El profesor de Música está justo enfrente, más encorvado que en su recuerdo, con el rostro flácido y los ojos hundidos. No es ni la sombra de lo que fue. Aun así, algo persiste. Esa expresión apenas perceptible. Una malicia sutil y comedida que Bruno recuerda bien.

Lo odia. Lo detesta. Detesta a cualquiera que hiciera daño a Kasia. Y ese hombre —ese saco de huesos con voz suave y gestos amables— es uno de ellos.

No se lo ha mencionado a Gabriel. ¿Cómo hacerlo? Ya sospecha que al inspector Somoza empieza a costarle dar por buena cualquier palabra que salga de su boca. Además, es un recuerdo brumoso, infantil, distorsionado por el tiempo y la rabia. Pero lo recuerda. Recuerda pasar por esa misma calle, una tarde cualquiera, y ver a un grupo de niños correteando por ese jardín. Niños pequeños, de cinco o seis años. Uno de ellos tenía el mismo color de pelo que Kasia.

El profesor Fabián Núñez no tiene hijos. Eso lo comprobó años atrás. Solo un hermano en Valencia, con dos críos que podrían coincidir con esas edades. Pero no vive aquí ni ha vivido nunca. Entonces ¿quiénes eran esos niños?

Gabriel ha conseguido lo que Bruno llevaba tiempo esperando: una excusa para entrar. Para cruzar esa verja oxidada, pisar ese porche cubierto de musgo, ver el interior de esa casa y obtener respuesta a algunas preguntas incómodas. Por fin.

Después de que la puerta se abriera, ha aparecido un hombre de rostro alargado, pelo escaso y gafas de montura fina que cuelgan en equilibrio sobre una nariz puntiaguda. El hombre se ha quedado inmóvil. Sus ojos se posan en Bruno durante un segundo largo; parece que intenta ordenar en su memoria rostros ya desdibujados.

Bruno no dice nada. Espera.

Es Gabriel quien da el primer paso.

—Inspector Somoza —dice, y le muestra la placa—. Estamos investigando la desaparición de Kasia Nowak. ¿La recuerda?

El nombre hace que el profesor Núñez parpadee, apenas un segundo. Luego desvía la mirada hacia Bruno. Lo observa con más atención. Las piezas comienzan a encajar de forma lenta y algo torpe.

—Tú… Tú fuiste alumno mío, ¿verdad?

Bruno asiente sosteniéndole la mirada. Él también ha cambiado. Mucho, de hecho. Ya no es ese adolescente tímido a quien nadie dedicaba su tiempo. Ahora cuenta con una serie de habilidades que le permiten no sentirse inferior. De algún modo, espera tener la oportunidad de demostrárselo.

—Bruno Porta —dice, y se obliga a sonreír—. Tuve clases contigo durante un par de cursos.

Ha decidido tutearlo. Normalmente no lo haría. Pero si ese hombre se ha tomado la licencia de tutearle primero, él no se rebajará.

El rostro del profesor se ilumina con una especie de alivio.

—Claro. Ya me acuerdo. Has cambiado mucho. ¿Eres policía?

—Solo estoy colaborando con el inspector Somoza —aclara Bruno —. No soy policía.

Fabián Núñez tarda un instante más en reaccionar. Luego da un paso atrás y abre del todo la puerta.

—Pasad. Si se trata de Kasia… Bueno, sí, claro. Entrad.

La voz del profesor suena más apagada ahora. El nombre de la chica ha traído consigo una corriente de aire frío. Bruno cruza la puerta con decisión. Gabriel lo sigue.

La casa es sorprendentemente luminosa. El sol entra a raudales por los ventanales del salón y se refleja en las superficies de madera clara y en los marcos de fotografías familiares en los que Bruno se fija en busca de alguna pista. Es la casa de un anciano solitario.

Bruno se detiene un instante al pasar junto al violonchelo que descansa sobre su soporte, en una esquina cerca de la estantería. El instrumento tiene una gruesa capa de polvo. No se ha usado en años. Un objeto venerado más que utilizado.

Se acomodan en un sofá de líneas sencillas. El profesor Núñez se sienta en un sillón individual con las manos entrelazadas sobre las rodillas. Sus ojos van de Gabriel a Bruno, y cuando habla lo hace sin rodeos.

—¿Se sabe algo de Kasia? ¿Han descubierto qué le pasó? —pregunta con la voz quebrada por una tensión que no parece fingida —. Lo he pasado muy mal desde entonces. Nunca volví a ser el mismo.

Gabriel saca un cuaderno del bolsillo interior de su chaqueta. Abre la tapa con calma y se toma un segundo antes de contestar.

—Estamos reabriendo el caso. Contamos con nueva información.

Fabián asiente con vehemencia, como si no tuviera claro si eso es una buena o una mala noticia.

—Queremos saber qué recuerda del día en que desapareció —añade Gabriel—. ¿Dónde estaba usted y qué hacía?

La pregunta parece coger al profesor por sorpresa. La preocupación se vislumbra ahora en su rostro.

—No estaba en la ciudad. Esa semana fui a Valencia, a casa de mi hermano. Él vive allí desde hace años.

Gabriel anota algo sin levantar la vista.

—¿Tiene más hermanos?

—No. Solo él. Mauricio.

El bolígrafo raspa la hoja con un sonido firme.

—¿Qué día se fue a Valencia, profesor? ¿Lo recuerda?

Fabián niega con la cabeza, y el pellejo de su papada oscila de un lado a otro.

—No lo recuerdo. Todo eso está muy borroso. Ha pasado mucho tiempo.

—Se había pedido unos días para visitar a su hermano, ¿es correcto?

—Sí.

—¿Por algún motivo en especial? —inquiere Gabriel.

—Verá… Yo tuve un problema estando en Valencia. Resulta que me di un golpe en la cabeza al salir de la ducha y sufrí amnesia retrógrada, con lo que todos esos recuerdos los tengo muy difuminados.

Gabriel lanza una mirada rápida a Bruno. Quiere saber si estaba al tanto de lo que el anciano acaba de decir. Bruno le devuelve la mirada y se encoge de hombros.

—Entiendo que le atendieron en un hospital —apunta Somoza con el bolígrafo preparado para escribir el nombre del centro.

—No, no. Mi hermano es técnico de laboratorio. Él me ayudó. Me dijo que había sido un golpe, pero que, si no sentía náuseas ni tenía sueño, no debía preocuparme.

—Eso lo recuerdas muy bien. ¡Qué curioso! —comenta Bruno.

El profesor lo mira de soslayo, pero no contesta.

Gabriel le hace un gesto con la mano a Bruno indicándole que se mantenga al margen.

—O sea, que está usted diciendo que sufrió un golpe que le hizo perder la memoria, doy por sentado que también quedó inconsciente, y que decidió no acudir al hospital porque su hermano se lo sugirió, ¿es eso? —recapitula Gabriel.

—Así es —contesta Fabián.

Gabriel arquea las cejas. No puede ocultar su asombro.

—Voy a necesitar el contacto de su hermano, señor Núñez.

Fabián se levanta con rapidez en busca de su móvil. Gabriel levanta la palma de la mano para que se detenga.

—Después. Ahora hábleme de su relación con Kasia. ¿Se llevaban bien? —pregunta sin levantar el tono.

—Sí. Teníamos una buena relación. Como con todos mis alumnos. Kasia era… aplicada. Reservada, sí, pero educada. Nunca hubo ningún problema.

Bruno lo mira en silencio. Siente que algo se le revuelve por dentro. No por lo que el profesor Núñez dice, sino por cómo lo dice. Con una facilidad que no encaja con los recuerdos que guarda. No puede evitarlo.

—Eso no es cierto —suelta en voz baja pero firme—. Tú la tratabas mal. La castigabas a menudo, sin motivo. ¿Por qué eras así con ella?

Fabián se gira hacia él con un movimiento brusco. Su expresión cambia. Ya no es el profesor arrepentido, sino el hombre a la defensiva, el que se atrinchera detrás de su autoridad.

—Tú no eres policía. No tengo por qué responderte.

—Yo sí soy policía —interviene Gabriel sin dejar espacio al silencio —. Y le hago la misma pregunta.

Fabián aprieta los labios. Mira a Bruno un instante más, con una mezcla de desdén y tensión. Luego se vuelve hacia Gabriel.

—Yo no era duro con Kasia. Si alguna vez consideré que debía ser sancionada, la llevé al despacho del director. Era él quien decidía los castigos, no yo.

Pero hay algo en la forma en que lo dice, en cómo sus ojos esquivan los del inspector, que hace que Bruno sienta un viejo nudo en el estómago. Uno que conoce bien.

Gabriel, por su parte, no reacciona. Solo baja la mirada al cuaderno y anota algo más.

Bruno observa al profesor con disimulo. Fabián se ha colocado al borde del sillón con las manos unidas, como si estuviera rezando.

Hay algo en su voz que no termina de encajar, algo demasiado pulido, demasiado artificial. Le agrada, en cierto modo, ver cómo han cambiado las tornas y ahora las personas que eludieron preguntas incómodas se enfrentan a ellas. Es una especie de justicia divina que le resulta muy placentera.

—¿Se enteró de la desaparición de Kasia durante su estancia en Valencia? —pregunta Gabriel sin rodeos. Su tono es neutro, pero Bruno sabe que detrás de esa calma se esconde la tensión de quien ha empezado a atar cabos.

Fabián asiente con fuerza, casi agradecido de poder hablar.

—Sí, claro. Me enteré por la prensa. Fue un shock. En cuanto lo leí, cogí el coche y vine para acá. Sentía que debía estar aquí.

—¿Cuánto tiempo había pasado desde el golpe que le hizo perder el conocimiento hasta que decidió coger el coche y conducir, usted solo, dos horas? —pregunta Gabriel en un tono afilado.

—No lo recuerdo.

—No me queda claro —insiste Gabriel—. La pérdida de memoria es anterior al golpe. Es decir, que lo que pasó después no lo ha olvidado, ¿verdad?

—Eso es —afirma el profesor en voz baja.

—¿Y el golpe fue antes de enterarse por la prensa de que Kasia había desaparecido?

Fabián asiente. Gabriel hace una pausa.

—Entonces le sugiero que se esfuerce en recordar.

El silencio que sigue es demasiado largo para Bruno y decide tensar un poco más la cuerda.

—Dices que viniste a La Nucía en cuanto te enteraste de lo de Kasia… Pues no recuerdo haberte visto durante las batidas. Ni en los

primeros días, siquiera.

Fabián se gira hacia él, desconcertado. No esperaba que le llevaran la contraria. Bruno no aparta la mirada.

—¿Qué día exacto regresó al pueblo, señor Núñez? —interviene Gabriel, más directo ahora.

—El viernes —responde el anciano tras una breve pausa—. Me quedé en Valencia hasta el viernes. Regresé para el fin de semana.

Bruno levanta la cabeza, sorprendido. Gabriel también. No hace falta decirlo en voz alta: Kasia desapareció un miércoles.

Fabián lo nota. Se remueve en la silla, se pasa una mano por el cuello.

—Mi hermano… —empieza—. Estaba pasando por una mala época. No podía dejarlo solo. Intenté venir antes, de verdad, pero no era tan sencillo.

Bruno lo observa en silencio. No hay rabia en sus ojos, solo una sospecha que crece muy despacio, como una mancha de humedad. Porque no es lo que dice Fabián. Es la forma en que lo dice.

Y lo que no dice.

Gabriel se apoya en el respaldo del asiento con la mirada fija en el parabrisas sucio. Bruno, a su lado, no dice nada. Solo tamborilea suavemente con los dedos sobre el muslo. Lo más probable es que esté pensando, al igual que él.

No le molesta su presencia. De hecho, le sorprende no sentir esa incomodidad habitual que le provoca estar con alguien demasiado tiempo. Bruno no le llena el aire con palabras innecesarias, no siente

esa necesidad insoportable de colmar los silencios. Gabriel lo agradece. Pero debe ser tajante y marcarle los límites.

—No puedes tomar partido de esa manera en los interrogatorios, Bruno —dice—. He decidido que me acompañes porque ver una cara conocida suele hacer que las personas a las que interrogo se sientan más cómodas. Pero no puedes ni debes participar.

—Lo sé. Lo siento. A partir de ahora me controlaré —contesta Bruno, y asiente. Ya imaginaba que Gabriel iba a reprenderlo.

El silencio se alarga. Al cabo de unos segundos, Gabriel lo rompe.

—No me gusta ese tipo —dice con voz grave—. La historieta de la amnesia no se sostiene. ¿No recuerdas haberlo visto en ningún momento durante esos días?

—Apostaría a que no —contesta Bruno—, pero no estoy completamente seguro. Lo que tampoco recuerdo es verle marcas de un golpe en la cabeza o algo parecido.

Gabriel entrecierra los ojos. Podría haber algo más. Algo que nadie se ha molestado en desenterrar. Tendrá que investigarlo.

—Debo saber más sobre ese viejo profesor. Es muy difícil, por no decir imposible, obtener registros de geolocalización de su móvil en 2014, pero pediré a Patricia que localice al hermano, el tal Mauricio. Seguramente encontremos el agujero de su coartada. Mientras tanto, necesito hablar con alguien que trabajara con Fabián Muñoz en esa época. Creo que nos será útil.

—El único que sigue en el instituto es el director —dice Bruno sin dudar—. Víctor Fábregas.

Gabriel asiente despacio.

—Entonces iremos a verlo mañana por la mañana —afirma al tiempo que pone el motor en marcha—. Es tarde y tengo que volver

a la comisaría. Te llevo a tu casa.

6

Patricia Siles lleva más de dos horas sin moverse de su silla. La pantalla del ordenador parpadea frente a ella, devolviéndole imágenes grises, repetitivas, casi hipnóticas. Personas que van y vienen. Sombras que cruzan la acera. Coches que pasan sin detenerse. Pero de lo importante, nada. Absolutamente nada.

El despacho está en silencio salvo por el zumbido del ventilador del ordenador y el tictac agudo del reloj de pared que alguien colgó hace años y que, a estas alturas, solo sirve para recordarle cuántos minutos está perdiendo.

Le habría gustado contar con ayuda. Un par de agentes que revisaran vídeos en paralelo y podría haber terminado con eso en una o dos horas. Pero no. El comisario fue tajante: no se destinan más efectivos a un caso cerrado de 2014. Así que ahí está. Sola. Sintiendo que sería mucho más útil en cualquier otra tarea.

«Por supuesto que ninguna cámara apunta directamente a la tienda —piensa con irritación mientras adelanta el metraje—. Eso sería demasiado fácil».

Estira el cuello, que le cruje como si llevara días sin moverse. Se frota los párpados con los nudillos, y los abre y los cierra varias veces. Tiene los ojos secos, la vista borrosa; parece que le hubieran echado arena.

Se levanta para prepararse un café. Instantáneo, claro. Malo pero funcional. Mientras el agua se calienta en el microondas de la sala común, piensa en su siguiente paso: una cámara instalada en la oficina de Correos, al otro lado de la calle en la que se ubica la tienda donde se encontró el violín de Kasia. No apunta hacia la tienda, pero desde ese ángulo, quizá…

Regresa al escritorio con la taza en la mano. El café huele más a plástico que a café. Le da un sorbo de todas formas, consciente de que su estómago sufrirá las consecuencias. Reproduce el vídeo. Al principio, nada nuevo. Personas que entran y salen de la oficina. El reflejo del tráfico en los cristales. Un perro atado a una farola.

Avanza. Se detiene cada vez que alguien entra en plano. Examina bolsos, mochilas, cualquier cosa que pudiera servir para transportar un violín.

Y entonces lo ve.

Una figura. Hombre, probablemente. Camina rápido y con la cabeza gacha. Lleva gafas de sol, aunque el día está nublado. Viste con una sudadera gris, sin logotipos ni detalles visibles. Pasa por delante de la oficina y, por un segundo —uno solo—, al girar hacia la tienda de segunda mano queda al descubierto lo que cuelga de su hombro.

Patricia detiene el vídeo de inmediato. Retrocede. Pulsa la barra espaciadora. Fotograma a fotograma. Sus ojos se clavan en la imagen.

Allí está.

La forma es inconfundible: curvada, elegante, recortada contra la silueta de ese hombre. El perfil de un violín.

Se inclina hacia la pantalla. Trata de enfocar. El rostro del hombre apenas se ve. Solo un lado de la cara cubierto en parte por el pelo y esas malditas gafas de sol. Ni una marca. Ni una seña particular.

Pero lo que lleva en el hombro basta.

—Te tengo —murmura, apenas audible, con una media sonrisa.

Algo es algo. No es una prueba. No todavía, pero podría serlo.

Una mujer está sentada en su vieja silla de mimbre, esa que cruje con cada movimiento. Tiene la mirada fija en la fotografía que sostiene entre los dedos huesudos, secos y descamados. La observa como si pudiera extraer de ella una respuesta que aún no ha llegado. O quizá como si esperara que la imagen cobrara vida y le dijera lo que debe hacer.

No oye la puerta al abrirse. O quizá la oye, pero finge que no. Ya no está segura de lo que ignora adrede y lo que simplemente olvida. Solo siente una sacudida en el pecho cuando la voz grave de él irrumpe en la estancia.

—¿Qué tienes ahí?

Intenta esconder la foto con un gesto torpe llevándola hacia su regazo, pero es tarde. El hombre ya la ha visto. Camina hacia ella con paso rápido, enojado. No grita, no necesita hacerlo. El modo en que se mueve ya lleva implícita la amenaza.

—Dámela —dice, y antes de que ella pueda reaccionar, se la arranca de las manos.

Sus dedos se quedan suspendidos en el aire, temblorosos, igual que si sujetase algo invisible. Él mira la foto. No por mucho tiempo. Solo un segundo. Lo suficiente. Luego levanta la vista hacia ella.

—¿Otra vez?

Las palabras le caen encima a la mujer como una losa. Se encoge y se echa a llorar. La silla cruje con su llanto, un sollozo que le nace en la garganta y le sacude los hombros.

—Tienes que olvidarte de eso —dice él sin suavidad—. Hay que dejar esa parte enterrada.

Ella alza la cabeza. El rostro demacrado, los ojos hinchados. Ha pasado años tragándose lo que piensa, pero hoy, por fin, lo dice.

—Irás a la cárcel —susurra, y cada sílaba le cuesta lo mismo que si estuviera escupiendo cristales.

El hombre aprieta la mandíbula. Mira la fotografía una vez más, después se la guarda en el bolsillo, despacio.

—Puede que sí —dice con frialdad—. Pero te recuerdo que tú también.

La mujer se queda sin aire. Lo sabe. Siempre lo ha sabido. La culpa no es un visitante, vive en ella. Se sienta a su mesa. Duerme en su cama. Lleva su apellido.

Él se da la vuelta sin decir nada más. Cruza la estancia y sale sin molestarse en dar un portazo. No hace falta.

La mujer se queda sola con su temblor, su silencio y una silla que parece cada día más frágil. Como ella.

7

A primera hora de la mañana siguiente, Gabriel mantiene el coche en marcha mientras observa la verja metálica del instituto. El motor de su viejo coche empieza a dar señales de acercarse a su final.

A su lado, Bruno Porta guarda silencio mirando por la ventanilla el lugar donde coincidió con Kasia años atrás. Su expresión es tensa.

Gabriel desbloquea el móvil y abre la imagen. La amplía con dos dedos, concentrado. El rostro borroso de un hombre de perfil, oculto tras unas gafas de sol oscuras, se muestra desde el otro lado de la pantalla. Podría ser cualquiera. Podría no ser nadie. Aun así, hay algo en la postura del sujeto, en la curva de su mandíbula o en la forma en que inclina la cabeza que despierta una incomodidad difícil de explicar.

—Aquí está —dice, y gira el móvil hacia Bruno—. Esta es la imagen procesada, lo mejor que Patricia ha podido conseguir; la cámara no era muy buena.

El joven lo toma con cuidado, estudia la imagen con detenimiento apretando los labios.

—No lo reconozco —admite al cabo de un momento—. Pero con esa calidad podría ser mi primo y no reconocerlo, no sé.

Gabriel recupera el móvil sin decir nada. Está de acuerdo. La foto es casi inútil, pero no del todo. A veces, una imagen así basta para

agitar la memoria de alguien. Una vecina, un dependiente, alguien que reparara en algo sin ser consciente.

—Creo que sería buena idea volver al barrio —comenta—. Hablar con la gente. Es posible que alguien viera algo.

Bruno no contesta; esa decisión no le corresponde a él.

—Sí. Pasaremos por allí después —añade Gabriel—. Además, quiero que hablemos con la policía municipal. Suelen conocer a los delincuentes habituales; podría servir. Y también quiero volver a la tienda de artículos de segunda mano; tal vez el dueño sí lo reconozca ahora.

Hace una pausa. Observa a través del parabrisas el edificio grisáceo del instituto, tan anodino como una caja de zapatos. El cartel junto a la entrada luce letras desgastadas, y en el patio algunos adolescentes matan el tiempo antes de entrar en el aula.

—Pero ahora —dice finalmente— quiero hablar con el director. Cuéntame todo lo que sepas de él.

—Su historia es triste —dice Bruno con la vista clavada en el edificio del instituto.

Gabriel se limita a observarlo de reojo, nota que se remueve en el asiento, incómodo; sabe que lo que le va a contar no es agradable.

—Víctor Fábregas —continúa Bruno—. Es distinto. Muy querido en La Nucía. Un tipo peculiar, sí, pero de los buenos. De esos que uno respeta, aunque no siempre entienda. No comparto muchas de sus ideas, la verdad, pero lo admiro. De lo poco salvable que queda en ese instituto.

Gabriel frunce levemente el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A que la mayoría de los profesores hacen lo justo para sobrevivir al curso —responde Bruno con una sonrisa amarga—. Fábregas no. Él se implica. Se le nota. Siempre tiene tiempo para escuchar, y no solo a los alumnos. A cualquiera. Es de los pocos que quisieron hablar conmigo cuando empecé a investigar a fondo la desaparición de Kasia. Pero arrastra una historia pesada.

Gabriel lo mira, esperando.

—Hace unos años, su mujer estaba embarazada. Ambos eran naturalistas convencidos. Habían decidido que el bebé naciera en casa con una matrona del pueblo, una chica joven que dirigía esa clase de partos. Ya lo había hecho otras veces, pero, en aquella ocasión, se complicó. —Bruno traga saliva, más afectado de lo que pretende demostrar—. El parto se torció y la mujer de Fábregas murió. Cuando llegó la ambulancia era tarde. Demasiado. En cualquier caso, no conozco muchos detalles. Ya sabes cómo son este tipo de historias en un pueblo tan pequeño como La Nucía. Cada uno cuenta una versión diferente, aunque el resultado es el mismo en todas.

Gabriel asiente despacio. No dice nada. Le cuesta imaginar esa escena: una casa silenciosa, una vida escapándose gota a gota mientras el reloj sigue avanzando. Entiende esa clase de dolor. No necesita más detalles.

—El niño sobrevivió —añade Bruno—. Pero desde entonces, él ya no es el mismo. Es amable e intenta parecer el de siempre, solo que no lo es, ni por asomo. Más silencioso. Creo que se siente culpable. Verlo pasear con ese niño por la calle no deja de ser un recordatorio de lo que pasó.

Gabriel desvía la mirada hacia el portón del instituto. El cielo comienza a nublarse.

—¿Tuviste trato con él? —pregunta.

—Claro. Mucho. Yo era un buen alumno y él me apoyaba —responde Bruno esbozando una sonrisa que no le llega a los ojos—. Fue él quien insistió para que representase al instituto en unas olimpiadas de matemáticas que luego gané.

Gabriel gira la cabeza lentamente.

—¿Qué tal actuó cuando Kasia desapareció? —pregunta.

Bruno levanta las cejas.

—Bien, supongo. Participó en su búsqueda —dice bajando la voz —. Se le veía destrozado. Desde entonces, organiza todos los años un acto en el patio del instituto. Pancartas, velas, entrevistas con la prensa local. Hace lo imposible para que la gente no olvide, pero ha sido inútil a pesar de las buenas intenciones.

Gabriel vuelve a mirar la verja del centro. Intuye al hombre antes de conocerlo: mirada cansada, ojeras, piel cetrina. Un hombre que vive con una culpa que no puede expiar, ni con actos simbólicos ni con discursos esperanzadores. Eso le trae recuerdos.

—Vamos a conocerlo —dice al fin, y abre la puerta del coche.

Bruno va tras él en silencio. Ambos cruzan la calle por la que hace años Kasia caminaba ajena a su destino.

Bruno se siente observado mientras atraviesa el patio del instituto. Algunos adolescentes, sentados en bancos metálicos o apoyados en las paredes, interrumpen su almuerzo para seguir con la mirada a los dos hombres que acaban de cruzar la verja. No hace mucho, él

era uno de esos adolescentes. La gente suele decir que daría lo que fuera por ser joven eternamente y vivir ajeno a las complicaciones de la vida adulta. Solo que en su caso no es así. No guarda un buen recuerdo de aquella época.

Al llegar a la puerta principal, Gabriel pulsa el timbre sin decir nada. Un pitido breve. La puerta se desbloquea y acceden al interior.

La recepción es amplia, está mal iluminada y tiene cierto aire decadente. Detrás del mostrador, una mujer rebusca algo, agachada, en una caja de cartón abierta. El crujido del papel burbuja acompaña el silencio de la sala.

—Buenos días —dice Gabriel con voz firme pero educada.

La mujer se endereza con un suspiro breve, se gira y, de repente, se queda inmóvil. Es evidente que no esperaba esa visita; parece desconcertada. Sus ojos se clavan en Bruno. Él, por su parte, la ha reconocido al instante.

—¿Tú? —dice ella en un tono hostil—. ¿Qué haces aquí?

No contaba con encontrársela. No ahí. Le prometió a Gabriel que no se involucraría tanto en la investigación. Debe mantener la compostura.

—Acompaño al inspector Somoza —responde evitando la mirada de la mujer por un segundo—. Quiere ver al director.

Ella cruza los brazos y adopta una postura desafiante. Boca cerrada, labios apretados. La expresión de quien no tiene intención de facilitar nada.

—¿De qué se trata? —pregunta sin apartar los ojos de Bruno.

Entonces Gabriel da un paso al frente; ha percibido la tensión.

—Estamos investigando la desaparición de Kasia Nowak —dice con calma.

Un segundo de silencio. Luego, los ojos de la mujer pasan de Bruno a Gabriel, y de nuevo a Bruno. Algo se rompe en su mirada. No de tristeza. De ira contenida.

Bruno no se mueve. Le encantaría empezar a hablar y dejarla en evidencia. Sería fácil. Muy fácil. Pero lo cortés no quita lo valiente.

—¿Y usted es…? —pregunta la conserje.

Gabriel se lleva la mano al interior del abrigo y saca la placa de policía.

—Como le ha dicho él, soy el inspector Gabriel Somoza. Le repito que queremos hablar con el director por un tema relacionado con la desaparición de Kasia Nowak.

—Eso fue hace muchos años —contesta ella.

—Soy consciente de eso. ¿Quién es usted?

La mujer parece ir perdiendo valentía ante la contundencia de Gabriel.

—Yo… Me llamo Celia. Trabajo en la recepción.

Gabriel se guarda la placa con un movimiento lento mientras utiliza el silencio y desvía la mirada hacia Bruno. Sabe que hay algo más y parece interesado en averiguar de qué se trata. Tal vez sea su manera de contrastar la información.

—Celia iba con Kasia y conmigo al instituto —informa Bruno—. No se llevaba muy bien con Kasia, como tantos otros, pero lo suyo iba un paso más allá, ¿verdad, Celia?

Ella explota sin previo aviso.

—¡Tú no eres policía! —grita, y lo señala con un dedo que tiembla ligeramente—. ¡Lárgate de aquí ahora mismo! ¡Deja de meter las narices donde no te llaman!

Bruno no pestañea. La mira con calma. Y entonces esboza una media sonrisa. Justo la reacción que esperaba. Justo lo que quería provocar.

Una demostración gratuita del carácter de Celia. Una muestra en vivo y en directo para Somoza. Su pequeña carta de presentación, que ha sido extraordinariamente fácil de conseguir.

—Tranquilízate —dice con voz baja, casi conciliadora, aunque sin un gramo de verdadero interés en calmarla—. Nadie te ataca. Solo estoy ayudando al inspector. Me ha parecido relevante que supiera que tú y Kasia no os llevabais bien. Al fin y al cabo, aquella pelea entre vosotras fue en el patio del instituto. Lo vio todo el mundo, ¿no?

La mención reaviva algo en los ojos de Celia. Se remanga el jersey, dejando ver varios tatuajes dignos de un pasado diferente. Se cruza de brazos mientras mueve sin parar los dedos, de uñas largas.

—Eres un miserable. ¡Llevas años molestando a todos con lo de Kasia cuando solo te importa a ti! —grita más fuerte aún, tanto que una profesora que cruza el pasillo se detiene a mirar, desconcertada —. ¡Y el director no está! —exclama girándose hacia Somoza—. Está en su casa, enfermo. Si quiere algo, vaya a buscarlo allí.

Gabriel respira hondo. Da un paso más y se apoya levemente en el mostrador sin perder el control.

—Mire —dice con serenidad gélida—, a mí también me importa lo de Kasia. No voy a interrogarla aquí para no ponerla en evidencia delante de los alumnos ni del personal. Pero le aconsejo que empiece a calmarse. Hablaremos en otro momento.

Celia lo fulmina con la mirada respirando agitadamente. Bruno la observa en silencio. El caos que ha sembrado se ha desplegado solo.

Sin esfuerzo.

Y eso siempre le ha dado cierto placer.

8

Patricia Siles camina por la avenida con paso firme, el abrigo medio abierto, dejando que el aire salado de Benidorm le golpee la cara. De nuevo aquí. Esta vez sola. No es lo ideal, pero, después de la llamada de Gabriel —y la frustración en su voz al contarle que el director del instituto no se ha presentado hoy y que han tenido que ir a buscarlo a su casa—, ha decidido adelantarse.

Siempre lo hace. Siempre va un paso por delante.

La tienda de artículos de segunda mano donde apareció el violín de Kasia está a unos metros. Guarda en el bolsillo interior la impresión arrugada de la foto borrosa del sospechoso. No es una imagen clara, pero a veces basta una silueta, un gesto, una prenda concreta para despertar una memoria dormida.

No quiere que se le pase nada. Por eso ha estado investigando al dueño de la tienda. Asegura que le vendieron el violín y su historia cuadra después de ver en la grabación de la cámara de seguridad a un sospechoso que coincide con la descripción que hizo el hombre. Sin embargo, no conviene dejar ningún cabo suelto, así que Patricia ha estado repasando sus antecedentes.

Nada.

Resulta que es un hombre normal y corriente. O, al menos, eso sugiere su historial.

A su alrededor, hay una multitud de comercios abiertos cuyos trabajadores podrían ser muy útiles en la investigación. Tendrá que entrar en todos ellos. Preguntar. Mostrar la foto. Son demasiados para una sola persona, pero se ha tomado una pequeña licencia.

Ha contactado con la policía municipal.

Un par de agentes de uniforme, jóvenes y dispuestos, la esperan al final de la calle. Nadie debe saberlo, quien menos el comisario. No hay un protocolo oficial ni una orden firmada, pero ser la jefa del Grupo de Homicidios tiene sus ventajas. Y si alguien cuestiona su método, que lo hagan cuando el caso esté resuelto.

No es la única ayuda que ha requerido. Sin que nadie más lo supiera, ha solicitado a dos agentes con los que tiene confianza que comprueben la coartada de Fabián Núñez, como Gabriel le pidió. Espera tener noticias pronto y que el comisario Muñiz no se entere.

Detiene el paso frente a la tienda de segunda mano. Empuja la puerta y entra.

El tintineo de la campanilla suena hueco. Detrás del mostrador, continúa el mismo hombre, que le clava la mirada después de reconocerla, expectante.

—Buenos días —dice Patricia, y saca con cuidado la foto del bolsillo—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

El hombre se encoge de hombros.

—Sí. Claro.

—¿Es él? —Patricia le muestra la imagen impresa—. ¿Es este el joven que le vendió el violín?

El hombre sostiene la foto. Patricia se fija en cómo le tiemblan las manos. Tarda unos segundos en levantar la vista del papel y asentir con la cabeza.

—Sí. Es él. Pero, como le dije, no lo conozco. Era la primera vez que lo veía.

—Me lo imaginaba. —Patricia guarda de nuevo la foto—. Si vuelve a verlo, llámeme de inmediato —ordena, y sale de la tienda.

La búsqueda se alarga más de lo previsto.

Los agentes de la policía local se han dispersado por la zona. Uno pregunta en el supermercado que hace esquina; el otro, en los bares, que empiezan a llenarse de jubilados atendidos por camareros sudorosos. Mientras tanto, la inspectora Siles recorre los comercios con determinación, aunque el cansancio y la escasa confianza en encontrar algo útil empiezan a calarla hasta los huesos. Una panadería, un estanco, una perfumería donde la dependienta no deja de mirarla con recelo. Patricia se detiene incluso frente a una marquesina y enseña la foto a dos mujeres mayores que esperan el paso del autobús. Nada. Ni una reacción. Ni un destello de reconocimiento.

Piensa que todo eso es inútil. Que no va a sacar nada. Pero justo cuando se da la vuelta para alejarse de la parada, ve venir al agente más joven, el del bigote incipiente, acompañado de una mujer que parece salida de otro mundo.

Es joven, pero su piel apagada y sus ojos hundidos le echan años encima. Va envuelta en una chaqueta tres tallas más grande, el pelo apelmazado, las uñas negras de mugre. Huele tan mal que Patricia lo percibe incluso a tres pasos de distancia.

—La conocemos bien —dice el agente bajando la voz mientras se acerca—. Pide limosna en un semáforo. Afirma que sabe quién es el hombre de la foto.

Patricia tuerce los labios, contiene un suspiro. La mujer alza la cabeza con una expresión que mezcla desconfianza y necesidad.

—Sí—afirma con voz áspera—. De todos modos, no os contaré nada si no me dais algo. Solo un detalle, una propina. Lo que sea.

Patricia arquea las cejas. Rebusca en los bolsillos, pero no lleva nada en efectivo. Mira a los agentes, incómoda. El más veterano saca un billete arrugado de veinte euros y lo deja caer en la mano de la mujer, que lo aprieta con rapidez y se lo guarda en lo más profundo del abrigo.

—Ese tío trapichea en el callejón de los atracadores —dice bajando la voz como si alguien escuchara—. Se llama Damián. Lo he visto por allí muchas noches.

—¿Apellido? —pregunta Patricia con el bloc de notas ya en la mano.

—No lo sé. —La mujer se encoge de hombros—. Nadie le llama por el apellido. Pero, si lo buscáis, lo encontraréis allí. Casi cada noche.

Patricia asiente, aunque algo en su interior se resiste a entusiasmarse demasiado. Sabe que muchas veces esas pistas se evaporan en cuanto cae la noche por la ínfima credibilidad de los testigos. Pero tendrá que probar.

Esa noche no volverá a casa. Se quedará en Benidorm.

La casa del director parece sacada de una revista de arquitectura: fachada blanca, líneas sencillas, ventanales amplios y un jardín tan cuidado que uno duda si alguien vive realmente allí o si es solo un decorado. Rosales en flor, setos recortados al milímetro, un pequeño

sendero de piedra que conduce a la puerta principal. Todo está en su sitio. Demasiado en su sitio.

—Menudo chalet —apunta Gabriel—. ¿Se me escapa algo o ser director de instituto está mejor pagado de lo que pensaba?

—La familia de su mujer tenía dinero —contesta Bruno.

—¿Tenía?

—Ya no queda nadie de esa familia. Fidela, la mujer de Víctor, el director, falleció durante el parto de Yago, que ahora es el heredero. El padre de Fidela, Sebastián Salas, tenía una empresa de alimentación para mascotas. Vendían, sobre todo, comida para perros. Bueno, aún la venden. Solo que Víctor y su mujer decidieron desprenderse de la empresa cuando Sebastián murió.

—¿Hace mucho que falleció?

—Fue el mismo año en que Kasia desapareció. Un par de meses antes. Era un hombre muy activo para su edad. Hacía rutas de senderismo él solo todos los domingos. Se despertaba a primera hora de la mañana y se ponía en marcha. El día que murió había ido a subir el Ponoig. Es una ruta un poco difícil, aunque me consta que Sebastián la había realizado en multitud de ocasiones. Hay tramos en los que el sendero es muy estrecho y la pendiente es abrupta. Debió de perder el equilibrio y se golpeó la cabeza al caer. Encontraron su cuerpo dos días después de que la familia diese la voz de alarma.

—¿Y la madre de Fidela? ¿Sigue viva?

—No. De hecho, no llegué a conocerla. Por lo que sé, murió de cáncer siendo aún joven.

Gabriel se detiene un instante antes de subir el escalón. No se oye nada. Ni un coche, ni una radio, ni el zumbido lejano de una

cortadora de césped. Solo el canto de un pájaro y el roce de las hojas al moverse. Un silencio placentero.

De camino, Bruno le ha explicado quién es Celia Gil. Ha dicho que no sabía que ahora trabaja como conserje en el instituto. Le ha contado que compartía algunas clases con Kasia y que no se llevaban bien. Por lo visto, la dejó su novio y lo pasó mal. Se rumoreaba que él estaba colado por Kasia y por eso rompió con Celia. No era más que un rumor, pero a Celia no le sentó bien. Odiaba a Kasia y siempre estaba metiéndose con ella. Un día se pelearon en el patio del instituto. Esa vez Kasia no aguantó más y respondió a las provocaciones de Celia. Fue algo muy sonado por entonces. Cuando Kasia desapareció, Celia no mostró ni un atisbo de pena o sufrimiento. No participó en las batidas ni colaboró de ninguna manera. Solía colgar publicaciones en redes sociales, indirectas que sugerían que celebraba lo ocurrido, como imágenes con botellas de champán descorchándose y cosas así.

Con el paso de los años, Bruno ha intentado hablar con Celia varias veces, pero ella se ha negado. No soporta que Bruno trate de averiguar qué sucedió ese día y varias veces le ha increpado por la calle al grito de: «¡Deja a los muertos tranquilos!».

Ahora, Gabriel tiene esa historia en la cabeza mientras observa la puerta del chalet de Víctor Fábregas, intacta, barnizada, reluciente. Quiere pensar que encontrarán respuestas dentro. Que el director del instituto ha visto algo, ha oído algo, recuerda algo que los demás han pasado por alto. Porque ya ha aprendido que, muchas veces, los secretos no están escondidos. Solo están muy bien colocados. Como los arbustos de ese jardín.

Llama al timbre. Una vez. Luego otra.

Nadie responde. Al cabo de unos largos segundos, Gabriel se gira hacia Bruno.

—Me parece que Celia nos ha mentido. O el director no está tan enfermo.

Entonces se oye un ruido. Procede de una caseta de aperos situada en el otro extremo del jardín. El director acaba de cerrar la puerta. Está aún de espaldas, sosteniendo una regadera y un medidor de humedad. Cuando se gira y los ve, se queda sorprendido y se acerca lentamente.

Tiene mala cara; está pálido y sudoroso.

—¿Bruno Porta? —pregunta al reconocer a su antiguo alumno.

—Hola, Víctor. ¿Cómo estás? —lo saluda Bruno.

El director deja la regadera en el suelo, también el medidor. Se acerca unos pasos y le estrecha la mano.

—¡Me alegro de verte! ¿Qué haces aquí, muchacho? —Su voz suena ronca; es evidente que está enfermo.

Gabriel da un paso al frente.

—Soy el inspector Gabriel Somoza. Bruno está colaborando con la policía en relación con la desaparición de Kasia Nowak. Hemos ido al instituto para hablar con usted, pero nos han comentado que estaba enfermo en casa.

Al director le cambia la cara. Parece que le ha apenado volver a oír el nombre de Kasia.

—Kasia… —balbucea—. Me complace que sigan investigando. No sé si es cosa tuya, Bruno, pero, si es así, enhorabuena.

Bruno se limita a asentir.

El ruido de un motor rompe el silencio. Un coche se aproxima a la casa y se detiene delante de la puerta. Tiene las ventanillas

bajadas. Una mujer delgada, desgastada por el paso del tiempo, dirige la mirada hacia donde se encuentran los tres hombres. Su expresión es fría. Neutra. No dice nada.

—¡Oh! Discúlpenme un segundo. Es la enfermera. La he llamado para pedirle que me trajera algo para este resfriado que me está matando.

Gabriel observa a Víctor mientras este se acerca al coche y la enfermera le da una caja de pastillas. Charlan un rato; ella parece indicarle la manera en la que ha de tomarlas. Hay algo en esa mujer de piel reseca y ojos hundidos que lo inquieta. Cuando termina de hablar con Víctor, desvía la mirada directamente hacia Gabriel y sus ojos se encuentran durante un breve segundo, hasta que ella vuelve a posar la vista en la carretera y, acto seguido, desaparece conduciendo un viejo Renault Laguna.

En cuanto la enfermera se ha ido, el director los invita a entrar en su casa. Lo primero que llama la atención a Gabriel es que desprende un aroma agradable. El suelo brilla de tal manera que parece que lo hubieran pulido esa misma mañana y cada objeto está en su lugar exacto, como si una línea invisible delimitara el punto donde debe descansar cada cosa. El interior del chalet es un reflejo del jardín: sobrio, ordenado, una perfección imperturbable.

Salvo por un detalle.

Un cochecito de juguete, de plástico rojo y azul, está volcado en mitad del salón. Gabriel lo observa sin decir nada.

Bruno se detiene junto a una estantería. Hay varias fotos enmarcadas. Toma una entre las manos. Es Víctor, más joven, con un niño sonriente a cuestas. Detrás, semioculta, otra imagen más

antigua: una mujer de mirada cálida, rostro ovalado y melena oscura. La madre de Víctor, probablemente.

—Lo vi hace poco —comenta Bruno, y señala la foto del niño—, paseando contigo. Está enorme.

Víctor sonríe con esa mezcla de orgullo y cansancio que solo tienen los padres recientes.

—Crece demasiado rápido —responde al tiempo que se acomoda en uno de los sillones—. Aunque te aseguro que está acabando con mi salud —bromea.

Bruno y Gabriel se sientan en el sofá, el inspector en el borde con la espalda recta y las manos unidas entre las rodillas.

—Sé lo que pasó con su mujer —dice sin rodeos—. Lo siento mucho.

Víctor asiente despacio. No se sorprende. Tal vez lo esperaba. Tal vez todo el pueblo lo sabe.

—Gracias.

—La enfermera que ha venido antes, ¿es la misma que asistió el parto? —indaga Gabriel.

Víctor se queda en silencio unos segundos. Mira hacia la puerta calculando sus palabras.

—Sí —responde al fin—. Es Mónica. Antes era matrona. De las buenas. Pero después de aquello… dejó de ejercer.

Su voz es tranquila, pero su tono ha decrecido. Calla un instante.

—No fue culpa suya —continúa al cabo—. Ni de nadie, en realidad. Mi mujer y yo queríamos que el parto tuviera lugar en casa. Fue decisión de ambos. Ella… —Hace una pausa breve, los pensamientos se le atascan en la garganta—. Ella tenía miedo a los hospitales. No deseaba pisar uno nunca más. Yo… yo solo quería

respetar su voluntad. Sé lo que se dice por ahí. —Mira a Bruno—. No los culpo, la gente tiende a hablar de más en situaciones como esa. Pero lo cierto es que ni mi mujer ni yo éramos naturalistas; el único motivo por el que decidimos que Yago naciese aquí fue porque mi esposa entraba en pánico cada vez que pisaba un hospital. Le pasaba desde que su madre murió de una larga enfermedad.

—¿Crees que habría sido diferente en un hospital? —pregunta Gabriel, sin expresar juicio.

Víctor se encoge de hombros.

—No lo sé. Tal vez no. O tal vez sí. Nunca lo sabremos. —Traga saliva—. Es una decisión de la que me arrepiento todos los días. Pero no fue culpa de Mónica. El pueblo… el pueblo la condenó. Dejaron de saludarla, de mirarla siquiera. La culparon por algo que no fue su responsabilidad.

Hace una pausa. Mira a Gabriel con seriedad.

—Yo no. Yo me siento en deuda con ella. Porque fuimos nosotros quienes quisimos aquello. Fuimos nosotros quienes tomamos esa decisión, y no sería justo cargar la culpa en otra persona.

El cochecito sigue en el centro del salón. Imperturbable. Un recuerdo de lo que queda y de lo que se ha perdido.

Gabriel reconduce la conversación y va directo al grano.

—Háble me de Kasia Nowak. Cuénteme lo que recuerde de su actitud los días previos a la desaparición.

Víctor suspira y aparta la vista como si le doliera escarbar en la memoria.

—Desde siempre había sido una buena alumna, ejemplar, de hecho. De esas que no dan problemas. Siempre puntual, respetuosa. Pero ese último año algo cambió. Empezó a faltar a clase. Al

principio con justificaciones médicas, pero luego, simplemente, no venía.

—¿Lo comentó con ella?

—Varias veces. Pero no decía mucho. Se cerraba en banda o contestaba con evasivas. La familia estaba al corriente, pero siempre justificaban que su hija no se encontraba bien y por eso no venía al instituto. Noté que estaba más apagada. Parecía que se le había ido la luz por dentro. Y estaba el tema de las calificaciones… —Víctor se detiene un segundo—. Ese año iba a repetir.

Gabriel lo observa con atención. No hay dramatismo en sus palabras, solo una resignación seca.

—Como imagino sabrá, durante la investigación que se realizó en 2014 se encontró una nota de suicidio. ¿En algún momento Kasia mencionó si tenía problemas?

—Nunca lo dijo abiertamente —responde Víctor bajando la voz—. De haberlo hecho, yo habría activado el protocolo para esos casos. Quizá ahora, volviendo la vista atrás, es posible que fuese algo que se notaba y no advertí. Algo no iba bien. Se le veía en la forma en que caminaba por los pasillos, en cómo evitaba el contacto visual, incluso con sus amigas. Un día la pillé llorando en los aseos, pero cuando le pregunté qué pasaba, solo me dijo que estaba cansada.

—¿Y lo dejó estar?

El director traga saliva.

—Sí. Supongo que pensé que era algo temporal. Me equivoqué.

Silencio. Bruno ni se inmuta. Gabriel repasa mentalmente los informes. La ausencia de señales claras. Las lagunas. La intuición fallida de todos.

—Sé que colaboró con la policía en su momento, señor Fábregas. —Hace una pausa—. Con las transcripciones de los chats entre Kasia y Thomas, el misterioso novio alemán. ¿Recuerda algo relevante?

Víctor asiente sin dudar.

—Claro. Me pidieron que los leyera por si podía identificar algo. La forma de escribir, el tono…, por si sonaba familiar.

—¿Y bien?

—Era… raro —dice el director inclinándose hacia delante—. Soy profesor de Lengua Castellana, he leído miles de redacciones y sé identificar patrones. Aquello era demasiado correcto. Ni una falta. Ni un acento mal puesto. Muy elaborado. No me pareció el estilo de un adolescente extranjero que aprende español. Era alguien con un dominio nativo del idioma. Y no solo eso, sabía cómo escribir. Como un adulto educado. Cuidado, preciso. Cada mensaje se notaba calculado.

—¿Lo comentó con los agentes al mando del caso?

—No tenía pruebas. Solo intuición. Pero sí, se me antojó muy extraño. Se supone que era su novio ¿y nadie lo conocía? Nadie lo vio nunca, ni siquiera Kasia, según me consta. Thomas era como un fantasma. Y, mientras tanto, ella se hundía poco a poco porque él la anulaba psicológicamente.

Víctor se frota la cara con las dos manos y luego mira a Gabriel.

—Me siento culpable, inspector. Vi las señales. Pero no supe actuar a tiempo.

Gabriel no dice nada al principio. Solo lo observa; es algo que hace por instinto.

—No eres el único que ha fallado con ella —interviene Bruno.

—¿Qué opina de Fabián Núñez, el profesor de Música de Kasia? Tengo entendido que no la trataba muy bien, que tenía fijación con ella —indaga Gabriel.

Víctor alza las cejas mostrando asombro.

—Me dio muchos problemas, si le soy sincero. Es cierto que no le pasaba una a Kasia. Quizá era más firme con ella que con el resto y, sí, me llegaron quejas por su actitud en general. Pero poco podía hacer; por aquel entonces, las inspecciones de docencia no eran tan eficaces como ahora y era casi imposible sancionarlo. Además, le faltaba poco para jubilarse. Así que hablé con él un par de veces. En cualquier caso, no me parecía nada grave.

—La semana que Kasia desapareció, Fabián asegura que estaba en Valencia y que tuvo un accidente doméstico, un golpe en la cabeza al salir de la ducha. ¿Recuerda algo de eso? —pregunta Gabriel.

—Sí. Me pidió unos días libres para ir a Valencia a ver a su hermano. Eso lo recuerdo muy bien. Lo del golpe en la cabeza… no me suena, la verdad. No digo que sea mentira, digo que no lo recuerdo.

—¿Algún comportamiento extraño por su parte después de la desaparición de Kasia?

—No que yo recuerde. Fueron días muy largos. Todos lo pasamos mal pensando que era cuestión de tiempo que Kasia apareciese muerta. Fue muy duro.

Gabriel se pone en pie.

—No quiero molestarle mucho, señor Fábregas, sé que está enfermo. Es posible que necesite volver a hablar con usted a medida que la investigación avance. En cualquier caso, si recuerda o quiere

añadir algo, llámeme —dice el inspector Somoza sacándose una tarjeta del bolsillo.

9

Patricia Siles se sienta con indiferencia en la silla metálica de una terraza cualquiera y finge concentración absoluta en la pantalla de su móvil. Tiene las piernas cruzadas, una cerveza que no piensa consumir frente a ella y los ojos entornados, simulando que envía un mensaje importante.

Sin embargo, cada pocos segundos su mirada resbala hacia el callejón.

El callejón de los atracadores. Así lo llaman. Estrecho, sucio, mal iluminado, con la pinta perfecta para que alguien entre y salga habiendo perdido algo.

Esa mañana, cuando la inspectora Siles consiguió la pista, todo se activó. Un nombre apenas susurrado: Damián. Un tipo que podría ser quien vendió el violín de Kasia hace unas semanas. Nada más. No tienen su apellido. No tienen su dirección. Solo ese nombre y una vaga descripción: joven, pelo negro, mirada huidiza. Es una información escasa pero suficiente para intentar dar con él.

Gabriel llevó a Bruno de vuelta a su casa y se reunió con Patricia en una cafetería de las afueras de Benidorm. Cruzaron ideas en voz baja hasta que surgió el plan: ella esperaría en una terraza, Gabriel daría vueltas por la manzana; observaría, provocaría, tantearía el terreno como un depredador buscando a su presa.

Patricia apenas parpadea mientras vigila el callejón de reojo. Cada figura que pasa, cada sombra la contempla en silencio. El tipo podría aparecer en cualquier momento. O no aparecer en absoluto. Quién sabe. Después de todo, no puede fiarse de la palabra de aquella mujer.

Lo que sí sabe es que no va a permitirse perderlo si lo ve.

Mañana por la mañana tienen otra cita: un técnico de drones los espera en el barranco del Infierno, el último punto desde donde el móvil de Kasia emitió señal. Sabe que apenas dormirá unas horas esta noche. No importa, está habituada. El descanso es un lujo que aprendió a ignorar hace años.

Un cincuentón se acerca a la mesa de Patricia.

—¿Estás sola? ¿Quieres que te acompañe? —pregunta en un tono que pretende ser seductor.

Patricia no le contesta. Basta con mirarlo fijamente a los ojos y negar con la cabeza para que el hombre entienda que no tiene ninguna posibilidad, así que gira sobre los talones y se marcha.

Una pareja joven aparece por el callejón. Patricia se tensa. Cuando sus rostros se dibujan al abandonar la oscuridad y captar cierta luz, los descarta. Son extranjeros. Y han tenido suerte, por lo visto.

Gabriel aparece y desaparece. Procura no llamar la atención. Se le da bien.

Patricia sigue observando. Sigue esperando. Y sabe que, si ve por allí a Damián, lo reconocerá. No por la cara. Sino por la forma en que camine. Por cómo mire alrededor. Por la manera en que las personas que tienen algo que ocultar intentan parecer invisibles.

Y ella es experta en detectar a los que quieren esconderse.

Gabriel se mantiene en movimiento, cruza la acera despacio, sin dejar de escanear el entorno. Disimula mirando escaparates de tiendas cerradas, revisa el reloj, se aparta para que pase un ciclista. Nada fuera de lo común.

Hasta que lo ve.

Una pareja joven sale del callejón. Ella lleva una mochila al hombro, él la toma de la mano con aire despreocupado. Mientras caminan, charlan y ríen, ajenos a lo que está a punto de ocurrir.

Y entonces aparece él.

Sale de un bar con la puerta mal cerrada; una luz rojiza se filtra desde el interior. Avanza directo hacia los chicos. Paso rápido, firme, determinado. Gabriel se detiene junto a una boca de riego y observa.

El hombre les dice algo. Un susurro rápido. No hace falta leer los labios. Los chicos se miran entre sí, dubitativos, incómodos. Pero no se van.

Gabriel lo sabe en ese instante. Les acaba de ofrecer algo. Y no es su caridad.

El chico extranjero echa mano a su cartera.

Gabriel ya se está acercando. Anda a buen paso, pero sin correr. El pulso bajo control, pero sus facciones ya están tensas.

A dos metros de la escena, se planta en seco.

—¿Damián? —pronuncia su nombre.

El hombre se gira con brusquedad, como si le hubieran gritado. Sus ojos se clavan en los del inspector Somoza. Esa vez sin gafas de sol. Rostro afilado, mandíbula apretada. Y sí, es él. No hay ninguna duda.

Damián titubea. Un segundo. Dos.

Y entonces echa a correr.

Gabriel arranca tras él sin pensarlo. Lo ve zigzaguear entre mesas vacías, sortear un cartel tambaleante. Corre como lo haría alguien que ha tenido que escapar muchas veces.

Pero no llega lejos en esa ocasión.

Patricia, sentada hasta hace apenas un segundo, se levanta de golpe. Calcula. Espera. Y cuando él pasa por su lado, le pone la zancadilla.

Damián cae a plomo. El crujido de su cuerpo al dar contra el asfalto resuena por toda la calle.

—¡Joder! —gruñe revolviéndose, y se lleva las manos a una pierna.

Gabriel llega al instante. No hay margen para más carreras. Le clava una rodilla en la espalda y saca las esposas con un solo movimiento fluido.

—Se acabó el paseo, Damián.

Clic.

El sonido metálico de las esposas al cerrarse marca el final de la huida. La pareja de jóvenes ya no está. Una anécdota para contar de su visita a España.

Gabriel respira hondo. El sudor le resbala por la nuca.

Ahora sí, lo tienen.

10

Damián se sienta en la silla y cruza las manos. El cuarto es pequeño, sin ventanas, y está iluminado por un fluorescente que parpadea de vez en cuando. Apenas proyecta sombras, salvo las de su interior. Esas sí parece resaltarlas.

Es la primera vez que pisa una comisaría. Lo piensa mientras traza con la mirada las baldosas blancas del suelo. Nunca lo habían pillado. Ni una sola vez. Y eso que lleva más de dos años trapicheando. Al principio fue marihuana, luego pastillas, después cocaína. El salto fue fácil. Más demanda, más dinero. Una forma rápida de pagar deudas, de dejar atrás la mierda de trabajos basura. Nunca imaginó que duraría tanto.

Pero le duró.

Hasta hoy.

La puerta se ha cerrado tras él hace unos minutos y no ha vuelto a abrirse. Está solo. Absorto en sus pensamientos, con la imagen del borracho del calabozo todavía rondándole la cabeza. Roncaba como una bestia. A veces se despertaba pateando al aire. Damian no quiere pasar mucho tiempo en ese lugar nauseabundo.

No le han explicado gran cosa, solo que está detenido y que le harán unas preguntas.

Lo que le preocupa, lo que de verdad le jode, es no saber cuánto tiempo pueden tenerlo ahí por lo que llevaba encima. Solo unos gramos. Dos, quizá tres. Lo justo para esa noche. Ya había colocado casi todo lo demás antes de que ese tipo —el de la chaqueta oscura con pinta de policía de película antigua— le plantara cara.

«¿Damián?».

Ni siquiera intentó negarlo. Lo supo al instante. Lo buscaban a él.

Ahora no deja de pensar si tenía que ver con la droga o si fue por otra cosa.

Es posible que quieran el nombre de alguien más grande que él. No es difícil, Damián es muy consciente de su insignificancia. No la rehúye.

Pero no es tonto, no dirá nada. Si lo hiciera, sería peor. Mucho peor.

Se remueve en la silla. Se masajea las muñecas allí donde las esposas han dejado marca, pero no hay manera. La tensión le baja por los brazos, le anuda el estómago.

La puerta se abre y entra el hombre que lo arrestó, junto con esa mujer que le puso la zancadilla. No piensa olvidarlo. Ha sido desmesurado, a su juicio.

Ambos se sientan frente a él y lo escrutan. Decide no mantener el contacto visual y se mira las manos.

—Damián Fajardo, soy la inspectora Siles y él es el inspector Somoza. Te recuerdo que esta conversación va a ser grabada y que tienes derecho a contar con la presencia de un abogado.

Damián se queda callado. Necesita tiempo para pensar. No es algo que se le dé extraordinariamente bien.

—¿De qué va todo esto, señora? —pregunta.

—Inspectora —corrige Patricia.

—Sí…, eso. —Damián pide disculpas con un gesto—. Solo llevaba un par de gramos. No creo que sea necesario todo esto —dice señalando la sala que lo rodea.

—No estás aquí por la droga. Hemos cursado la propuesta de sanción, por supuesto. Pero ese no es el motivo por el que queremos hablar contigo —comenta Gabriel Somoza.

Damián se lo temía. Las palabras de ese hombre acaban de confirmarlo. Se proponer averiguar con quién trabaja. Llegar más lejos.

Aprieta los labios y espera que digan algo más.

La inspectora rebusca en el interior de una carpeta y extrae una fotografía que le muestra.

—¿Reconoces este violín?

Damián lo mira. Claro que lo reconoce.

—Pues no.

Patricia saca otra foto del interior de la carpeta.

—Este eres tú, ¿verdad?

La foto es borrosa, pero Damián sabe perfectamente que sí, es él. Aparece de perfil con las gafas de sol puestas y el mástil del violín asomando por el hombro.

Lo han pillado. Ya no puede seguir negándolo.

—Vale, sí. Vendí ese violín en una tienda de segunda mano. No sé qué hay de malo en eso. No es robado, si es lo que insinúan.

—¿De dónde lo sacaste? —pregunta el inspector Somoza.

Damián arruga la frente.

—Lo compró mi novia por Wallapop. Solemos hacer eso. Si vemos algo que está tirado de precio lo compramos para revenderlo

por más dinero. Buscamos información del violín en internet y vimos que era muy caro. Como lo vendían muy barato, decidimos sacarnos unos cuantos euros.

—¿A quién se lo compró tu novia? —indaga Gabriel.

Damián se lleva la mano a la barbilla, finge pensar.

—Pues no tengo ni idea. El vendedor no podía quedar en persona y lo envió.

—¿Te dio algún dato? ¿Su nombre, te dijo dónde vivía…? ¿Algo? —insiste Somoza.

—No lo recuerdo. ¿Así que todo esto es por ese maldito violín? —Damián sonríe aliviado—. Mire, puede llamar a mi novia y mirar su móvil. Ahí estará la conversación. Es todo lo que sé. Solo quiero irme de aquí.

Patricia se levanta sin desviar la mirada de Damián.

—Aún es pronto para eso, me temo —dice—. Tenemos que comprobar un par de cosas. Mientras tanto, puedes volver a tu celda.

Celia Gil no ha dejado de caminar en círculos desde hace más de una hora. Lleva despierta desde las cinco de la mañana. Ha dormido muy poco, si es que a eso lo puede considerar dormir.

Su diminuto apartamento, con las paredes tan delgadas que se cuela el sonido del ascensor cada vez que alguien sube, parece todavía más pequeño cuando su ansiedad crece. Va descalza mientras fuma un cigarrillo tras otro. Sus ojos se desvían hacia el teléfono cada pocos minutos; espera una llamada, un mensaje. Pero nada de eso sucede.

Es la tercera vez que mira a través del cristal de la ventana como si fuera a encontrar allí alguna respuesta. Pero solo encuentra la calle oscura y el cartel del kebab de la esquina parpadeando. Los vecinos ya se han quejado varias veces de que se quede encendido durante toda la noche.

«Esto no era lo que quería», piensa. Y no es la primera vez que lo hace. Cuando era más joven, tenía planes. Proyectos. Se veía diferente. No en ese cuchitril con gotelé en las paredes y un inodoro que pierde agua. Se imaginaba en una gran casa blanca con terraza y piscina ofreciendo mojitos a sus amigas mientras la música sonaba a través de unos altavoces carísimos. No con la espalda encorvada por la tensión y malviviendo al lado de un tipo como Damián. Si no fuera porque su novio es una de las pocas personas que no la ignoran, no saldría con él.

Suspira y vuelve a mirar el móvil. No hay mensajes ni llamadas de Damián. Otra vez. «¿Dónde está? ¿Por qué no contesta?».

Y luego está lo de Kasia.

Cuando vio esa mañana a Bruno Porta en el instituto, con esa cara de imbécil que parece disfrutar provocando, sintió un impulso tan primario que tuvo que contenerse para no seguirlo y estamparle la cabeza contra una farola.

No es tan tonta como su madre insiste en hacerle creer. Sabe perfectamente lo que Bruno y ese policía pretendían hablar con el director. Ella tuvo demasiados encontronazos con Kasia en el pasado. Gritos, amenazas, empujones. Demasiados ojos puestos sobre ella. Si algo pasa, si alguien abre la boca, será su nombre el primero que pronuncien.

Llaman a la puerta.

Celia se queda paralizada unos segundos. El corazón le da un vuelco. ¿Damián? ¿Por fin?

Cruza el apartamento en dos zancadas y abre sin mirar por la mirilla. Pero no es Damián. No es él quien está al otro lado.

—Buenas noches, Celia.

Es el policía que acompañaba a Bruno. Esa vez viene con una mujer.

Por un segundo, Celia no sabe si cerrar la puerta o echarse a llorar.

Gabriel y Patricia se adentran en el apartamento con una ligera sensación de claustrofobia. El olor es lo primero que les golpea, una mezcla densa de tabaco rancio y humedad. Parece que nadie hubiera abierto una ventana en semanas. Una nube de humo flota en el aire. Gabriel no entiende cómo es posible que a la propia Celia no le moleste.

El piso no da para mucho: un sofá desvencijado, una mesita baja con un cenicero desbordado y un espejo pequeño con un par de rayas de cocaína encima. La limpieza brilla por su ausencia. En una esquina, el inspector Somoza distingue una cucaracha inmóvil junto a una botella vacía de cerveza. No quiere saber si está viva o muerta.

—Perdonen el desorden… —murmura Celia sin demasiado convencimiento—. Si quieren pueden sentarse.

Pero no hay mucho donde elegir. Un taburete cojo y una silla de plástico. Gabriel prefiere quedarse de pie. Patricia también. No se trata solo de incomodidad. Es estrategia. Estar de pie da ventaja.

Dominio. Celia lo nota, porque se retuerce las manos, se muerde un padrastro, cambia el peso de un pie al otro.

—¿Estás bien, Celia? —pregunta Patricia en el tono suave que usa cuando busca ganarse la confianza de alguien.

La chica asiente demasiado deprisa. Los ojos, demasiado abiertos.

—Sí. Solo… solo estoy preocupada. Mi novio no ha vuelto desde anoche. No coge el móvil. No es normal en él.

Gabriel la observa con atención. Su mirada vuelve a la mesa del centro. A las dos líneas de cocaína mal cortadas apenas disimuladas bajo el reflejo sucio del espejo.

—¿Has estado consumiendo algo? —pregunta con frialdad, sin levantar la voz.

Celia parpadea. Tarda un segundo de más en reaccionar.

—¿Qué? No. Eso… eso no es mío. Es de Damián. Yo no…

Gabriel no le responde. Solo la mira.

Sabe perfectamente cuándo alguien miente. Y Celia lo está haciendo.

Su respiración, su postura, la forma en que su mirada se pierde o la manera en la que se rasca el cuello.

—Ya… —dice él finalmente sin apartar la vista del espejo—. Tu novio está en comisaría, detenido —informa sin rodeos.

Celia se queda paralizada durante un instante. Luego se lleva ambas manos a la cabeza como si intentara contener una explosión interna. Se levanta y empieza a andar en círculos por el minúsculo salón, hablando sola, murmurando frases inconexas entre dientes. Golpea el sofá con la palma abierta, gira sobre sí misma y vuelve a

andar. El humo denso en el aire parece envolverla, atraparla como una red invisible.

—¿Cuánto llevaba encima? —pregunta con los ojos brillantes y la voz al borde del colapso.

—Poca cantidad —interviene Patricia en tono firme, autoritario—. Pero no es por eso por lo que hemos venido.

Celia se detiene en seco. Gabriel la observa, siempre atento. No aparta la mirada de ella ni un segundo. Hay algo en sus gestos, en la forma en que intenta anticiparse, que lo lleva a sospechar que Celia intuye que lo siguiente que va a oír la descolocará.

—Queremos que nos expliques de dónde sacó Damián el violín que vendió en la tienda de segunda mano —dice.

Y ahí está. El cambio. La transición exacta.

Celia se queda blanca. No pálida. Blanca. Abre los ojos más de lo normal. La mandíbula le tiembla. Gabriel piensa que ha debido de esnifar más de un par de rayas.

No añade nada. Solo espera. Observa. Hay verdad en las primeras reacciones, en ese microsegundo antes de que el cerebro maquille lo que sale por la boca.

—Lo compré por Wallapop —balbucea Celia al fin con voz apagada—. No… no sé nada de ese violín. Ni siquiera llegué a tocarlo.

—¿Tienes el contacto del vendedor? —pregunta Patricia casi al mismo tiempo.

—No… Bueno, no lo sé. Fue todo a través de la aplicación. El vendedor me lo envió por correo.

Gabriel no se inmuta. Hasta ahora, es lo mismo que ha declarado su novio.

—Háblame de Kasia Nowak —dice entonces.

La reacción de Celia es inmediata. Esas palabras han pulsado un interruptor.

Se transforma. Se tensa como una cuerda. El rostro se le enciende de golpe. La ira salta por los aires.

—¿Otra vez con eso? —grita—. ¡Eso fue hace años! Estoy harta de que me señalen, de que la gente susurre mi nombre como si yo tuviera la culpa de todo. ¡Ya está bien!

—Baja el tono —advierte Patricia cruzándose de brazos—. O te llevamos ahora mismo a comisaría y seguimos la conversación allí.

Celia aprieta los labios. Se muerde el inferior hasta dejarse una marca roja. Gabriel nota el temblor en sus dedos. Está luchando consigo misma. Pero cede.

—Vale. Está bien. Es verdad. La odiaba —dice de pronto con los ojos clavados en la alfombra raída—. Kasia no era buena persona. Tonteó con mi novio, y él me dejó por ella. Y, encima, iba por ahí con esa sonrisa falsa haciendo como que no se metía con nadie. Pero siempre me observaba. Siempre. Buscaba el momento de hacerme quedar mal delante de todos. Como si se alimentara de eso.

Levanta la vista. Ahora hay lágrimas contenidas, pero también rabia. La de años. La de silencios tragados y burlas soportadas.

—Era una arpía —añade con la voz rota—. Y me arruinó la vida. Me la arruinó más de lo que nadie se imaginaba.

Se rompe y aparecen las lágrimas. Gabriel está atento. Con un gesto, indica a Patricia que espere. Sabe cuánto tiene que aguardar. Hasta que el silencio surta efecto. Hasta que ese llanto ceda levemente y comience el sosiego.

—¿Tuviste algo que ver con la desaparición de Kasia? —dispara cuando llega el momento.

El llanto se corta.

Silencio.

Celia levanta la cabeza dejando entrever dos ojos enrojecidos en un rostro que vivió épocas mejores. El reflejo de una niña que vio truncados sus sueños.

—No. Nada. No voy a mentir. Me alegré de su desaparición entonces, pero ojalá no hubiera sucedido nunca. Si siguiera viva, nada de esto habría pasado —contesta a la vez que abre los brazos señalando su hogar.

—¿Recuerdas dónde estabas la noche que Kasia desapareció? —pregunta Patricia.

—Fue una noche de tormenta. Muy fuerte. Estaba donde cualquier adolescente de dieciséis años debería estar. En casa de mis padres. Pero Kasia no hizo lo mismo.

De nuevo, silencio.

—Nadie me preguntó en su día nada de esto —continúa Celia—. Si lo hubieran hecho, tal vez les habría dicho lo que pensaba de ella. Parece que ya nadie se acuerda de cómo era esa chica. Pregunten al miserable de Bruno Porta por el tren de vida de Kasia. Seguro que de eso no les ha hablado.

—¿A qué te refieres? —inquiere Gabriel.

Celia suelta una risotada.

—¿No lo saben? Claro, cómo no. Kasia siempre llevaba el último móvil, estrenaba ropa de marca todas las semanas, zapatillas también, colgantes de oro y brillantes… Los padres de Kasia no tienen donde caerse muertos. ¿De dónde sacaba el dinero, eh? Kasia

no era trigo limpio. Pero seguro que eso no se lo han preguntado ustedes.

Gabriel y Patricia intercambian una mirada.

Patricia da un paso al frente.

—Muy bien, Celia, de momento nos vamos a llevar tu teléfono móvil. Y necesito que vengas a comisaría esta tarde para prestar declaración —sentencia.

11

El sendero de tierra se estrecha conforme descienden, obligándolos a caminar en fila. Bruno pisa con cuidado. Ha llovido los últimos días y la tierra está resbaladiza. El sol, que ha aparecido hace poco, apenas logra colarse entre los bordes irregulares del barranco del Infierno. Un nombre adecuado, piensa. Solo hay que fijarse en la pendiente, la disposición caótica de las rocas y la maleza retorcida.

Patricia va delante con la vista fija en el GPS del móvil. Gabriel la sigue con expresión taciturna y la chaqueta abierta; mira a un lado y a otro examinando el lugar. El técnico de drones, un chico joven y moreno que apenas ha dicho su nombre —Fernando, cree recordar— cierra la marcha cargando el maletín como si llevara un bebé entre los brazos.

—¿Estás segura de que fue aquí? —pregunta el técnico mientras se detienen junto a una roca plana desde la que se divisa una hondonada cerrada por la vegetación.

La inspectora Siles asiente sin levantar la mirada.

—Sí. La última señal del móvil de Kasia se emitió desde este punto —contesta al tiempo que, ahora sí, alza la vista del teléfono.

Bruno está callado. Mira el terreno que conoce a la perfección; ha estado ahí muchas veces desde que Kasia desapareció. Todo es tierra reseca, ramas quemadas por el sol y un silencio que se hace

más denso cuanto más se adentran. Ni un pájaro. Ni un maldito insecto. Solo sus pasos.

—Me dijeron que esa noche hubo tormenta —añade Fernando mientras abre el maletín—. Bastante fuerte, de hecho. Podría haber afectado a la señal. Hay interferencias cuando el aire está tan cargado.

—Somos conscientes de eso —apunta Gabriel—. Puede que no fuera este el punto exacto. O que la señal rebotara. Pero, claro, es preciso comprobarlo. Si la señal se emitió en este punto, hay que buscar. Y descartar.

Bruno observa cómo el técnico despliega el dron con una rapidez que demuestra su maestría. Tiene anotados los puntos que Bruno ha sugerido y prepara el aparato para examinarlos. Mientras el técnico sincroniza la imagen, él piensa en Celia, en cómo le habría gustado estar en su casa cuando la interrogaron. Había algo en ella que le revolvía el estómago. La enemistad que sienten se remonta a los años de instituto y, lejos de mejorar, perdura. Ha sido toda una sorpresa que, casualmente, el novio de Celia sea Damián, el mismo tipo que vendió el violín de Kasia.

La mente de Bruno es ahora un torbellino de ideas en las que trata de buscar la explicación que mejor encaje. Por supuesto, que Celia tenga algo que ver y que haya decidido vender el violín de Kasia pasados los años para sacar algo de dinero es una posibilidad plausible. No tiene en mucha estima la capacidad intelectual de Celia, lo que explicaría que fuera tan insensata como para llevar el violín a una tienda de Benidorm. Por otro lado, mientras se comprueba el testimonio de Damián y Celia, y se averigua quién es la persona a la que supuestamente compraron el instrumento a

través de internet, Bruno se pregunta si Celia sería lo bastante calculadora para llevar a cabo algo tan enrevesado como la desaparición de Kasia, de quien no se sabe nada siete años después. Tal vez contó con ayuda; es algo que no puede descartar.

—Mientras no cambie el viento, estoy listo —anuncia Fernando examinando el monitor—. Voy al primer punto marcado.

Gabriel asiente. Patricia se cruza de brazos. Bruno da un paso atrás cuando el dron alza el vuelo con un zumbido suave pero agudo, como un insecto mecánico que despertara de su letargo.

En la pantalla, el terreno se despliega con una calidad de imagen extraordinaria. Bendita tecnología, piensa Bruno.

El dron desciende por una especie de desfiladero que se forma abruptamente en la ruta del barranco del Infierno. Llega un punto en el que las ramas de los árboles dificultan el vuelo y el técnico lleva a cabo toda una exhibición de pericia colocando el aparato en las mejores posiciones para examinar el fondo del desfiladero. No se ve nada. Solo rocas y ramas.

En el segundo punto, más de lo mismo. Solo que, de algún modo, el lugar es una especie de vertedero donde se amontonan bolsas de plástico, latas de cerveza que han perdido su color por el paso del tiempo y hasta lo que parece ser la rueda de una bicicleta. Bruno se pregunta cómo demonios habrá llegado eso hasta allí.

El dron planea unos metros por encima del terreno antes de descender hacia una grieta oscura, casi imperceptible desde su posición inicial. Fernando maniobra con destreza, concentrado, los dedos firmes sobre los controles. En la pantalla, la cámara comienza a registrar el interior del foso: una oquedad natural, probablemente formada por el arrastre de agua siglos atrás. Ahora está casi seca,

pero la humedad persiste en las paredes, y la luz apenas se filtra desde la abertura superior.

—Voy a activar la iluminación —dice el técnico.

Bruno nota que se le tensan los hombros. El zumbido del dron reverbera por el barranco y, cuando las luces se encienden, la pantalla muestra un espacio amplio, irregular, lleno de rincones oscuros donde la vegetación no ha crecido.

Durante varios minutos, el aparato sobrevuela la zona explorando sin rumbo fijo. Solo hay piedra, tierra, musgo…, hasta que Gabriel entrecierra los ojos.

—Espera —dice de pronto—. Vuelve atrás. Un poco más. Ahí. Justo ahí.

Fernando obedece sin preguntar. El dron retrocede unos metros y se detiene, flotando inmóvil frente a una hendidura en el suelo. Patricia se inclina hacia la pantalla. Bruno siente que la tensión sube como una ola. Nadie respira.

La cámara enfoca.

Y entonces lo ven.

Un par de zapatillas de deporte, desgastadas, casi cubiertas por tierra y hojas. A su lado, un pantalón vaquero parcialmente enterrado. Y, entre ambos, algo más.

Huesos.

Finos, descoloridos, como ramas que alguien hubiese dejado olvidadas en el suelo. Pero no lo son. Bruno lo sabe. Todos lo saben. La imagen es borrosa, pero inequívoca. Una tibia. Un peroné. Fragmentos de lo que alguna vez fue una persona. Quizá una adolescente de pelo rubio que no volvió a casa una tormentosa noche de 2014.

Nadie dice nada durante unos segundos.

—¿Estás grabando? —pregunta finalmente Patricia en voz baja, contenida.

—Desde el principio —responde Fernando.

Gabriel da un paso atrás y lanza una mirada hacia el fondo del barranco intentando imaginar qué sucedió allí. Bruno nota cómo se le acelera el pulso.

Si esos huesos son de Kasia, y todo apunta a que así será, habrán descubierto algo que se daba por hecho desde el propio año 2014.

Solo que eso no evita que sea doloroso.

El coche de Gabriel Somoza avanza por la serpenteante carretera que conduce a La Nucía. En su interior, tanto él como Bruno mantienen el silencio. Un acompañamiento que parece perfecto para ambos. Fuera, la noche ya se ha cerrado sobre las montañas.

Gabriel piensa detenidamente en el día de hoy. Siente aún el zumbido lejano de las hélices, el helicóptero suspendido sobre su cabeza girando en bucle. No quiere ni puede apartar de su mente la imagen de los técnicos rescatando aquel cuerpo sin vida. Mejor dicho, lo que quedaba de él.

Bruno tampoco habla. Mira por la ventanilla con expresión sombría, los ojos perdidos en la nada. Lleva horas con ese gesto. Desde que vieron el cuerpo. Desde que lo sacaron de aquella grieta imposible, oculto entre rocas afiladas como cuchillas. No era una escena para olvidar.

Gabriel sabe que Bruno no está bien. Por mucho que fuese evidente que la mayoría de los caminos por los que avanzaría esa investigación llevarían al mismo lugar —al hallazgo del cadáver de Kasia—, el dolor contenido emerge en esos casos. Lo ha visto en otras ocasiones. Es, sin duda, la parte que menos le gusta de su trabajo.

—Va a ser un milagro si no lo filtran —murmura Bruno de pronto, sin apartar la vista del cristal.

Gabriel no responde de inmediato. Ya ha hecho lo que ha podido. Ha acordonado el sendero y ahuyentado a los curiosos, ha suplicado discreción por radio. Pero sabe que no será suficiente. Un helicóptero llama mucho la atención. Demasiado.

—No te preocupes. He telefoneado al padre de Kasia esta tarde. Al igual que tú, pienso que es cuestión de tiempo que alguien cuelgue un vídeo en internet.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—He sido claro. Le he transmitido los hechos, que hemos encontrado un cuerpo, pero que no se ha identificado aún. Podría ser Kasia y podría no serlo. ¿Reconociste las zapatillas de deporte? —inquiere Gabriel.

—La verdad es que no. Estaban muy deterioradas. Kasia llevaba calzado deportivo el día que desapareció. Unas zapatillas blancas de Nike. Pero, claro, esa marca es muy popular.

Gabriel concede una pausa de unos segundos.

—Quería hablar contigo sobre algo que nos dijo Celia Gil a Patricia y a mí esta mañana —suelta sin preámbulos—. Nos contó que Kasia llevaba un tren de vida que no se correspondía con el

nivel de ingresos de su familia. Habló de teléfonos móviles caros, ropa de marca y cosas así.

Bruno se gira lentamente y observa a Gabriel, que no puede devolverle la mirada porque está conduciendo, se centra en la imagen del espejo retrovisor.

—Sí. Es cierto. Kasia siempre se compraba el último modelo de teléfono y vestía con marcas de ropa cara. ¿Y qué?

—¿No te llamó la atención? Su padre es carpintero, ¿no? ¿Le iba muy bien?

—No voy a negar que en el instituto la gente se reía y hacía bromas diciendo que Kasia vendía droga, pero te aseguro que eso no era así. Porque, por aquel entonces, la mitad de los alumnos del instituto se fumaba un porro de vez en cuando y nunca nadie lo consiguió a través de Kasia.

—¿Y cómo crees que obtenía el dinero? —insiste Gabriel.

Bruno carraspea y vuelve a clavarle la mirada durante unos segundos. Gabriel sigue con la vista fija en la carretera y pendiente del retrovisor.

—Kasia tocaba el violín en algunas asociaciones, en restaurantes caros que tienen música en directo… Iba mucho a Villa Violeta, una finca donde se celebran bodas que es propiedad de la familia Climent. Son muy conocidos aquí, en La Nucía. Siempre he dado por hecho que lo sacaba de ahí. Era de las pocas chicas de su edad que trabajaban los fines de semana.

—Villa Violeta… Comprendo. Tendrás que darme más información sobre su dueño, quiero hacerle una visita.

Bruno asiente, aunque Gabriel no lo ve porque no lo mira.

—Sé lo que estás pensando —apunta Bruno—. En parte lo entiendo, es tu trabajo.

—Entonces, si ya lo sabes, no hará falta que te diga que me gustaría comprobar las cantidades que Kasia ganaba con sus actuaciones. He de confirmar si cuadran con el nivel de gastos.

Bruno no contesta.

—Y ya puestos, me gustaría que esto no hubiese sucedido en 2014 y tener acceso a su actividad en internet. Pero, claro, eso sería poner las cosas demasiado fáciles.

—¿Lo dices por Thomas, el supuesto novio del que no tenemos nada de nada? —pregunta Bruno.

—Entre otras cosas, sí —contesta Gabriel, que mira, una vez más, por el espejo.

Bruno ha debido de notar algo en el semblante de Gabriel.

—Oye, ¿va todo bien? —pregunta el chico.

—No. Nos sigue un coche. Me he dado cuenta hace un rato, pero quería estar seguro. Ha tenido varias opciones de adelantarme y no lo ha hecho.

Bruno se gira. Está demasiado oscuro para identificar el modelo del vehículo. Solo ve una mancha con dos grandes focos luminosos a cierta distancia de ellos.

—¿Puedes ver la matrícula? —pregunta el inspector.

—Solo el último número y las letras. Lleva fundida una luz de la placa, solo leo: 8 GJX.

Gabriel abre la guantera con un gesto rápido y firme. El clic seco de la cerradura suena más fuerte de lo que debería en el silencio tenso del habitáculo. Saca su pistola y la sostiene con determinación en una mano. No le gusta tener que recurrir al arma, pero no

expondrá a Bruno a ningún peligro. No deja de ser un civil, por muy implicado que esté.

—Voy a tenderle una trampa —dice sin girar la cabeza hacia Bruno—. No salgas del coche pase lo que pase, ¿me oyes? Quédate agachado.

Bruno no responde. No le hace falta. Sus músculos se tensan de golpe como si un resorte invisible lo empujara hacia abajo. Baja la cabeza y se encoge en el asiento del copiloto tragando saliva con dificultad.

Gabriel reduce la velocidad. La carretera está desierta y la oscuridad de la noche lo envuelve todo. A la derecha, un desvío estrecho y sin señalizar aparece entre la maleza. Gira sin dudarlo; las ruedas crujen sobre la grava suelta. Es un saliente olvidado de la carretera, apenas un tramo de asfalto lleno de agujeros que muere contra un muro de roca y arbustos.

El coche que los sigue también aminora. Gabriel lo ha visto por el retrovisor.

—Averigüemos quién eres —murmura, más para sí que para Bruno.

Detiene el vehículo a un lado, apaga las luces y espera.

El otro coche aparece. Imposible aún distinguir la marca y el modelo. Los faros son antiguos, no son led. Algo es algo. Se detiene unos metros más atrás. También apaga las luces. La negrura se lo traga sin que se pueda distinguir nada.

Gabriel respira hondo. Su dedo acaricia el gatillo. No usará el arma hasta que sea la última opción, pero, en caso de tener que hacerlo, estará preparado.

Silencio.

Solo el crujir del motor enfriándose. Y su propia respiración.

Nada.

No se abre ninguna portezuela. Nadie se baja. El mundo parece contener la respiración junto con él.

Y entonces, sin previo aviso, el coche negro maniobra bruscamente. Las ruedas chirrían sobre el asfalto quebrado, el vehículo derrapa y da la vuelta en una maniobra torpe pero efectiva. Vuelve a incorporarse a la carretera principal y se aleja a toda velocidad.

Gabriel coge la radio sin perder tiempo.

—Aquí Gabriel Somoza. Necesito un control de inmediato en la CV-70. Cubrid todas las salidas que podáis, en especial la de La Nucía. Vehículo sospechoso, color oscuro, posiblemente un turismo. Tengo parte de la matrícula: acaba en 8 y las letras son GJX. El conductor de ese coche nos ha seguido y acaba de darse a la fuga.

Un breve pitido, seguido por la voz rasposa de un agente al otro lado:

—Recibido, Somoza. Movemos unidades.

Gabriel guarda la pistola. Mira a Bruno.

—Ya puedes levantar la cabeza.

Bruno lo hace, lento, con el rostro pálido y una gota de sudor bajándole por la sien.

—¿Quién era?

—No lo sé —responde Gabriel—. Pero lo sabré.

El motor ruge de nuevo. El coche se incorpora a la carretera y reanuda la marcha.

12

A primera hora de la mañana, Patricia Siles camina por el pasillo central de la comisaría, ajena al bullicio que se forma a su paso. Todos hablan de lo mismo, de cómo un caso olvidado en el archivo ha vuelto a salir a la palestra.

Frente a la puerta del comisario Alfonso Muñiz, respira hondo. Dentro, la espera la sonrisa que más detesta de allí: ancha, falsa, confiada. La clase de sonrisa que alguien esboza cuando intenta camelar con palabrería barata.

Claro que se ha enterado. Cómo no iba a enterarse, piensa Patricia. Cuando ayer encontraron un cadáver en el barranco del Infierno, sabía que eso iba a suceder. Aunque Muñiz ya se había marchado a descansar cuando ella regresó por la tarde. No se dignó presentarse en el lugar. Es algo que Patricia no entiende.

No es Urriaga. La inspectora Siles lo piensa sin rencor, pero con una punzada de nostalgia. El viejo jefe podía ser maniático, testarudo y políticamente incorrecto, pero jamás habría desaparecido del mapa en mitad de un día como el de ayer. Si encontraban un cadáver, él dejaba lo que estuviera haciendo y daba la cara. Así de simple.

Muñiz, en cambio, no interrumpe su descanso. Ni su gimnasio. Ni sus cenas. Patricia lo sabe y lo ha aceptado. Pero no se acostumbra.

Es complicado cambiar las costumbres.

Mientras espera unos segundos antes de llamar a la puerta, repasa mentalmente lo que va a decirle. Necesita más efectivos. Ahora la investigación empieza a ponerse seria. El cuerpo, el violín… y ese coche que siguió a Gabriel y a Bruno anoche por esa carretera secundaria sin luces ni cámaras.

Golpea con los nudillos la puerta de Alfonso Muñiz.

—Adelante —dice una voz grave desde el otro lado.

Patricia entra.

El aroma cítrico de la colonia del comisario es su carta de presentación. Alfonso Muñiz se levanta de inmediato, sonriente y con los brazos medio abiertos, como si dudara entre estrecharle la mano o darle un abrazo.

—¡Enhorabuena, inspectora! —exclama—. Sabía que lo conseguirían. Ese hallazgo en el barranco… Una auténtica bomba. Por fin, un avance real en el caso Nowak.

Hace un amago de acercarse más.

Patricia no se mueve.

Su expresión es la misma de una pared en blanco, y basta con eso para que Muñiz se detenga, incómodo, con la sonrisa congelada en mitad del rostro.

—Todavía no se ha confirmado la identidad del cadáver —apunta ella sin sentarse—. Podría no ser Kasia.

Muñiz parpadea, esa posibilidad parece no habérsele ocurrido. Vuelve a su silla con menos entusiasmo.

—Sí, claro, claro. Pero hay que reconocer que tiene toda la pinta.

—Precisamente por eso —añade Patricia— hay que ser cautos. No podemos permitir que la prensa meta las narices en todo esto.

Además, la ropa no coincide. Según hemos podido saber, Kasia llevaba puestos unos vaqueros y una sudadera blanca el día que desapareció. El cuerpo que encontramos ayer llevaba vaqueros, pero una camiseta de manga corta.

Muñiz se recuesta, entrelaza los dedos sobre el abdomen y mira hacia un lado. Patricia intuye que su superior no ha escuchado nada de lo que acaba de decirle.

—He estado pensando que tal vez deberíamos convocar una rueda de prensa. Aprovechar la inercia. Que vean que estamos trabajando.

Ella lo mira y por un segundo parece que la temperatura en la sala baja un par de grados.

—Eso no es lo que hablamos, comisario. Y espero que sea usted un hombre de palabra.

Muñiz se aclara la garganta.

—Claro que lo soy. Solo lo decía por mantener informada a la ciudadanía. Transparencia, ya sabe.

—La transparencia no sirve de nada si entorpece la investigación.

Durante unos segundos reina el silencio, roto solo por el leve zumbido del conducto de aire.

Patricia, aún de pie, alza una carpeta para llamar la atención del comisario antes de dejársela en el escritorio.

—Me hace falta más personal. Con el hallazgo del cuerpo, se han abierto nuevas líneas de trabajo. Y necesito recursos para abarcarlas todas —solicita.

Muñiz se encoge de hombros y hace un gesto vago con la mano.

—Tendrá lo que necesite. Dentro de lo razonable.

—Bien. Pues necesito hombres que rastreen los movimientos de la persona que vendió el violín. Usaremos los datos del móvil de Celia Gil. Y quiero a alguien dedicado a localizar el coche que siguió a Gabriel y a Bruno anoche. No puedo encargarme de todo eso yo sola mientras Somoza está en La Nucía.

Muñiz asiente, aunque su entusiasmo inicial se ha diluido por completo. Deja de sonreír.

Patricia se da la vuelta sin más. Sale del despacho sin añadir nada, sin mirar atrás. Ya ha aprendido que, con algunos hombres, las palabras no sirven tanto como los silencios.

La verja metálica de la casa de la familia Nowak conserva esas manchas rojizas que el óxido ha ido formando con paciencia. El jardín delantero parece más desordenado que la última vez, si acaso es posible. Las flores marchitas de las macetas se mezclan con hojas secas, y hay una silla blanca de plástico volcada junto a la entrada.

Nadie ha salido a recibirlos.

Cruzan el camino de baldosas rotas en silencio, el inspector Somoza delante. Lo sigue Bruno, más tenso que de costumbre. Gabriel lo entiende; no es una visita agradable para tomar café con unos viejos amigos. Es una especie de anticipación amarga.

Anna abre la puerta antes de que llamen. Se diría que no ha dormido. Lleva una chaqueta gris encima de un camisón deshilachado y ni siquiera intenta disimular su aspecto. Sus ojos, hinchados y sin brillo, se clavan en los de Gabriel por un instante en busca de respuestas que él no puede darle.

—Pasen —dice con voz ronca.

Vuelven al mismo salón donde Gabriel les mostró el violín. Las cortinas siguen corridas. La lámpara del techo ofrece una luz tenue y hay una taza a medio terminar en la mesa. Dominic está sentado en el mismo sillón de la vez anterior con un rosario entre los dedos.

Anna se sienta a su lado con las manos apretadas en el regazo. Mira a Gabriel de nuevo, sin pestañear.

—¿Han identificado ya el cuerpo?

El inspector niega con la cabeza.

—Todavía no —responde con suavidad—. Es pronto. Están trabajando en ello desde esta misma mañana. Probablemente lo sabremos a lo largo del día.

Anna asiente, aunque parece no haberlo escuchado del todo.

—Les prometo —añade Gabriel— que serán los primeros en saberlo. En cuanto tengamos una confirmación, hablaré con ustedes personalmente.

Nadie responde.

El silencio se instala de nuevo. Bruno da un paso atrás y se queda junto a la puerta observando sin intervenir. Dominic sigue sin moverse. Solo su pecho se eleva, apenas perceptible. Gabriel se pregunta si ha oído lo que ha dicho o si simplemente está allí flotando en su propio dolor.

Durante un instante, se queda en pie sin saber cómo abordar el resto de la conversación y pedir permiso para lo que en realidad ha ido a hacer.

Anna rompe el silencio.

—¿Cree que es ella?

Gabriel clava los ojos en los de la mujer, pero no habla de inmediato. Medita su contestación.

—Lo que yo crea no importa. Comprendo que es una situación angustiosa y que necesitan respuestas. Cabe la posibilidad de que sea el cuerpo de su hija, pero también de que no lo sea. Lo que puedo decirle es que no se han hallado indicios de que sea Kasia: no se ha encontrado documentación, ni cartera ni teléfono móvil junto al cuerpo. Nada.

—¿Qué ropa llevaba puesta? —pregunta ahora Dominic, poniendo fin a su silencio.

Gabriel asiente mientras accede a su móvil.

—He traído unas fotografías de las prendas con las que fue hallado el cadáver. ¿Creen que podrían echarles un vistazo y reconocer si son de Kasia?

Dominic se levanta como una exhalación, se sitúa al lado del inspector y alarga la mano para cogerle el teléfono. Gabriel selecciona la primera fotografía. Unas zapatillas de deporte que fueron blancas en su día, pero que ahora están muy desgastadas y descoloridas por el paso del tiempo.

Dominic solo necesita un segundo para estar seguro de lo que va a decir. Aparta la vista del móvil y se sienta de nuevo en el sillón mientras su mujer no lo pierde de vista, siguiéndolo con los ojos anegados en lágrimas.

—No es Kasia.

Bruno da un paso al frente con los brazos cruzados e intercambia una mirada con el inspector.

—¿Está completamente seguro, señor Nowak? ¿Quiere que le enseñe el resto de las prendas? —insiste Gabriel.

—Estoy completamente seguro. Esa no es mi hija. El día que desapareció, acababa de estrenar unas zapatillas de deporte. Eran

blancas también, pero el logo de la marca era de color rojo. Unas Nike Cortez. Estoy seguro.

Gabriel apaga el teléfono y piensa en su siguiente paso.

—En cualquier caso, les llamaré con la confirmación del laboratorio.

Dominic vuelve a centrarse en su rosario. No contesta. Anna no es capaz de reaccionar. Solo se oyen sus sollozos.

Gabriel la escruta un instante. Tiene el rostro tenso, pero algo en su mirada le indica que, pese al cansancio, todavía está presente. No completamente rota. No aún.

Espera a que se recomponga y decide que es el momento.

—Anna —empieza, bajando un poco el tono—, quería preguntarle algo que es importante para la investigación.

La mujer lo observa con desconfianza, aunque asiente con la cabeza.

—Hemos estado revisando algunos testimonios —continúa Gabriel— y descubrimos que Kasia hacía compras caras. Zapatillas de más de cien euros. Un móvil de gama alta. Varios, en realidad. ¿Se los compraban ustedes?

Anna parpadea sorprendida.

—¿Nosotros? No. No podíamos permitirnos eso. Apenas llegábamos a fin de mes…

—Entonces ¿sabe de dónde sacaba el dinero?

La mujer duda un segundo, pero luego responde con rapidez.

—Actuaba. Tocaba el violín en bodas, restaurantes, eventos privados. Le salían cosas de vez en cuando. Sobre todo, en Villa Violeta.

—¿Sabe cuánto cobraba por actuación?

Anna se encoge de hombros, incómoda.

—No. Supongo que lo suficiente para darse algún capricho. No preguntábamos demasiado. Le gustaba ser independiente.

Gabriel asiente pensativo. Desvía la mirada hacia una puerta cerrada al fondo del pasillo. La recuerda de la última visita, aunque entonces no le prestó mucha atención.

—¿Esa es su habitación?

Anna gira la cabeza.

—Sí. Está igual que el día que desapareció.

—¿Y la policía la registró en 2014?

—Sí. Vinieron al principio, la revisaron, pero no encontraron nada raro. No se llevaron nada.

Gabriel deja pasar unos segundos. No quiere parecer invasivo, pero sabe que no puede irse del hogar de los Nowak sin haber entrado en ese cuarto.

—¿Puedo echar un vistazo?

Anna no contesta. Mira a Dominic. Él levanta la vista. Tiene los ojos hundidos y apagados. Observa a Gabriel, luego a Bruno, que permanece en silencio con las manos entrelazadas a la espalda. Después mira a su mujer.

Y finalmente asiente. Una sola vez.

Gabriel no necesita más.

Se encamina hacia la puerta y Bruno hace ademán de seguirlo. Sin embargo, el inspector le indica con un gesto que espere.

Gabriel empuja la puerta con suavidad y la deja entreabierta. Cuando enciende la luz, la bombilla tarda un par de segundos en estabilizarse. Entonces la ve.

Es una habitación grande, más de lo que esperaba. Las paredes están pintadas en un tono lavanda que ya ha perdido viveza y, junto al escritorio, hay una lámpara de sal que está apagada. Sobre la pared de enfrente, una hilera de fotos colgadas con pinzas pequeñas: Kasia con sus padres, Kasia con su violín en un escenario improvisado, Kasia riendo con los ojos cerrados.

La cama está hecha, con un edredón blanco estampado de estrellas y una colección de cojines decorativos que parecen no haber sido tocados en años. En la mesilla de noche, una vela medio consumida y un libro con la cubierta doblada: *Cumbres borrascosas*, de Emily Brontë.

Empieza por lo obvio.

Abre el primer cajón de la mesilla. Un paquete de pañuelos, una funda de gafas vacía, un par de cargadores con los cables enredados. Nada relevante. En el segundo, encuentra una libreta con las tapas negras, pero al abrirla descubre que son anotaciones de las clases de música de Kasia: escalas, ensayos, puntualizaciones. Todo limpio, meticuloso.

Se agacha y abre los cajones de la cómoda. Más ropa. Lencería ordenada por colores, camisetas dobladas con una precisión que le sorprende. Aparta algunas prendas buscando dobles fondos, sobres escondidos, cualquier cosa. Nada.

Se gira hacia la estantería y comienza a revisar uno a uno los libros. Algunos clásicos en edición de bolsillo. *El guardián entre el centeno*, de J. D. Salinger. Una biografía de Jacqueline du Pré. Luego lo ve: *El Principito*. Recuerda la conversación con Bruno. Era el libro favorito de Kasia. Está subrayado en varios pasajes. Gabriel lo hojea despacio; se detiene en cada página, sacude el lomo por si hubiera

algo escondido. Un pétalo de flor seca cae del libro. Lo aparta con cuidado.

No hay cartas. No hay anotaciones personales.

Sobre la cómoda ve un único marco de fotos. Kasia aparece en él tocando el violín bajo una farola, probablemente durante una actuación. Gabriel lo levanta. Le da la vuelta. Desmonta la parte trasera por si alguien hubiera ocultado algo entre la foto y el soporte. Solo encuentra el cartón rígido.

Se dirige hacia el armario.

Al abrir las puertas, se encuentra con una colección de ropa que no se corresponde con lo que ha visto en el resto de la casa. Vestidos de marca. Pantalones vaqueros aún con la etiqueta. Zapatillas de deporte de edición limitada. Todo perfectamente colgado, como si nadie lo hubiera tocado desde el día de su desaparición.

Le lleva un buen rato revisar en contenido del armario. Mete la mano en los bolsillos de las prendas, abre las cremalleras, palpa los dobladillos por si alguien hubiera introducido algo en ellos. No hay nada. Aparte de la ropa cara, solo ve perfumes en una balda y una funda de violín vacía.

Por último, entra en el cuarto de baño. Las baldosas son blancas, frías. No hay una sola mota de polvo ni una mancha en el espejo. Alguien ha debido de limpiarlo con regularidad durante todos esos años. Abre los cajones del mueble bajo la pila: maquillaje, cremas faciales, cepillos de pelo. Ningún frasco parece alterado, ninguna caja da la sensación de haber sido manipulada recientemente.

Está a punto de irse cuando algo lo detiene.

Una intuición.

Mira el inodoro. Recuerda a Nicolas Cage en *Asesinato en 8mm* y decide probar suerte. Levanta primero la tapa de la cisterna, se fija en el depósito. Dentro, solo el mecanismo habitual, pero hay algo adherido por la parte interior de la tapa.

Entonces lo ve: una pequeña bolsa hermética, sellada, sujeta con cinta aislante gruesa. La despega con cuidado. Dentro hay un único objeto: un *pendrive*.

¡Bingo!

Lo sostiene entre los dedos un instante y se lo guarda en el bolsillo. Acto seguido, va al salón para despedirse de la familia Nowak.

La mujer delgada y consumida por el tiempo está sentada, una vez más, en la vieja silla de mimbre que cruje bajo su peso ligero. Se lleva una mano al estómago y presiona. No sirve de nada, claro. El dolor sigue ahí y no se irá hasta que consiga calmarse. Algo que no parece que vaya a suceder nunca.

Aprieta los dientes sin darse cuenta. Últimamente lo hace. Le duelen los músculos de la cara; nota la mandíbula rígida como una bisagra oxidada. Tiene llagas dentro de la boca que se abren con cada roce de la lengua, y aun así no puede dejar de morderse. No hay alivio.

El hombre está de pie, a su lado. Inmóvil, con los brazos cruzados y la expresión de quien lleva horas dando vueltas al mismo asunto sin encontrar solución.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunta ella con la voz ronca por el insomnio y la ansiedad.

Él no responde enseguida. Medita su respuesta.

—Parece que esta vez están muy cerca —dice al cabo sin moverse—. Quizá tengamos que marcharnos.

Ella se endereza tan rápido como le es posible. La silla chirría de nuevo.

—No podemos. ¿Adónde iríamos?

Silencio.

Él se pasa una mano por la nuca y luego asiente.

—Lo arreglaré.

Ella lo mira durante unos segundos.

—¿Por qué han reabierto el caso? —susurra. La pregunta le ronda la cabeza desde que todo esto empezó.

Él la mira por fin.

—No lo sé —responde—, pero eso da igual. Lo importante es no llamar la atención. Si no lo hacemos, todo irá bien.

13

Bruno se queda quieto en mitad del salón con el rotulador aún en la mano. Ha regresado a su corcho, a su investigación. La que llevaba a cabo cuando a nadie más parecía importarle lo que le sucedió a Kasia.

Gabriel le ha pedido que esperase en su casa a que él volviera a llamarlo. No ha dado muchas explicaciones. Ha dicho que iba a visitar a Mateo Climent, actual gerente de Villa Violeta desde que su padre, Vicente Climent, falleció hace algunos años.

Se pasa una mano por la nuca. No debería afectarle tanto. Gabriel siempre ha sido esquivo con sus planes. Siempre ha trabajado así: saltando entre ideas como si siguiera una partitura que solo él entiende. Pero esa vez ha sido distinto.

«Lo dejaremos para más adelante», eso ha dicho. Ni una sola palabra sobre el porqué.

Tenían una cita con Susana Quintas, la profesora de violín de Kasia. Una ruta trazada, preguntas listas para indagar y saber si había algún problema entre ambas. Pero Gabriel ha cambiado de idea. Le ha comunicado que haría una visita breve a Mateo Climent, cuyo hogar se encuentra relativamente cerca del de Bruno, y que volvería a comisaría. Ha alegado que la coartada de Susana es sólida y ha añadido que deben centrar esfuerzos, lo cual es cierto. Después

de que Kasia abandonase la casa de Susana al terminar la clase de violín, la profesora emitió en directo en su canal de YouTube durante las dos horas siguientes. Es poco probable que ella tuviera algo que ver con la desaparición de Kasia.

Nadie parece necesitar a Bruno.

«Vuelve a casa. Te llamaré cuando sea el momento», le ha dicho también el inspector Siles. Un par de frases más, pero simples. Vacías. Como si Bruno fuera un peón que se puede guardar en la caja mientras no se juega esa parte de la partida.

Se gira hacia el tablón de corcho. Observa una fotografía de Kasia tocando el violín.

Añade otra línea, esta vez con una interrogación: ¿Qué vio Gabriel en casa de los Nowak?

Porque algo vio. Tiene que haber sido eso.

En cuanto a Patricia, ella no es de pedir ayuda, es la clase de mujer que lo abarca todo sin recurrir a nadie más.

Otra posibilidad. Más incómoda, más punzante: «Tal vez Gabriel se ha cansado de mí», se dice Bruno.

Traga saliva. Repasa mentalmente las últimas conversaciones con el inspector. No recuerda haber dicho nada fuera de lugar. No le ha contradicho. No ha filtrado información. Ha sido prudente, ha sido útil. Pero algo ha cambiado, y lo sabe.

No es paranoia. Es intuición.

Vuelve a marcar la foto de Susana Quintas con una chincheta roja.

—No pienso quedarme esperando —murmura.

Ni aunque Gabriel lo ordene. Piensa que existen dos tipos de personas en este mundo: las que actúan y las que se limitan a mirar.

Él es del primer tipo, y no va a cambiar ahora.

Se pone la chaqueta y sale de casa.

Gabriel Somoza no necesita más de un vistazo para entender en qué tipo de mundo está a punto de meterse. La verja automática se abre con un zumbido lento, como si la propia casa evaluara si merece que lo deje pasar.

No se inmuta. Acelera apenas, maniobra con firmeza y atraviesa el acceso escoltado por un seto perfectamente recortado hasta que la mansión se alza frente a él: blanca, simétrica, majestuosa. El tipo de lugar que se ve en las portadas de las revistas que él nunca compra.

Detiene el coche justo delante del garaje. A la derecha, un hombre corpulento pasa una bayeta con esmero por el capó de un Ford Torino verde que parece recién salido de una película. No hace falta ser un entendido para saber que ese coche no es barato. Tampoco los tres Ferrari que se alinean junto a él, todos rojos, todos relucientes.

Gabriel apaga el motor. Se queda dentro unos segundos observando. El hombre ni se gira, concentrado en su trabajo.

Sabe que Bruno querría estar allí y que se ha sentido desplazado cuando le ha dicho que no, que él se encarga. Está dispuesto a dejar que lo acompañe cuando se trata de personas a las que el chico conoce; después de todo, ese caso está abierto de nuevo gracias a él. Sin embargo, es reticente a que participe por decreto. Solo quiere ver a Mateo Climent y hacerle unas preguntas. Después, saldrá

pitando hacia la comisaría para ver qué demonios contiene ese *pendrive* que ha encontrado en el cuarto de baño de Kasia.

Baja del coche. No le ofrecen una bienvenida cálida, ni falta que hace. Una mujer joven vestida de negro y con aspecto de asistente le abre la puerta sin palabras y se limita a señalar el interior.

—Mateo Climent está en casa. Le espera en el salón principal.

El salón principal. Por supuesto.

Camina siguiendo a la mujer, que avanza sin volverse. El suelo brilla bajo sus pies, un mármol tan pulido que su reflejo es intenso. Hay arte en las paredes —caro, seguro— y una chimenea tan ornamentada que parece más decorativa que funcional. Todo es amplio. Demasiado amplio. Gabriel no puede evitar pensar que ese tipo de espacio no sirve para vivir, sino para demostrar.

Mateo Climent aparece desde una de las estancias contiguas. No hay presentación. No hay sonrisa. Solo lo observa desde la distancia con la barbilla ligeramente alzada y las manos en los bolsillos. Cuarenta y pocos. Delgado. Traje gris sin corbata, pelo peinado hacia atrás con precisión milimétrica.

—Inspector Somoza, ¿verdad? —La voz de Mateo es suave, cultivada. No suena a alguien sorprendido de tener a un policía en su casa. Más bien parece preparado para todo.

—Así es. Gracias por recibirme —dice Gabriel sin extender la mano.

Mateo tampoco lo hace.

Silencio. Una prueba mutua.

Gabriel decide no perder el tiempo.

—Seré breve. Estoy investigando la desaparición de Kasia Nowak. ¿Recuerda el caso?

Mateo arquea las cejas y se toma un segundo.

—Sí, lo recuerdo. Supongo que tendrá que ver con que trabajaba eventualmente en Villa Violeta, uno de nuestros salones.

—Así es. ¿Usted la conocía?

Mateo asiente.

—Sí, aunque no a nivel personal. Tuve trato con ella porque en aquel entonces solía echarnos una mano en la organización de eventos. La llamé más de una vez para contratarla. Ella tocaba el violín, como supongo ya sabrá.

—¿Podría decirme cuánto le pagaban por cada actuación? —pregunta Gabriel.

Mateo alza la vista, intenta hacer memoria.

—Podría decirle una cantidad aproximada. No lo recuerdo con exactitud, aunque, si lo desea, pediré que revisen los libros de contabilidad.

Gabriel niega con la cabeza.

—Más o menos, para hacerme una idea. ¿De cuánto dinero estamos hablando?

—De unos ciento cincuenta euros por noche. Kasia era muy buena, pero era joven y aún no había hecho carrera en el conservatorio con el violín. No creo que le pagasen más en otro lugar, sinceramente.

—Comprendo. Y, dígame, ¿es posible que Kasia obtuviese más dinero de otra forma? Llegando a acuerdos con los novios, por ejemplo, sin tenerle a usted de intermediario.

—No trabajando en Villa Violeta, al menos. Una de las condiciones que ponemos a los novios cuando se celebra una boda o cualquier otro tipo de evento es que nosotros somos quienes

formalizan los contratos con los proveedores externos. Es una manera de controlar quién viene y mantener la calidad.

Gabriel asiente, saca su libreta y anota algo. No es una cantidad que se corresponda con el nivel de gastos de Kasia.

—¿Venía muy a menudo a tocar? —pregunta Gabriel.

Mateo se encoge de hombros.

—Durante una temporada sí que vino un par de veces o tres al mes. Nunca más de eso. Depende de lo que contraten los novios o los encargados de los eventos. Pero, en cualquier caso, Kasia solo estuvo con nosotros en Villa Violeta medio año, aproximadamente.

Gabriel le sostiene la mirada. Mateo es un hombre apuesto y educado, pero él siempre intenta ver lo que hay detrás de la fachada.

—¿Recuerda que Kasia tuviera algún comportamiento inadecuado? ¿Algún amigo o amiga con quien intimase? ¿Algo que le llamara la atención?

Mateo levanta las cejas.

—Me han hecho esa pregunta muchas veces. Mire, lo cierto es que Kasia fue una trabajadora ejemplar con nosotros. Siento decirle que nunca vi nada de eso ni me llegó esa información. Ella venía, hacía su trabajo, cobraba y se iba.

Gabriel se levanta después de darse una palmada en las rodillas.

—Muchas gracias por su tiempo, señor Climent. Contactaré con usted si necesito preguntarle algo más.

Gabriel ha vuelto a la comisaría. Empuja la puerta de su despacho con el hombro mientras sostiene un café en una mano y el móvil en

la otra. Cierra con el pie y suspira al encontrar silencio. Hay demasiado bullicio por los pasillos. Necesita aislarse.

Nada más sentarse frente a su escritorio descubre una nota sobre él. No hay sobre. No hay firma. Solo una hoja arrancada de un bloc con una frase en tinta azul que no precisa más explicación: «Te ha llamado Laura Prieto».

Gabriel la lee sin sorprenderse. Suspira. Arruga el papel en un solo movimiento y lo lanza a la papelera sin dedicarle más atención. Encesta. Ni siquiera mira.

Laura. Siempre Laura.

Lleva semanas insistiendo. Desde que resolvió el caso de la desaparición de Rafael Sierra, esa periodista ha estado detrás de él para entrevistarlo. Primero correos. Luego llamadas a su móvil que nunca obtuvieron respuesta. Ahora, directamente, al teléfono de la comisaría. Como siga molestando, Gabriel tendrá que tomar cartas en el asunto.

Seguro que intuye algo. El helicóptero, el cordón policial en el barranco del Infierno…

Gabriel se deja caer en la silla, que chirría con un gemido molesto. Apoya los codos en el escritorio. Se frota los ojos.

No va a darle el gusto. No hoy. Y, con toda probabilidad, mañana tampoco.

Descuelga el teléfono fijo.

—Ya estoy en el despacho, Patricia. Ven sola.

Cuelga antes de que ella pueda contestar.

La inspectora Siles no tarda en aparecer. Gabriel oye el ritmo firme de sus pasos aproximarse por el pasillo antes de que llame suavemente con los nudillos y abra la puerta. Lleva una carpeta bajo

el brazo, ha estado trabajando. Como siempre. Cuando entra y lo ve, se le escapa una leve sonrisa, fugaz, casi imperceptible. Nunca lo diría en voz alta, pero Gabriel lo nota: la alivia no estar sola en la comisaría.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Patricia, y cierra la puerta tras de sí.

Gabriel asiente con la cabeza, se echa hacia atrás en el asiento y se saca una bolsa de plástico transparente del bolsillo. Un objeto pequeño en su interior. Un USB negro, sin etiquetas, sin marcas.

—Tengo algo —dice colocándolo encima de la mesa.

Patricia arruga la frente y deja la carpeta a un lado. Da un paso adelante y observa el *pendrive* con atención.

—¿Dónde lo has encontrado?

—En el hueco de la cisterna del cuarto de baño de la habitación de Kasia Nowak. Pegado a la tapa por dentro con cinta adhesiva.

Ella abre los ojos de par en par.

—Buen trabajo, Gabi.

Él asiente.

—¿Y qué contiene? —pregunta Patricia.

Gabriel niega con la barbilla.

—No lo sé. Te estaba esperando.

Patricia ladea la cabeza, casi con impaciencia, y hace un gesto con la mano.

—Pues adelante.

Gabriel introduce el USB en el puerto de su ordenador, que se despierta con un leve zumbido. La pantalla parpadea. Una carpeta aparece durante una fracción de segundo, pero enseguida salta una ventana gris, sin adornos, con una sola frase en letras claras, centrada: INTRODUZCA LA CONTRASEÑA.

Ambos se quedan mirando la pantalla como si esperaran que, por arte de magia, la clave se revelara sola. Pero no hay pistas. Nada más que ese mensaje.

Gabriel se reclina en la silla y aprieta la mandíbula.

—Mierda.

Patricia se cruza de brazos con más fuerza; contiene la frustración.

—No pasa nada. Solo nos llevará más tiempo —comenta.

—¿Hay manera de dar prioridad a esto? —Gabriel señala la pantalla.

Patricia lo dice todo con un gesto de confabulación y estira los labios. Coge su móvil y marca un número. Oye una voz masculina al otro lado.

—Emilio, tengo un USB protegido con contraseña. Puede contener información importante relativa al caso de Kasia Nowak. ¿Cuánto tardas en desbloquearlo?

Una pausa.

—Media hora me parece bien. Necesito que cojas tu portátil y subas al despacho de Somoza. Te esperamos aquí.

Gabriel entrelaza los dedos tras la nuca e intercambia una mirada con Patricia después de que ella cuelgue.

—Muy bien, jefa.

Ella sonríe lo justo.

—Yo también tengo algo, Gabi —dice. Coge la carpeta y se la ofrece—. Hay diecisiete vehículos registrados en un radio de cincuenta kilómetros de La Nucía que coincidan con el fragmento de la matrícula que viste: 8 GJX. Catorce más si, en lugar de ser un ocho, ese último número fuese un tres.

—Era un ocho. Según Bruno —comenta Gabriel.

Patricia se encoge de hombros.

—No lo dudo, pero por si acaso. Echa un vistazo a los nombres, a ver si alguno te dice algo.

Gabriel abre la carpeta y se fija en la lista con los modelos de vehículo y el nombre de cada propietario.

El cuarto le suena mucho, y el modelo es un Renault Laguna. Podría ser, estaba muy oscuro. Solo que hay algo que no le cuadra.

Gabriel señala el nombre.

—Sebastián Salas. Si no es una coincidencia, se trata del padre de Fidela Salas, la esposa de Víctor Fábregas, el director del instituto.

—Me dijiste que esa mujer, Fidela, falleció, ¿no es así?

—Sí. Durante el parto de su hijo. Por lo visto, Fidela tenía miedo a los hospitales después de haber pasado mucho tiempo allí acompañando a su madre, que murió de cáncer.

Patricia se acerca la mano a la barbilla y se acaricia el mentón.

—¿Y qué demonios pinta su padre en todo esto? —pregunta.

Gabriel cruza los brazos.

—Pues no tengo ni idea. Porque ese hombre, Sebastián Salas, está muerto.

14

Bruno pulsa el timbre por segunda vez. El zumbido estridente se ahoga sin respuesta. El piso de Susana Quintas, la profesora de violín de Kasia, se ubica en pleno centro de La Nucía. Es un edificio de tres plantas relativamente moderno.

Vuelve a mirar hacia arriba. Las ventanas de la tercera planta están cerradas. Es ahí donde vive la profesora. Bruno lo sabe, aunque nunca ha estado en esa casa. Conoce muy bien a Susana y a su marido. Durante años, ha preguntado aquí y allá, extrayendo información de debajo de las piedras si era necesario. Todo por ayudar a Kasia; todo porque nadie investigó como debía hace siete años.

Kasia dejó de acudir al conservatorio un par de años antes de desaparecer. Al principio fue por una gripe; luego, otra excusa. Finalmente, no regresó. Con el paso del tiempo, Kasia admitió que allí no se encontraba cómoda. «No me entienden, no encajo, no quiero volver», decía.

Nunca fue una adolescente fácil. Desde pequeña encontró la forma de doblar las reglas sin romperlas del todo. Es algo que Bruno, aunque le cueste admitirlo, sabe con certeza.

Insiste con el timbre. Esta vez presiona con el dedo un segundo más de lo necesario. Sigue sin haber respuesta.

Resopla y saca el móvil del bolsillo. Desbloquea la pantalla, busca el contacto y marca. Tres tonos. Cuatro.

—¿Diga? —La voz de Susana suena seca, sin rastro de cortesía.

—Señora Quintas, soy Bruno Porta. Amigo de Kasia Nowak. Hoy tenía usted una cita con el inspector Gabriel Somoza para que le hiciera algunas preguntas.

Una pausa breve, cortante. Después, su respuesta:

—Sé quién eres, Bruno. ¿Qué es lo que quieres?

—Estoy justo en la puerta de su casa y me preguntaba si sería tan amable de reunirse conmigo para charlar un rato. La investigación se ha reabierto y pienso que su testimonio es de vital importancia.

—No. De ninguna manera. Tú no eres policía ni tienes ningún derecho a venir a mi casa para interrogarme.

—No se trata de interrogarla —dice Bruno intentando suavizar el tono—. Es solo que…

Pero la línea del interfono ya está muerta. Susana ha colgado.

Bruno se queda con el teléfono en la mano mirándose a sí mismo en el reflejo oscuro del portal. Por un momento, no sabe si volver a pulsar el timbre o simplemente marcharse. Lo que sí tiene claro es que, sin Gabriel Somoza, sus posibilidades de éxito disminuyen.

Lo entiende, en parte. No todo el mundo quiere hablar con él. Ni abrirle la puerta. Ni escucharlo. En realidad, nadie quiere hacerlo. ¿Cuántos amigos tiene?, se pregunta con una indiferencia pasmosa. La respuesta es simple: ninguno.

No es un lamento. Es una constatación.

A esas alturas, incluso él sabe que ha terminado por convertirse en alguien incómodo. Su carácter ayuda, claro. Pero también sus

decisiones. El empeño casi obsesivo por desenterrar lo que todos prefieren olvidar. A nadie le gusta que le hagan mirar atrás, sobre todo cuando hay ciertos indicios que podrían hacerte parecer culpable. O, como mínimo, sospechoso.

Durante años ha pensado que tenía un don. Leer a la gente. Intuir sus motivaciones. Desnudar sus intenciones sin que hicieran falta palabras. Pero últimamente no está tan seguro. Se ha equivocado demasiadas veces. Ha sobrestimado sus capacidades, y eso es un error muy grave que no se puede permitir.

Camina sin rumbo por la acera cuando, de repente, oye su nombre.

—¿Bruno? —dice una voz masculina.

Cuando se gira, ve a Víctor Fábregas avanzando hacia él con su hijo cogido de la mano.

—Hola, Víctor. ¿Qué tal va ese catarro?

—Mejor, aunque sigo fastidiado. ¿Qué haces por aquí? —pregunta Víctor con las consecuencias del constipado aún presentes en la voz.

Bruno señala la entrada de un supermercado ubicado un poco más abajo en la misma calle.

—He salido a comprar algunas cosas que necesitaba.

Víctor se queda mirándolo con una sonrisa.

—Oye, quería darte la enhorabuena. Estuve pensando el otro día, cuando viniste a verme, y caí en la cuenta de que tienes mucho que ver en el hecho de que se haya reabierto la investigación de Kasia. Eso es bueno para todos.

—Gracias, Víctor; si me permites tengo que…

—Creo que estaría bien que organizásemos algo en el instituto y avisar a la prensa para que le den cobertura. Para que la gente no olvide, ya sabes. Me gustaría contar con los padres de Kasia, pero hace tiempo que no hablo con ellos. Sé que tú tenías buena relación con su familia. ¿Te importaría comentárselo?

Bruno hace una mueca. No está seguro de que Dominic Nowak esté por la labor.

—Claro. Por supuesto.

Bruno se despide de Víctor. El crío ya estaba dando tirones de la mano a su padre para que dejase de hablar. Ambos se pierden calle abajo, y Bruno reanuda su caminar sin rumbo para ordenar sus ideas hasta que encuentra algo que podría servirle.

Un pub irlandés en la esquina, con sus farolillos verdes y la promesa tácita de que, al menos ahí dentro, nadie le dará la espalda. Ni le cerrará la puerta en las narices.

No encuentra un motivo razonable para no entrar y beberse una pinta. Así que lo hace.

Dentro, el suelo de parquet cruje con cada paso. El olor a cerveza y madera barnizada le resulta vagamente reconfortante. Un bar como tantos. Con su barra con acabados de cobre, sus grifos pulidos y esa iluminación cálida que invita a quedarse siempre un rato más.

Se sienta en una bancada tapizada, pide una pinta sin mirar la carta y espera.

El camarero, un tipo joven con barba profusa, asiente sin decir palabra. Bruno apoya los codos en la mesa y deja que el murmullo de fondo lo envuelva.

El lugar está medio vacío. Una pareja de turistas, un hombre mayor que lee el periódico, dos chicos riéndose al fondo. Y entonces ve a alguien que le resulta familiar.

Al fondo del local, en otra bancada, casi oculto por una columna de madera, está él. Ramón Peña. El marido de Susana Quintas.

Bruno parpadea, pero no hay error. Es él. Mismo corte de pelo. Misma expresión dura. Lleva una chaqueta oscura y sujeta una jarra medio llena. Mira hacia la barra, pero no parece esperar a nadie. Está solo.

Bruno piensa que hay ciertas casualidades que se presentan muy esporádicamente en la vida y que nunca hay que dejarlas pasar.

Agarra su cerveza y, sin pensarlo demasiado, se levanta y se dirige hacia el lugar donde se encuentra Ramón.

Se sienta delante de él sin más. Ramón levanta la cabeza y lo mira extrañado. Por un instante parece que está a punto de hablar, pero se limita a gesticular.

—Hola —dice Bruno con voz neutra.

Ramón tuerce el labio.

—¿Nos conocemos?

Bruno se limita a estirar la mano.

—Bruno Porta.

Eso es todo. No ofrece más contexto. No menciona a Kasia, ni a Susana, ni los motivos por los que quiere hablar con él. Solo dice su nombre. Y espera.

Ramón lo observa unos segundos, hasta que una media sonrisa se le forma en la cara.

—Ya sé quién eres. Eres ese chico que va haciendo preguntas incómodas por ahí. El que se cree detective.

Bruno asiente con una leve inclinación de la cabeza. Desde esa distancia, el olor a alcohol le llega de forma nítida. No solo cerveza. También algo más fuerte. Tal vez whisky. Se pregunta cuántas rondas lleva Ramón. Tiene los ojos ligeramente vidriosos y un leve temblor en la mano cuando vuelve a coger su jarra.

Estar borracho puede hacerle hablar más. O hacerle saltar antes de tiempo. Ambas opciones son posibles.

—Las preguntas son solo eso —responde Bruno—. Preguntas. La incomodidad; bueno, eso ya no depende de mí.

Ramón suelta una risa ronca. Golpea la base de la jarra contra la mesa sin mirarlo.

—¿Y qué quieres ahora?

Bruno adopta un tono más amable. Le cuesta, pero sabe que es lo que corresponde en ese momento.

—Solo conversar un rato. Mira, sé que eres un tipo tranquilo. Que no te metes en líos. Y créeme, no estoy aquí para buscarte ninguno. Pero la policía está investigando. Tarde o temprano querrán hablar contigo. Y pensé que quizá sería mejor que nos entendiéramos ahora, sin uniformes de por medio. Estoy colaborando con ellos.

Ramón lo mira con los ojos entrecerrados.

—¿Entendernos sobre qué?

Bruno apoya los antebrazos en la mesa sin levantar la voz.

—Sobre tu mujer. Sabes que Susana no soportaba a Kasia. No hace falta fingir que lo ignorabas.

Ramón niega con la cabeza de inmediato, casi con violencia.

—Eso no es verdad. Susana siempre la trató de maravilla.

Bruno mantiene la mirada fija. Sin alterar el tono.

—Pues Kasia no pensaba lo mismo. Me lo dijo hace años. Que Susana le tenía celos. Algo extraño, porque era solo una adolescente. Me contó que una vez la echó de vuestra casa por llevar pantalón corto. Y que pensaba que todo eso tenía que ver contigo. ¿Recuerdas algo de eso?

Ramón desvía la mirada. La mandíbula se le tensa; no por indiferencia, por contención.

Gira la jarra entre los dedos. Luego la alza con la voz más baja, casi arrastrada:

—Cuidado con lo que estás insinuando.

Bruno no responde de inmediato. Deja que el silencio se asiente en la mesa.

—No insinúo nada. Solo te repito lo que Kasia me contó.

—Todo eso son estupideces.

—Pero ¿sucedió o no? —pregunta Bruno.

Ramón da otro trago a su cerveza.

—Sí, pero eso no quiere decir que la tratase mal. Susana es muy recta a veces, y puede que ese día se pasara, que la chiquilla no había hecho nada malo por ir en pantalón corto, pero bueno… No quiero… En fin, dejémoslo ahí.

—No, Ramón. Necesito que me expliques qué pasaba. Tarde o temprano, no seré yo quien te lo pregunte. Si de verdad no tienes nada que esconder, dímelo.

Ramón apoya la jarra en la mesa con más fuerza de la necesaria.

—¿Quieres saberlo? ¿De verdad quieres saberlo?

Bruno asiente.

—Está bien —continúa Ramón—, te lo contaré. Tu amiga no era una santa que digamos. Era un poco… juguetona. Le gustaba dirigir

miradas subidas de tono y le gustaba que la mirasen, de eso estoy seguro. Cuando no podía venir a clase y cosas así, me escribía mensajes, ¡a mí, por Dios!, en lugar de hacerlo a su profesora. Entenderás que eso a Susana no le sentaba muy bien. No sé, hacía cosas como esa que estaban totalmente fuera de lugar. Era muy incómodo, joder.

Bruno no muestra reacción alguna.

—¿Y tú alguna vez entraste en su juego? —pregunta.

Ramón lo fulmina con la mirada.

—Vete a la mierda, Bruno Porta.

Después se levanta, paga su cuenta y se marcha sin mirar atrás.

Patricia se cruza de brazos. La silla le resulta incómoda, pero no se mueve. Está demasiado concentrada.

Gabriel no ha dicho una sola palabra en los últimos cinco minutos y apenas ha parpadeado. Está sentado al lado de Emilio observando con atención cómo trabaja. El técnico sigue ocupado en el *pendrive* sin levantar la vista, ajeno a la tensión que se acumula tras él.

Veinte minutos. Patricia los ha contado. En ese tiempo han repasado todo lo que tienen, aunque más por necesidad que por convicción. Lo del violín se ha evaporado, pista muerta. Lo sabe, y Gabriel también, aunque ninguno lo haya dicho en voz alta.

La cuenta que anunció el violín en Wallapop utilizó una identidad falsa. Algo que ya se imaginaban. El titular lo envió desde una oficina anodina en Pego, una pequeña localidad sin apenas cámaras en la calle, sin grabaciones que recuperar. Lo único que queda es el rastro del dinero: una transacción en Wallapop, una cuenta de

PayPal y, de ahí, al efectivo, retirado en un cajero automático del mismo pueblo.

Patricia revisa la carpeta sobre la mesa. Ya la ha abierto dos veces. No hay nada nuevo dentro, pero el gesto le sirve para ordenar sus ideas. El cajero es su último recurso. La cámara podría haber captado un rostro. Aunque sabe que es poco probable. Si el vendedor se ha molestado en montar todo eso con tanto cuidado, ¿de verdad cometería un error tan básico como mirar al objetivo?

Sea lo que sea, lo sabrán pronto. Ya ha puesto a un par de agentes a trabajar con esas grabaciones. Es lo único que les queda para que ese hilo no se acabe.

Gabriel se aclara la garganta. No para hablar, sino porque lleva demasiado tiempo en silencio. Patricia lo observa un momento. Tiene el rostro tenso, las venas de las sienes hinchadas por la concentración. No es el mismo hombre que conoció hace años, pero esa obsesión suya por los detalles sigue intacta.

—¿Cuánto más? —pregunta ella sin apartar la vista de Emilio.

—Depende —responde el técnico sin girarse—. La contraseña no es sencilla. Aunque, si todo va bien, esto funcionará.

Patricia asiente sin molestarse en ocultar su impaciencia.

Emilio pulsa una última tecla y se detiene. La pantalla parpadea. Una ventana se abre y aparecen dos carpetas. Las dos tienen nombre: «Thomas» y «Kasia».

—Empieza por la carpeta donde pone «Thomas» —ordena Patricia sin apartar la vista de la pantalla.

Con un leve cabeceo, Emilio hace doble clic y la carpeta se abre. Dos fotografías se muestran en el monitor. El mismo chico en ambas. Veinte años, tal vez un poco más. Rubio. Ojos azules. Una mandíbula

bien definida y una sonrisa amplia, simétrica, tan perfecta que parece robada de una campaña publicitaria de dentífrico.

Gabriel se inclina hacia delante. Su tono es neutro, pero en su mirada hay algo más.

—Parece que por fin ponemos cara al bueno de Thomas.

Emilio mira al inspector, desconcertado.

—¿Pero no teníais nada de antes? —pregunta girándose hacia Patricia—. ¿Nada de la antigua investigación?

—Nada —responde la inspectora, firme—. Solo las transcripciones de sus conversaciones con Kasia. Al parecer, puso mucho cuidado en no dejar nada tras de sí. Fue meticuloso. No dejó huellas digitales, ni nombres reales, ni imágenes. Solo una IP cuya ubicación era Ludwigsfelde, que luego resultó ser falsa. Seguramente usó una VPN para fingir que estaba allí. Tal vez ni siquiera sea alemán. Y quién sabe si estas fotos son reales.

Por un instante, el silencio se instala en la sala. Patricia observa el rostro del chico. Tan nítido. Tan limpio. No encaja con la actitud que mostraba con Kasia, en la que la controlaba y la anulaba. No encaja con nada.

—Abre la otra —dice Gabriel entonces sin levantar la voz—. La que pone «Kasia».

Emilio obedece.

El contenido aparece de golpe, sin avisar, llenando la pantalla con decenas de miniaturas que se expanden una tras otra. Fotografías. Unas ciento cincuenta, tal vez más. Todas de la misma chica: Kasia. En todas se la ve desnuda o a medio vestir. Lencería negra, roja, blanca perlada. Sujetadores finos, tangas, transparencias. En varias, posa. Mira a cámara. Seductora. O tal vez solo se lo han pedido así.

Hay un atisbo de incomodidad en su mirada que solo Patricia parece notar.

Nadie dice nada durante unos segundos. Emilio deja el ratón inmóvil. Gabriel ha apretado la mandíbula.

Patricia se cruza de brazos.

—¿Puedes comprobar el EXIF de las fotos? —pregunta Gabriel—. De las de Thomas. De las de Kasia no hace falta, reconozco su habitación. Sé que las tomó allí.

Emilio regresa a la carpeta «Thomas», abre un programa de su portátil y escanea la foto.

—Lo siento, pero no tiene metadatos. Están borrados. Puedo intentar escarbar un poco más, pero eso sí que me va a llevar más de media hora.

Patricia saca su móvil.

—Espera un momento. Amplía la imagen de Thomas —solicita.

Emilio obedece. Patricia abre la aplicación Google Lens en su teléfono, lo acerca a la pantalla y toma una captura de la foto de Thomas. En menos de cinco segundos obtiene una interminable lista de resultados.

Una entrada de la lista conduce directamente a la biografía de Finn Wagner, un actor y modelo alemán de treinta años que goza de cierta fama. Las fotografías que encuentran en la red no dejan lugar a dudas. Es el mismo hombre de la fotografía que Kasia tenía en su memoria USB.

—Bien visto, jefa —comenta Emilio—. Parece que ahora tenéis hasta su nombre real.

—Creo que no nos servirá de mucho. Es evidente que no era él quien se escribía con Kasia. Alguien debió de utilizar sus fotos.

Parece que el tal Finn no era tan conocido como ahora en 2014. Quizá por eso Kasia se lo tragó.

Gabriel se levanta.

—Sigue trabajando con los metadatos, Emilio. Y envíanos una copia de las fotos lo más rápido posible.

15

Gabriel se apoya en el borde del escritorio con la vista fija en la pantalla apagada del ordenador, perdido en sus pensamientos. Hay demasiados frentes abiertos, pero por primera vez en días siente que el caso avanza, aunque sea a empujones. Ha dejado piezas sueltas por el camino. No le preocupa, sabe que está a tiempo de volver a unirlas todas.

El nombre de Bruno cruza por su mente. No ha vuelto a llamarlo. Ni siquiera ha contestado a su último mensaje. Se pregunta si habrá entendido su silencio, aunque lo duda. Mañana se lo dirá en persona, no quiere hacerlo por teléfono. Le explicará lo de la memoria USB, la necesidad de actuar con discreción, de analizarla antes de implicarlo. No son excusas. Son los hechos. Lo que haría cualquiera en su posición. Lo que se espera de él.

Y, sin embargo, el remordimiento sigue ahí.

Le pedirá a Bruno que lo acompañe a reunirse con Víctor Fábregas. No puede quitarse de la cabeza ese coche. El mismo que los siguió la noche anterior. Una matrícula que, según los registros, está todavía a nombre del suegro fallecido de Fábregas. Un detalle que huele a desidia o a algo más. Esa vez quiere escucharlo cara a cara. Sin evasivas.

Es muy consciente del valor de Bruno en la investigación, no prescindirá de él. Al fin y al cabo, es la persona que ha buscado la verdad con mayor insistencia. Tal vez pueda ayudarlo a entender por qué Kasia guardaba esas fotos en un USB.

Por último, está el banco desde el que se extrajo el dinero de la cuenta de PayPal.

No entiende cómo pueden tardar tanto en enviar las grabaciones. Lo de siempre: excusas, trámites, un tecnicismo detrás de otro. Se acabó. Ha encargado a dos agentes que se personen en la sucursal de Pego mañana a primera hora. Irán con una orden judicial en la mano, firmada y sellada gracias a Patricia, que ha movido los hilos con eficacia.

Pero todo eso será mañana, porque hoy no piensa abandonar la comisaría hasta que un forense le confirme la identidad del cuerpo que encontraron en el barranco del Infierno.

Ha pasado más de media hora desde que Patricia acudió al laboratorio para hablar con los agentes de la Unidad Científica. Al parecer, ya tenían un informe preliminar, pero el tiempo transcurre y Patricia no vuelve.

Gabriel desbloquea su teléfono y le envía un mensaje a Bruno:

> Seguimos esperando los resultados del laboratorio. Acabaré tarde. Mañana te recojo a primera hora

Bruno no tarda en contestar. No lo hace con palabras. En su lugar, utiliza un emoticono de una mano con un pulgar hacia arriba.

En ese momento unos nudillos llaman con suavidad a la puerta. Gabriel levanta la vista justo cuando Patricia entra en su despacho

con las manos en los bolsillos de la chaqueta y la expresión tan neutra que, por sí sola, ya resulta sospechosa.

—¿Y bien? —pregunta él sin rodeos.

Patricia se detiene frente al escritorio. Tarda un segundo en responder.

—No es ella. Tendremos que seguir buscando.

Gabriel suspira y entrelaza los dedos bajo la nuca.

—¿Y quién es?

—Por eso han tardado tanto. —La inspectora Siles carraspea antes de continuar—. Calculan que el cuerpo lleva allí unos treinta años. Dicen que ha sido difícil extraer ADN válido, pero han conseguido algo. A falta de confirmación definitiva, parece que coincide con el de Samantha Reynolds. Es una chica que…

Patricia se detiene al ver que Gabriel ha abierto los ojos como si le hubieran encajado una bofetada.

—¿Sabes quién es? —pregunta impresionada.

—Sí, claro —responde él sin dudar—. Era una adolescente inglesa que desapareció en 1991 durante unas vacaciones con su familia en Jávea. Nunca la encontraron.

Patricia esboza una media sonrisa cargada de admiración.

—Claro que sabes quién es. Lo sabes todo —dice con una leve sonrisa—. Entonces entenderás que en 1991 el uso del ADN no estaba muy extendido. Aun así, ha habido suerte y el de esa chica estaba en la base de datos. Fue de los primeros.

Gabriel no responde. Se sienta, enciende el ordenador y empieza a teclear con rapidez.

—¿Qué haces ahora? —inquiere la inspectora Siles acercándose.

—Espera un momento.

La pantalla cobra vida. Gabriel abre el navegador, escribe el nombre de Kasia Nowak y selecciona una fotografía. Luego repite el proceso con Samantha Reynolds, busca una imagen antigua, de archivo, y la coloca junto a la otra.

Gira la pantalla hacia Patricia sin decir nada.

—Mira esto —susurra—. ¿Qué opinas?

Ambas fotos quedan enfrentadas, iluminadas por la luz fría del monitor. El parecido es abrumador. Una es el reflejo desdibujado de la otra. Distintas, sí. Pero con esa familiaridad inquietante que hace imposible apartar la vista.

Patricia no dice nada. Pero Gabriel ya lo ha visto en su cara. Piensa lo mismo que él.

16

Bruno se queda quieto unos segundos antes de levantarse. El sonido de unos nudillos golpeando su puerta aún resuena en su cabeza.

Mira el reloj del microondas: las 08.36. No es que estuviera dormido. No del todo. Ha pasado la noche dando vueltas en la cama con la mandíbula apretada y los ojos fijos en el techo, repasando cada hilo suelto del caso. Otra noche más. Otra noche idéntica.

No entiende cómo lo han apartado así. Sin explicaciones, sin una llamada. Justo en el momento más importante de la investigación. Si no fuera por él, por su insistencia, por el violín que él encontró, el caso seguiría muerto. Lo sabe. Lo sabe todo el mundo. Aunque hayan decidido olvidarlo.

Durante un rato, se ha planteado no abrir. Dejarlo ahí fuera, al inspector estrella. El que acapara titulares y del que todo el mundo habla. Que se lo coma solo. Pero luego ha recapacitado. No es el momento de hacerse enemigos. Aún no. Sigue queriendo estar dentro. En el núcleo. Donde pasan las cosas importantes.

Respira hondo antes de girar el pomo.

—Gabriel —dice sin ocultar del todo su tono seco—. Me disponía a salir.

Hace un gesto con la cabeza en la dirección del coche. Gabriel, sin embargo, no se inmuta.

—Mejor entramos. ¿Qué tal si preparas un par de cafés mientras te pongo al día? Hay novedades.

Bruno duda un segundo. No es una petición. Se hace a un lado y lo deja entrar.

Gabriel se mueve con cierta familiaridad por la casa y se toma la libertad de sentarse en el sofá. Bruno lo observa desde el umbral con los brazos cruzados. No le gusta sentirse invitado en su propio hogar.

—¿Le pongo leche, inspector Somoza? —pregunta Bruno con sarcasmo.

—Solo —contesta Gabriel con cara de circunstancias.

Bruno se gira y empieza a moler café.

—Vengo de hablar con los padres de Kasia —suelta Gabriel, directo, sin calentamientos previos—. Ya tenemos la identidad del cuerpo que apareció en el barranco del Infierno.

Bruno se da la vuelta abruptamente.

—¿Y…?

—No es ella.

Bruno se lleva una mano a la frente, ha comenzado a sudar. No sabe si es de alivio o de decepción. Desvía la mirada al suelo. Quizá, si ese cuerpo hubiese sido el de Kasia, por fin habrían encontrado las respuestas que necesitan. Se diría que la agonía se resiste a abandonarlo y que insiste en complicarlo todo.

—¿Quién es?

—Samantha Reynolds. Británica. Desapareció en el verano de 1991 cuando estaba de vacaciones en Jávea con su familia. Tenía diecisiete años. Salió una mañana de casa para asistir a un taller de cerámica y no volvió. El caso se archivó sin resolver. No fue muy

mediático, por algún motivo extraño que hace que ciertas noticias sean virales y otras, como esta, pasen desapercibidas. Tal vez por eso no lo recuerdas.

—Sí. Por eso y porque no había nacido —bromea Bruno.

Gabriel se ríe, pero Bruno no le presta mucha atención. Su cerebro empieza a procesar la información.

—Treinta años… Es una locura. Ha estado allí todo este tiempo. —Se pasa una mano por la cara intentando despejarse de golpe—. Me alegra que haya aparecido, aunque haya sido por casualidad.

Gabriel niega con la cabeza.

—Tal vez no haya sido tan casual.

Saca el móvil del bolsillo interior de la chaqueta, desbloquea la pantalla y le muestra una fotografía. Dos chicas, una al lado de la otra. Samantha y Kasia, diferentes años, diferentes calidades de imagen, pero una clara similitud. Los ojos de Bruno van de una cara a la otra.

—¿Lo ves? —dice Gabriel—. Mismo pelo, mismos rasgos. Hasta el color de ojos.

Bruno toma el teléfono y se queda atónito. Hay algo inquietante en la imagen, algo que va más allá del parecido.

—Esto sí que es interesante… —musita.

Guarda un segundo en silencio, luego alza la vista.

—¿Por dónde empezamos?

Gabriel señala la cafetera.

—Por tomarnos ese café. Después, vamos al instituto. Quiero hablar con Víctor Fábregas. También tengo que contarte lo que hemos descubierto de la matrícula parcial del coche que nos siguió.

Bruno camina en silencio junto a Gabriel Somoza por el mismo patio agrietado donde pasaba los recreos junto a Kasia antes de que todo se torciera. Antes de que la vida adulta le arrebatase la inocencia de la niñez.

El sol se filtra entre las ramas de los árboles. Al pisar el asfalto descolorido, le invaden recuerdos de épocas pasadas. Tiempos en los que nadie parecía fijarse en él, en los que era el centro de las burlas y de comportamientos tan inmaduros como inapropiados.

Somoza no habla, ya le ha dicho todo lo que tenía que decirle durante el café. Sus pasos son firmes, medidos, impregnados de esa aura mística que lo envuelve y le confiere su característica presencia. Esa que impone respeto.

Bruno lo observa de reojo. Entiende, aunque no lo comparta del todo, por qué mantiene esa distancia tan marcada entre él y el caso. No es desinterés. No es cobardía. Es otra cosa. Una forma de protegerse, quizá. O de proteger a los demás. Y, pese a todo —a las reservas, a los silencios cargados—, Bruno está convencido de que no podría haber nadie mejor para ocuparse del caso de su amiga. Somoza no va a mirar hacia otro lado. No es de esos.

Cruzan el umbral del edificio y el aire del interior los recibe con un murmullo amortiguado de clases en marcha. En la recepción, tras el mostrador, Celia Gil los ve entrar. Brazos cruzados. Boca tensa. La hostilidad es su carta de presentación. No mira a Bruno, y él no espera que lo haga.

—Buenos días, Celia —dice Gabriel en tono neutro—. Venimos a ver al director Fábregas.

Celia se mantiene quieta, la mandíbula en tensión.

—Él lo recibirá a usted, como agente. Pero este chico no puede entrar. —Señala a Bruno con desprecio—. No es policía.

Bruno contiene el impulso de replicar. Es lo que Celia querría. Es de ese tipo de personas que no saben gestionar los conflictos y se sienten cómodas aumentando la tensión. No le dará ese gusto.

—Está bien —responde—. Esperaré.

Gabriel se gira hacia Celia con una ceja ligeramente alzada.

—¿Podrías indicarme dónde está su despacho?

Celia asiente una sola vez, pero no contesta de inmediato.

—¿Y mi móvil? ¿Cuándo podré recuperarlo? —pregunta.

—Eso no depende de mí —dice Gabriel sin alterarse—. Te avisarán desde la unidad correspondiente.

La conserje asiente otra vez, seca. Esperaba esa respuesta. Luego señala un pasillo al fondo.

—Segunda puerta a la derecha. Voy a ver si puede recibirle ahora —comenta, y descuelga el teléfono.

Bruno da un paso hacia el lateral del mostrador.

—¿Puedo aguardar al inspector aquí, en la recepción?

Celia clava por fin los ojos en él. No hay rastro de cortesía.

—No. Vete a la biblioteca. Ya sabes dónde está.

Bruno asiente. No dice nada más. No vale la pena. Da unos golpecitos con los dedos en el mostrador, se despide de Gabriel y echa a andar por el pasillo con resignación.

Víctor Fábregas recibe al inspector Somoza con una sonrisa cordial y una voz que todavía arrastra un leve carraspeo.

Gabriel entra en el despacho con semblante serio al tiempo que echa un vistazo al entorno. No es el típico despacho institucional, gris y desapasionado. Hay madera auténtica en ese escritorio de caoba que domina la estancia. Sobre él, un lapicero con forma de carrito de palos de golf en una esquina, una pizca de humor personal que suaviza el protocolo. En la estantería hay libros de psicopedagogía, lomos bien alineados, títulos especializados. En la pared, varios cuadros enmarcan certificados de excelencia educativa y reconocimientos varios que hablan de años de servicio diligente.

Presta atención a uno con una foto antigua acompañada de una nota de prensa. Varios hombres, entre los que se encuentra Víctor, más joven, posan trajeados y sonrientes en la puerta principal del instituto bajo el titular: «Inaugurado el primer instituto de La Nucía».

—¿Ya se ha recuperado del catarro? —pregunta Gabriel sin sentarse todavía.

Víctor Fábregas asiente a medias haciendo un gesto vago con la mano.

—Más o menos. Este invierno ha sido horrible. Mi hijo Yago me pega todos los virus del colegio y, no sé por qué, siempre acabo yo peor que él. Es como si en mí se cebaran —responde con una mezcla de resignación y humor.

Gabriel esboza una leve sonrisa. Luego se sienta, saca el móvil del bolsillo interior de la chaqueta y lo desbloquea.

—Imagino que se pregunta por qué estoy aquí. El caso sigue avanzando y necesito hacerle unas preguntas.

Fábregas cambia de postura. Se inclina ligeramente hacia delante.

—Por supuesto. Dígame.

Gabriel gira el móvil y le muestra la pantalla. Es la ficha técnica de un Renault Laguna gris oscuro. Justo debajo, la matrícula: 1988 GJX.

—Este vehículo está a nombre de su suegro, Sebastián Salas. ¿Sabe dónde está ahora?

Fábregas tarda unos segundos en contestar. Mira la pantalla, luego a Gabriel.

—Sí, claro. No dimos de baja ese coche cuando Sebastián falleció, la verdad. Era un vehículo secundario, apenas lo usaba. Después, cuando murió mi mujer y tuve que encargarme de todo… —Hace una pausa breve, lo justo para evitar que el recuerdo se le atragante—. Bueno, decidí regalárselo a Mónica.

Gabriel frunce levemente el ceño.

—¿Mónica, la matrona?

—Sí, la matrona que asistió en el nacimiento de mi hijo. Se quedó sin trabajo poco después, por el revuelo que causó todo lo relacionado con mi mujer y el parto en casa. Lo pasó muy mal. Y yo sentí que…, bueno, que tenía parte de culpa. Así que le di el coche. Ella necesitaba uno y nadie iba a usar ese Renault. Un poco antes de eso, tuve un accidente con él y la reparación era cara, así que compré uno nuevo. Me pareció una forma de ayudarla, de compensar de alguna manera el lío en el que se vio metida.

Gabriel asiente con lentitud y guarda el móvil.

—Lo imaginé cuando vi el modelo —dice.

Víctor hace una mueca de desconcierto.

—¿A qué se refiere?

—El otro día, en su casa. Esa mujer le llevó las medicinas que usted necesitaba para el catarro y fue con ese coche. No pude ver la matrícula desde mi posición, pero sí el modelo y el color.

—Comprendo.

Gabriel se queda pensativo unos segundos. Luego levanta la vista.

—¿Me facilitaría un modo de localizar a Mónica?

—Claro, por supuesto. ¿Me permite preguntarle por qué necesita hablar con ella? No es mera curiosidad, es que tal vez pueda ayudarle.

—Hace un par de noches, alguien nos siguió en ese coche a Bruno Porta y a mí. No entiendo muy bien por qué lo hizo, pero quiero averiguarlo.

Víctor se queda callado. Afianza los codos en el escritorio y apoya la frente en las manos mientras niega con la cabeza.

—Esa pobre chica… —Suspira—. Lo siento mucho, de verdad.

—¿Por qué? No es culpa suya.

—Me siento responsable, en cierto modo. Intento ayudarla desde hace años, pero es verdad que cada vez es más complicado. Digamos que… no está muy bien. —Víctor se señala la sien con el índice—. Ya me entiende.

—¿No está bien? ¿Qué le hace pensar eso?

—Pues… su comportamiento. Se aísla, no se relaciona con nadie. Su casa es un vertedero… Síndrome de Diógenes, creo que lo llaman. No sé, cosas de ese estilo. Es una pena. Era una chica extraordinaria en su día.

—Ya veo —dice Gabriel—. En cualquier caso, quiero escuchar lo que tenga que contar.

Bruno empuja la puerta con cuidado. El chirrido metálico no pasa desapercibido, aunque la biblioteca está casi vacía a esas horas.

Da un paso y se detiene. Durante un instante, solo respira.

Nada ha cambiado. Las lámparas fluorescentes, el mostrador agrietado en las esquinas, el murmullo lejano del sistema de ventilación. Para ser un instituto público, la biblioteca siempre le pareció un pequeño milagro: amplia, relativamente cuidada, con estanterías bien surtidas y ordenadas por alguien que, al menos, parecía respetar los libros. Aquí pasaba él los recreos cuando era adolescente. Aquí aprendió a esconderse sin que nadie lo notara. Aquí leyó por primera vez el relato corto de Stephen King *Rita Hayworth y la redención de Shawshank* mientras imaginaba que Andy Dufresne estaba al frente de esa biblioteca.

Avanza despacio, como si caminara por un recuerdo. Sabe exactamente adónde va. Gira hacia el fondo, se interna por el pasillo estrecho que separa las secciones de novela contemporánea y de ensayo histórico. Ahí está: la mesa. Sigue oculta entre dos estanterías altas, resistiendo el paso del tiempo.

Se acerca y se queda de pie unos segundos. Observa la superficie desgastada, los arañazos, las cicatrices sin pulir. Posa la mano con lentitud. Deja que los dedos exploren por sí solos. No tarda en encontrarlo: el nombre de Kasia, grabado con un clip en una esquina. La K es más profunda que el resto.

Desliza la yema del índice sobre las letras. Kasia. La primera vez que le habló de libros, ella lo miró como si se expresara en otro idioma. Pero luego vinieron *Tokio blues*, *Fahrenheit 451*, *Cien años de soledad*…, y entonces Kasia comenzó a leer por su cuenta. Sin parar. A devorarlo todo.

La recuerda ahí, en esa misma silla. Las piernas cruzadas, la cabeza inclinada, las uñas mordidas. Tenía *El Principito* entre las manos y los ojos tan fijos en la página que ni siquiera parpadeaba. Decía que era su libro favorito, que había frases en él que eran mejores que cualquier experiencia real. Bruno pensó que estaba exagerando. Luego lo volvió a leer, con otra perspectiva. Y entendió.

Se incorpora y echa a caminar entre los estantes. Al principio, sin rumbo, rozando los lomos con la mano sin prestar demasiada atención. Pero algo dentro de él se activa. Su mirada se vuelve más precisa. Se dirige a la sección de clásicos. Libros de bolsillo envejecidos, algunos con el lomo despegado. Y, de pronto, ahí está.

El Principito.

Es el mismo ejemplar: tapa azul celeste, esquinas dobladas, letras apenas visibles en el lomo. Lo toma con cuidado, como si tocara algo frágil. Mira a un lado. Luego al otro. Nadie. Ni siquiera el ruido lejano del pasillo. La biblioteca, por ahora, le pertenece.

Kasia leyó ese mismo ejemplar muchas veces hasta que se compró el suyo.

Se abre el abrigo y guarda el libro dentro, junto al pecho. Sin apuro. No es un robo. Al menos, no para Bruno.

Es un recuerdo. Un ancla. Algo que necesita más que nadie.

17

Patricia Siles está sentada entre dos técnicos de Pericias Informáticas que trabajan con las imágenes recibidas de la sucursal bancaria de Pego. Tienen el registro horario en el que se efectuó la retirada de dinero, lo que les ahorra mucho tiempo para encontrar lo que buscan.

El móvil de Patricia vibra. Es un mensaje:

Mamá, esta semana te vamos a ver?

No hay emoticonos. Ni adornos. Solo esas palabras, escritas desde la inocencia de un niño pequeño que echa de menos a su madre.

Teclea una respuesta sin pensarlo mucho:

Por supuesto. Estoy terminando unas cosas en comisaría, pero en cuanto termine voy a recogeros

No tarda en enviar el mensaje, antes de que la duda se cuele en la espera. Antes de volver a pensar en lo que está dejando atrás.

Su exmarido tenía razón en una cosa: nunca supo conciliar su vida laboral con la familiar. Las reuniones, los informes, los

interrogatorios… siempre iban con ella, pegados a su piel. Ahora duerme sola en casa de Gabriel Somoza y, aunque ha aprendido a vivir con eso, la aterra que sus hijos aprendan también a hacerlo sin ella. No puede permitirse fallar de nuevo. No con ellos. Por eso no cometerá los mismos errores que ha estado cometiendo durante los últimos años.

Lleva tiempo pensando en renunciar a su cargo de jefa del Grupo de Homicidios. En buscar un trabajo puro de oficina en el que el horario esté marcado, cumpla con las horas y vuelva a casa. Sería lo más inteligente, pero claro, no sería lo que realmente quiere hacer, porque, en el fondo, disfruta mucho de su día a día. Un dilema, entre tantos otros, al que hacer frente más adelante. Tal vez cuando hayan resuelto el caso de Kasia Nowak.

—Patricia —la llama uno de los técnicos—, mira esto.

La inspectora Siles gira hacia la pantalla. El vídeo del cajero automático comienza a reproducirse. Imagen granulada, fija. La acera está vacía durante unos segundos, hasta que una figura entra en el encuadre. Solo se ve un brazo. El resto, fuera de plano. Y justo cuando el sistema debería captar algo útil, la cámara se oscurece. Una mano con guante negro cubre por completo el objetivo.

—¿Puedes retroceder un poco? —pide Patricia.

Lo hacen. Una vez. Otra. Intentan avanzar fotograma a fotograma, ralentizar el vídeo, ajustar el contraste. Nada. La imagen sigue igual: negra, ciega.

—No hay mucho que ver, jefa —dice el técnico sin apartar la vista del monitor—. Ha tapado el visor justo antes de insertar la tarjeta. Calculado al milímetro.

—¿Alguna prenda visible? ¿Manga? ¿Pulsera? —insiste Patricia, tensa.

—Nada. Ni una costura. Ni un reflejo. Solo la mano.

De algún modo, Patricia se lo imaginaba. Se pregunta en qué estaría pensando la persona que vendió el violín de Kasia por Wallapop.

Hay aspectos que no cuadran.

No es lógico suponer que esa persona supiera que el instrumento perteneció a Kasia Nowak. Alguien que se toma tantas precauciones para cubrir sus huellas —cuenta no rastreable de PayPal, retirada en cajero tapando la cámara…— simplemente lo destruiría, no lo vendería por doscientos cincuenta euros a un comprador que vive en La Nucía.

No, no tiene sentido. Patricia se inclina a pensar que el vendedor tomó esas precauciones porque el objeto era robado, si bien desconocía su importancia. Han comprobado su actividad en la plataforma y ya ha realizado más de treinta ventas: bicicletas, teléfonos móviles, ordenadores portátiles… Y siempre actúa igual. Nunca queda en persona y obtiene el dinero por PayPal.

La pregunta ahora es: ¿a quién se lo robó?

Será difícil encontrar a la persona que se esconde tras ese perfil de Wallapop sin tenderle una trampa. Solo que, desde que vendió el violín, no ha vuelto a poner nada más a la venta. Aunque Patricia estará atenta y, si se lo pone en bandeja, no desaprovechará la oportunidad.

—Inspectora Siles, la estaba buscando —dice una suave voz femenina.

Patricia se vuelve. La agente Baena, una policía joven, delgada, con la melena recogida en una coleta tirante y una carpeta bajo el brazo, la observa con una mezcla de urgencia y respeto.

—Se trata del hermano de Samantha Reynolds. Acaba de llegar.

Patricia asiente con un leve movimiento de la cabeza. Deja escapar un leve suspiro y vuelve la vista hacia los técnicos.

—Gracias por vuestro trabajo. Avisadme si lográis sacar algo más de ese vídeo.

—Lo haremos —responde uno de los técnicos sin apartar la vista del monitor, al tiempo que el otro levanta la mano en señal de despedida.

Patricia abandona la sala sin decir nada más y sigue a la agente Baena por el pasillo. Cada paso que da la acerca a una conversación que ya conoce demasiado bien. No importa cuántas veces lo haya hecho. Nunca se convierte en rutinaria.

El hermano de Samantha. Otro rostro roto. Otra versión del mismo dolor. El de los que llegan tarde. El de los que no pudieron evitarlo. El de los que cargan con preguntas para las que nadie tiene respuesta. Patricia aprieta el paso. Sabe que no hay modo de suavizar lo que está por venir. Solo puede procurar no empeorarlo.

—Baena —dice Patricia—, había encargado a Sabater y Molina contrastar una coartada que dio Fabián Núñez, el antiguo profesor de Música en el instituto de Kasia. Están tardando más de la cuenta. ¿Podrías ver qué pasa y meterles algo de caña?

La agente asiente con una perfecta sonrisa.

—Por supuesto, jefa.

Gabriel conduce con la mirada fija en la carretera. Las palmeras se suceden al borde del arcén. Bruno va a su lado con los brazos cruzados y la cabeza apoyada en el cristal de la ventanilla.

—Esa Celia Gil te la tiene jurada, ¿eh? —rompe el silencio Gabriel sin mirarlo.

Bruno se encoge de hombros.

—Sí —responde con indiferencia—. No me puede ni ver. Como tantas otras personas. Pero no me afecta. A estas alturas, uno se acostumbra.

Gabriel asiente sin apartar las manos del volante.

—¿Y crees que sabía lo del violín? ¿Que era de Kasia?

—No —dice Bruno enseguida—. Puede que sea torpe, pero no tan idiota. Venderlo en Benidorm, a unos pocos kilómetros de La Nucía…, sería demasiado burdo. Creo que fue una casualidad. Rocambolesca, sí, pero casualidad, al fin y al cabo.

—Coincido. Aun así, te aseguro que, a veces, los detalles más absurdos son los que acaban llevándote a la verdad. Y aunque ignoremos qué sabe, conviene tenerla controlada. He pedido que pinchen su línea. Esta misma tarde tendremos acceso. Una patrulla vendrá a devolverle su móvil.

—¿Suele hacerse así? ¿Tan serviciales sois en la policía?

Gabriel esboza una sonrisa.

—Para nada. Pero no me gusta esperar. Si Celia tuviera que ir hasta Alicante a recoger su teléfono, podrían pasar días y ella estar más tranquila. Cuando uno está preocupado por algo es cuando más errores comete. Tan solo intento aprovecharme de eso.

Bruno gira la cabeza hacia él y sonríe también.

—Ojalá hubiera contado antes con tu ayuda. Las cosas serían distintas.

Gabriel no responde, pero absorbe el significado de cada una de esas palabras. No es que le incomoden. Solo que no sabe bien qué hacer con ellas.

Bruno se mete la mano en el abrigo y saca un libro. Lo deja sobre el salpicadero, como si no tuviera importancia. Es un ejemplar desgastado de *El Principito*. Las esquinas dobladas, la tapa deslucida.

Gabriel lo mira de reojo.

—¿Y eso?

—Lo cogí de la biblioteca. Bueno…, lo robé —admite Bruno sin orgullo, pero tampoco con culpa—. Era el libro preferido de Kasia. Lo releía continuamente.

Gabriel vuelve a fijar la vista en la carretera. No dice nada al principio. Solo respira más lento.

—¿Cuándo vas a decirme qué es lo que encontraste en la habitación de Kasia? —pregunta Bruno casi sin mirarlo.

Gabriel abre los ojos. La pregunta no le sorprende, aunque sí el momento. Clava la vista en Bruno durante unos segundos, luego asiente con la cabeza despacio.

—Sabía que eras bueno cuando decidí que nos ayudaras con el caso —admite.

Bruno gira un poco el cuerpo hacia él, alerta. Está acostumbrado a que le oculten información, pero no a que se lo reconozcan de forma tan directa.

—Me lo imaginé —responde—. Fue raro que cambiases de planes de repente. Que dijeras que ibas a ver a Mateo Climent y después a

la comisaría, dejando de lado lo de la profesora de violín. Solo podía significar una cosa: que habías encontrado algo importante.

Gabriel respira hondo. Lo que va a decirle a continuación es delicado. Así que su tono cambia. Baja la voz.

—Es complicado, Bruno. Primero tenía que comprobar qué era. A veces encuentras algo que no significa nada. O que lo modifica todo. En este caso… —Hace una pausa breve—. Era una memoria USB. Estaba escondida en el hueco de la cisterna del cuarto de baño de Kasia. En una bolsa pequeña de plástico.

Bruno lo mira con el ceño fruncido.

—¿Qué había en ese *pendrive*?

—Imágenes. Un par del supuesto Thomas. Sabíamos que Kasia había recibido esas fotos por los registros, pero no eran imágenes almacenadas en un servidor. Eran archivos que solo se podían ver una vez y luego desaparecían. Kasia debió de sospecharlo, o estar al corriente, e hizo capturas que luego almacenó en el *pendrive*.

—¿Y habéis averiguado algo sobre él?

Gabriel asiente con resignación.

—Lo que seguro que ya te imaginas. Pertenecen a un actor alemán relativamente famoso. Pero no es nuestro hombre. En el momento en el que se supone que hablaba con Kasia estaba en Nueva Zelanda rodando una serie de televisión. Es imposible que fuera él. Los mensajes que le enviaban a Kasia procedían de Alemania, aunque casi con toda seguridad se utilizó una VPN para falsear la localización. En cualquier caso, se ha inspeccionado el historial de ese actor. Nunca ha pisado España y no cuadra para nada que fuese él realmente quien enviase los mensajes. Un par de agentes revisaron sus redes sociales. Es muy activo desde hace

años. Descubrieron que grabó un pódcast en directo que coincide en fecha y hora con una larga conversación entre Kasia y el supuesto Thomas. Así que no, definitivamente no es él.

Bruno traga saliva.

—Entonces alguien la engañó haciéndose pasar por otra persona.

Gabriel asiente.

—Eso parece.

Bruno se queda callado unos segundos. Luego pregunta:

—¿Y había algo más?

Gabriel no responde de inmediato. Levanta una mano y se la pasa por la mandíbula.

—Sí. Había fotos íntimas. De Kasia. Muchas. Demasiadas. Pero lo curioso es que no hay rastro de que se las enviara a ese tal Thomas. Ni por correo ni por aplicaciones de mensajería. Nada.

Bruno entorna los ojos, incómodo.

—Ese tipo de fotos son más frecuentes de lo que uno cree. Sobre todo, a esa edad, cuando eres adolescente. A veces no hay una razón concreta. Solo… lo haces.

Gabriel ladea la cabeza, poco convencido.

—Puede ser. Pero también es posible que las vendiera. Hay gente dispuesta a pagar por ese contenido, y no poca. Eso explicaría el dinero. La ropa nueva. Los teléfonos. Los caprichos.

Bruno no dice nada. Su silencio es una forma de asentir.

—Y si es así —continúa Gabriel—, esa puede ser la pista más importante que tenemos. Necesitamos saber a quién vendía Kasia esas fotos. Quién estaba al otro lado.

Después de esa frase se forma un silencio sepulcral.

Los dos piensan que esa podría ser la clave.

18

Patricia Siles empuja la puerta sin prisa y deja que el silencio se acomode antes de hablar. La traductora camina a su lado, una mujer joven de rostro impasible, de esas que saben pasar desapercibidas incluso en una sala como esa.

Al fondo, sentado con la espalda algo encorvada, Robert Reynolds, el hermano de Samantha, espera sin mover un músculo. Tiene las manos entrelazadas sobre la mesa, los nudillos blancos debido a la tensión, y la mirada perdida.

Ayer contactaron con él desde la comisaría para darle la noticia. Se ha subido al primer avión disponible para estar ahí.

Patricia no se sienta aún. Observa. Evalúa.

—¿Puede presentarnos, por favor? —indica en voz baja a la traductora.

Pero antes de que ella articule palabra alguna, Robert comienza a hablar.

—No será necesario —dice sin mirar a ninguna de las dos—. Hablo español.

La voz suena clara, sin titubeos, sin apenas acento. Ni rastro de afectación. Parece que llevara días ensayando justo esa frase.

Patricia entrecierra los ojos apenas un segundo, calibra la información. Luego asiente con una ligera inclinación de la cabeza.

—Vaya —responde—. Se nota que domina el idioma. Aun así, por si surge alguna expresión más técnica o poco habitual, la traductora se quedará con nosotros. ¿Le parece bien?

Robert asiente sin cambiar de postura. Sus ojos siguen anclados en el vacío.

—Yo tenía catorce años cuando Samantha desapareció —murmura—. Estábamos de vacaciones. Una casa alquilada cerca del mar. Una semana normal… hasta que dejó de serlo.

Patricia contiene el impulso de tomar notas. Solo escucha.

—Después de eso, mi padre vino cada año, algunos varias veces. Se arruinó en el proceso. Pero nunca dejó de buscar a Samantha. España se convirtió en su segundo hogar. Y también en el mío. Durante años, viví más aquí que en Inglaterra.

Al fin levanta la mirada. No hay súplica en sus ojos. Solo un agotamiento seco, envejecido. Un rostro que no intenta disimular la tristeza.

—Así que sí —concluye—, hablo español. Aunque no me gusten los motivos.

Patricia se sienta despacio sin perderlo de vista. Deja una carpeta en la mesa y, con un gesto breve de la mano, indica a la traductora que tome asiento junto a ella. La mujer obedece en silencio con las manos sobre las rodillas.

—Lamento mucho su pérdida, señor Reynolds —dice la inspectora sin impostar el tono—. Y lamento también que haya tenido que pasar tanto tiempo para que su familia reciba, al menos, algunas respuestas.

Robert esboza una sonrisa que no llega a nacer del todo. Apenas un gesto torcido en la comisura de los labios, y vuelve a desviar la

mirada.

—Mi familia desapareció con Samantha —responde—. Mi padre falleció hace seis años. Pasó los dos anteriores a su muerte sobreviviendo a duras penas, convertido en la sombra de un hombre al que apenas reconocía. Mi madre…, bueno… —Deja caer la frase con un suspiro áspero—. Mi madre murió un año después que él, aunque, si soy sincero, se fue el mismo día que Samantha.

Patricia asiente despacio. No hay dramatismo en esas palabras, pero sí un peso antiguo, sedimentado. Como cuando alguien ha contado la historia tantas veces que esta ya ha perdido la forma original.

—Después de esta conversación —continúa la inspectora—, uno de nuestros agentes le ayudará con las gestiones necesarias para repatriar el cuerpo de su hermana, si ese es su deseo. También con toda la documentación que precise. Le asistiremos en lo que necesite.

Robert alza la mirada. Por primera vez, la sostiene de frente. Tiene los ojos hundidos, rodeados de arrugas que son más de las que corresponderían a su edad. No hay hostilidad. Solo un agotamiento que viene de muy atrás.

—Hace mucho que acepté que Samantha estaba muerta —dice —. Esa no fue la sorpresa cuando recibí su llamada.

Patricia se tensa levemente. Espera.

—La sorpresa fue que alguien la hubiera encontrado, si soy sincero. No estoy muy contento con el trabajo de la policía española, inspectora. Sé que no es culpa suya, pero ese daño ya está hecho — añade Robert.

Patricia mantiene el contacto visual, sin adornos.

—¿Saben quién la mató?

—Estamos trabajando en ello —responde Patricia sin titubear.

—¿Y cree posible encontrar a la persona que asesinó a mi hermana? —pregunta Robert con la voz más firme ahora—. Porque mi hermana fue asesinada. Ni se suicidó ni tuvo un accidente. De eso estoy seguro.

Patricia se queda en silencio unos segundos. Aprieta los labios como si quisiera retener las palabras antes de que salgan. A Robert no le gustará lo que va a decir. Pero no tiene sentido edulcorarlo.

—Debo informarle —empieza sin rodeos— de que en España el delito de asesinato prescribe a los veinte años. Eso significa que, legalmente, no podemos iniciar un proceso penal contra un sospechoso por la muerte de su hermana.

Robert la mira. Esa vez sin contenerse del todo. La rabia le atraviesa los ojos como una corriente eléctrica que apenas logra controlar.

—¿Me está diciendo que esa es la manera de impartir justicia aquí? —espeta—. ¿Que alguien puede matar a una niña y, si pasan veinte años, librarse de la cárcel?

—Le estoy diciendo —responde Patricia con una calma medida— que esa es la legislación vigente. Y que yo, como agente de la ley, esté o no de acuerdo, tengo la obligación de cumplirla.

Robert aparta la mirada. Se recuesta en la silla, luego se incorpora de nuevo. Sus manos, hasta ahora entrelazadas, se separan en un gesto de incomprensión.

—Entonces… supongo que la conversación termina aquí —zanja, y hace ademán de levantarse.

—Espere —interviene Patricia rápidamente—. Quiero enseñarle algo. Aunque no podamos abrir un procedimiento penal por la muerte de su hermana, existe una forma de buscar al culpable. Y de lograr que rinda cuentas ante la justicia.

Robert gesticula sorprendido, no del todo convencido.

—¿Cómo?

Patricia abre la carpeta que había dejado en la mesa. Extrae una fotografía en papel satinado y se la ofrece. Robert la coge con cuidado. Observa la imagen: una adolescente sonriente con el cabello rubio claro y los ojos verdes. Su expresión se oscurece al instante.

—Es mi hermana.

—Sí —confirma Patricia—. La foto se tomó el verano anterior a su desaparición.

Guarda la fotografía en la carpeta y saca otra.

—Y esta —añade depositándola frente a Robert— es Kasia Nowak. Una chica polaca desaparecida en 2014.

Robert no dice nada. Solo observa. Tarda unos segundos en pestañear. Mira la foto, cierra los ojos y luego los abre para volver a mirarla, como si su cerebro necesitara ajustar el enfoque.

—Se parece —murmura finalmente—. Mucho. Me habría costado diferenciarla, si no me lo hubiera dicho. ¿Y dice que esta chica también desapareció en esta zona?

—Relativamente cerca. En La Nucía, un pueblo pequeño que está…

—Conozco La Nucía —interrumpe Robert.

—Encontramos el cuerpo de su hermana mientras buscábamos a Kasia —explica Patricia en el tono sereno y firme de quien sabe que

lo que va a decir puede romper algo—. La última señal registrada del teléfono de Kasia Nowak, en 2014, apuntaba a un lugar conocido como el barranco del Infierno.

Robert ladea la cabeza, intrigado.

—Fue una noche de tormenta muy fuerte —continúa la inspectora Siles—. Se pensó que podía tratarse de un error en la triangulación, un fallo por las condiciones meteorológicas. Pero ahora, después de encontrar los restos de Samantha en esa misma zona, la posibilidad de que ambas desapariciones estén relacionadas ha cobrado peso.

Robert no la interrumpe. Escucha con una concentración rígida, atrapando cada palabra al vuelo.

—Mi padre —dice entonces— recorrió esa ruta una y otra vez. Fui con él en un par de ocasiones. No era un sendero fácil, pero lo conocíamos bien. Días antes de desaparecer, mi hermana preguntó por ese lugar. Decía que quería hacer la ruta, que se la habían recomendado unas chicas con las que charló en la playa.

Patricia se inclina ligeramente hacia delante y anota algo en su libreta.

—¿Llegaron a sospechar de alguien en aquel momento? —pregunta sin apartar la vista del papel.

Robert niega con la cabeza sin dudar.

—No. De nadie en particular. Samantha tenía diecisiete años. Salía algunas noches con dos amigas inglesas que también veraneaban en Jávea. Más allá de eso, no había nadie especialmente cercano. Si conoció a alguien durante esas salidas, no lo supimos. Tampoco lo contó.

Hace una pausa, luego traga saliva. Le cuesta seguir.

—Mi padre se dejó la piel por encontrarla. Una de las cosas que más le frustraban era ver cuántas desapariciones hubo por aquella época en la zona del Levante. Muchas. Algunas, incluso, tuvieron difusión a nivel nacional. Pero casi nunca se encontraba al responsable. Eso le dolía especialmente, porque el caso de Samantha apenas tuvo repercusión. Como si no importara. Como si su hija no importara.

Patricia no dice nada. Sigue tomando notas. Pero ahora sus dedos se mueven con más fuerza sobre el papel.

—Me gustaría hablar con alguna de esas amigas que salían con Samantha durante el verano de 1991. ¿Es posible? —pregunta.

—De acuerdo. Pero ya lo hizo mi padre durante años, y no recuerdan nada interesante.

—Tal vez, o tal vez no quisieron decirle nada a su padre. Sea como sea, es mi trabajo comprobarlo. ¿Podría facilitarme algún contacto?

—Por supuesto. Una de ellas es ahora mi mujer.

19

Gabriel frena junto al bordillo, frente a una verja de hierro oxidado que se tambalea con el viento. Bruno espera en el asiento del copiloto sin decir nada, pero su rostro habla por él.

La casa de Mónica Rives aparece ante ellos como un vestigio de tiempos mejores que nunca regresaron. Las paredes están cubiertas de manchas de humedad y grafitis antiguos; una persiana rota cuelga como un párpado rendido sobre la única ventana visible. El jardín, si alguna vez lo fue, ha desaparecido bajo un mar de maleza reseca. La valla que rodea la propiedad se derrumba en varios tramos, vencida por el óxido y la desidia.

—Bonito sitio —murmura Bruno.

—Tú espera aquí. Iré yo solo —ordena Gabriel.

Se baja del coche y avanza por un sendero de tierra que apenas se distingue entre las malas hierbas. Repara en un colchón tirado junto al porche, cubierto de moho y rodeado de latas vacías. Al acercarse a la puerta, el olor se vuelve insoportable. No es solo basura; hay algo más rancio, más penetrante. Un olor nauseabundo que lo obliga a respirar por la boca.

Golpea la puerta con los nudillos. Nada. Lo intenta de nuevo, más fuerte esa vez. Dentro, silencio absoluto. Se gira hacia el coche, donde Bruno niega con la cabeza.

—Su coche no está. Quizá tengamos que esperar —comenta Gabriel.

Entonces, una ventana se abre con un chirrido en la casa contigua. Un hombre mayor, en camiseta interior y con el pelo alborotado se asoma sujetando un cigarro entre los dedos.

—¿Puedo ayudarle? —pregunta con la voz ronca de fumador.

Gabriel se identifica mostrando la placa.

—Policía. Busco a Mónica Rives, la mujer que vive aquí.

El hombre resopla y sacude la cabeza.

—¿Qué ha hecho esta vez? Esa loca nos trae a mal traer. Entre los olores y los ruidos… Esto no es vida, ¿sabe? Alguien debería llevársela, ustedes o los de servicios sociales, me da igual.

—Solo necesito hablar con ella —responde Gabriel manteniendo la voz neutra.

—Pues suerte con eso. Hace un par de madrugadas, apareció, dejó el coche en marcha y empezó a cargar el maletero con bolsas y más bolsas. Bolsas grandes. Luego se largó pitando. Desde entonces, ni rastro. Y ojalá no vuelva.

Gabriel intercambia una mirada rápida con Bruno, que asiente.

—Está huyendo —dice en voz baja.

Saca el móvil y marca sin dudar. Al segundo tono, Patricia responde.

—Tenemos un problema —le suelta Gabriel—. Mónica Rives no está en casa. Según un vecino, hace dos días se largó de madrugada con el maletero lleno. Necesito que emitas una orden de búsqueda para el vehículo, el Renault Laguna. Establece controles lo antes posible. Creo que intenta escapar.

Patricia permanece sentada y pensativa. Tiene la mirada fija en la pantalla del ordenador que le han colocado delante, pero su mente repasa el caso de Kasia Nowak.

Están en una sala sin ventanas del departamento de Pericias Informáticas. El técnico ha comprobado la conexión; la imagen es nítida; el sonido, correcto. Dentro de unos minutos iniciarán la videoconferencia con Mandy Reynolds, la mujer de Robert y antigua amiga de Samantha.

La inspectora Siles no habla. No porque no tenga nada que decir, sino porque está concentrada ordenando mentalmente las preguntas que quiere hacer a Mandy. Robert se sienta a su lado, rígido y con la mirada clavada en el monitor. Será él quien se encargue de la traducción, como ha propuesto desde el principio. Patricia ha aceptado, pero también ha hecho llamar a Diana, una de las traductoras oficiales de la policía, para que escuche la conversación desde otra sala. No por desconfianza. No en el sentido estricto, al menos. Es simplemente una cuestión de metodología. A esas alturas, ha aprendido que no puede permitirse asumir que alguien lo hará todo bien. Ni siquiera, como en este caso, cuando se trata del hermano de la víctima.

«Confiar ciegamente en alguien solo te garantiza una cosa: que no verás venir el golpe», se repite mientras entrecierra los ojos al ver que el software abre la ventana de conexión. Todo está listo.

Echa una ojeada a Robert. Tiene la mandíbula tensa, los labios apretados. Desde que llegó, no ha pronunciado una palabra más de la cuenta. Está tranquilo. Quizá demasiado. Trata de comprender en qué medida el hallazgo del cuerpo de su hermana puede suponer un

descanso a su agonía. Las consecuencias de un dolor prolongado que ansía sofocarse.

Hace un par de horas ha recibido una llamada de Gabriel. Siguen sin localizar a Mónica Rives. Todo indica que se ha desvanecido en cuanto se ha olido que las cosas se complicaban. No es la primera vez que alguien desaparece justo antes de que lleguen las preguntas importantes, pero en esta ocasión hay algo que no cuadra del todo.

Han pedido a Víctor Fábregas —el único contacto regular que parece tener esa mujer— que intente localizarla, pero tampoco él ha conseguido nada. Según sus palabras, Mónica ya no le responde ni por WhatsApp. Su móvil se apagó la noche en la que un coche muy parecido al de ella siguió a Gabriel y Bruno, y ya no ha vuelto a encenderse. Tal vez el registro de llamadas que ha solicitado la inspectora aclare algo.

«Se ha largado —piensa Patricia—. Pero no puede ir muy lejos». No cree que tenga los medios. Ni los contactos. Ni la cabeza fría como para organizar una huida en condiciones. Según le ha contado Gabriel, esa mujer lleva tiempo perdida. Solo es cuestión de tiempo que cometa un error.

Un pitido sordo la saca de sus pensamientos. El técnico levanta el pulgar. En la pantalla aparece la interfaz de la videollamada. Robert se aclara la garganta. Patricia se ajusta discretamente el auricular y cruza las piernas. Deja que el silencio juegue a su favor. El momento ha llegado.

De repente, la puerta de la sala se abre y la agente Blanca Baena entra con paso firme y el rostro contraído. Ni siquiera disimula la premura.

—Inspectora Siles, ¿tiene un momento?

Patricia gira la cabeza hacia ella, contrariada. En la pantalla, la imagen de Mandy Reynolds acaba de aparecer. Parece más joven de lo que la inspectora esperaba, con el pelo recogido en una coleta baja y unos ojos que no saben si mirar directamente hacia la cámara o esquivar lo inevitable.

—¿Es urgente? —pregunta Patricia sin apartar del todo la vista de la pantalla.

—Creo que puede ser importante —responde la agente Baena con una seriedad que no deja lugar a dudas.

Patricia lanza una última mirada a Robert, que ya ha comenzado a saludar a su esposa en inglés, y se levanta con un leve suspiro. El sonido de sus pasos marca el ritmo de salida. No le gusta dejar nada a medias, mucho menos en un momento así. Pero algo en el tono de Blanca no le permite ignorarla.

Ya en el pasillo, con la puerta cerrada a su espalda, se gira hacia ella con expectación.

—¿Qué pasa?

—Perdón por la interrupción, de verdad, pero he pensado que esto era relevante para la conversación que va a tener ahora, jefa. —La agente saca la carpeta que sujetaba debajo del brazo—. He comprobado la coartada de Fabián Núñez, como me pidió.

Patricia alarga la mano sin decir palabra. Abre la carpeta. El papel está aún caliente; acaba de salir de la impresora. Echa un vistazo y sus ojos se clavan en lo importante. No tarda en leer lo esencial.

—¿Estuvo en Valencia con su hermano, como aseguró?

—Sí. Al menos los días previos a la desaparición de Kasia Nowak. Lo detuvieron por acosar a una menor —añade Blanca con una nota seca en la voz.

Patricia pasa la página, encuentra el parte policial. Fecha, lugar, descripción del incidente. Todo está ahí.

—¿Cómo se nos ha podido pasar esto? —exclama, aunque sin levantar la voz, pero sí cargando cada sílaba de incredulidad.

La agente Baena se encoge ligeramente de hombros, incómoda.

—Lo importante es que ahora lo sabemos —responde con cautela.

Patricia cierra la carpeta de golpe.

—Buen trabajo, Baena —dice—. Vuelvo a la sala.

Bruno Porta se sienta en el extremo del sofá. A su izquierda, Gabriel tiene la vista fija en Víctor Fábregas, analiza sus gestos. La estancia está en penumbra, pese a que es media tarde. Las cortinas entornadas filtran una luz apagada, y un televisor encendido sin volumen proyecta imágenes que nadie mira.

Yago, el hijo de Víctor, corretea por el salón con un coche rojo en la mano. Da vueltas, hace ruidos de motor con la boca y, cada pocos segundos, se detiene frente a Bruno para mostrarle un juguete distinto. Primero un dinosaurio, luego un muñeco sin brazo, después una linterna que no se enciende.

—Mira, ¿te gusta este? —pregunta el crío mientras le enseña una grúa diminuta con una rueda rota.

Bruno sonríe con la boca, no con los ojos.

—Está genial —murmura, sin saber qué otra cosa decir.

Intenta concentrarse en la conversación, pero el chasquido de las piezas de plástico contra el suelo lo distrae constantemente. Gabriel ni se inmuta. Víctor, en cambio, levanta la voz un poco.

—Cariño, ya está bien. Déjanos un rato, ¿vale? Ahora necesito hablar con estos señores. Luego jugaremos juntos, ¿sí?

El niño lo mira un instante, pone cara de enfado y, sin decir nada, vuelve a correr en círculos imitando una sirena.

Bruno se muerde el interior de la mejilla para no perder la paciencia.

—Víctor —dice Gabriel alzando apenas la voz por encima del bullicio infantil—, es preciso que encontremos a Mónica cuanto antes. ¿Tiene idea de dónde puede estar?

Víctor niega con la cabeza, los labios apretados.

—No… no tengo ni idea. Estoy tan sorprendido como ustedes. Que se haya ido así, sin comentar nada…

Gabriel asiente una sola vez, no aparta los ojos de él.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con ella?

—Hace un par de noches —responde Víctor—. Me llamó. Estaba… rara. No dijo mucho. Solo que me agradecía todo lo que había hecho por ella. Eso fue todo. Me pareció extraño, sí, pero tampoco le di muchas vueltas. Ya sabe cómo es.

Hace una pausa. Echa un vistazo a Yago, que ahora se ha tumbado boca abajo junto a la mesa del comedor y hace rodar un tren por la pata de una silla. Luego se inclina ligeramente hacia Gabriel y Bruno, y susurra:

—A veces consume… cosas. No siempre es consciente de lo que dice.

Bruno nota que Gabriel se tensa a su lado.

—¿Y por qué no me contó eso cuando fui a preguntarle por el coche? —inquiere en un tono que, sin ser agresivo, resulta cortante.

Víctor se encoge de hombros.

—No lo sé. No caí en la cuenta. No pensé que fuera importante en ese momento.

El niño suelta un grito de emoción por haber hecho chocar dos trenes imaginarios, y Bruno siente cómo una gota de sudor le recorre la nuca.

—Bueno —dice Gabriel—, ahora sí lo es.

Un coche de plástico vuela por el aire y aterriza en el pecho de Bruno con un golpe seco. No le duele, pero el impacto lo desconcierta. El crío lanza una carcajada, ajeno a todo.

—¡Yago! —grita Víctor al tiempo que se pone en pie de un salto —. ¡Te he dicho que pares ya!

El pequeño se queda congelado durante un segundo con el brazo aún en alto. Luego mira al suelo en silencio.

Bruno se incorpora con calma y se alisa la camiseta.

—No pasa nada —comenta sin mirar a nadie.

Se gira hacia Gabriel, que sigue con la mandíbula apretada y la atención fija en Víctor.

—Me voy un rato con Yago, que quiere que vea su colección —dice en tono neutro—. Luego me pones al día.

Víctor asiente, aliviado.

—Gracias, Bruno. De verdad.

—¡Vamos! —chilla el niño recuperando de inmediato la energía—. ¡Te voy a enseñar todos mis juguetes! ¡Todos!

Sale disparado hacia la escalera sin esperar respuesta. Bruno lo sigue con paso tranquilo. El suelo de la planta superior cruje bajo sus pies. Yago corre por el pasillo y abre de golpe una puerta al final.

—¡Aquí! —anuncia antes de desaparecer dentro.

Bruno llega un instante después. Su mirada apenas recorre el cuarto cuando oye el estruendo: Yago ha volcado un enorme cubo en medio de la alfombra. Una avalancha de juguetes la inunda: muñecos, piezas de construcción, pelotas blandas, trenes de plástico, hasta un xilófono con las dos baquetas mordidas.

—Este es Robozilla. Y este es Tommy. Este dispara, ¿ves? Pero ya no tiene pilas. Y este es el malo, se llama Pato Ninja…

Bruno se queda en el quicio de la puerta con los brazos cruzados. El chaval habla sin parar, sin esperar respuesta. Apenas respira entre frases.

Bruno no dice nada. Solo lo observa.

Y piensa en su madre.

En que ese niño nunca llegó a conocerla. En que crece entre adultos agotados y habitaciones llenas de ruido artificial. Y, sin embargo, ahí está, entusiasmado por compartir su mundo con un desconocido que le ha sonreído durante diez segundos seguidos.

Bruno desvía la mirada. Y entonces nota algo extraño. Se fija en el pomo de la puerta. No es eso lo que le llama la atención, sino lo que hay encima: un pestillo. No por dentro. Por fuera.

Entorna los ojos. Lo estudia un instante más. Sí. No hay duda. Esa puerta puede cerrarse desde el pasillo.

Yago no se detiene. Ahora hace rodar una ambulancia por la alfombra a la vez que canta algo ininteligible.

—Toma —dice Yago, y ofrece a Bruno un muñeco con la cabeza mordida—. Tú puedes jugar con este.

Bruno lo coge y lo sostiene en la mano mientras sigue mirando el pomo, sin moverse. Acaba de encontrar algo que no esperaba.

Decide que es el momento idóneo de actuar.

No hay nadie que pueda ver lo que va a hacer.
—¿Qué tal si jugamos al escondite? —sugiere a Yago.

20

Patricia regresa a la sala con paso firme y expresión serena, aunque en su mente aún resuena la conversación que acaba de mantener con la agente Baena. Se sienta, acomoda ligeramente la pantalla del ordenador portátil y respira antes de hablar.

—Siento haberme ausentado, señora Reynolds —dice en un tono que busca ser tan cortés como honesto—. Ha surgido algo urgente. Ya está resuelto.

Robert, sentado junto a la pantalla, traduce la frase. Mandy Reynolds, al otro lado, ladea ligeramente la cabeza como si buscara el mejor ángulo de la cámara y luego asiente. Sonríe y mueve una mano quitándole importancia con un gesto pausado. También niega despacio, dejando claro que no guarda rencor a la inspectora. Patricia lo agradece en silencio.

—Permítame presentarme —continúa—. Soy Patricia Siles, jefa del Grupo de Homicidios. Esta conversación forma parte de una investigación en curso. Es sobre un caso que, oficialmente, está prescrito. Pero creemos que puede tener relación con otro más reciente. Le agradezco mucho su colaboración.

Robert traduce palabra por palabra. Mandy escucha, sus ojos atentos, aunque no muestra gran emoción.

—Tenemos entendido que en el verano de 1991 pasó sus vacaciones en España, en la localidad de Jávea. Y que, durante esas semanas, solía salir por las noches con Samantha Reynolds —dice Patricia observando cada pequeño cambio en el rostro de la mujer—. Samantha desapareció poco después. ¿Es correcto?

Robert vuelve a traducir. Mandy parpadea una vez y contesta con un simple:

—*Yes.*

Patricia asiente y toma nota. Mantiene el tono neutro, aunque nota que el pulso se le acelera un poco.

—¿Recuerda si ese verano Samantha tuvo algún romance?

La mujer se incomoda visiblemente. Una leve sonrisa se dibuja en sus labios antes de que el rubor le suba por el cuello hasta las mejillas. Sin duda ha entendido la palabra «romance». Mira a su marido. Él traduce mientras ella suspira, como si no supiera bien por dónde empezar. Finalmente, contesta. Robert la escucha con atención y traduce casi al instante:

—Dice que eran tres chicas jóvenes, comenzaban a salir solas por la noche… Otro país, otra cultura. Y sí, Samantha tuvo algunos romances. Todos breves. Una o dos noches, como mucho.

Patricia no reacciona de inmediato. Deja pasar unos segundos.

—¿Hubo alguien que insistiera más que los demás con Samantha? —pregunta sin cambiar el tono.

Mandy desvía la mirada, pensativa. Busca algo en su memoria. Entorna los ojos mientras rebobina mentalmente varias escenas. Asiente despacio y comienza a hablar.

—Puede ser —traduce Robert. Espera unos segundos más y completa—: Dice que han pasado treinta años, pero recuerda que

Samantha era la más llamativa de las tres. Los chicos se acercaban a ella siempre. Había uno que solo la invitaba a copas en la barra. Era mayor que el resto, elegante, muy guapo. Lo recuerda bastante bien. Tenía más clase al vestir. Quizá por eso destacaba. No era un chaval, seguramente trabajaba y por eso tenía dinero. Pero nunca pasó nada entre ellos. Samantha se aprovechaba y bebía gratis, solo eso.

—¿Más mayor? ¿Cuántos años calcula que tendría ese hombre? —pregunta Patricia.

Mandy se encoge de hombros.

—Mi mujer dice que es difícil saberlo. Calcula que unos treinta y tantos, pero ha pasado mucho tiempo.

—¿No era raro? ¿A nadie le llamaba la atención una chica de diecisiete con un hombre que superaba la treintena?

Mandy asiente con vehemencia al oír la pregunta traducida.

—Dice que claro que les parecía raro —traduce su marido—. Pero eran otros tiempos. Muy diferentes a ahora. No había móviles ni redes sociales. Para quedar con una persona solo contabas con el teléfono fijo y, en el caso de Samantha, que vivía en una casa de veraneo, usar las cabinas públicas. Hoy en día la gente no sabe ni lo que son. Por aquel entonces no era tan raro ver a hombres mayores acercarse a chicas sin que la opinión ciudadana les pasase por encima. Digamos que la figura de la mujer no estaba muy protegida.

Patricia toma notas en su libreta. Lo hace rápido y sin apartar la vista de la pantalla.

Robert aprovecha la pausa para intervenir.

—Si me permite, inspectora Siles… Mi padre ya siguió todas esas pistas y no encontró nada. También habló con Mandy y con Selena,

otra de las amigas de mi hermana en Jávea. Samantha tuvo sus líos, pero, al menos él, no encontró nada raro. Solo para que lo sepa.

Patricia asiente, pero no le importa mucho lo que Robert acaba de decir.

—¿Recuerda el nombre del local donde solían ir, Mandy? —pregunta al cabo de un instante.

La mujer sonríe, casi con nostalgia. Su respuesta es inmediata.

—Claro. Daytona Beach. Era un chiringuito de playa. Ponían música, allí se juntaban los jóvenes. Íbamos todas las noches —traduce Robert.

Patricia apunta el nombre. Rodea las palabras con un pequeño círculo. Luego subraya.

—¿Cree que podría reconocer en una fotografía al hombre del que me ha hablado? —pregunta sin levantar la voz, pero con la atención fija en el rostro de Mandy.

Al oír la traducción de Robert, su esposa aprieta ligeramente los labios. Mueve la cabeza, duda. Luego responde.

—No lo sé —traduce Robert—, pero, si quiere intentarlo, adelante.

Patricia asiente y, sin más preámbulos, abre la carpeta que tiene junto al cuaderno. Desliza una fotografía hasta dejarla frente a la cámara. Es una imagen policial. Fabián Núñez, detenido en 2014 por acoso a una menor. En la foto aparece serio, el rostro sin afeitar, las ojeras marcadas. Una mirada vacía que no dice mucho.

—¿Le suena? —pregunta girando levemente la imagen hacia la pantalla.

Mandy entrecierra los ojos. Se acerca. Observa la fotografía. Luego niega despacio.

—Dice que no —responde Robert con un dejo de frustración—. El que ella vio era más joven. ¿No tiene alguna de ese hombre con esa edad?

Patricia cierra la carpeta sin responder de inmediato.

—No, no la tengo —admite con honestidad—. Pero la conseguiré.

Mira a Robert, luego de nuevo a Mandy.

—¿Estaría dispuesta a colaborar con un retrato robot? Con un dibujante. No sería hoy, claro, pero podríamos organizarlo para mañana por la mañana.

Mandy tarda unos segundos en contestar. Al final asiente, aunque sin mucho entusiasmo.

—Mi esposa dice que hará lo que pueda —contesta Robert—. Pero añade que han pasado treinta años. El recuerdo no es nítido.

—Lo entiendo. —Patricia anota otra línea en su cuaderno—. No le pediré más de lo que sea capaz de aportar. A veces, un pequeño detalle es suficiente.

Ha hablado con voz segura.

Y entonces, levanta la mirada.

—Gracias, señora Reynolds. Ha sido de gran ayuda.

No lo dice con cortesía, sino con convicción.

21

Gabriel abre los ojos antes de que suene el despertador. La luz del amanecer se cuela por las rendijas de la persiana anunciando la llegada de un nuevo día.

Cuando sale de la habitación, Patricia ya prepara café.

—Vamos, Gabi —murmura—. Hoy va a ser largo.

Gabriel asiente, sin necesidad de palabras, y se sienta en el sofá. Al cabo de un rato, Patricia le lleva su taza de café y se acomoda a su lado.

Azabache aparece sin hacer ruido, con su pelaje negro brillante como la tinta. Se restriega contra las piernas de Gabriel con insistencia y maúlla como si se sintiera ofendido.

—Ya era hora —dice Patricia con una media sonrisa al tiempo que observa al gato—. Lleva muchos días necesitado de cariño.

Gabriel se agacha y lo acaricia con suavidad. Azabache ronronea de inmediato y frota la cabeza contra su mano como si quisiera asegurarse de que aún está ahí, que no lo ha olvidado.

—Lo sé, chico. Perdona —susurra Gabriel.

Aprovecha ese momento para revisar su teléfono. Varias notificaciones, ninguna urgente. Un solo mensaje le llama la atención. Es de su madre:

Cómo estás, cariño? Todo bien?
Llevamos días sin saber de ti.
La prima Ruth nos ha invitado a su boda. Es en noviembre.
Le digo que vamos todos

Gabriel se queda mirando la pantalla unos segundos. Siente un pequeño nudo en el estómago, no por el contenido del mensaje, sino por lo que implica: un recordatorio de una vida que transcurre lejos de todo eso. Fuera del ruido, del caso, de las desapariciones.

Escribe sin pensarlo mucho:

Todo bien, mamá.
Muy ocupado con el trabajo. Ok a lo de la prima

Después, alza la mirada hacia su compañera.

—Entonces ¿lo tienes claro? ¿Quieres hacerlo así?

Patricia asiente mientras unta mantequilla sobre la tostada.

—Sí. Con lo que tenemos ahora mismo no basta para conseguir una orden de registro —responde sin rodeos—. Pero Fabián Núñez no debería negarse a darnos una foto suya de hace años. Si conseguimos una más o menos de 1991… —Hace una pausa para organizar mentalmente el resto de su argumento—. Y si en esa foto su rostro coincide con el retrato robot que Mandy va a hacer esta mañana, entonces tendremos algo más sólido. Suficiente para justificar una orden y entrar en su casa.

Gabriel se rasca la barbilla pensativo.

—Cada vez parece más claro que lo de Samantha y lo de Kasia está relacionado —dice al fin—. Pero también tenemos que estar

preparados para lo contrario. Podría ser una coincidencia. Una rebuscada coincidencia, pero posible después de todo.

—Estoy de acuerdo —responde Patricia sin dudar—. Aunque si están relacionados, hay algo que no podemos ignorar.

Gabriel levanta la vista.

—Solo una persona con la edad de Fabián Núñez encajaría como sospechoso —continúa Patricia—. Por lo que sabemos hasta ahora, de las opciones que barajamos, él es la única pieza que encaja.

Se inclina hacia delante.

—Aunque tal vez se nos escape algo. Alguien.

—Tal vez —admite Patricia, y deja la tostada a un lado—. Quizá no esté en nuestro radar todavía.

Durante unos segundos no dicen nada. Azabache salta hasta el regazo de Gabriel sin pedirle permiso y se acurruca.

—¿Te parece bien que llevemos a Bruno con nosotros? —pregunta Gabriel.

—Sí. Puede sernos útil.

—Por cierto, necesito que me acompañes a una boda en noviembre.

Bruno espera frente a la puerta de la casa de Fabián Núñez, impaciente. A su derecha, Gabriel Somoza mantiene esa calma que exaspera; a la izquierda, Patricia Siles sostiene una carpeta delgada entre las manos. No hablan. No hace falta.

Hace frío, más que los días anteriores, y el color del cielo es el preludio de una intensa tormenta.

Lo han puesto al día durante el trayecto. Patricia habló en voz baja, como si los antecedentes de Fabián Núñez fueran un secreto demasiado sucio para decirse en voz alta. Pero no lo eran. Estaban registrados. Documentados. Archivados. Y, aun así, ese tipo había estado dando clase a adolescentes.

«Es un puto despropósito», piensa Bruno mientras fija la mirada en la puerta cerrada.

Gabriel pulsa el timbre. Una vez. Luego otra.

Tardan. Se oyen pasos arrastrados al otro lado. Una cerradura gira con desgana.

La puerta se entreabre.

Fabián Núñez aparece descalzo, despeinado y en calzoncillos. La camiseta que lleva puesta es una reliquia gris raída por el cuello. El aire que sale del apartamento es denso, húmedo, cargado de algo agrio y estancado. Bruno da un leve paso atrás por instinto.

—¿Qué ocurre? —pregunta Fabián con los ojos entrecerrados, desconcertado.

Gabriel saluda. Le dice que tienen que volver a hablar con él.

Bruno no dice nada. No necesita hacerlo. Lo observa. Lo estudia.

De repente, lo recuerda impartiendo clase. Fabián con una pizarra detrás, tiza en mano, y su sarcasmo habitual bailándole en la lengua. En aquel entonces, Bruno era poco más que un crío. Ahora sabe más. Ahora entiende ciertas miradas, ciertos gestos. Ahora sabe qué hay detrás de ese tipo. La ira crece en su interior.

¿Cómo demonios dejaron que alguien así diera clase en un instituto?

Fabián los mira intentando fingir que no sabe por qué están allí, pero Bruno cree ver algo más en sus ojos: una chispa de

reconocimiento. Y de alarma.

—¿Puedo… vestirme, al menos? —pregunta.

Gabriel asiente impasible.

Fabián los invita a pasar y a aguardarlo en el salón mientras desaparece tras la puerta de su habitación.

Bruno se gira un poco hacia Patricia, que continúa con los ojos fijos en la puerta. Tal vez trata de imaginar qué ocurre detrás de ella.

—Esto se va a poner interesante —murmura él.

Ella no responde. Pero el gesto que cruza por su rostro dice lo mismo.

Y Bruno tampoco puede dejar de mirar esa puerta.

No esa vez.

Ahora hay cuatro personas en ese salón que necesita, con urgencia, una ventana abierta.

Patricia espera a que Fabián tome asiento. Lo observa mientras se acomoda en el extremo del sofá. Se ha vestido con lo primero que ha encontrado en el armario: un pantalón de chándal desteñido y un jersey que le queda muy holgado. Su delgadez no tiene nada de poético. Es pura fragilidad.

Patricia mantiene la voz neutra, quizá con un toque sutil de agresividad. Es lo que corresponde ahora.

—Soy la inspectora Siles. Estoy al frente del Grupo de Homicidios. Ya conoce a Bruno —dice con un leve gesto de la cabeza hacia él— y también al inspector Somoza.

Fabián asiente una sola vez. No pregunta por qué están allí. Ya lo sabe.

—Investigamos la desaparición de una mujer, como no ignora —continúa Patricia—. Kasia Nowak. Debo hacerle algunas preguntas.

Él no se mueve. Parpadea con lentitud, los ojos hundidos en unas cuencas oscuras; parece no haber dormido bien en días. Patricia saca su libreta, más por costumbre que por necesidad.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo en La Nucía?

Fabián pone cara de sorprendido.

—Desde siempre —responde sin vacilar—. Solo estuve unos años fuera, cuando estudiaba en el conservatorio de Valencia. Pero luego volví.

Patricia anota.

—¿Cuándo fue eso?

—A principios de los setenta. Tendría… veinte años, más o menos. ¿A qué viene todo esto?

—Como ya le he dicho, debo hacerle algunas preguntas. Usted limítese a contestarlas, por favor. ¿Trabajó desde entonces en el instituto de La Nucía? —pregunta Patricia reconduciendo la conversación.

Resignado, Fabián niega con la cabeza.

—No, ese instituto no existía todavía. Lo inauguraron en el año 2005. Antes estuve en el de Benidorm.

—¿En alguno más, aparte del de Benidorm?

—Sí, claro. Al principio estuve en muchos centros. En Alicante, en Elche… Es lo normal hasta que consigues plaza como titular.

—¿Y en Jávea?

La pausa dura medio segundo más de lo necesario. Fabián parece pensar la respuesta.

—Sí. En Jávea también.

—¿En qué año? —pregunta Patricia inmediatamente.

—No lo recuerdo.

La inspectora levanta la mirada. Espera. Fabián, incómodo, carraspea y alterna la mirada entre Gabriel y Patricia.

—Haga memoria —insiste la inspectora.

—A ver…, principios de los noventa, tal vez. Noventa y uno. O noventa y dos. Algo así.

No hay temblor en su voz, pero sí en sus dedos, que se aferran al reposabrazos del sofá. Patricia no dice nada. Se limita a escribir.

Levanta la vista de la libreta y busca a Gabriel con la mirada. Él asiente con discreción, concediéndole vía libre. También lee el lenguaje corporal de Fabián, y parece coincidir con ella en que ha llegado el momento de presionarlo.

—¿Le suena el nombre de Samantha Reynolds, señor Núñez? —pregunta Patricia con un leve cambio en el tono de voz.

Fabián hace una mueca, desconcertado. Parpadea varias veces.

—No… No, no me suena de nada. No lo he oído en mi vida. ¿Por…?

Patricia no se mueve. Le sostiene la mirada durante unos segundos interminables. El poder del silencio, piensa.

—Samantha Reynolds desapareció durante unas vacaciones en Jávea en el verano de 1991. Tenía diecisiete años. Sospechamos que su caso podría estar relacionado con el de Kasia Nowak.

Fabián traga saliva con dificultad.

—¿Y cree que yo tuve algo que ver con eso? —Se lleva una mano al pecho como si necesitara reafirmar su identidad—. Es absurdo. Me parece… ofensivo. Sinceramente.

No parece alterado. Ni indignado. Sin embargo, hay cierta rigidez en su mandíbula que antes no se apreciaba.

Patricia se inclina hacia delante.

—Eso lo ha dicho usted, no yo. Pero mire, esto es lo que sé hasta ahora —empieza, y hace una pausa medida—. Que nos ha mentido.

Él parpadea, rápido esta vez.

—Usted le dijo a mi compañero, el inspector Somoza, que los días previos a la desaparición de Kasia Nowak estaba en Valencia y que sufrió un accidente que le provocó una pérdida de memoria. ¿Recuerda eso? —No espera respuesta. Continúa—: Accidente del que, por cierto, no hay ni un solo registro médico en su historial. Ni ambulancia, ni parte de urgencias ni siquiera una visita al centro de salud más cercano.

Fabián abre la boca, pero Patricia levanta una mano para que no la interrumpa. No ha terminado.

—Lo que sí hay —prosigue— es otro tipo de registro. Uno policial. La denuncia por acoso interpuesta por una mujer unos días antes de que Kasia desapareciera. Y un atestado policial que constata las cuarenta y ocho horas que usted pasó en el calabozo. —Hace una pausa mínima. Y entonces, remata—: ¿Fue allí donde perdió la memoria, señor Núñez?

Fabián se queda inmóvil. Un segundo. Dos. Luego desvía la mirada hacia el suelo. Cuando vuelve a alzarla, en sus ojos hay algo diferente. Ya no finge sorpresa.

—Eso fue un malentendido —responde en un tono más grave de lo habitual—. Me acerqué a una chica…

—A una menor —corrige Patricia sin levantar la voz.

Él vacila, se humedece con la lengua los labios resecos y continúa, ignorando la interrupción.

—Me equivoqué, nada más. No sabía su edad. Y además ella retiró la denuncia, ¿no?

Patricia asiente lentamente, como si le concediera ese punto solo para desmontarlo después.

—Para empezar, me alegro de que haya recuperado la memoria, señor Núñez. Es una buena señal, ¿verdad, inspector Somoza?

Gabriel asiente sin decir nada.

—Por otro lado —continúa Patricia—, sí, claro, la retiró. Llevo muchos años en esto, señor Núñez. Sé perfectamente cómo funcionaban las cosas entonces. Las chicas —dice con resignación en la voz— solían retirar denuncias cuando se llegaba a un acuerdo. Sabían que era lo mejor para evitarse problemas ante un escenario en el que se verían desprotegidas. Quizá por eso se libró usted. Porque de haber sucedido hoy, dudo mucho que hubiese vuelto a dar clase.

Fabián sacude la cabeza con fuerza.

—No fue como usted lo cuenta. Solo estuvimos hablando.

Patricia no responde. En lugar de eso, abre la carpeta que tiene sobre las rodillas con un gesto pausado y meticuloso. Busca entre los papeles y extrae uno. Lo sostiene con ambas manos y comienza a leer en voz alta, sin teatralidad, sin necesidad de enfatizar nada. El contenido se defiende solo:

—«Entonces la denunciante abandonó la discoteca Woody con la intención de marcharse a casa. Iba sola. El hombre identificado como Fabián Núñez Gumper la interceptó en la avenida de Suecia, a la altura del cruce con la avenida Blasco Ibáñez. Cuando la denunciante le pidió que la dejara en paz, el hombre la agarró de los brazos e insistió en que lo acompañara. Cada vez de manera más fuerte, hasta que ella comenzó a gritar y una pareja que andaba por las inmediaciones preguntó si había algún problema. En ese momento el denunciado la soltó y ella salió corriendo en dirección a su casa».

Cuando termina de leer, dobla el informe con la misma calma con la que lo había abierto. Acto seguido, lo deja en su regazo y lo mira.

—¿Le parece una simple conversación?

—Fue un malentendido —repite Fabián con la mandíbula tensa—. Ya lo he dicho.

Bruno tiene dibujada una sonrisa sutil en los labios. Patricia no necesita mirarlo para saber que está disfrutando. Empieza a conocerlo. Gabriel, en cambio, sigue impasible. No interviene. Solo escucha.

Transcurre un largo silencio. Patricia deja que se asiente, que pese.

Luego, sin cambiar el ritmo, lanza la siguiente pregunta:

—¿Tiene alguna foto suya de 1991?

Fabián parpadea como si no hubiera entendido bien.

—¿Perdón?

—Una foto suya. Una cualquiera. De ese año.

—¿De 1991? —Fabián suelta un bufido—. Tendré que buscar. No soy muy de hacerme fotos, la verdad.

—Pues busque. Le agradecería que nos enseñara una cuanto antes.

Fabián se incorpora con torpeza. Se apoya brevemente en el reposabrazos antes de dar un par de pasos inseguros hacia el mueble del televisor. Abre un cajón, despacio, y extrae un sobre de papel brillante, de esos antiguos, con el logotipo de una tienda de revelado ya desaparecida. Lo sacude un poco para quitarle el polvo y regresa al sofá sin prisa.

Vuelca el contenido sobre sus rodillas: un grueso taco de fotografías. Sin orden, sin lógica. Empieza a revisarlas una a una. Un atardecer sobre un campo de trigo. Una fuente romana —la Fontana di Trevi, en concreto— tomada desde un ángulo turístico cualquiera. Paisajes, más paisajes, la fachada de una iglesia.

Deja una fotografía en la mesa con la punta de los dedos.

—Esta es más actual. Tendrá unos diez años —dice sin levantar la vista.

—Siga buscando, señor Núñez —responde Patricia.

Él asiente y reanuda el repaso. Una imagen familiar, una playa vacía, otra de un coche antiguo.

Entonces, algo cambia. No dice nada, pero sus dedos se detienen un instante. Apenas una fracción de segundo. Y pasa a la siguiente fotografía con demasiada rapidez.

Aunque lo nota, Patricia calla.

Gabriel, en cambio, ya está incorporado.

—Enséñeme esa foto que acaba de pasar —le indica con voz firme.

Fabián se vuelve ligeramente, confundido.

—¿Cuál? ¿Esta de arriba?

—No —dice Gabriel sin levantar la voz—. La que ha puesto debajo del montón.

Fabián frunce el ceño, perplejo.

—No… no sé a cuál se refiere.

Gabriel extiende las manos.

—Deme las fotos. Todas.

La tensión flota en el aire como electricidad estática. Durante unos segundos, Fabián parece a punto de negarse. Pero no lo hace. Coloca el taco en las manos del inspector con una lentitud extrema, como si le entregara algo frágil o peligroso.

Gabriel lo recibe sin apartar la vista de él. Sus dedos se dirigen a la última foto del montón. La extrae. La mira un instante. A continuación la muestra, primero a Patricia, luego a Bruno.

Es él.

Finn Wagner les devuelve la mirada, atractivo y sonriente. La misma foto que encontraron en el USB escondido en el hueco de la cisterna del cuarto de baño de Kasia. La misma imagen con la que alguien le hizo creer que se llamaba Thomas. Que era alemán. Que estaba enamorado de ella.

Patricia se pone de pie. Despacio.

—Fabián Núñez Gumper, queda detenido por su presunta implicación en la desaparición de Kasia Nowak. Tiene derecho a guardar silencio. Tiene derecho a un abogado; si no puede contratar uno, se le asignará un letrado de oficio. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra…

La lectura de los derechos resuena como un juicio anticipado. Bruno se levanta también. Gabriel ya está llamando a la comisaría.

Fabián no dice una palabra.

Solo respira. Aliento corto. Superficial. Como si el aire de esa sala —que tanto necesitaba una ventana abierta— ya no fuera suficiente para él.

22

Fabián Núñez se sienta en el banco de hormigón con la esperanza de que el tiempo pase rápido. La celda es estrecha, oscura, sin ventanas. Comparte el espacio con un hombre enjuto de rostro afilado y mirada vidriosa que no le ha quitado los ojos de encima desde que entró. Lo observa sin pestañear, con una hostilidad tan evidente que parece valorar sus costillas por si más tarde tiene que romperlas.

Fabián desvía la vista. No quiere provocarlo, pero tampoco darle la impresión de ser débil. Se pregunta si alguien le oiría si empezara a gritar. Desde el pasillo solo llegan voces apagadas, risas que se mezclan con comentarios sobre el último partido del Real Madrid. Un tipo se queja del árbitro, otro canta un gol. Ninguna urgencia. Ningún indicio de que alguien, ahí fuera, recuerde que lo han encerrado con un desconocido que tiene hambre en la mirada.

Le sudan las manos, le pasa cuando se pone nervioso. Se seca las palmas en los pantalones y respira hondo.

«¿Cómo he podido ser tan idiota?».

No era difícil prever que Bruno Porta intentaría alguna jugada sucia. Lo que no esperaba era verlo con un agente en la puerta de su casa, tan tranquilo, como si no acabara de traicionar a un viejo

profesor que siempre lo trató bien. Nunca lo suspendió, aunque ahora se arrepienta de ello.

Pero lo peor vino después. Cuando ya todo había pasado. Cuando tuvo tiempo —días, incluso— de revisar, de limpiar, de deshacerse de cualquier resto. Y no lo hizo. O no lo hizo bien.

Ahora mismo están registrando su casa. Se lo han dicho sin mirarlo a los ojos; ya deben de saber lo que hallarán. Y él también lo sabe. Van a encontrarlo. Todo lo que necesitan está ahí, esperándolos. Entre esos papeles olvidados, en ese cajón que no comprobó. En esa foto. Esa maldita foto.

No recuerda cómo terminó en ese montón. Juraría que la había roto. O quizá lo pensó y no llegó a hacerlo. No es capaz de verlo con claridad. Solo recuerda el momento en el que apareció ante sus ojos. Entonces ya era tarde.

«¿Por qué no la quemé? ¿Por qué no fui más cuidadoso?», piensa.

Se le revuelven las tripas. Tiene que hablar con su abogado. Ya. No puede esperar ni una hora más. Necesita una estrategia, una salida, algo que lo saque de ese agujero.

El problema es que no tiene ni idea de cómo hacerlo, y eso le provoca ganas de rendirse.

Gabriel se apoya en el respaldo de la silla y entrelaza los dedos en la nuca. Mira al techo mientras en su cabeza las piezas del caso giran como fragmentos de cristal suspendidos en el aire. Algunas encajan con claridad: aristas limpias, coincidencias sólidas. Otras se

mantienen flotando a la espera a ser descartadas o a revelar su forma real.

Patricia Siles está a su lado. Ambos aguardan a Fabián Núñez en la sala de interrogatorios.

El registro en la casa del antiguo profesor de Música ha sido decisivo. Por primera vez desde que empezó esa investigación, Gabriel siente que no camina a ciegas. Ha visto con sus propios ojos la carpeta: una colección grotesca de fotografías de Kasia Nowak tomadas a diferentes horas y en distintos lugares. En la parada del autobús, en el patio del instituto, sentada en un banco mientras hablaba por teléfono. Algunas son borrosas, sacadas con prisas; otras, extrañamente cuidadas, ampliadas, seleccionadas con minuciosidad. Demasiado meticulosas para no ser el resultado de una fijación enfermiza.

Gabriel recuerda cómo se le heló la sangre al encontrar aquella imagen del actor alemán. El supuesto Thomas que nunca llegó a existir. Era una construcción. Un disfraz hábilmente tejido. Y Fabián Núñez parece haber sido el titiritero.

Encaja. Todo empieza a encajar. Al menos en parte.

Lo más perturbador es que, entre los objetos incautados, también apareció algo más. Algo que no forma parte del caso de Kasia, al menos no directamente, pero que huele a podredumbre. Un hallazgo lo bastante grave para destrozar la vida a Núñez, aunque consiguiera salir limpio de la investigación que los ocupa. Con eso, cualquier fiscal tendría los dientes afilados. Y dentro de prisión, con ese tipo de material, no tardaría en encontrar enemigos. O castigos.

Gabriel lo sabe bien. Ha visto hombres rotos por mucho menos.

Pero no puede permitirse distracciones. Tiene que centrarse. Lo importante es determinar si Fabián hizo algo más que acechar a Kasia. Si la siguió hasta el lugar en el que desapareció. Si tuvo algo que ver con esa noche de tormenta. Por ahora es el principal sospechoso, el que está mejor colocado en la línea de fuego. Y, al mismo tiempo, es posible que solo sea una pieza que no llega a formar parte del puzle final.

Eso es lo que lo inquieta. Porque, si no es él, ¿quién entonces? ¿Y por qué todo lo demás sigue sin encajar por completo?

La puerta se abre y Gabriel alza la vista. Fabián Núñez entra primero. Camina con los hombros hundidos, el paso lento. Se diría que le pesan más los años que la culpa. Hay algo en su aspecto que delata abandono: una dejadez crónica que se ha ido instalando poco a poco, sin resistencia.

A su lado, el abogado parece recién salido de una revista de moda: traje gris perla, camisa perfectamente planchada, corbata de seda azul oscuro. De su cuello emana una fragancia sutil pero cara. Huele a letrado sin escrúpulos, de esos que batallan con saña. Se sienta con elegancia, incluso el modo en que cruza las piernas parece ensayado.

Gabriel comienza a hablar.

—Soy el inspector Somoza. —Su voz no sube de tono, pero tampoco invita a relajarse—. Ella es la inspectora Siles. Les informo de que esta conversación será grabada.

Ninguna respuesta. Solo un gesto de aprobación por parte del abogado.

Gabriel se inclina hacia la mesa. Revisa las hojas frente a él, aunque no las necesita. La primera pregunta ya estaba formulada

desde hacía horas.

—Señor Núñez, ¿puede explicarme qué hacía una fotografía del actor alemán Finn Wagner en su casa?

El abogado se adelanta antes de que Fabián mueva un solo músculo.

—Mi cliente ha decidido no hacer ningún tipo de declaración por ahora, inspector.

Gabriel no se inmuta. Se lo veía venir. Es el momento de contraatacar. Puede funcionar, o no.

—Perfecto —dice, y apoya la espalda en el respaldo—. Entonces hablaré yo. Hay algo que debe saber, señor Núñez.

El abogado alza la vista, alerta. Fabián ni siquiera pestañea.

—Durante el registro de su casa, hemos encontrado un disco duro externo conectado a su ordenador. Y lo que se vio con un simple vistazo… —Hace una pausa, elige bien sus palabras—. Es pornografía infantil.

Ahora sí. El abogado se remueve en la silla. Fabián baja la cabeza, pero no hay sorpresa en su expresión. Solo un intento torpe de parecer indiferente.

—Eso —continúa Gabriel sin alzar la voz— es más que suficiente para que un juez lo mande a prisión. Y créame, señor Núñez, la cárcel no es amable con hombres como usted.

Un silencio denso se instala en la sala. Patricia Siles lo rompe al cambiar de postura y cruzar los brazos con una lentitud calculada.

—Por si fuera poco —añade Gabriel—, ese ordenador suyo parece viejo. Muy viejo. Lo que significa que, cuando el equipo de Pericias Informáticas termine con él, si tuvo algo que ver con la persona que engañó a Kasia Nowak haciéndose pasar por un tal

Thomas, lo sabremos. Con todo lujo de detalles. Estoy seguro, señor Núñez, de que, si lo habla con su abogado, él le dirá que los datos se pueden recuperar, por mucho que usted lo borrase todo. Encontraremos que usó una VPN, las conversaciones con Kasia… Todo.

Gabriel sabe perfectamente que eso último es un farol. Es posible que lo encuentren, pero también que no haya nada. En cualquier caso, era el momento de lanzar ese dardo.

Los ojos del abogado se estrechan. Los de Fabián siguen fijos en la mesa, como si al no mirar pudiera evitar que lo que se avecina ocurra. Pero ya es demasiado tarde para eso.

—Y hay algo más —interviene Patricia—. El comisario está deseando que tengamos a alguien a quien acusar en el caso de Kasia Nowak para arrojarlo a la opinión pública y que esta lo haga trizas. Usted es un candidato perfecto, señor Núñez. ¿Está seguro de que quiere seguir callado?

Se forma un silencio espeso, sostenido. El tipo de pausa que no se puede rellenar con palabras vacías.

El letrado mantiene la compostura. Imperturbable. Pero Fabián empieza a deshacerse en la silla. Sus hombros se hunden aún más, las manos le tiemblan. No hay dramatismo en su expresión, solo un derrumbe mudo. Parece que las últimas palabras de la inspectora hubieran empujado la pieza tambaleante de un castillo interior a punto de venirse abajo.

Entonces habla. Su voz es ronca, sucia, como arrastrada por una garganta en ruinas.

—Yo estaba enamorado de Kasia —La frase cae como un vaso que se estampara en el suelo—. Jamás le habría hecho daño.

El abogado gira la cabeza hacia su cliente con violencia y alza la mano en un gesto tajante.

—Ni una palabra más, Fabián. —Su tono se ha tensado. Ya no hay rastro del brillo controlado que tenía al entrar.

Gabriel no se inmuta. Lo ignora por completo y continúa con los ojos puestos en Fabián.

—¿Por eso creó a Thomas? —pregunta—. ¿Para poder hablar con Kasia?

Fabián tarda unos segundos en responder. Mira a Gabriel. Luego baja la vista. Mantiene una batalla interior. Al final, se rinde.

—Sí. —La palabra sale apenas audible—. Era la única manera de acercarme a ella…, de estar… dentro de su mundo.

El abogado se incorpora ligeramente.

—Inspector Somoza, necesito una pausa. Tengo que hablar a solas con mi cliente.

Gabriel se vuelve hacia Fabián.

—¿Es eso lo que quiere usted?

Fabián posa en él la vista. Hay un brillo turbio en sus ojos.

—No —dice con firmeza inesperada—. No quiero parar. Necesito soltarlo todo. Ya me da igual.

El letrado lo fulmina con la mirada.

—Actúa en contra de mis recomendaciones. No me haré responsable de lo que ocurra a partir de este momento.

Fabián lo observa con una mezcla de resignación y lástima. Luego suspira, ha estado conteniéndose demasiado tiempo.

—Ya todo da igual —dice—. Me voy a morir. Hace meses que cada vez que toso aparece una mancha enorme de sangre. Lo sé. Sé muy bien lo que me pasa y lo que me espera. Es demasiado tarde

para ir al médico y, aunque no lo fuera, no pienso pasar por todo eso. Solo quiero… —Traga saliva, cierra los ojos—. Irme con un poco de dignidad.

Gabriel no responde de inmediato. Se limita a asentir muy levemente. Ya no tiene frente a él a un sospechoso. Tiene delante a un hombre que, por primera vez en mucho tiempo, ha decidido dejar de esconderse.

23

Patricia Siles está en su despacho con Gabriel Somoza, que permanece de pie, apoyado en la pared. No le ha dicho aún lo que piensa, lo que le bulle en la cabeza desde que terminaron de hablar con Fabián Núñez. Tal vez porque sabe que va a sonar más emocional de lo que le gustaría. Pero eso no cambia los hechos.

Detesta a los hombres como Fabián. No solo ella; sería absurdo pensar que es algo personal. Cualquiera con un mínimo de decencia siente repulsa al imaginar siquiera que alguien pueda mezclar el deseo con algo tan frágil y vulnerable como la niñez. Es monstruoso. Un tipo así no merece ni siquiera el intento de comprensión. Solo pensar en él le crispa los nervios.

—Pues ya sabemos quién era realmente Thomas —dice por fin sin apartar los ojos de la pantalla del portátil donde repasa informes.

Gabriel asiente despacio sin moverse del sitio.

—Sí. Solo nos falta saber qué pasó con Kasia —contesta.

Kasia… Ese nombre que cae como una piedra cada vez que se pronuncia. La pieza que aún no encaja, que sigue bailando en el aire incapaz de asentarse. Patricia entrelaza los dedos y apoya los codos en la mesa. Está cansada, pero no lo demuestra. O al menos, lo procura.

—No podemos fiarnos de lo que dice Fabián —responde—. Afirma que nunca interactuaron como Fabián y Kasia. Que siempre fue Thomas. Que solo quería formar parte de su vida pero que jamás la tocó.

—¿Y por qué iba a mentir con eso? —pregunta Gabriel por fin girándose hacia ella—. Es un hombre derrotado. Ha confesado todo. ¿Por qué mentir justo en esa parte?

Patricia alza una ceja. No necesita pensar la respuesta.

—Porque también es un hombre que acosó a una menor en Valencia. Y que trabajó en Jávea justo cuando Samantha Reynolds desapareció. Son demasiadas coincidencias para fiarse de sus palabras.

Gabriel suelta un suspiro corto, casi inaudible.

—No digo que lo esté descartando. Digo que es extraño. Confiesa todo lo demás, pero eso no. Va a ir a la cárcel de todos modos. Y ya le has oído: no le queda mucho tiempo de vida.

—No intentes comprender la mente de un hombre como Fabián —le aconseja Patricia en un tono que no admite réplica—. Será mejor para nuestra salud mental.

Gabriel no contesta, pero su expresión le da la razón.

El silencio que sigue no es incómodo, sino práctico. Ambos necesitan unos segundos para reordenar las ideas, para no dejarse arrastrar por la repulsión. Patricia vuelve la mirada hacia el ordenador.

—Están terminando el retrato robot con Mandy —dice en voz baja, más para recordárselo a sí misma que para informar a Gabriel —. Si coincide con la apariencia de Fabián durante esos años, será suficiente para llevarlo al fiscal.

—¿Estás segura? —pregunta Gabriel.

—No. Pero estoy cabreada.

Gabriel asiente.

De repente, la puerta del despacho se abre. El agente Martín Muñoz asoma la cabeza.

—Te estaba buscando, jefa —dice.

—Pues aquí me tienes —contesta Patricia—. ¿Qué pasa?

—Ha aparecido el coche que conducía Mónica Rives. Estaba en una zona apartada de Callosa d'en Sarrià.

Patricia se levanta de inmediato.

—¿Y alguna idea de dónde ha podido ir ella?

—Sí —responde Martín—. Está dentro del coche. Muerta. Parece que se ha suicidado. Dejó el motor en marcha y colocó una manguera desde el tubo de escape hasta el interior.

Bruno lleva rato caminando en círculos. Un paso tras otro, siempre sobre el mismo tramo de parquet, como si hubiese trazado un circuito imaginario en su salón. El sonido de sus pisadas es su única compañía en un hogar donde cada objeto permanece en su lugar, a pesar de todo. Los cojines alineados sobre el sofá, los libros ordenados por tamaño en la estantería, la alfombra sin un solo pliegue. Todo como debe estar. Salvo sus pensamientos, donde el caos se impone.

No es policía. Esa frase no deja de repetírsela, aunque ya le resulta demasiado repetitiva. No es policía. No puede intervenir. Tiene que esperar. Observar desde fuera.

Entiende que su obsesión por estar siempre en el meollo nace de la escasa confianza que deposita en los demás. Necesita hacer las cosas por sí mismo. Sabe que debería trabajar en ello y aceptar que no siempre puede ser él quien lleve la voz cantante.

Se detiene delante de la encimera y se prepara un café. El aroma se mezcla con el silencio que llena la casa a medida que la luz del día se disuelve tras los cristales. Bruno no tiene sueño. Ni ganas de cerrar los ojos. Solo tiene ganas de café, aunque ya sea tarde.

Mientras espera, se apoya en el fregadero y repasa mentalmente lo que sabe, lo que ha oído, lo que intuye. Hay cosas que no cuadran, aunque no sepa explicar por qué.

Vuelve a la mesa con la taza humeante entre las manos. Se sienta. El vapor sube despacio y le roza la cara, cálido, familiar. Respira hondo. Y ahí está. Sobre la madera, al lado del portátil, el pequeño juguete que Yago Fábregas le entregó ilusionado en medio de una carcajada, justo antes de jugar a esconderse por la casa.

Bruno se lo guardó en el bolsillo sin pensar y se lo llevó consigo. Ahora lo observa. Un muñeco con la cabeza mordida, sin demasiado valor. Yago no lo echará en falta. Tiene decenas. Pero ese momento —el juego, las risas, el permiso tácito para subir la escalera y colarse en la habitación de Víctor— fue una oportunidad. Una que Bruno aprovechó.

Revisó los cajones con disimulo. Sin hacer ruido. Uno por uno. Sin tener claro qué esperaba encontrar. Algo fuera de lugar. Una contradicción. Una verdad escondida entre calcetines. Pero no había nada. Al menos, nada evidente.

No sabe por qué desconfiaba. Solo que lo hacía. De todos. De lo que dicen, de cómo lo dicen. No se fía. Por eso fuerza su presencia

donde no ha sido invitado. Por eso observa, escucha y analiza cada detalle.

Toma otro sorbo de café. La taza le quema los labios. No le importa.

Alarga la mano hacia la estantería y toma el ejemplar desgastado de *El Principito* que robó de la biblioteca del instituto. El mismo con el que Kasia estaba obsesionada. El mismo que ella releyó infinidad de veces por considerarlo una lectura de referencia. Lo observa en silencio y acaricia las tapas con suavidad. La portada está raída por los bordes, la ilustración casi borrada.

Lo abre y busca el capítulo veintiuno. Por un momento se olvida de su café. Pasa las hojas con cuidado, aunque el papel cruje bajo sus dedos. Finalmente, ahí está. El encuentro entre el Principito y el zorro. Y la frase que tantas veces oyó de boca de Kasia: «Lo esencial es invisible a los ojos».

Aunque ya la sepa de memoria, Bruno la lee en voz baja. Intenta, como en tantas ocasiones antes, despojarla del peso de todo lo que vino después. Leerla como si fuese la primera vez. Como si no supiera nada de Kasia. Como si no hubiese pasado horas preguntándose si esa maldita frase tendría alguna relevancia.

Algo, sin embargo, le hace salir de su meditación sobre las moralejas del libro. Bajo una palabra —no sabría decir cuál de todas le llamó primero la atención—, el papel presenta una hendidura apenas perceptible. No es una mancha ni una arruga. Es una pequeña marca, parece que alguien hubiera presionado el papel con algo afilado. Se inclina sobre el libro, lo acerca a la lámpara de la mesa.

Otra página. Otra hendidura. Justo debajo de una letra.

Un poco más abajo hay otra. La misma marca. Bruno empieza a sentir un leve cosquilleo en la nuca. Hay demasiadas para que sea casualidad.

Coge un bolígrafo y una hoja en blanco. Regresa al inicio del capítulo y empieza a anotar la letra que ve sobre cada una de las marcas que encuentra. No quiere perder el orden. Lo hace con precisión, incluso cuando duda con la tercera marca: ¿es una C o una A? Tiene el trazo curvado; se inclina por la C. Sigue avanzando.

Una tras otra, sin pausa.

Cuando termina, repasa lo escrito. Dos palabras se forman con claridad.

«N», «E», «C»… y después el resto. Las observa unos segundos más.

Y entonces lo ve. Lee en voz alta, sin apenas voz:

—Necesito ayuda.

El pulso se le acelera.

El libro se le cae de las manos y se estampa contra el suelo.

24

El Renault Laguna está aparcado en línea recta con la tristeza. Bajo el puente, la luz entra sesgada, filtrada por las columnas que sostienen la autovía. Gabriel Somoza respira hondo. Todo eso es un contratiempo. Uno bastante inoportuno, la verdad.

—Por aquí —dice un agente, y levanta la cinta amarilla para que pasen.

Patricia Siles camina al lado de su compañero con gesto serio. A su alrededor, miembros de la Científica agachan la cabeza, toman fotos, recogen muestras. Ninguno habla. Solo el zumbido lejano de los vehículos sobre la autovía interrumpe la quietud que se ha instalado bajo el puente.

El coche está orientado hacia la nada. En el suelo, las latas oxidadas y los paquetes de tabaco deshechos por la humedad parecen los restos que alguien dejó después de acudir a ese lugar para encontrar privacidad. Tal vez unos adolescentes que querían beber, tal vez una pareja que quería intimar en el asiento de atrás. Gabriel se acerca al coche con cautela y clava la mirada en el tubo de escape.

La manguera sigue ahí. Un extremo cuelga sujeto con un trapo. El otro atraviesa la ventanilla del conductor, apenas un resquicio entre el cristal y el marco. Preciso. Frío. Letal.

Gabriel traga saliva.

No hay signos de violencia. No hay lucha. Ni siquiera desorden. Solo ella. Sentada, con la cabeza caída hacia un lado, los ojos cerrados. Podría parecer que duerme. Pero la palidez es total, y las cuencas de los ojos se le han hundido. La imagen impresiona.

—Me temo que ya no podremos preguntarle por qué os siguió —murmura Patricia sin apartar la vista del cuerpo.

Gabriel no responde enseguida. Observa el interior del coche. El volante. El salpicadero. Una bolsa vacía de supermercado en el asiento de atrás. Ninguna nota visible. Ningún intento de explicación. Pero sí un detalle en el que centra la atención.

—No —responde al fin—. Ni eso ni nada.

Sabe que Mónica Rives era una mujer impulsiva. Pero tampoco parecía tener la determinación para hacer algo así. No sin ayuda. O sin miedo. ¿Qué la llevó hasta ahí? ¿Quién?

Entorna los ojos y se inclina un poco más hacia la ventanilla del conductor. Centra la mirada en el salpicadero. Pasa unos segundos en silencio, está pensando en algo, pero aún no lo expresa. Luego, sin apartar la vista, dice en voz baja:

—Fíjate en eso, Patricia. El salpicadero. ¿Lo ves?

La inspectora Siles se acerca un paso, ladea la cabeza y entrecierra los ojos.

—¿Qué exactamente?

—La parte del piloto está cubierta de polvo. Míralo, se nota en la capa gris que cubre los mandos. Pero en el lado del copiloto, nada. Ni una mota. Como si alguien lo hubiera limpiado.

Patricia se aproxima. Su respiración se hace audible mientras observa con atención.

—¿Crees que alguien quiso borrar sus posibles huellas?

Gabriel se encoge de hombros.

—No lo sé. Pero tendremos que investigarlo.

Se enfunda un guante y abre el maletero. El interior está lleno de bolsas repletas de ropa desordenada y amontonada. También hay objetos de todo tipo, como un secador de pelo, una sartén y una lámpara de escritorio. Le basta para entender que no es el comportamiento habitual de una persona que pretendía suicidarse. No se habría llevado consigo sus pertenencias.

Sin perder tiempo, alza la voz:

—Prestadme atención, por favor —llama a los agentes de la Científica, que levantan la vista al unísono—. Quiero que reviséis el asiento del copiloto con especial atención. El salpicadero de ese lado está impoluto, a diferencia del resto. Parece que alguien lo ha limpiado. Buscad pelos, fibras, huellas, lo que sea. Sobre todo en la maneta de la puerta y en la tapicería del asiento.

Uno de los técnicos asiente y da media vuelta para transmitir las indicaciones. Otro saca con rapidez un nuevo set de bolsas herméticas. La actividad se reanima.

Patricia se cruza de brazos.

—¿Y ahora qué quieres hacer?

Gabriel la mira sin pestañear.

—Consigue una orden. Vamos a entrar en su casa. Y obtén también los datos de geolocalización de Víctor Fábregas. Fue la última llamada de Mónica Rives y él es la única persona con la que parecía tener relación.

Bruno aporrea la puerta del instituto con el puño, una, dos, tres veces, hasta que los nudillos le arden. No se detiene. Al otro lado, todo permanece en silencio. El edificio es un bloque oscuro, sin ventanas iluminadas, sin movimiento. Solo una luz tenue parpadea tras el mostrador de recepción, como una luciérnaga atrapada en un frasco.

Vuelve a golpear la puerta, más fuerte esta vez.

Unos pasos se arrastran al fondo del pasillo. Después, un ruido metálico, el chirrido de una cerradura antigua. La puerta se entreabre apenas unos centímetros, lo justo para que asome una cara conocida.

—¿Bruno?

El hombre al otro lado hace una mueca, desconcertado. Tiene el cabello completamente blanco, los mofletes inflados y una expresión amable marcada por los años. Jorge Gomis. El bedel. El mismo que siempre le dejaba quedarse en la biblioteca después de clase, que le preguntaba qué tal le habían salido los exámenes. Uno de los pocos adultos que nunca le hicieron sentirse fuera de lugar.

Bruno traga saliva.

—Jorge, necesito entrar. Es importante. Te lo explico dentro.

Jorge duda. Se le nota en la mirada, en la forma en que aprieta los labios y echa un vistazo a la calle. Sabe que no debería, que a esas horas el edificio ha de estar cerrado a cal y canto. Pero, al final, empuja la puerta con un suspiro resignado.

—Me vas a meter en un lío —murmura, y lo deja pasar—. ¿Qué ocurre?

Bruno no responde de inmediato. Camina unos pasos por el vestíbulo en penumbra; después, alza la bolsa de plástico que lleva

en la mano.

—Necesito pedirte un favor.

Jorge entrecierra los ojos.

—¿Qué es eso?

—Un libro —responde Bruno sin dudar—. Es extraordinariamente importante ahora mismo, más de lo que te imaginas.

—No entiendo nada, Bruno —musita Jorge con la mirada clavada en la bolsa que el chico sostiene—. Pero no puedes estar aquí. Si alguien nos ve… Conseguirás que me despidan.

—¡Se trata de Kasia! —explota Bruno, demasiado alto. Su voz rebota en las paredes, aguda, rota por la urgencia. La bolsa de plástico le tiembla en la mano. Los dedos también. No consigue controlar su agitación.

Jorge se queda quieto. La expresión de bonachón se disuelve, sustituida por algo más serio. Parece miedo. Cierra la puerta y se acerca a Bruno.

Él respira hondo, aunque no le sirve de mucho. Lo intenta otra vez.

—Jorge, hace unos días reabrieron el caso de Kasia. Y este libro, por una serie de razones que no puedo contarte, es importante. De verdad. Necesito que me abras la biblioteca. Tengo que comprobar quién lo ha tomado prestado desde 2014.

—Bruno… —susurra el bedel, y se lleva una mano a la cabeza—. Me estás pidiendo algo… No sé qué decirte. Me duele lo de Kasia, claro que sí. Siempre me dolió. Pero esto…

—No se enterará nadie —insiste Bruno, y avanza un paso—. Te lo prometo. Tardaré solo unos minutos. Después me iré y no diré nada a nadie. Tienes mi palabra.

Hace una pausa. Jorge empieza a dudar.

—Sé que eres buena persona, Jorge. Si me ayudas, estarás haciendo lo correcto.

El bedel no contesta. Solo baja la vista un instante. Luego, casi a regañadientes, echa mano al manojo de llaves que le cuelga del cinturón.

—Date prisa —dice en voz baja—. Y prométeme que no volverás por aquí.

Bruno asiente, aliviado.

Ambos se deslizan por el pasillo sin hablar. Las luces del techo permanecen apagadas, pero Jorge presiona el interruptor de la biblioteca en cuanto gira la llave. La fluorescencia fría revela el interior: estanterías alineadas como soldados, sillas apiladas, el viejo mostrador al fondo.

Bruno corre hasta él.

Sus ojos recorren la superficie con ansia, buscando. Recuerda bien: hay un cajón donde guardan los libros de registro. Tira de él con torpeza. Dentro, los tomos están numerados. Ya ha comprobado el código en la etiqueta adhesiva de *El Principito* que lleva en la bolsa: tomo número 3.

Lo saca. Lo abre.

Pasa páginas sin detenerse hasta una que le interesa. Una anotación fechada sobre un libro cualquiera de hace mes y medio. Último préstamo: Irene Alcaraz.

Se queda quieto.

Es una buena señal. Significa que el registro todavía se hace a mano. Si hubiesen cambiado a un programa informático, le habría resultado mucho más difícil, tal vez imposible.

Jorge carraspea desde la entrada. Mira el reloj de la pared.

—Bruno…

—Ya casi está —murmura él sin apartar la vista del papel.

Sigue rastreando el código que ha ido a buscar, pero no da con él. Los nombres, las fechas, los números de los carnets escolares. No sabe exactamente qué espera encontrar, pero necesita ver la secuencia completa. Algo que encaje.

Está tardando más de lo que pensaba.

Entonces, un sonido corta el aire.

Un golpe seco.

Lejano, pero claro: alguien ha llamado a la puerta del instituto. Una sola vez.

Jorge se tensa.

Bruno levanta la vista.

—¿Has quedado con alguien? —pregunta el bedel con un hilo de voz.

—No.

Ambos se quedan inmóviles.

El silencio regresa, más tenso que antes. Hasta la biblioteca parece contener la respiración.

Bruno vuelve a bajar la vista al tomo de registro.

—Dame un minuto más.

—Tengo que ir a ver quién es. Por favor, date prisa —responde Jorge, pálido.

Otro golpe en la puerta del instituto. Esta vez, más insistente.

Jorge desaparece y Bruno continúa con su labor, ensimismado, absorto.

Pasa las páginas con tanta rapidez que una se le desgarra bajo los dedos. Es un sonido seco, un crujido leve que le eriza la piel, pero no se detiene. Sigue buscando; devora renglones, columnas, fechas.

El corazón le late en la garganta.

Entonces, lo ve.

En medio del caos de nombres y números, ahí está.

«*El Principito*. Fecha del último préstamo: 17 de diciembre de 2013. Kasia Nowak».

Bruno se queda inmóvil.

Pasa el dedo por encima con lentitud, comprobando letra a letra, dígito a dígito. No hay error. Está escrito con bolígrafo azul, caligrafía precisa, reconocible.

El mismo libro. El mismo ejemplar. Kasia fue la última en tomarlo prestado antes de desaparecer.

La información pesa, pero la mente de Bruno no termina de asimilarla. La adrenalina le impide pensar con claridad. Todo dentro de él es ruido y velocidad. Sabe que eso significa algo. Algo muy importante. Pero no logra conectarlo todavía.

Sus ojos siguen clavados en el libro de registro cuando lo nota.

Un desplazamiento de aire.

Demasiado tarde.

Un impacto seco en la sien lo derriba contra la mesa. El golpe le parte el labio.

Ni siquiera llega a notar el segundo, el de su cuerpo al caer al suelo.

Para él, ya no hay sonido.

Ni luz.

Todo se ha vuelto negro.

25

A primera hora de la mañana, Gabriel y Patricia están frente a la casa de Mónica Rives.

—¿Cómo alguien podría vivir aquí? —pregunta Patricia, que se ha cubierto ya la nariz con un pañuelo.

Gabriel no contesta de inmediato. Observa la ventana de la casa de al lado, donde el vecino curioso sigue asomado. Esa vez, al menos, no está quejándose. Puede que se haya enterado de lo sucedido. Hoy no dice nada, tampoco se esconde. Únicamente los mira.

—Es evidente que Mónica no llevaba su vida en orden —responde Gabriel al fin sin dejar de vigilar la ventana.

La puerta de la vivienda de Mónica Rives se abre con un leve empujón. No hay signos que indiquen que la cerradura ha sido forzada. Solo las consecuencias de una dejadez extrema.

Tres agentes de la Unidad Científica se detienen apenas un par de pasos después de cruzar el umbral. Uno de ellos se cubre la boca con la manga, otro maldice en voz baja. Las caras lo dicen todo. Ni siquiera es necesario entrar para notar el olor que se cuela desde la oscuridad: una mezcla acre imposible de clasificar. Algo a medio camino entre una cloaca y un contenedor abandonado bajo el sol.

Gabriel avanza con cautela y deja que sus ojos se adapten a la penumbra. El pasillo es estrecho, pero no tanto como para justificar la sensación de encierro que lo envuelve. Hay bolsas de basura reventadas en el suelo, envoltorios grasientos, restos de comida adheridos a platos amontonados en una esquina. Todo parece haber sido arrojado sin ningún criterio. Solo alguien con un claro desorden mental podría vivir en esas condiciones.

—¿Qué buscamos exactamente? —dice uno de los agentes de la Científica.

—Aún no lo sé —contesta Gabriel—. Esperad fuera y os llamaré si es necesario. No tenéis por qué aguantar esto de momento.

Patricia esquiva una caja de pizza abierta aún con una porción fosilizada pegada al cartón. Mira alrededor con cara de circunstancias.

La vivienda es pequeña. Un salón oscuro con una bombilla sin lámpara que cuelga del techo como único punto de luz. En el centro, una silla de mimbre que supone el único lugar donde poder sentarse. A su lado, un aparador cubierto de polvo y manchas oscuras. La superficie parece haber atrapado cada huella de grasa de los últimos diez años. No hay televisor. No hay radio. Ni una fotografía. Ni un solo adorno.

Solo basura.

—¿Dónde dormía? —pregunta Patricia bajando la voz.

Gabriel no contesta. Recorre con la vista el suelo. Entre papeles, latas oxidadas y ropa sucia. Abre una puerta lateral. Una especie de habitación, apenas más limpia, donde hay un colchón sin sábana en el suelo y una lámpara de pie rota. Alguien ha pintado palabras en la

pared con letra desordenada y nerviosa. Algunas están tachadas. Otras, repetidas una y otra vez.

Gabriel se aproxima. Lee una de ellas: MIENTE. MIENTE. MIENTE.

Los agentes de la Científica ya respiran aliviados en el exterior cuando Gabriel se gira hacia Patricia.

—No queda más remedio que echar una ojeada —dice el inspector Somoza.

Se coloca los guantes de vinilo. Su compañera hace lo mismo sin decir nada. Ambos se acercan al mueble polvoriento junto a la silla de mimbre. Los cajones crujen al abrirse con dificultad.

El primero está vacío. El segundo también, salvo por unas migas adheridas al fondo y un envoltorio de chicle. En el tercero, sin embargo, hay algo.

Una fotografía. Gabriel la toma con cuidado. Está ligeramente doblada por las esquinas, pero la imagen aún es nítida. Es Mónica, más joven. Tal vez antes de que su vida se convirtiera en lo que acaban de presenciar. Tiene el pelo recogido, los labios pintados con elegancia y una sonrisa que parece sacada de otra historia. Una historia donde el salón no huele a vertedero y las paredes no están garabateadas con frases delirantes. Una mujer agraciada, atractiva. Esa mujer ya no existe.

Gabriel se la enseña a Patricia, que asiente sin decir nada. Luego abre el cuarto cajón, el último, y su expresión cambia.

Está lleno. Hasta arriba. Cajas de medicamentos apiladas sin ningún orden. Antibióticos, analgésicos, relajantes musculares, antidepresivos, incluso ansiolíticos de los que solo pueden conseguirse con receta. Algunas están abiertas, otras precintadas,

muchas con fecha reciente. Un almacén entero escondido en un solo cajón.

—¿Qué demonios tomaba esa mujer? —exclama Patricia.

Gabriel saca el móvil y hace un par de fotografías. Después sigue buscando entre la basura desparramada. Es un verdadero caos de desechos.

Al cabo de un rato, repara en que hay varias hojas arrancadas de una libreta cuadriculada. Papeles que se han arrugado hasta convertirlos en bolas. Abre los que encuentra.

En uno lee: «Para quien le importe». Está escrito con letra burda y tachado después.

Abre otro y lee: «Hay algo que deberían saber».

Luego, otro: «Soy Mónica y quiero».

En el último lee: «Si buscan a Kasia, la encontrarán en». Y ahí Mónica dejó de escribir.

Gabriel da la vuelta al papel. Se lo enseña a Patricia, exaltado. Se pone de rodillas y comienza a abrir bolsas de basura, cuyo contenido vierte directamente en el suelo.

—Patri, tenemos que hallar el cuaderno o más hojas como estas.

Patricia asiente. No le gusta mucho la idea, pero es muy profesional y lo hará. Sale de la casa y pide a los tres agentes de la Unidad Científica que los ayuden después de darles las premisas oportunas.

Buscan durante una hora y media. En cada rincón, en cada bolsa de basura, en cada metro cuadrado de esa pocilga.

Pero no encuentran nada, ni hojas ni cuaderno.

Un agente dice que necesita salir a respirar, que no aguanta más, y se va. Gabriel sigue removiendo todo, sin éxito. Los otros dos

agentes y Patricia también. Es preciso que den con ese cuaderno. Aunque ya han buscado por todas partes y no aparece.

—Gabriel, aquí no está. ¿Nos tomamos un respiro? —pregunta Patricia.

Justo entonces le vibra el teléfono. Lo saca del bolsillo de su pantalón y lee la pantalla.

—Lo tenemos —dice sin levantar la vista—. El retrato robot.

Gabriel se gira hacia ella. Patricia abre la imagen. La observa durante un momento y después se la enseña a Gabriel. Es un hombre joven, guapo, de rasgos marcados, mandíbula afilada y cabello denso. Nada en esa cara recuerda a Fabián Núñez.

—¿Qué opinas? —pregunta ella.

Gabriel mantiene la vista en el retrato. Le resulta vagamente familiar, pero no por el motivo que le gustaría.

—Esa cara me suena, y no porque me recuerde a Fabián. Creo que la he visto en algún sitio. Tendremos que ir a Jávea, al pub donde Samantha solía ir con sus amigas. Si sigue abierto, claro.

El silencio que viene a continuación se ve interrumpido por el crujido de la puerta. El agente de la Científica entra de nuevo escoltando a una mujer cabizbaja. Lleva el cabello recogido en una coleta deshecha y una chaqueta de punto demasiado grande para ella.

—Es la hermana de Mónica Rives —anuncia el agente.

Gabriel y Patricia se miran un instante.

—¿Cómo se llama? —pregunta el inspector.

La mujer alza los ojos. Los tiene enrojecidos.

—Sabina —responde con voz temblorosa—. Sabina Rives.

Patricia da un paso al frente y se presenta.

—Inspectora Patricia Siles. Gracias por venir —dice sin rodeos—. Él es el inspector Gabriel Somoza.

Sabina apenas levanta la cabeza. Está pálida y con la piel irritada en torno a la nariz, que intenta cubrirse con ambas manos. Echa una ojeada al interior de la casa y traga saliva.

—Me llamaron para comunicarme lo de mi hermana. También me dijeron que podía venir a recoger sus cosas, pero… —Su voz se apaga un segundo, busca palabras como si no quisiera nombrar lo evidente—. No sé muy bien qué esperan que me lleve. Todo esto es… una pocilga. Me da muchísima vergüenza.

Gabriel se adelanta con su calma habitual. Detiene el paso a medio metro de ella, sin invadir su espacio.

—Lamento mucho su pérdida.

Sabina asiente sin decir nada.

—¿Tenía trato con su hermana últimamente? —pregunta él.

—No. Hace años que no hablábamos. Desde que cambió por completo.

—¿Fue a raíz del incidente en casa de la familia Fábregas, cuando falleció Fidela Salas?

Sabina niega con la cabeza de forma vehemente.

—No, fue antes —responde sin dudar, aunque con semblante tenso—. Aquello fue un horror, algo que imaginábamos que pasaría tarde o temprano. Sin embargo, el problema de mi hermana venía de lejos. Mónica era adicta a las drogas. Probamos de todo, se lo juro. Terapias, clínicas… Fue una carga muy dura para mi familia. Siempre nos encontramos con una pared. No sé si la muerte de Fidela fue el detonante, pero después de aquello Mónica ya no quiso

ver a nadie. Se encerró en este agujero. Y no voy a mentir ahora: quizá fue un alivio para todos no volver a verla.

Patricia intercambia una mirada rápida con Gabriel antes de intervenir.

—¿Sabe por qué tenía tantos medicamentos aquí?

Sabina deja caer los hombros. Se nota que la pregunta no la pilla por sorpresa.

—Mónica intentaba conseguir dinero de cualquier forma. Robaba. Trapicheaba. A veces se veía con hombres. Lo hacía por necesidad. Para poder comprar lo que le hacía falta. Almacenaba los medicamentos porque tenía la tarjeta SIP de mi madre, que está en una residencia. Mi hermana sacaba todas las recetas que le correspondían y las guardaba. Para venderlas o usarlas.

—¿Y su madre? —pregunta Patricia, esta vez más rápido—. ¿No se quedaba sin medicación?

—En la residencia estaban al corriente del problema que teníamos con Mónica. Han hecho cuanto han podido. Dan a mi madre medicación de la que tienen allí, ajustan las dosis y van tirando así. Supongo que ahora ese problema se ha acabado.

Sabina no lo dice con alivio. Solo con resignación. Como si llevara años esperando que llegara ese día y ahora no supiera qué hacer. Se tapa la nariz con ambas manos. Observa la basura amontonada, los restos de comida reseca sobre la encimera, los tarros esparcidos por el suelo. Se vuelve hacia Patricia, dubitativa.

—¿Por qué investigan la muerte de mi hermana? Me dijeron que se había suicidado.

Patricia mantiene la compostura. Es experta en ese tipo de preguntas: las que llegan cargadas de miedo más que de curiosidad.

—Nuestro deber es asegurarnos. Determinar si realmente fue un suicidio… o si alguien más estuvo implicado.

El rostro de Sabina cambia al instante. Se queda inmóvil. Ni parpadea. Patricia lo percibe. Está entrenada para notarlo.

—Hace unos días —añade con cautela—, su hermana siguió en coche al inspector Somoza. O, al menos, el vehículo que ella solía utilizar. No pudimos confirmar quién lo conducía. ¿Tiene idea de por qué podría haberlo hecho?

Sabina niega con la cabeza, perpleja.

—No… no tengo ni idea. Mi hermana era impredecible. Hacía cosas sin sentido. A veces me llamaba por la noche solo para colgar al segundo tono. O me pasaba notas por debajo de la puerta y después desaparecía durante meses. Nunca sabías si era una amenaza, un grito de ayuda o simplemente un juego.

Patricia asiente en silencio. No le extraña.

—Estamos reabriendo una línea de investigación relacionada con la desaparición de Kasia Nowak. ¿Ese nombre le dice algo? ¿Cree que podría tener alguna conexión con su hermana?

Sabina se lo piensa. Recorre el suelo con la vista.

—Conozco el caso. Vivo por aquí. Fue muy sonado, todo el mundo hablaba de esa chica. Pero no sé qué relación podría tener Mónica con eso. Nunca me dijo nada. Y…, sinceramente, lo dudo mucho.

Gabriel se aparta unos centímetros de la pared donde estaba apoyado. Su tono es respetuoso, pero su mirada se afila cuando lanza la siguiente pregunta.

—Sabemos que su hermana tenía relación con Víctor Fábregas. ¿Era la única persona con la que seguía en contacto?

Sabina suspira, le cuesta admitir lo que va a decir.

—Víctor fue generoso con Mónica, incluso cuando ya no era ni la sombra de sí misma. Se portó muy bien con ella, le daba dinero, la escuchaba; creo que le regaló los muebles de esta casa, o los que hubo en su día. No sé por qué, pero le tenía aprecio. Aunque… —Traga saliva—. También sé que Mónica se veía con otros hombres, como les he explicado. No era ningún secreto. A veces me llegaban comentarios, vecinos que afirmaban que la habían visto parada a un lado de la carretera esperando que algún coche se detuviera. Todo por dinero. Pero hace tanto que no la veía… No puedo decirles mucho más. —Hace una pausa—. Bueno…, no sé.

—Continúe —pide Patricia—. Diga lo que iba a contarnos, por favor.

Sabina hace un gesto, parece no estar muy segura.

—A ver, no tengo ninguna prueba. Pero sí es algo que hemos comentado en la familia.

—Nos interesa saberlo —afirma Patricia.

—Hace años, cuando mi hermana todavía no estaba mal, era una chica muy atractiva. Ya coqueteaba con las drogas, pero no había perdido el norte. Por aquel entonces empezó a comprarse caprichos caros. Bolsos de más de mil euros, joyas… Siempre nos preguntamos de dónde sacaba tanto dinero porque el nivel de gasto llamaba la atención. Ella nunca contó nada, era muy reservada para eso, pero es verdad que muchas veces desaparecía y no sabíamos dónde se había metido. Teníamos la sospecha de que se veía con alguien que le concedía todos esos lujos. Algún hombre bien acomodado. Pero, como ya les digo, nunca hemos sabido eso a ciencia cierta.

El silencio se instala entre los tres. Patricia repasa mentalmente la declaración de Sabina.

De repente, el teléfono de Gabriel suena. Mira un instante la pantalla y después se aleja unos pasos para hablar.

Se forma un silencio incómodo entre Patricia y Sabina.

Al cabo de unos segundos, Gabriel cuelga y mira a su compañera.

—Tenemos que irnos —le anuncia con voz serena—. Es Bruno. Tiene problemas.

26

—Empieza otra vez, Bruno —dice Gabriel, con los brazos cruzados y la mandíbula tan tensa que apenas logra pronunciar la frase.

Por lo general, el inspector Somoza es un hombre capaz de controlar sus impulsos, pero en este momento, tras escuchar las palabras de Bruno, desearía desatar su ira y dejarlo en evidencia.

Bruno está hundido en el sofá de su casa, pálido. Sostiene una bolsa de hielo contra la sien derecha. Aún le duele el golpe y tiene el labio hinchado.

—Me encontraba en casa —murmura sin posar la vista en Gabriel ni en Patricia—. Solo. No podía dormir. Así que, no sé por qué lo hice, pero empecé a ojear el libro ese, el que cogí de la biblioteca. *El Principito*. El que Kasia llevaba siempre encima.

Gabriel intercambia una mirada con Patricia, que permanece en silencio apoyada en el borde de la mesa. Solo escucha. Contenida. Ella también está enfadada.

—¿Y qué encontraste? —pregunta.

—Algo raro. —Bruno traga saliva—. Entre las líneas del capítulo veintiuno, el del zorro, que era el favorito de Kasia, había una especie de mensaje. Como si alguien hubiera marcado ciertas letras

del texto. Letras que, si las unías, formaban un mensaje. El mensaje decía: «Necesito ayuda».

Hace una pausa. El hielo cruje dentro de la bolsa.

—Me entró la curiosidad —añade—. Pensé que tal vez alguien más en estos siete años había leído ese ejemplar y lo había marcado, aunque cada vez sea más difícil encontrar a un adolescente a quien le guste la lectura. Era algo que había que descartar. Así que fui al instituto. Me colé en la biblioteca y revisé el archivo del préstamo de libros para averiguar quién lo había sacado después de que lo hiciera Kasia en 2014. Estaba justo con el registro en la mano cuando alguien me golpeó. No vi nada. No oí a nadie. Solo desperté en el suelo y el libro ya no estaba.

Gabriel se lleva una mano al rostro y respira hondo. Luego se inclina hacia delante y clava la mirada en Bruno.

—¿Y no se te ocurrió llamarme antes de jugar a ser detective? —pregunta en voz baja—. Lo que hiciste, Bruno, es entorpecer una investigación. Al margen de ponerte en peligro, claro. Pero eso parece que te da igual.

Bruno baja la vista.

—Quería ayudar.

—Pues no ayudaste. Solo lo complicaste todo. Entonces ¿no sabes dónde está el libro?

—Como os he dicho, cuando me desperté ya no estaba, quien me golpeó debió de llevárselo.

—Extraordinario, Bruno. Mi más sincera enhorabuena —dice Gabriel con sorna.

La voz del inspector no sube de volumen; sin embargo, duele más así, modulada, seca. Se pone de pie, incapaz de quedarse un

segundo más en el mismo sitio.

Patricia no interviene. Mira a Gabriel con expresión de advertencia, pero no dice nada. No quiere meter el dedo en la llaga.

Y lo cierto es que Gabriel ya no escucha del todo. Sigue en esa casa, la de Mónica Rives. Lo que han encontrado parece indicar que Mónica sabía dónde podían encontrar el cuerpo de Kasia. Tiene esa certeza interiorizada, a pesar de que Mónica era una mujer imprevisible, con un estado mental que invita a pensar en cualquier cosa salvo en que fuera capaz de escribir unas líneas que reflejaran algo de cordura.

Sin embargo, de alguna manera lo hizo. De alguna manera escribió que, si querían encontrar a Kasia, buscaran en… ¿Dónde? ¿Dónde tienen que buscar? Porque esa es la principal pregunta en este caso.

Dejó a los de la Unidad Científica peinando el hogar, si acaso a esa construcción se la puede llamar hogar, pero no espera milagros. No va a aparecer ningún cuaderno. Ni una nota de suicidio. Ni una confesión directa. Porque ya han buscado y allí no había nada más que basura.

Y ahora esta frase: «Necesito ayuda».

En los labios de Bruno, claro. Quien parece insistir en convertirse en sospechoso a toda costa. Quien actúa por su cuenta y relata pruebas que podrían ser definitivas y que desaparecen casi por arte de magia.

Gabriel se detiene frente a la ventana. Mira hacia el exterior apretando los dientes.

Están cerca. Lo sabe. No se puede permitir pasos en falso.

—¿Había alguien más en el instituto a esas horas? —inquiere Gabriel.

—No. Estaba solo.

Gabriel se da la vuelta y se acerca con dos zancadas al sofá. Se planta delante de Bruno y lo mira desde arriba.

—Vuelve a mentirme y te vienes a comisaría. Sé perfectamente que a esas horas en el instituto está el bedel. Supongo que fue él quien te abrió la puerta, porque no te veo forzando la cerradura, sinceramente. O eso quiero creer.

Bruno se aparta la bolsa de hielo y suspira.

—De acuerdo. Lo siento. Prometí no involucrarlo.

—¿Estaba contigo cuando recibiste el golpe? ¿Al bedel también lo atacaron?

—No. Alguien llamó a la puerta a porrazos y él fue a ver quién era. En ese instante alguien me golpeó. Cuando desperté, Jorge estaba a mi lado. Me dijo que había abierto la puerta y que no había nadie, que se quedó mirando los alrededores por si algún crío estaba gastando una broma, pero que no vio a nadie. Después oyó un golpe procedente de la biblioteca y, cuando vino, me encontró en el suelo.

—Ya veo. Así que pudo ser él.

—No. Eso es imposible. Lo conozco desde que…

—Bruno —interviene Patricia—, ya basta. Somos nosotros quienes decidimos qué investigar y qué no. A partir de ahora, quédate en casa y no te metas en líos. Gabriel y yo tenemos mucho trabajo.

Bruno asiente. De algún modo, la expresión de soberbia se le ha borrado del rostro.

Gabriel le da la espalda y vuelve a mirar por la ventana.

Piensa en su siguiente paso. Se imagina la escena y busca cabos sueltos.

Tal vez tenga algo.

Patricia cierra la puerta del coche con un leve golpe. El sol brilla con intensidad. Gabriel permanece pensativo mirando hacia la casa de Bruno con cara de decepción. Ella se abrocha el cinturón sin prisa; sabe que su compañero necesita un segundo más para ordenar sus ideas.

—Parece que tu protegido se ha metido en un lío —dice.

Gabriel emite un bufido, una especie de risa muda que se deshace en su garganta. Baja la cabeza un instante y se frota los ojos con las manos.

—Lo sé. Lo siento.

Patricia no responde enseguida. Se limita a sonreír.

—¿Qué quieres hacer ahora? —pregunta.

Él asiente con decisión. Se gira hacia ella y, por fin, habla con claridad.

—Tenemos que separarnos. Y rápido.

—¿Separarnos? —repite Patricia sin ocultar su sorpresa.

—Mónica sabía algo sobre Kasia. Estoy casi seguro, y tú también, solo eso explicaría las notas que hemos encontrado. Algo que no llegó a decir. Y no sé si fue porque no se atrevió o porque alguien se lo impidió.

Patricia ha estado pensando lo mismo, pero para ella es difícil obviar la parte en la que todo se justificaría con el estado mental de

Mónica. Asiente muy despacio.

—Si es lo segundo —continúa Gabriel—, no tenemos tiempo. Yo me encargo del Daytona Beach. Lo que dijo la hermana de Mónica sobre ese hombre mayor es interesante. Quizá haya algo ahí. Iré con el retrato robot, a ver si alguien puede ayudarme con eso. Han pasado muchos años y será difícil, pero tengo que intentarlo. Tú encárgate de gestionar un grupo de la Científica. Que revisen la biblioteca del instituto, el lugar donde Bruno ha comentado que recibió el golpe.

Patricia aprieta los labios sopesando la idea. No porque no le parezca adecuada, sino por lo que está a punto de añadir.

—Tenemos que tomar una decisión con Fabián Núñez —dice al fin —. No podemos retenerlo más tiempo sin acusarlo formalmente.

—¿Y no podemos dejarlo detenido por lo de la pornografía infantil?

—Su abogado es bueno, no creo que consiga que salga indemne, pero sí libre hasta que se celebre el juicio.

Gabriel tarda medio segundo en contestar.

—Vale. Suéltalo. Pero ponle vigilancia. Sigue siendo nuestro principal sospechoso, aunque por ahora no tengamos con qué demostrarlo.

Patricia le sostiene la mirada a Gabriel un instante. Luego asiente, esta vez con más determinación.

Pone en marcha el motor.

27

Gabriel camina por el paseo de la playa del Arenal. No hay mucha gente en esa época del año. Frente a él, el chiringuito Amazonia se recorta contra el azul del mar. Han pasado años desde la última vez que pisó esa playa. Entonces el local tenía otro nombre; Terra, lo llamaban. Pero antes de eso, cuando aún conservaba su aire de garito salvaje de los noventa, con luces de neón parpadeando hasta el amanecer, se llamaba Daytona Beach. Samantha Reynolds bajaba cada noche con sus amigas aquel verano de 1991, todavía sin saber que un día todo cambiaría.

El cartel nuevo parece reciente, pintado con colores tropicales y letras redondeadas. Nada queda del antiguo local, salvo la estructura de madera que resiste al salitre. Gabriel se detiene unos segundos antes de entrar. No sabe muy bien qué espera encontrar, pero ya es tarde para dudar.

Dentro, el ambiente es tranquilo. Las mesas de plástico blanco se reparten bajo una lona que ofrece sombra. Solo una pareja de turistas con gafas de sol y un hombre mayor que remueve el hielo en su vaso de whisky rompen el silencio del mediodía. El camarero que atiende la barra no debe de tener más de veinte años. Le sonríe al verlo acercarse.

—Buenos días —saluda con energía.

Gabriel se apoya en la barra y le pide una botella de agua. El chico asiente y desaparece unos segundos al agacharse para rebuscar en una cámara frigorífica. Vuelve con una botella helada y un vaso. Gabriel se sienta en un taburete. Da un primer trago mientras el joven limpia la encimera con un trapo y busca cómo seguir la conversación.

—¿Turista solitario?

Gabriel deja la botella en la barra sin responder de inmediato. Luego fuerza una media sonrisa y contesta:

—Algo así.

Se lleva una mano al bolsillo trasero y saca la cartera. Con un gesto pausado, desliza la placa de policía entre ambos. El brillo metálico del distintivo es suficiente para que la expresión del camarero cambie. Los hombros se le tensan, como si temiera haber dicho algo fuera de lugar.

—Tranquilo. —Gabriel guarda la placa—. No te has metido en ningún lío. Solo necesito hacerte unas preguntas sobre este sitio. ¿Eres de aquí?

El chico asiente enseguida, todavía con una mezcla de curiosidad y respeto en la mirada.

—Sí, señor. Vivo a cinco minutos de aquí. Trabajo en el chiringuito para echar una mano a mis padres. Por las tardes estudio un grado de FP… Bueno, la situación en casa no es fácil.

Gabriel lo observa un instante. Le enternece la forma en que ha bajado la mirada al decirlo.

—Entiendo —murmura—. Lo que necesito es hablar con alguien que frecuentara este lugar a principios de los noventa. Entonces se llamaba Daytona Beach. ¿Te suena?

El chico niega con la cabeza, pero no aparta los ojos de él.

—A principios de los noventa yo no había nacido. No sé, la verdad.

—Supongo que conoces al dueño de este local —afirma Gabriel.

—Sí, claro, pero es francés. No sé si vivía aquí en aquel entonces.

—No, no vivía aquí en la década de los noventa —interrumpe una voz áspera a la espalda de Gabriel.

El inspector se gira despacio. El hombre del whisky camina hacia la barra. Tiene el cabello canoso y el rostro curtido por el sol, y lleva una camisa arrugada que no debería ser su mejor prenda. Rondará los sesenta. Sostiene el vaso en una mano y lo apoya junto al codo de Gabriel, sin pedir permiso, pero sin arrogancia.

—Daytona Beach… —murmura arrastrando las palabras—. Hace mucho que no oía ese nombre. Sin duda fue la mejor época de este sitio.

Mira de reojo al camarero, que se ha tensado ligeramente tras la barra.

—Lo digo con respeto, chico. No te ofendas —añade con una sonrisa conciliadora.

Luego vuelve la vista hacia Gabriel, que no ha dicho una palabra. Solo lo observa, atento.

—¿Por qué le interesa el Daytona, caballero?

Gabriel saca de nuevo la placa, la deja un instante en la barra y responde sin rodeos:

—Soy el inspector Somoza. Estoy investigando la desaparición de una chica que solía venir aquí cuando esto era el Daytona Beach. Se llamaba Samantha Reynolds.

El vaso del desconocido queda suspendido en el aire durante un instante antes de volver a la barra. La sorpresa en sus ojos es evidente.

—Samantha Reynolds. Madre mía —musita—. Han pasado… ¿cuántos? ¿Treinta años?

Gabriel asiente despacio.

—¿La conocía?

El hombre niega con la cabeza, y su expresión cambia. Ya no hay curiosidad, sino algo más cercano al recuerdo incómodo.

—No, no personalmente —dice con un dejo de tristeza—. Sabía quién era, claro. Durante aquel verano yo venía mucho por aquí. Y ella también. Me refiero al verano en que desapareció. Era preciosa. Todo el mundo sabía quién era la chica inglesa que veraneaba en La Mandarina.

—¿Qué es La Mandarina? —pregunta Gabriel.

El hombre señala con el dedo a su espalda.

—Una urbanización de chalets justo detrás de esos edificios. Bueno, a un kilómetro más o menos.

Gabriel se incorpora levemente en el taburete, con ganas de seguir escuchando lo que ese hombre tiene que contarle.

—¿Y recuerda algo concreto de ella? ¿Con quién venía, si se metía en problemas?

El hombre hace un gesto vago con la mano.

—No lo sé. Tenía un grupo de amigas, eso seguro. A veces bajaban solas, a veces se las veía con gente del lugar. Pero eran adolescentes, ya sabe, siempre con risas, cócteles y cámaras de fotos al cuello. En aquel entonces eso era habitual. No parecían meterse en líos. Al menos, no a simple vista.

Gabriel saca su teléfono móvil.

—Me gustaría enseñarle algo. Es un retrato robot de una persona que, por lo que tengo entendido, solía venir al Daytona Beach con relativa frecuencia. No puedo saberlo a ciencia cierta, pero lo más probable es que viniera solo y que no viviera aquí. Tal vez usted pueda ayudarme a identificarlo.

El hombre se incorpora cuando Gabriel desbloquea su móvil.

—Espere —dice mientras saca una funda del bolsillo de su camisa.

La abre y se coloca las gafas con rapidez.

Gabriel abre la foto del retrato robot.

El hombre la observa durante unos segundos. Se acerca mucho a la pantalla.

—Mira tú por dónde… Pero si este es… Dice que venía solo, ¿verdad?

Gabriel asiente.

—Sí. Eso tengo entendido.

—Creo que podría ser… Bueno, estoy casi seguro. Este es el Lindo.

—¿El Lindo? —pregunta Gabriel.

El hombre se ríe y desvía la mirada al camarero, que tiene cara de no entender nada.

—Eso es. El Lindo. Así lo llamábamos. Era un tipo raro. Venía siempre solo, como usted dice, se apoyaba en la barra y se pedía una copa. Siempre echaba el ojo a alguna chica. No hablaba con nadie más que no fuese una mujer. Nadie sabía nada de él, salvo que venía a lo que venía. Algunas veces tenía éxito y otras no tanto, aunque era atractivo y solía triunfar más que fracasar. Las invitaba a

copas, las camelaba y, si tenía suerte, se las llevaba en su coche. Lo dejaba siempre justo allí. Ese puesto de la Cruz Roja antes no estaba, era un pedazo de tierra donde se aparcaba.

—¿Recuerda qué coche tenía?

—Por supuesto. ¿Cómo olvidarlo? Un flamante y precioso Ford Gran Torino Sport de 1972.

—¿Está completamente seguro del modelo?

—Me encantan los coches, hijo. Y ese, precisamente, no pasa desapercibido.

Gabriel hace una mueca de aceptación.

—¿Recuerda el color?

—Claro que sí. Era verde.

La biblioteca está en silencio, pero no uno reconfortante. Es ese tipo de silencio cargado, expectante, como si las estanterías también escucharan. A lo lejos, los técnicos de la Unidad Científica mueven sus linternas y toman fotografías escudriñando cada rincón con meticulosidad. Al fondo, tras una hilera de mesas desiertas, uno de ellos toma muestras del marco de una ventana mal cerrada.

Patricia Siles permanece junto a Víctor Fábregas, el director del instituto. Parece incómodo, con los brazos cruzados y el semblante serio. Ya ha manifestado abiertamente sus reticencias a que el centro educativo pase a ser la comidilla del pueblo.

—Lo que me cuenta es muy extraño, inspectora —dice bajando la voz—. He hablado con Jorge, el bedel y me planteo sancionarlo. No hizo bien dejando entrar a Bruno y, menos aún al permitirle hurgar en la biblioteca. Pero asegura que no vio a nadie salir huyendo.

Patricia lo observa sin moverse, sin parpadear siquiera.

—¿A qué se refiere?

Fábregas suspira, se lleva una mano al cuello de la camisa.

—Aprecio mucho a Bruno —responde—. Ha sido uno de los mejores alumnos que han pasado por aquí. Brillante. Observador. Pero creo que todo este asunto de Kasia se le ha ido de las manos.

Hace una pausa breve.

—Está convencido de que puede encontrarla. Como si fuera el único que sabe dónde buscar. Y esa idea lo está arrastrando. Lo veo más delgado, irritable. Últimamente parece más fuera de sí.

Patricia desvía la mirada hacia una estantería próxima. No hay huellas visibles ni signos de violencia. Nada que sugiera que en ese lugar hubo un enfrentamiento entre dos personas.

—¿Y usted cree que está mintiendo? —pregunta tras volverse hacia el director.

Fábregas no responde de inmediato. Parece medir las palabras, como alguien que quiere ser justo y, al mismo tiempo, cauto.

—No lo sé. Quizá solo ve lo que quiere ver. Pero, claro, yo no soy quién para decir estas cosas; discúlpeme, inspectora.

—¿Hay alguna otra salida de la biblioteca, además de la puerta principal? —pregunta Patricia ignorando las palabras de Víctor Fábregas.

Víctor tarda un segundo en contestar.

—Sí, hay dos maneras de salir de aquí además de la entrada principal. Las ventanas, como puede ver, se abren apenas unos centímetros. Es prácticamente imposible que alguien pudiera deslizarse por ahí. Y luego está la puerta trasera, que da a uno de

los pasillos, cerca de la recepción. Pero siempre está cerrada con llave.

—¿Jorge la tiene?

—Claro. Tiene todas —responde el director sin dudar.

—Enséñemela —ordena Patricia en tono autoritario.

Víctor asiente y se encamina hacia la parte trasera. La inspectora Siles lo sigue sin prisa mientras presta atención a cada detalle: el suelo encerado, los estantes alineados, el leve zumbido de los fluorescentes.

La pequeña sala de archivo parece olvidada. Cajas de cartón apiladas, etiquetas descoloridas, estanterías con carpetas vencidas por el tiempo. Al fondo, una puerta metálica de aspecto robusto interrumpe la pared.

Patricia se pone los guantes de látex sin hacer comentarios, extiende la mano hacia el pomo y lo gira con cuidado. La puerta cede con un leve chasquido, sin resistencia.

—Pues ahora mismo está abierta, señor Fábregas.

El director se encoge de hombros, visiblemente incómodo.

—Hablaré con Jorge. No debería ser así.

—No, hablaré yo misma con él. Dígale que venga aquí ahora.

Sin esperar respuesta, Patricia se vuelve y regresa a la sala principal. Sus pasos resuenan entre las estanterías vacías. Al llegar junto al equipo de la Unidad Científica, hace un gesto con la cabeza hacia el fondo.

—Quiero que toméis muestras del pomo de esa puerta trasera, por favor.

Dos agentes se dirigen enseguida hacia allí sacando el equipo con rapidez.

Patricia se aparta unos metros, lo justo para poder hablar con tranquilidad. Saca el móvil del bolsillo interior de su chaqueta, marca un número conocido y se lo lleva al oído.

Gabriel contesta al segundo tono.

—Buenas. Dime, ¿tienes algo? —pregunta la inspectora Siles.

—Creo que sí. Encontré a un hombre que reconoció a la persona del retrato robot. No sabe su nombre, ni de dónde era, ni nada más concreto. Pero recuerda que solía ir al Daytona Beach de Jávea por las noches en el verano de 1991. Iba solo, le gustaba flirtear con chicas muy jóvenes. Le llamaban el Lindo.

Patricia ladea la cabeza. Camina despacio por uno de los pasillos de la biblioteca mientras escucha.

—¿Y eso te dice algo?

—Tengo algo más —añade Gabriel—. Ese hombre recuerda su coche. Un Gran Torino de 1972. Es un modelo de coleccionista, muy raro en España. Y más aún de color verde, como ha indicado el testigo.

Patricia se detiene en seco.

—¿Y qué te dice eso, Gabriel?

—Que recuerdo ver uno igual en casa de Vicente Climent cuando fui a preguntarle por el trabajo de Kasia en Villa Violeta. Nunca había visto ese modelo de coche, salvo en las revistas o las películas. Es demasiada casualidad.

Un breve silencio. Solo se oye, a lo lejos, el murmullo del equipo forense.

—Eso es bueno. Muy bueno —responde Patricia con convicción—. ¿Vas de camino? ¿Necesitas que te acompañe?

—No, puedo ir solo. ¿Tú cómo lo llevas?

—Sigo en el instituto. Pero no encontraremos nada aquí. No descarto que a Bruno se le esté yendo un poco la cabeza, sinceramente. En cualquier caso, los de la Científica están tomando muestras. Ah, y hemos recibido los registros de llamadas y de geolocalización de Víctor Fábregas la noche en que Mónica Rives se subió a su coche, según el vecino, y se fue a toda prisa.

Hace una pausa breve y se fija en Víctor Fábregas, que, a lo lejos, habla por teléfono con Jorge, el bedel; le está pidiendo que acuda a la biblioteca.

—No te mintió —continúa Patricia—. Recibió una llamada de Mónica. Fue corta, duró exactamente cincuenta y tres segundos. Después, se quedó en casa. Según los datos de actividad, vio una serie en Prime Video.

—Me lo imaginaba —contesta Gabriel—. Pero había que comprobarlo.

Patricia se gira, se asegura de que nadie la escucha y baja la voz.

—Lo que sí te tengo que contar es algo relevante. Solté a Fabián Núñez, como acordamos, con vigilancia. Le dijimos que no podía salir de La Nucía sin avisarnos. Pero ha estado solo un par de horas en casa. Después se ha ido en el coche con una maleta. Tengo a una patrulla siguiéndolo. Están a punto de llegar a Valencia.

Hace una pausa mínima, espera la reacción de Gabriel.

—He pensado en no detenerlo todavía. Quiero ver adónde va. ¿Qué opinas?

—Que es una idea brillante —responde Gabriel sin dudar—. Déjalo correr. Veamos qué hace cuando crea que nadie lo observa.

28

Gabriel regresa a la mansión de los Climent. El majestuoso hogar se erige ante él, imponente.

El sonido rítmico de unas tijeras de podar rompe el silencio del impecable jardín. El hombre que lo cuida, un tipo grueso de pelo canoso, alza la vista y se detiene al verlo tras la puerta de entrada.

—¿Necesita algo, señor?

Gabriel mete la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y saca la placa en un gesto pausado. La muestra sin necesidad de palabras cuando el hombre se encuentra lo suficientemente cerca.

—Inspector Somoza. ¿Está el señor Climent en casa?

El jardinero frunce el ceño, aunque enseguida baja la mirada. Se seca las manos en el pantalón antes de responder.

—Sí, pero creo que está reunido.

Gabriel levanta las cejas sorprendido.

—Por favor, comuníquele que el inspector Somoza quiere hablar con él. Es importante, tendrá que posponer su reunión.

El hombre asiente despacio sin levantar la vista. Hace una pequeña reverencia con la cabeza, como si estuviera acostumbrado a que le den órdenes. Después, abre la puerta y se aparta para dejar paso al Gabriel.

—De acuerdo, señor. Puede esperar en el porche de la entrada, si le parece bien.

Gabriel niega con suavidad. Cuando habla, su voz es tranquila, pero deja poco espacio para la discusión.

—Preferiría esperar allí. —Señala hacia el lateral derecho de la casa, donde se encuentra el inmenso garaje—. Me consta que la familia Climent tiene una excelente colección de coches. Soy un gran aficionado.

El jardinero lo mira por fin a los ojos, duda durante una fracción de segundo. Luego sonríe, casi con alivio.

—¡Oh! Sí…, claro. Por supuesto. Deme unos minutos, comunicaré al señor Climent que usted lo aguarda.

Gabriel espera unos segundos más observando cómo el jardinero se aleja por el sendero de piedra pulida y desaparece tras la puerta principal. Solo entonces se gira hacia el garaje. Camina despacio. El acceso está abierto, una de esas puertas correderas que se deslizan. Al cruzar el umbral, el olor a goma, gasolina y cera para carrocería le da la bienvenida.

Lo ve enseguida.

El Gran Torino.

Está al fondo, apartado del resto y cubierto con una lona gruesa, pero Gabriel reconoce las curvas del capó al instante. Se acerca sin prisas. En la parte trasera, la lona no está bien ajustada. Hay un pequeño hueco por el que asoma el verde oscuro de la carrocería. Un color muy concreto. Difícil de olvidar.

Se arrodilla y, con cuidado, levanta la lona solo lo justo para fotografiar la matrícula: M-2459-BK.

De Madrid. Antigua. Tendrá que comprobar cuántos Gran Torino verdes había en España en 1991. Antes de que la película de Clint Eastwood inmortalizase ese modelo y color. No serán muchos, eso seguro.

Saca el móvil, toma dos fotos, una de cerca y otra más amplia, con parte de la carrocería visible. Después, vuelve a cubrirlo como estaba. Todo con un ritmo medido, calculado.

Al levantarse, recorre el garaje con la mirada. Es una especie de santuario. Varios Ferrari, entre ellos un Ferrari 456 GT rojo, por supuesto. Un Porsche 911 impecable, con los retrovisores pulidos hasta el mínimo reflejo. Y en el centro, como una pieza de museo, un Ford Shelby GT500 de carrocería blanca con franjas azules. Cada coche tiene espacio suficiente para respirar. Todo ordenado. Todo dispuesto para impresionar.

Mucho dinero ahí dentro.

Pero Gabriel no ha ido a admirar el lujo.

Se ha desplazado para hallar respuesta a una sola pregunta que no lo deja en paz: ¿quién conducía ese Torino en 1991?

Y también: ¿por qué, tres décadas después, sigue guardado como si aún tuviera algo que ocultar?

—¿Puedo ayudarle?

La voz le llega desde atrás, firme pero educada. Gabriel se gira despacio. Mateo Climent está de pie junto a la entrada del garaje, con las manos en los bolsillos de una chaqueta azul oscuro y el gesto perfectamente controlado. El mismo rostro que recordaba de su primera visita: mandíbula marcada, cabello peinado con esmero, una expresión siempre a medio camino entre la cortesía y la condescendencia.

—Hola, Mateo —saluda Gabriel, y se guarda el móvil en el bolsillo del pantalón—. Sí, necesito hacerle algunas preguntas.

—Creía que ya habíamos aclarado todo, inspector —responde Mateo acercándose un paso más—. Pero estaré encantado de atenderle. En cualquier caso, si no le importa, vayamos adentro.

Gabriel asiente con un leve movimiento de la cabeza y, con la mano, le indica que tome la delantera.

La casa es aún más impresionante por dentro. Espacios abiertos, techos altos, mármol blanco bajo los pies y una lámpara de araña que cuelga del techo. En el salón, un sofá de diseño rodea una chimenea que parece de exposición: ni una mota de ceniza ni un leve rastro de uso. Sobre la repisa, marcos plateados con fotos familiares cuidadosamente seleccionadas y figuras de cristal de Murano que reflejan la luz.

—Cuénteme, inspector Somoza —dice Mateo tomando asiento—, ¿en qué puedo ayudarle?

Gabriel se mantiene de pie. Piensa que será una conversación corta.

—Los coches. ¿Son suyos? ¿O eran de su padre?

Mateo sonríe y cruza una pierna sobre la otra.

—De mi padre. Yo soy más… práctico, digamos. No utilizo los coches antiguos que tenía, los conservo porque eran su devoción, pero para mí no tienen utilidad real.

—Entonces ¿él los compró todos?

—Sí, todos —afirma Mateo sin dudar.

—¿Recuerda cuándo empezó a adquirirlos?

Mateo asiente con lentitud.

—Sí, perfectamente. Yo era joven, tendría unos veinte años. Fue hacia finales de los ochenta. Esos coches eran su tesoro.

—¿Recuerda cuándo compró el Torino?

Un destello de emoción atraviesa el rostro de Mateo. Es sutil, pero Gabriel lo detecta.

—Sí, fue el primero. Era su preferido, siempre lo fue —asegura con una sonrisa nostálgica—. Solía comentar que era un coche con alma.

Hace una pausa breve, se incorpora ligeramente.

—Mi familia siempre tuvo una buena posición económica, no se puede decir que mi padre construyese todo esto desde cero. Su padre, mi abuelo, fue un gran terrateniente. Pero mi padre supo invertir con inteligencia: apostó por las fincas destinadas a eventos mucho antes de que se pusieran de moda. Gracias a eso pudo comprar esta casa, permitirse ciertos lujos. Como esos coches.

Luego inclina la cabeza con amabilidad.

—No entiendo por qué esto le resulta importante, inspector. ¿Se trata de algo protocolario? ¿O hay algo más?

Gabriel no contesta enseguida. Da un paso atrás y comienza a revisar las fotos que descansan sobre la chimenea.

—Durante la investigación de Kasia Nowak nos han surgido varias incógnitas. Una de ellas está estrechamente relacionada con ese Gran Torino verde que guarda en su garaje. ¿Es posible que lo condujera alguien más, aparte de su padre?

Mateo niega de inmediato con una certeza que no necesita dramatismos.

—No. Eso es imposible. No se lo dejaba a nadie. Ni siquiera a mí, ¡su hijo!

Gabriel desvía la mirada hacia la repisa. Se detiene en la primera foto: una imagen familiar. Mateo, más joven, con el brazo alrededor de su esposa. Frente a ellos, dos niños. Ya deben de ser mayores. En la foto todos sonríen como haría cualquier familia feliz.

—¿Recuerda si durante el verano de 1991 su padre solía salir con el Torino por la noche? Tal vez a dar una vuelta con amigos, por ejemplo.

—¿Mi padre? —Mateo lo mira genuinamente desconcertado—. No, mi padre no salía a ningún lado sin nosotros. Eso se lo puedo garantizar. Era un hombre muy familiar. No nos dejaba solos nunca. No era ese tipo de hombre. No fumaba, no bebía… Solo cuidaba de nosotros. Y sí, tenía amigos, pero todos formaban parte de nuestra vida. Nada que ocultar.

Gabriel se aproxima a la siguiente imagen. Un joven —uno de los hijos de Mateo, un veinteañero— aparece sosteniendo en brazos un cachorro de dálmata como si posara para un anuncio.

—Pero sí saldría él solo por motivos laborales o algo así, ¿no?

—Sí, claro. Pero nunca por la noche. Y desde luego nunca con el Gran Torino. Y… ¿Ha dicho en el verano de 1991?

—Eso he dicho.

Gabriel sigue recorriendo la repisa. Fotos de veranos en la playa, celebraciones familiares, alguna escena navideña. El otro hijo aparece en la orilla de una playa abrazado a la que debe de ser su novia —o su mujer, a estas alturas—. Una instantánea de Mateo con su esposa, con el Empire State al fondo, algo desenfocada.

Y entonces la ve.

Un marco más antiguo con una fotografía en papel gastado, bordes curvados y tonos apagados. Claramente tomada con una

cámara analógica. Dos hombres abrazados por los hombros posan en el jardín de esa misma casa. Uno de ellos sostiene un cigarrillo encendido; el otro mantiene una sonrisa amplia, confiada.

La cara de uno de ellos le resulta inquietantemente familiar.

—En ese caso, inspector… Lo siento, pero se equivoca. Pasamos el verano de 1991 entero en Sevilla. Mi padre había comprado una villa en Los Palacios y quería ponerla a punto para celebrar bodas y eventos. Le puedo asegurar que ningún miembro de la familia, incluido mi padre, abandonó Sevilla entre julio y septiembre. Lo recuerdo muy bien porque fue horrible el calor que hizo. Puede comprobarlo, esa finca sigue dando ingresos en la actualidad, se llama Bahía Blanca.

Gabriel atiende la explicación de Mateo, pero no se detiene. Saca el móvil del bolsillo con rapidez, accede a su galería. Abre la imagen del retrato robot que elaboraron con la ayuda de Mandy Reynolds. La comparación no deja lugar a dudas.

Es él.

Con cuidado, coge la foto por el marco y se la muestra a Mateo.

—¿Este hombre es su padre?

Mateo asiente sin pensarlo.

—Sí. Es mi padre.

—¿No decía que no fumaba?

Mateo parpadea. Mira la foto de nuevo como si se le hubiese escapado un detalle evidente.

—Mi padre no fumaba. El hombre que sostiene el cigarro no es él. Es Sebastián Salas, el mejor amigo de mi padre.

Las palabras entran en la mente de Gabriel como una descarga eléctrica. Una línea directa que conecta pasado y presente con una

claridad que lo deja en silencio.

Salas. Sebastián Salas.

Durante unos segundos no dice nada. Tiene que tomarse ese instante para poner en orden el rompecabezas que empieza a recomponerse, pieza a pieza, de forma brutalmente lógica. Comienza a ordenar sucesos a toda velocidad y cuadran, todos cuadran. En algunos tiene que aplicar una parte de su imaginación para rellenar los huecos, tal vez se le pase algo.

Pero ahora sí está cerca.

Luego se sienta, por primera vez desde que entró.

29

Gabriel camina por el salón de su casa de la Coveta Fumá, incapaz de quedarse quieto. Fuera, el viento golpea las ventanas con ráfagas rítmicas; parece que se avecina una noche de tormenta, como al inicio de esta historia, un día cualquiera de marzo del año 2014. Pero él no escucha. Su mente está en otra parte. Desde que cruzó la verja imponente de la mansión Climent, no ha tenido un solo momento de descanso. Cada paso que da, cada palabra que repasa mentalmente lo acercan más a una verdad que hasta hace unas horas ni siquiera sospechaba.

Patricia está sentada en el sofá. Lo observa con atención, pero no lo interrumpe. Sabe que está procesando. No le cuesta imaginar lo que ocupa su cabeza: Sebastián Salas, el verano del noventa y uno, el Gran Torino. Todo empieza a esclarecerse.

El teléfono de Patricia suena. Contesta y mantiene una breve conversación a la que Gabriel no presta mucha atención. Si es importante, se lo explicará después. Ahora está ocupado tratando de resolver el caso de Kasia Nowak.

—Eran los agentes que siguen a Fabián Núñez —dice Patricia en cuanto cuelga—. Ha parado a tomar algo en Castellón y ha seguido conduciendo; está a punto de llegar a la frontera con Francia. Parece

que intenta huir. He dado orden de que esperen a ver si hace algo antes de llegar a la frontera y, si no es así, que lo detengan allí.

Gabriel asiente.

—Bien hecho. Y ahora, dime, ¿qué opinas de lo que hemos estado hablando?

—Tu relato cuadra, no lo niego, Gabriel —empieza al fin en tono neutro y sin levantar la voz—. Pero vamos a repasarlo. Sebastián cogió el Gran Torino sin permiso. Es un coche que su dueño, Vicente Climent, tenía en alta estima. ¿Cómo es que este no se dio cuenta de que los kilómetros que marcaba el Gran Torino habían variado?

Gabriel se detiene y mira fijamente a su compañera.

—Eso mismo pregunté a su hijo, a Mateo. Me dijo que el cuentakilómetros estaba estropeado. Que ya lo estaba cuando su padre compró ese coche. Era una reparación complicada, había que levantar todo el salpicadero. Vicente Climent no quería que nadie metiera mano al Gran Torino. Era casi una reliquia para él.

—Y… ¿tenemos claro que Sebastián Salas tuvo acceso a ese vehículo? —inquiere Patricia.

Gabriel asiente con vehemencia.

—Sí. La familia Climent pasó ese verano en Sevilla. Lo he comprobado. Ha sido fácil. Efectivamente, la Villa Bahía Blanca se inauguró ese año y un agente del Grupo de Homicidios de la comisaría de Sevilla me ha confirmado que la familia al completo residió en un bungalow cerca de esa villa.

—¿Cómo ha podido saberlo tan rápido?

—Se ha acercado a preguntar. No veo que sea algo con lo que Mateo Climent mintiese. —Gabriel suspira—. Durante ese verano, Sebastián Salas, que era íntimo amigo de Vicente, residió en la

mansión donde está el Gran Torino. Tuvo acceso a él. Y no es solo eso. Mandy Reynolds lo reconoció. Tú misma le has enseñado una foto de Sebastián rondando los cuarenta, la que conseguí del archivo del periódico local. No dudó ni un segundo, según me has contado. Está convencida de que es el mismo hombre que vio con Samantha en el Daytona Beach.

—Sí. Hace treinta años —añade Patricia—. Manteniendo una conversación en la barra. Nada más.

Gabriel la mira con cara de circunstancias.

—Pero sí, eso también es innegable —admite Patricia—. Solo quiero tenerlo muy claro, Gabriel. Lo que planteas es… descabellado. Y hemos de buscar la manera de que un fiscal acepte todo esto.

—Lo sé. Sin embargo, todo cuadra —responde él al instante con esa firmeza que solo muestra cuando está seguro de algo—. Piénsalo bien: a Sebastián le gustaba el senderismo. Desde siempre. Víctor Fábregas me explicó que cada fin de semana se iba solo a hacer rutas. Caminos difíciles, a veces sin señalizar. El cuerpo de Samantha Reynolds apareció en uno de esos caminos.

Hace una pausa. Patricia no lo interrumpe.

—Y el propio Sebastián —continúa Gabriel— murió en una de esas rutas. Supuestamente por una caída.

—Una ruta que había hecho cientos de veces —añade Patricia, más para sí misma que para corregirlo.

—Exacto —dice Gabriel inclinándose un poco hacia ella—. ¿No te resulta raro que una persona tan acostumbrada al terreno, a las pendientes, al clima muera por un simple resbalón?

Patricia se muerde el labio. El silencio se alarga.

—Sí, admito que es raro —responde al fin—. Aunque también podría haberse desmayado o haber sufrido un infarto en un mal momento. No sería la primera vez.

—Podría ser —reconoce Gabriel, si bien su tono apenas deja espacio para la duda—. Pero se le practicó una autopsia. Ya sabes que es obligatorio cuando se produce una muerte accidental de ese tipo. Y no se mencionó nada de eso en el informe.

Patricia lo escruta con los ojos entrecerrados.

—¿Lo has mirado?

—Por supuesto —contesta Gabriel.

—¿Descansas en algún momento? —pregunta Patricia.

—¿Y tú?

Ambos se sostienen la mirada sonrientes.

—¿Has pensado bien en lo que planteas? —pregunta Patricia arrastrando las palabras—. Sebastián Salas falleció un par de meses antes de que Kasia desapareciese

—Sí. Esa es la parte en la que he intentado unir los puntos comunes entre Mónica, Víctor, Sebastián, Vicente… Y, después de darle muchas vueltas, lo que más me cuadra es esto. Estoy seguro de que vamos a encontrar algo en esa casa, si se confirma lo que sospecho.

—Gabriel, todo eso está bien, pero sabes que puedes estar equivocado.

—Lo sé. En ese caso tendríamos que seguir buscando. Estaríamos igual que ahora.

Patricia se toma unos segundos para sopesar la situación.

—¿Y cuál sería el siguiente paso?

—Depende —contesta Gabriel—. ¿Puedes conseguir una orden de registro para la casa de Víctor Fábregas con lo que tenemos?

—Te consta que no.

—Entonces, necesitamos a Bruno.

Bruno Porta sigue con la mano en el marco de la puerta mucho después de que el coche haya desaparecido calle abajo. Ni siquiera nota el frescor de la brisa en los nudillos, como tampoco la humedad que se le acumula en la espalda. Está inmóvil, mirando sin ver, con el cuerpo clavado allí como si las piernas no le respondieran.

La llamada de Gabriel lo ha descolocado. No por lo de volver a colaborar —eso, en el fondo, le ha devuelto algo que no sabía que echaba tanto de menos—, sino por lo otro. Por lo que vino después. El motivo. La demanda concreta. La forma en que Gabriel formuló la petición, sin adornos, sin paños calientes, con esa voz que parece no temblarle nunca.

Y lo peor no fue oírla. Lo peor fue entenderla.

Porque en el momento en que Gabriel pronunció esas palabras, Bruno ya sabía lo que significaban. No hizo falta que se lo explicaran. La posibilidad, absurda hasta hacía apenas unas horas, se dibujó nítida en su mente, con la claridad que ofrece una bombilla que se enciende en la oscuridad. Si lo que han ido a buscar confirma lo que teme… Ya no sabe qué pensar.

Le arden los ojos y no ha llorado. Ni una sola lágrima. No es eso. Es otra cosa. Una presión interna, una culpa, una carga. Algo que no se va y que insiste en herirlo en lo más profundo de su ser.

No se perdona no haberlo visto antes. Lo tuvo delante, en sus propias manos. Y no lo relacionó. No lo asoció con nada. No hizo las preguntas correctas. Solo ahora, al entregárselo a Gabriel y ver la forma en que Patricia lo ha metido en una bolsa con guantes, ha entendido la magnitud. Eso ha sido como una bofetada de realidad.

Gabriel dijo que podía ser útil, que quizá estaban buscando justo eso. Pero ni en sus peores suposiciones imaginó que sería tan útil.

Una parte de él quiere meterse de nuevo en casa, cerrar con llave, prepararse un café y fingir que todo eso no está pasando. La otra —la que hoy grita más fuerte— no se fía ya ni de las paredes de su salón.

Se toma un tiempo con la vista fija en la nada hasta que interioriza que ahora solo puede hacer una cosa.

Esperar.

30

Gabriel observa a Patricia mientras piensa. A ella no le hacen falta palabras, basta con la forma en la que le devuelve la mirada. Los dos están solos en el despacho de la inspectora.

A primera hora han dejado en el laboratorio el objeto que Bruno Porta les entregó la noche anterior. Un objeto insignificante que puede convertirse en una pista fundamental.

Gabriel no ha dormido en toda la noche. Las dudas lo han asaltado durante las horas en vela. Pero cada vez que repasaba los detalles, cada hilo deshilachado que ha ido recogiendo desde el principio, más clara se volvía la imagen mental que ha creado. Y no le gusta en absoluto.

—¿En qué piensas? —pregunta Patricia.

—En las implicaciones que esto va a tener —responde Gabriel al instante.

Ella asiente despacio.

—Ten paciencia —le dice, apenas un susurro.

Vuelve el silencio hasta que Gabriel decide romperlo.

—¿Te imaginas que…?

—No cuentes con ello —interrumpe Patricia negando con la cabeza—. Será mejor que esperemos para evitarnos desilusiones.

No tienen tiempo de discutirlo. Alguien llama a la puerta. Un hombre joven con bata blanca entra a continuación. Lleva un sobre en la mano. Su expresión es seria. Demasiado.

Ambos se incorporan de golpe.

—He preferido comunicárselo en persona —anuncia el técnico de la Unidad Científica.

Gabriel da un paso adelante.

—¿Y bien?

El hombre le tiende un sobre. Gabriel casi se lo arranca de las manos, lo abre de inmediato. Sus ojos recorren el papel, rápido, con hambre.

Un segundo después levanta la vista.

Ahora sí.

Ya lo tiene.

SEGUNDA PARTE

31

Samantha Reynolds lleva solo una semana en España y ya está convencida de que no quiere volver a Inglaterra. Ni hablar. Londres puede quedarse con sus cielos grises, su *fish and chips* y el uniforme de cuadros, con falda hasta las rodillas, que la obligan a llevar en su carísimo colegio privado de Chelsea. Aquí puede vestirse como le da la gana, hablar con quien le apetezca (pese a no entender ni la mitad) y tomar el sol, aunque jamás se vaya a poner tan morena como los españoles.

Sus padres, milagrosamente, parecen haber olvidado su obsesión por controlar todo. Será el sol, o que a su vez están ocupados bebiendo vino blanco con los padres de Mandy y Selena hasta bien entrada la madrugada. El caso es que le han dado espacio. Libertad. Y eso, para Samantha, es como estar en un parque de atracciones sin colas.

Por las mañanas va a la playa con sus amigas. Toalla, crema solar, biquinis monos y el mejor accesorio de todos: los chicos. No uno, no dos. Decenas. Es como si con su pelo rubio y sus ojos verdes tuviera un cartel luminoso en la cabeza que dijera: «Mujer exótica, acérquese». Y lo mejor es que no le importa. Bueno, al principio le chocaba que los españoles fueran tan… intensos, esa

sería la palabra. Pero se acostumbra. Ha aprendido a jugar. A gustarse. A dejarse observar.

Está echada en la toalla, con las piernas estiradas y las gafas de sol mal puestas, cuando nota que tres chicos se han plantado a unos metros de ella. No demasiado cerca, no demasiado lejos. No paran de mirar descaradamente. Mandy lo nota también.

—¿Crees que vendrán hasta aquí? —pregunta sin moverse.

Samantha se levanta las gafas.

—Espero que no. Son unos niñatos.

Lo dice sin quitarles ojo. Uno tiene abdominales. Otro, rizos. El tercero está tan delgado que parece que no haya comido durante meses.

Mandy suelta una risa tonta. Samantha ni se inmuta. Lleva toda la semana siendo el centro de atención. Y, sinceramente, no se le da mal.

—¿Qué vamos a hacer esta noche? —pregunta Mandy girándose de lado.

Samantha se incorpora y se recoge la melena en un moño mal hecho.

—Deberíamos volver al Daytona Beach. Allí hay hombres de verdad.

—¿Otra vez? Llevamos yendo cinco noches seguidas.

—¿Y qué problema hay?

Mandy se encoge de hombros, pero no discute. Porque sabe que Samantha tiene razón. En el Daytona hay música decente, cócteles que parecen zumo pero pegan fuerte y chicos mayores que no preguntan por la edad. Además, el camarero alto —el del piercing en la ceja— ya les sonríe como si fueran clientas VIP.

El único problema es que en España nadie habla inglés, por lo visto. Algunos creen que lo hablan, pero con esa manera que tienen de pronunciar las palabras… no es el mismo idioma, ¿vale?

Por suerte, no necesita entender cada frase. Tiene instinto. Y hasta ahora el instinto no le ha fallado empleando el lenguaje universal de señas y gestos.

Selena, mientras tanto, sigue en el agua saltando olas como lo haría una niña. Samantha la mira, luego vuelve la vista hacia los chicos. Uno de ellos le lanza una sonrisa que ella no le devuelve. Aún no. Tiene que ganársela.

Se deja caer otra vez en la toalla, cierra los ojos y dice:

—Esta noche, falda corta, labios rojos y Daytona Beach.

Sebastián Salas da un beso en la frente a su esposa y le susurra algo al oído que la hace sonreír. Lleva el pañuelo puesto incluso para dormir. A veces, cuando la mira, todavía consigue recordar a la mujer que era antes del diagnóstico. Era guapa, inteligente, divertida… Hoy no es ni la sombra de lo que fue. La quimioterapia le ha robado su identidad.

Camina por el pasillo enmoquetado de la planta superior con paso firme. Esa casa no es suya, pero actúa como si lo fuera. Vicente Climent ha sido generoso al ofrecérsela durante el verano. Un buen amigo. Y un idiota por no sacarle partido.

Tarde o temprano, él tendrá una parecida. Ya ha comenzado a mover hilos. Su negocio de comida para mascotas empieza a despegar: facturación estable, nuevos distribuidores, margen limpio.

Sebastián le dedica horas, fines de semana, incluso festivos. Nadie puede decir que no se sacrifica.

Y por eso, piensa convencido, merece también algo de espacio. Un respiro. Algo que lo saque del lóbrego escenario en el que se ha convertido su vida doméstica. Su mujer ya no puede darle lo que necesita. Y él tampoco es un mártir, para qué engañarse. Así que ha mentido. Le ha dicho que debe reunirse con unos posibles inversores extranjeros, al igual que hizo hace dos noches, y otras dos la semana anterior. En realidad, se subirá al flamante Gran Torino de Vicente Climent, que ahora es suyo de pleno derecho. Se marchará a una zona alejada donde nadie lo conozca. Ha encontrado un lugar en Jávea que es ideal para lo que pretende. Se divertirá y, cuando se canse, volverá a casa para continuar con su vida, y desempeñará su papel de padre de familia y marido ejemplar.

Cuando baja la escalera, encuentra a su hija Fidela en el salón. Está sentada en el sofá leyendo un libro.

—¿Vas a salir otra vez? —pregunta la chica sin apartar la vista de la página.

—Sí, cariño. Tengo una reunión importante.

—Ya…, claro —murmura ella, y la ironía en su voz se hace tangible.

Sebastián se detiene. La observa. Su hija ya no es una niña. Tiene diecisiete años, va para dieciocho, y últimamente no le pasa ni una. Antes le bastaba con un guiño o una broma para hacerla reír. Ahora todo son silencios incómodos, preguntas con trampa, respuestas cargadas.

—¿Te molesta que salga? —dice en un tono bajo, comedido.

Fidela cierra el libro con cuidado, lo deja en su regazo. No mira a su padre.

—Creo que deberías estar con mamá.

Sebastián respira hondo. Siente que la rabia le sube por dentro, densa y caliente, pero se la traga. No quiere gritar. No esa vez.

—¿Ah, sí? ¿Acaso no me parto el lomo trabajando para que tú y tu madre estéis bien? ¿Qué te crees, que me encanta salir a estas horas a reunirme con cuatro pringados? Yo preferiría estar aquí, Fidela. Pero alguien tiene que traer el dinero a casa. ¿Acaso has olvidado que tu madre ya no trabaja?

Fidela no responde. Sus dedos juegan con la esquina de la página. Baja la vista. A Sebastián le recuerda a su esposa en ese gesto, y eso lo enfurece más.

—¿Hoy no quedas con tu nuevo novio? ¿Cómo se llamaba…? ¿Héctor?

—Víctor —corrige la chica sin levantar la voz—. Y no. Quedaremos mañana.

Se levanta del sofá sin añadir nada. Al pasar junto a su padre, lo mira un segundo, rápido, pero no es enfado lo que él ve en sus ojos. Es decepción. Y eso, por alguna razón, lo molesta mucho más.

—Que te sea leve la reunión, papá —dice Fidela, y se aleja hacia la cocina.

Sebastián se queda quieto unos segundos con la mandíbula apretada. Después, coge las llaves del Gran Torino y sale por la puerta sin volver la vista atrás.

32

Samantha no entiende cómo sus padres pueden beberse dos copas de vino y seguir hablando de política sin trabarse ni en una sílaba. Ella ha probado un solo martini con limón y ya siente que todo le da vueltas y tiene la risa atascada en la garganta. Le ha dado por reír. Por todo. Le parece gracioso el camarero que se ha tropezado con un bordillo. Le parece gracioso el nombre del garito: Daytona Beach. ¿Quién pone ese nombre a un antro en España?

Mandy y Selena se han contagiado, y ahora las tres ríen como si alguien les hiciera cosquillas invisibles. Bailan en el centro de la pista sin mucha coordinación, con las mejillas coloradas y el rímel ya un poco corrido. A Samantha no le importa. Está pasándoselo bien. De verdad.

Acaba de ver al chico con el que se dio un par de besos hace unos días. Pedro. O Paulo. O Paco. Se acerca a ella con esa media sonrisa confiada, creyéndose el rey del universo. Samantha no tiene ganas de compartir nada con él hoy. El chico no se da por aludido. Lo tiene casi encima. Está claro lo que quiere. Samantha se aparta medio paso disimulando mientras baila.

El recuerdo del beso la angustia. Un cenicero. Así sabía, a cenicero húmedo. Además, hablaba todo el rato en español rapidísimo, y Samantha no pillaba ni una palabra. ¿Por qué demonios

los españoles dan por supuesto que ella se entera de cuanto le dicen?

Entonces, de pronto, el DJ cambia la canción. Un rock en español en el que capta una palabra, así como «chiquilla». No entiende la letra, pero no hace falta, el ritmo es bueno y muy bailable. La gente se vuelve loca. Es como si alguien hubiese pulsado el botón del frenesí colectivo. Todo el mundo salta, grita, canta como si fuera un himno nacional. Mandy la arrastra de la mano y las tres vuelven a moverse.

Pero, de repente, el mundo se para.

Porque lo ve.

Está en la barra. Sentado en un taburete, como si lo hubieran colocado ahí para una sesión de fotos. Camisa oscura, mangas remangadas, copa en una mano. La otra le cuelga con total desgana. Tiene la mandíbula afilada, el pelo algo despeinado —pero de ese despeine que lleva horas conseguir— y unos ojos que pretenden expresar algo que ella aún no ha descifrado. La está mirando. Directamente.

Y no es la primera vez. Samantha lo ha visto antes. Llegó en ese coche verde, el que todos observaron dando a entender que es un vehículo caro, aunque ella no tenga la más remota idea. Él no miró a nadie. Solo aparcó, bajó y caminó hacia el local como si supiera a qué iba. Ahora la mira a ella, sin parpadear, mientras da un trago a su copa. Lento. Seguro. Parece que el tiempo se hubiera ralentizado solo para él.

Samantha se ruboriza. Sonríe sin querer. Agacha los ojos, pero vuelve a alzarlos casi de inmediato. Él también sonríe. Y entonces hace algo que la deja paralizada por un segundo: mueve el taburete

de al lado, lo arrastra hacia sí con un pie y le da un par de golpecitos con la palma de la mano. Después, se gira hacia la barra.

Una invitación. Clarísima.

Y Samantha va hacia él. No tiene ni idea de por qué lo hace. Sabe que no debería, que probablemente no sea buena idea porque ese hombre es bastante mayor que ella. Pero no puede evitar acercarse a él.

Son las tres y cuarto de la madrugada cuando Sebastián cruza el portón de la casa. No hace ruido, aunque no es por precaución, sino por costumbre. La mansión duerme. También su mujer, al menos eso espera. Se saca del bolsillo el anillo de casado, el que se había quitado antes de salir. Se lo vuelve a poner.

Deja las llaves en la consola del recibidor, junto al jarrón de cristal que retiraría de inmediato si esa fuera su casa. Mientras sube la escalera, repasa una y otra vez la misma imagen. La silueta de ella. La falda corta, el pelo recogido, los labios perfilados en un gesto que parecía desinterés pero que, al final, se abrió para sonreírle. Qué mujer. Qué forma de andar. Qué elegancia y qué capacidad para captar la atención de todos a su alrededor. Tal vez solo por eso quiere que sea suya. Su capricho.

Ha jugado bien sus cartas, como de costumbre. Nada de impulsividad, nada de improvisar. No es uno de esos idiotas que babean con la camisa desabrochada y la copa derramada sobre los zapatos. No. Él tiene un método. Una estrategia. Sabe dosificar. La conversación ha sido breve —su inglés no es perfecto, pero sí suficiente para lo esencial—, aunque el lenguaje importante no ha

sido el verbal. Ha sido el otro: el que se ha colado entre un roce fugaz en la cintura mientras se inclinaba para hablarle al oído, o en la pausa deliberada antes de clavarle los ojos de nuevo. Son esos detalles los que importan: mirada desinteresada, pero gestos medidos. Movimientos lentos y la vez seguros.

Ha trabajado todo eso durante años. Y funciona. Siempre ha funcionado.

Por supuesto, le ha mentido cuando ella le ha preguntado cómo se llamaba. De ahora en adelante, para esa chica será Christian. No debe saber su verdadero nombre, eso no puede pasar. Por suerte no le ha preguntado su edad; si lo hubiera hecho, también le habría mentido. Todo ha salido a la perfección.

Esa no era noche para precipitarse. Tocaba sembrar. Mostrar valor sin alardes. Seducir sin hambre. Ella lo ha entendido. Por eso ha aceptado la copa. Por eso se ha quedado más rato de lo previsto, ignorando al grupo de pretendientes que la rodeaba como moscas.

Mañana volverá. Y entonces sí le propondrá algo más íntimo. No hay prisa. Todo llega. La llevará a un sitio tranquilo. Un lugar donde nadie los moleste, lejos de miradas inquisidoras que juzgarían su diferencia de edad.

Pobres envidiosos, piensa. La gente se cree con derecho a opinar sobre lo que no entiende. Si vieran a esa chica con él hablarían, cuchichearían. ¿Y qué? ¿Acaso saben todo lo que él ha sacrificado para llegar hasta ahí? Todo lo que ha hecho por su familia.

Él también tiene derecho a su parte. Aunque deba esconderla.

Porque no es tonto. Sabe lo que no le conviene.

33

Vale, sí, hoy Samantha se ha tomado mucho más tiempo del habitual para maquillarse y preparar su nueva visita al Daytona Beach. Porque quiere impresionar a ese hombre que ha despertado en ella algo que nadie más había conseguido.

Luce unos vaqueros rotos que apenas dejan lugar a la imaginación y un top blanco que realza su figura. Se ha delineado los ojos con el pulso de un neurocirujano. Ha tardado siglos en decidirse por ese labial coral que parece hablar por sí solo y desvelar sus intenciones. Cuando se iba ya de casa, su hermano Robert la ha mirado y le ha aconsejado que evitara que sus padres la vieran salir así.

Al llegar al chiringuito, Mandy y Selena ya están en la terraza bebiendo algo. Las ve cuchichear entre risitas y sabe —está segura— que hablan de ella. En cuanto se acerca, Mandy le dedica esa sonrisita burlona que tan poco le gusta de ella. Si aún no le ha dicho nada al respecto es porque sabe que Robert está loco por ella, aunque no lo confiese.

—Cielo, ¿a qué viene ese pintalabios? ¿Quién eres, Claudia Schiffer? —pregunta Mandy.

—¿Y ese escote? —añade Selena echándose hacia atrás con cara de susto dramático.

Samantha finge reírse. Una risita corta, controlada.

—Ay, por favor. No digáis tonterías. Me he arreglado un poco más, sí. ¿Qué pasa?

Les lanza una mirada con la que espera zanjar el asunto.

Funciona. Mandy vuelve a su bebida y Selena empieza a criticar a una excompañera de clase que, según ella, ha engordado cinco kilos en dos semanas. Perfecto.

Samantha desliza las pupilas hacia la barra. Aún es pronto y está vacía.

Nadie necesita saber que el único motivo por el que hoy ha acudido así al Daytona Beach es él.

No ignora que es bastante mayor que ella, como tampoco que, si sus padres se enterasen del tonteo que tienen se le acabaría el espacio, se le acabaría la nueva confianza que parecen haber depositado en ella y, tal vez, hasta se acabase España.

Así que no. Sus amigas seguirán creyendo lo que les dijo ayer cuando ese hombre se fue. Que se había aprovechado de él para que la invitase a una copa.

Nada más.

Han sido tres visitas más al Daytona Beach. Ese tiempo ha necesitado Sebastián para que Samantha acceda a quedar con él a solas en una zona aislada.

Lo han preparado todo para que sea un plan sin fisuras. Ella dirá que el sábado por la mañana va a acudir a un taller de cerámica que se imparte en el centro social de Jávea. Como es temprano, sus amigas estarán durmiendo tras la noche anterior, y sus padres, como

mucho, hojeando el periódico junto a la piscina. Sebastián la recogerá en un cruce poco transitado, uno de esos caminos de tierra que no figuran ni en las guías de carretera, y después la llevará en su Gran Torino hasta el barranco del Infierno. Es mucho mejor que un hotel. Allí no hay recepcionistas que podrían susurrar secretos que no le conviene que salgan a la luz.

Conoce la zona. La ha recorrido decenas de veces, tanto solo como en buena compañía. Hay algo en la dificultad del sendero, en lo abrupto del paisaje, que hace que se sienta cómodo. Esa mañana no habrá senderistas. No con ese calor. Nadie en su sano juicio camina por allí en julio. Nadie excepto él, porque es justo lo que busca.

Sabe exactamente adónde quiere ir. Un claro escondido entre paredes verticales de roca y vegetación reseca. Se accede tras dejar el sendero principal y avanzar entre arbustos. Allí no hay nadie. Allí, piensa, Samantha y él podrán sentirse libres.

34

Samantha llega con la lengua fuera. Literalmente. El sendero se le ha hecho eterno, con el sol pegándole en la nuca con fuerza. No sabía que el sitio secreto de Christian requería una caminata tan larga. Y encima se ha puesto esos vaqueros que le sientan tan bien para impresionarlo. Podría haberla avisado.

Pero, vale…, el lugar es bonito. Árboles altos, sombra aquí y allá, y ese silencio raro que no da miedo, sino paz. Se deja caer sobre una roca que resulta menos incómoda de lo que esperaba y echa la cabeza hacia atrás. Su camiseta está empapada justo entre los pechos, y el sudor le chorrea por la frente. Qué sexy.

Christian, a quien no parece afectarle el calor en absoluto, abre su mochila y saca una cantimplora. Se la ofrece sin decir nada y Samantha la acepta como si fuese oro líquido. Da un trago largo, tan largo que un poco de agua se le escapa por la comisura de los labios. Antes de que pueda limpiarse, él le pasa el pulgar por la mejilla.

Ella deja escapar una risita, incómoda. No por él exactamente. Por el momento. Por lo que sabe que va a pasar.

Él la toma de una mano y la levanta. A Samantha se le acelera el corazón. Está nerviosa. No debería estarlo, ¿no? Tiene diecisiete

años. No es una niña. Pero Christian no es un chico cualquiera. Es mayor, lo sabe. Y lo nota.

Cuando él se inclina hacia su rostro, ella no se aparta. El beso llega suave. Un roce lento, como una prueba. A Samantha le da un vuelco el estómago, pero no del malo. Es… bonito. Raro. Pero le gusta.

En cuestión de segundos, sin embargo, la cosa cambia. Ya no es un beso dulce. Es un beso de los que empujan. De los que no preguntan. Él le pasa las manos por la cintura y las baja directo al trasero. La aprieta. Fuerte. Demasiado.

Samantha se tensa, pero no dice nada. Se deja llevar mientras intenta convencerse de que no ocurre nada, de que todo va bien. Christian es guapo. Le gusta. Desde hace días piensa en ese momento. Solo que… no deseaba que todo fuera tan rápido. Se ha besado con otros chicos, pero nunca ha pasado de ahí. Sería la primera vez. ¿Quiere que sea así? No lo sabe. Tal vez no.

Cuando siente su cuerpo moviéndose contra el suyo, duro, insistente, se le enciende una alarma en la cabeza. Le agarra una mano. No para apartarlo, no del todo, pero sí para que pare un poco. Para que note que va demasiado deprisa. Se lleva a los labios la mano de Christian para besarle los dedos y romper la tensión con algo tierno.

Y entonces lo ve.

Una línea blanquecina en el dedo anular de la mano izquierda. Justo donde iría un anillo.

No indaga. No tiene que hacerlo. La marca habla por sí sola.

Está casado. Y no se lo ha dicho.

«Mierda —piensa Sebastián—. Acaba de darse cuenta de la marca del anillo».

No hace falta mirar a Samantha para saber que la ha visto. Aun así, levanta la vista y la observa. La transformación en su rostro es instantánea. Los ojos, antes llenos de deseo, se abren como si acabara de despertar de un sueño sucio. Retrocede un paso. Él no la detiene al principio. Le da tiempo. A lo mejor es solo una reacción pasajera. Una confusión. Pero no. Samantha se cruza de brazos, ladea la cabeza con incredulidad y murmura algo que Sebastián no alcanza a entender.

Ella se aleja. No es un simple gesto de incomodidad; es rechazo. Y él no está acostumbrado a que lo rechacen.

Reacciona y la agarra del brazo. Le habla en un tono bajo, casi suplicante, pero con ese matiz de autoridad que nunca le ha fallado. Samantha intenta zafarse y niega con la cabeza. El labio inferior le tiembla. Está llorando.

Eso lo desconcierta más de lo que debería. Insiste. Esa vez la sujeción es más firme, más seca. Samantha forcejea, se libera y grita. No es un grito histérico. No está fingiendo. Es una negativa que le sale del alma, cargada de asco y miedo.

Cuesta creer cómo puede torcerse todo en cuestión de segundos.

Sebastián da un paso atrás, respira hondo. Se escucha en su mente intentando encontrar alguna frase para arreglarlo, pero todas se le quedan en la garganta. Samantha se gira. Le lanza una mirada herida, le dice en inglés que quiere volver a casa. La frase cae como una sentencia.

Y él entiende, de golpe, lo que está en juego. Es su reputación. Su futuro. Su vida entera. No puede permitirse que Samantha abra

esa bonita boca y cuente la historia equivocada.

Nadie sabe que están allí.

Debe actuar. Y debe hacerlo ahora. No tiene claro si lo mueve más la preocupación por tapar sus huellas o el resentimiento por el rechazo.

Procede con decisión. Casi sin pensar. Samantha ya ha iniciado el regreso hacia el coche, cruza la zona del camino que serpentea entre los arbustos. Sebastián la alcanza en apenas cinco zancadas. No corre. No hace falta.

Le pasa los brazos por detrás y cierra las manos alrededor de su cuello. Firme. Seco. Ella se queda rígida. Intenta gritar, pero no hay aire. Intenta separarle los dedos, golpearlo con el codo. No tiene fuerza suficiente.

Sebastián aprieta. Sin vacilar.

Samantha tiembla unos segundos. Luego le flaquean las piernas. Los ojos, abiertos de par en par, comienzan a cerrársele. Pierden esa luz que tenían hace apenas unos minutos, cuando lo miraba como si él fuera alguien digno de confianza. De deseo.

Un segundo más. Otro.

Ya está.

Cuando el cuerpo deja de luchar, Sebastián afloja la presión. Samantha cae con un golpe sordo sobre la tierra seca. Queda boca arriba, los párpados casi cerrados. Ya no llora. Ya no dice que quiere irse a casa. Ya no podrá decir nada, de hecho. Tampoco estar con otro hombre que no sea él.

La observa.

No tenía por qué haber terminado así.

35

El 2 de febrero del año 2002, Fidela está en el salón de su nuevo hogar junto a su marido, Víctor Fábregas. Han vuelto hace apenas una semana de su viaje de novios por Tailandia. La casa —un regalo de su padre— necesita una reforma integral. Algo que ya sabían cuando la compraron. Pronto comenzarán las obras.

—No te he dado las gracias aún, Víctor —dice ella cruzando las piernas con lentitud.

—¿Por qué? —pregunta él sin apartar la vista de la pantalla del televisor.

—Por haber accedido a adelantar la boda. Gracias a eso mi madre pudo venir. Dudo mucho que aguante más de uno o dos meses.

Víctor asiente con un movimiento leve, casi imperceptible. Sus ojos siguen puestos en la pantalla.

—Casarme contigo no es ningún suplicio. Es lo que quería, así que no me des las gracias.

—Después de tantos años luchando y, mira…, ¿para qué ha servido? Si te soy sincera, una parte de mí se sentirá aliviada cuando todo esto termine.

Víctor no responde. Ha aprendido a escuchar. Por lo general basta con eso cuando su mujer se derrumba.

Fidela recuesta la cabeza en el respaldo del sofá y deja que el silencio se acomode entre ellos. Su mirada se detiene en una grieta del techo. No hay un solo rincón de esa casa que se vaya a librar de la reforma. Se construyó en los años treinta, durante la guerra civil. En el jardín aún hay una caseta de aperos que oculta un búnker subterráneo que se hizo tras el bombardeo de la aviación italiana al Mercado Central de Alicante. El agente inmobiliario lo mencionó con una sonrisa tensa, como si esperara que eso aumentara el valor de la propiedad.

—Tenemos mucho trabajo con esta vivienda —murmura Fidela más para sí que para su marido.

—Ya lo creo. Qué suerte que tu padre nos ayude con la reforma. Será bastante caro.

Fidela frunce ligeramente el ceño. No le gusta ese tono. Esa especie de reverencia constante.

—Es lo mínimo que puede hacer, ¿no te parece?

Víctor gira la cabeza y la observa. Tarda un poco en responder.

—Hombre, considero que debemos estarle agradecidos, cariño. Nos ha dado mucho.

Fidela suelta una risa seca, breve. Baja la mirada hacia sus propias manos, cruzadas en el regazo.

—Idolatras a mi padre porque tiene dinero y nos ayuda, pero con las cosas importantes no ha estado a la altura. No ha cuidado de mi madre como debía. Algún día descubrirás que no es el hombre que crees que es.

Víctor se encoge de hombros. Es un gesto neutro, el tipo de respuesta que no expresa nada y lo expresa todo.

Aparta la mirada. No sabe qué decir.

Víctor Fábregas está en el salón de su suegro, Sebastián Salas. Esa mañana del 14 de marzo ha tenido lugar el entierro de su suegra, Vanesa Ródenas. Un día gris para todos, especialmente para Fidela, cuya tristeza se ha vuelto una sombra más densa de lo habitual. Está en uno de esos momentos en los que no quiere escuchar a nadie, ni siquiera a él. Por eso le ha pedido que lleve a su padre a casa. Según ella, la presencia de Sebastián le molestaba. Víctor no ha discutido. Últimamente, cualquier intento de razonar con Fidela termina en portazos o en silencios más cortantes que un insulto.

Cuando ha dejado a Sebastián en la puerta y se despedía de él, el hombre le ha dicho: «¿Por qué no pasas y te tomas una copa conmigo?». Víctor no ha tenido el coraje —ni el interés— de rechazarlo. Y ahora está ahí, atrapado en un salón en penumbra, sentado en el sofá, con una botella de whisky cada vez más vacía, junto a un suegro que no parece tener intención de detenerse.

Sebastián acaba de servirse otro trago. La voz le tiembla. Habla de cosas inconexas, mezcla anécdotas de la mili con frases que no concluyen en nada comprensible. Víctor observa el vaso que sujeta y piensa que ya lleva demasiados. Aun así, no hace comentario alguno. No puede. Por borracho que esté, ese hombre ha pagado a tocateja la casa donde Víctor vive con Fidela y también la reforma. Con eso basta. Su suegro tiene licencia para hacer lo que quiera.

—Enhorabuena por la plaza, que no te había felicitado aún —dice Sebastián arrastrando las palabras—. Así pues, ¿te quedas en Altea?

—En Benidorm —corrige Víctor en tono neutro.

—Sí…, claro, en Benidorm. —Sebastián asiente, aunque parece no importarle en absoluto—. De momento, ¿no? Hasta que abran el instituto aquí.

—Está previsto para 2005. Pediré el traslado entonces.

—Es genial, Víctor. Te ayudaré con eso si es necesario. Conozco gente, ¿sabes? Me gusta cómo… cómo cuidas de mi hija. Ya me dirás cómo lo haces para que no te trate tan mal como a mí —añade mientras se sirve otra copa.

—No te trata mal, Sebas.

—¡Claro que sí, coño! No lo niegues. Aunque tal vez me lo merezca, la verdad.

Víctor guarda silencio unos segundos antes de responder.

—Fidela atraviesa un mal momento. Cuando el tiempo pase, todo mejorará.

—No lo hará —espeta Sebastián casi sin dejarlo terminar.

Víctor lo mira incómodo.

—¿Por qué dices eso?

Sebastián da un trago largo hasta apurar el vaso y se sirve otro whisky.

—Porque soy un gilipollas, Víctor.

Las palabras salen en un tono seco, sinceras. Víctor no responde. Está acostumbrado a las confesiones de borracho, a las verdades que se escapan cuando ya nadie las quiere escuchar. Pero esa vez hay algo diferente. Sebastián no se queja. Está cediendo.

—No me he portado bien —reconoce casi en un susurro.

—¿A qué te refieres?

—He hecho cosas malas… Tú ya me entiendes. Y Fidela no es tonta. Lo sabe.

—Sebas —dice Víctor, y se da una palmada en las rodillas con ambas manos—, creo que hoy es un mal día para todos; además,

has bebido un poco. ¿Qué tal si te metes en la cama y mañana a primera hora vengo y desayunamos juntos por ahí?

Está a punto de levantarse del sofá y despedirse cuando Sebastián se echa a llorar. Al principio intenta disimularlo, se pasa la mano por la cara como si se quitara gotas de sudor, pero en cuanto abre la boca se rompe.

—Y menos mal que Fidela ignora lo peor de todo —continúa Sebastián, que parece no haber oído ni una palabra de la sugerencia de su yerno.

Víctor no entiende nada.

—¿De qué estás hablando, Sebas?

—Olvídalo… —responde, pero el tono no acompaña—. Bueno, ¿qué importa ya? Me da lo mismo. Voy a explicarte una historia. Y te la cuento a ti porque no tengo el valor que hace falta para contársela a alguien que actuaría en consecuencia. Tú no lo harás. Eres demasiado blando.

Víctor se inclina hacia delante en el sofá.

—Quizá no sea buena idea que yo…

—Cállate —lo corta Sebastián al tiempo que levanta una mano temblorosa—. Y escucha lo que te voy a contar. Necesito contárselo a alguien. Han pasado más de diez años.

Víctor aprieta los labios y asiente despacio. Tiene la sensación de que ha cruzado una línea invisible y que desde ese punto ya no hay vuelta atrás.

—Fue al poco tiempo de que a Vanesa le diagnosticaran cáncer. Había un chiringuito en Jávea…

36

Es 2008. Víctor Fábregas termina de colgar un cuadro con una fotografía en su nuevo despacho. Hace tres meses le ofrecieron el puesto de director en el primer instituto de La Nucía, flamante y moderno, donde ha trabajado los tres últimos años. Hoy inaugura el espacio que llevará su nombre grabado en una placa junto a la puerta. El despacho huele a barniz y a madera recién montada, a algo que el tiempo no ha manchado todavía.

La foto del cuadro es una imagen cuidadosamente enmarcada. Aparecen ocho hombres vestidos con traje sonriendo en un acto público. Todos aportaron dinero para levantar ese edificio. Algunos pusieron más que otros. Uno de ellos puso mucho más. Sebastián Salas. Su suegro. El hombre sin el cual Víctor no estaría donde está.

Sebastián está en el centro con el mentón en alto y una mano en el hombro de su amigo Vicente Climent, que se conserva peor pese a tener una edad similar.

Víctor da un paso atrás, observa el encuadre, ladea apenas la cabeza. Parece que el cuadro está torcido y se toma un segundo para ajustarlo.

Hace ya mucho que vive con el peso de aquel secreto. Samantha Reynolds. El nombre aún lo despierta por las noches, unas veces en susurros, otras con un grito que Víctor no se atreve a dejar salir.

Debería haber hablado. Debería haber ido a la policía hace años y haber señalado con el dedo el barranco del Infierno. Él sabe que el cuerpo de esa chica está allí, y debería haberlo explicado. Él sabe quién la mató.

Pero no lo hizo. Y no lo hará.

Sebastián tenía razón cuando le dijo que era un cobarde. Y no solo eso, porque además Víctor es un oportunista, lo reconoce. Le repugna admitirlo, pero es la verdad. Sin ese dinero, sin esa familia política que lo sostiene desde la sombra, estaría enseñando Literatura en algún instituto lejos de su hogar. Aun así, eso es lo de menos. Vive en una casa que nunca podría haber comprado con su salario de funcionario. Con piscina, con jardín, con un sótano que nadie usa. Fidela, su mujer, no trabaja desde que su madre murió. Se encerró en un silencio espeso del que no ha salido en dos años, fumando un cigarrillo tras otro. Y él, en lugar de buscar ayuda, ha dejado que se apague.

No hay sexo. No hay cariño. No hay absolutamente nada. Solo rutinas de autómatas y una tristeza que tiñe por completo el ambiente de gris. Duermen en habitaciones separadas. Si cruzan cuatro palabras al día es porque dos de ellas son: «Buenas noches».

Víctor no recuerda la última vez que alguien lo tocó con deseo. Ni la última vez que él tocó a alguien por amor.

A veces piensa en separarse. Pero la idea no cuaja. ¿Quién lo querría a él, así, con esa sombra permanente bajo los ojos y esa forma de hablar que parece siempre pedir permiso? Es aburrido. Es previsible. Ninguna mujer fantasea con un hombre como él.

Y entonces vuelve a pensar en Samantha. En el rostro que vio solo una vez, en una fotografía de mala calidad que encontró en una

de las pocas páginas de internet donde se informaba de su desaparición. En lo que sabe. En lo que no ha dicho. En lo que podría cambiar si hablara.

Pero, si habla, lo pierde todo. El puesto de director. El respeto. La casa. Fidela se hundiría por completo y, con ella, desaparecería el último resquicio de su propia estabilidad. El dinero dejaría de llegar. Volvería a empezar desde cero. Y, a esas alturas, empezar de cero es una fantasía reservada para los valientes. O para los inconscientes.

Víctor no es ni lo uno ni lo otro.

Es la tercera vez en una semana que Sebastián ha acudido a la residencia a ver a su amigo Vicente. Nunca había ido tan a menudo, pero es que nunca había visto a una enfermera tan joven y atractiva que le riera las gracias como la que han contratado en ese centro hace poco. Solía visitar a Vicente una vez cada tres meses desde que le diagnosticaron demencia, y en las últimas semanas se había planteado incluso dejar de acudir, ya que su amigo no se acordaba de que iba a verlo. Pero todo es diferente desde que pretende camelarse a esa enfermera. Tal vez se acabe pronto. El aspecto de Vicente es cada día más frágil. Con solo un vistazo, cualquiera se da cuenta de que la muerte está llamando a su puerta.

Sebastián no ha cambiado nada en los últimos años. Tiene una especie de obsesión por conquistar mujeres a las que encandila con labia y con mucha práctica, además de con dinero, claro. Sabe que ya no es el que era, los años le pesan, y es consciente de que su edad es más para tener nietos que novias. Sin embargo, le da igual. Ya ha aceptado lo que es y así seguirá.

La única familia que le queda es su hija Fidela, y no parece tener intención de convertirlo en abuelo. Él insiste cada vez que la ve, pero eso solo sirve para enfadarla. Sabe que lo detesta. En ocasiones bromea diciendo que se morirá sin conocer a un nieto, y ella le responde, tajante, que así será, que no piensa tener hijos. No entiende cómo su marido, Víctor, la soporta. Ni él, que es su propio padre, consigue hacerlo.

Estuvo a punto de meter la pata con su yerno el día que enterraron a su mujer, a Vanesa. Fue un momento duro, la situación le comió la moral y acabó por destrozarlo y hacerle sentir mal. Bebió demasiado y, aunque no se acuerda de todo lo que sucedió esa noche, sí recuerda que contó ciertas cosas a Víctor que no debería haberle explicado. No tiene claro hasta qué punto se pasó hablando, y nunca lo sabrá porque ha decidido no volver a sacarle el tema. Es cierto que desde entonces Víctor lo mira de manera diferente. Sin embargo, es algo que se puede solucionar con dinero.

Y de eso Sebastián tiene bastante.

37

Se acerca el fin de año de 2013 y Kasia Nowak se siente perdida. Hace unos instantes, Susana, su profesora de violín, se ha ausentado para hacer una llamada telefónica, momento que, por supuesto, Ramón, su marido, ha aprovechado para entrar y tontear con ella. Lo hace casi por inercia, como tantos otros hombres.

Kasia se ha preguntado muchas veces por qué le sucederá algo así. ¿Acaso el mundo de una persona adulta funciona de esa manera? Tal vez ella también tenga algo de culpa. Está tan acostumbrada a caer mal y despertar envidias que dejarse querer es una especie de mecanismo de defensa que ha interiorizado y cuya puesta en escena le sale a las mil maravillas.

Piensa que solo sirve para eso, para ser un simple objeto que los hombres codician. Se siente desubicada, una adolescente totalmente fuera de lugar en ese pueblo donde nadie parece interesarse por ella, sino, más bien, por esas curvas que empezaron a formársele hace un par de años y que hoy le confieren aspecto de mujer.

Su situación en casa no es del todo mala, quiere a sus padres, a pesar de que no le gusta el modo en que viven. Desea algo más, por eso intenta ganar dinero tocando el violín en eventos. Ese fin de semana tendrá uno en una finca propiedad de la familia Climent. Le

darán un poco más de cien euros. No es mucho, pero tampoco está mal.

Odia el instituto, odia a sus compañeros, odia todo lo relacionado con su vida. Cada día es un calco del anterior, y añora que suceda algo que despierte su ilusión, su esperanza.

Cuando Ramón por fin la deja tranquila, aprovecha que Susana aún no ha vuelto y consulta su teléfono móvil. No suele recibir muchos mensajes, pero uno llama su atención. Un tal Thomas acaba de solicitarle amistad por Facebook. Abre su foto. Es muy guapo. Guapísimo.

Una llama despierta en su interior.

Sin dudarlo, acepta la invitación.

La vida de Víctor Fábregas sigue siendo aburrida. De vez en cuando, sale a dar un paseo con su mujer y se esfuerza en parecer un hombre feliz, alguien a quien todo le va bien. Sin embargo, debajo de esa fachada oculta una realidad que le ahoga día a día.

Añora una compañía femenina. Fidela no le ofrece nada de eso. Realmente no le ofrece nada de nada. La depresión se ha apoderado de ella y se niega a visitar a ningún médico. Considera que su vida es normal. Víctor tiene claro que no lo hace porque los hospitales le dan náuseas desde que sucedió lo de su madre.

Ya no sabe qué hacer. Su existencia es tan anodina que, para tapar el vacío que siente, hace unos meses jugó a ser detective. La conversación que tuvo con su suegro años atrás lo ronda desde entonces, la nota como una herida mal curada que no termina de cerrarse. Angustiado por saber cuánta verdad había en sus palabras,

lo siguió una mañana en la que Sebastián salió temprano con la idea de hacer senderismo.

Nunca había hecho nada parecido. Solo estar en su coche, manteniendo las distancias, le provocó una taquicardia absurda. Las manos le sudaban sobre el volante. Iba con las ventanillas subidas, sin música, sin aire; con el miedo de que cualquier estímulo exterior lo distrajera de su objetivo. Cuando lo vio detenerse en un descampado a las afueras de Benidorm, pensó que ya estaba. Que Sebastián iba a hacer algo. Entonces apareció una chica joven con una mochila a la espalda y se subió al coche de su suegro como si fuera algo habitual. Como si no fuera la primera vez.

El corazón se le descompuso.

Los siguió con cuidado de nuevo. Los vio adentrarse en una ruta apartada de Finestrat. Dos horas. Dos horas sin saber qué estaba ocurriendo. Pensó en llamar a la policía. Levantó el móvil, tecleó el número, pero no continuó. Algo lo sujetaba desde dentro. Quizá el miedo, o puede que la certeza de que, si daba ese paso, ya no habría vuelta atrás.

Finalmente, los vio regresar. La chica salió del sendero con paso rápido, como con prisa por regresar. Él iba detrás, tranquilo. Hablaron unos minutos en el coche antes de que ella se bajara en el mismo punto donde Sebastián la había recogido.

Víctor no hizo nada. No le dijo nada a su suegro después. Tampoco lo volvió a seguir.

A veces se pregunta si lo que vio era lo que parecía. Si su mente no exageró la escena porque necesitaba, desesperadamente, que algo ocurriera. Algo que rompiera la rutina, que alterara su gris existencia.

Pero lo cierto es que lo envidia. Lo envidia con rabia. Porque su suegro, con todo lo despreciable que es, hace lo que quiere. Se mueve por un mundo donde las reglas no van con él. Tiene esa seguridad, esa frialdad, esa… libertad.

Víctor, en cambio, se sienta cada noche en su sofá con una mujer que apenas le habla, que mira embobada la tele como si fuera una ventana abierta a otra vida, una más interesante que la suya. Y cuando se levanta para irse a la cama, Víctor se detiene a veces frente al espejo del pasillo, se observa unos instantes y piensa que se detesta a sí mismo y que le gustaría romper con todo y empezar de nuevo.

Pero le aterra convertirse en lo que de verdad quiere ser.

Fabián Núñez lleva dos horas sin moverse de la silla. Ni ha pestañeado apenas. El resplandor azul del ordenador baña su rostro demacrado, le acentúa las ojeras, le da ese aspecto insomne de quien vive más en la red que en la realidad. Cada vez que aparecen los puntos suspensivos en la esquina inferior de la pantalla —ese pequeño aviso de que Kasia está escribiendo algo—, se le dispara el pulso. Una mezcla de nerviosismo y euforia. Como si fuera a recibir un premio enseguida. O a cometer un crimen.

No ha necesitado la medicación hoy. Ni una sola pastilla para la espalda, a pesar de que lleva horas encorvado frente a la mesa. Es curioso. Nada le ha calmado el dolor como esa chica. Como esa vocecita escrita que aparece en la ventana de su chat. Hablar con Kasia es su analgésico. Su recompensa. Su secreto.

Todo empezó en aquella clase de música, hace meses. Los alumnos presentaban trabajos y Kasia, tímida pero brillante, tocó el violín. Ni siquiera recuerda qué pieza era. Solo se acuerda de sus manos, de la concentración en su rostro, de ese mechón rubio que no dejaba de caerle sobre la frente. Desde entonces, la imagen de Kasia lo persigue como una melodía imposible de olvidar. Primero fue curiosidad. Luego algo más. Algo que Fabián ya no sabe cómo nombrar. ¿Obsesión? Es posible. Por qué no admitirlo a esas alturas.

Al principio intentó resistirse. Cada vez que sentía que algo se removía dentro de él —ese deseo incontrolable de observarla, de saber más, de acercarse sin que ella lo notara—, le gritaba y la castigaba. Sin razón. Le ponía mala nota, le recriminaba su actitud, su falta de atención. Siempre encontraba una excusa. ¿Es injusto? Quizá. ¿Cruel? Puede. Pero también es más seguro así. La distancia impuesta por el papel de profesor aún le ofrece una coartada.

Lo que nadie sospecha es lo fácil que ha sido para él crearse una identidad falsa. Una simple cuenta, una foto de perfil robada de internet y algunas frases aprendidas de memoria bastan para convertirse en alguien diferente. Un chico de la edad de Kasia. Alguien que le interese. Alguien con quien quiera hablar. Fabián se sorprende de su propia habilidad con la tecnología. Él, que apenas sabe programar el mando a distancia. Por suerte, hoy en día hay tutoriales para todo en la red. Solo hace falta tener ganas de aprender.

Disfruta. No hay otra palabra. Disfruta viéndola dudar. Leyendo sus mensajes. Sintiendo cómo le entrega, gota a gota, su confianza. Su tiempo. Su inocencia. Eso le basta. Por ahora. No es idiota. Sabe que hay líneas que no debe cruzar. Límites que no podrá rebasar sin

consecuencias. Tendrá que conformarse con parecer su hombre ideal desde la ventaja que le ofrece la madurez. Seguramente habrá un punto en el que deba parar y desaparecer. Ha cubierto bien su rastro siguiendo los consejos de un foro en internet que contiene toda la información que necesita.

Pero todo eso ya lo pensará cuando llegue el momento. Ahora toca disfrutar.

38

Víctor Fábregas hojea la solicitud por tercera vez y subraya con lápiz el apartado donde se especifica el tipo de pintura que se necesita para cubrir los grafitis que esa mañana han aparecido en un muro.

Alguien llama a la puerta. Tres golpes cortos, seguros. Víctor no levanta la cabeza de inmediato.

—Adelante —dice sin mucho interés.

Kasia Nowak entra. Víctor apenas alza la mirada, solo lo justo para confirmar lo que ya intuía por el tono de los nudillos: es ella, de nuevo. Vuelve a centrarse en los papeles y marca con un asterisco el presupuesto, que le parece excesivo.

—¿Qué has hecho esta vez, Kasia?

—Nada. Lo mismo que la última. Pero parece que eso a nadie le importa.

Su voz tiene un dejo ácido, pero suena firme. Víctor alza la vista y la observa. La nota diferente. Lo que Kasia lleva puesto hoy ha conseguido que se quede paralizado al verla. Está ahí, plantada frente a su escritorio, con unas mallas negras que se adhieren a sus piernas como una segunda piel. Tiene una figura imposible de ignorar. Durante unos segundos, Víctor no puede hablar. No debería fijarse, lo sabe. Pero se fija. Es la primera vez que le pasa.

Kasia lo mira sin pestañear. Sabe que ha captado su atención. Le debe de ocurrir muy a menudo, así que será una experta en reconocer a hombres babosos como él, piensa Víctor.

—Siéntate, Kasia —dice al fin.

Ella se sienta despacio, sin romper el contacto visual. Se cruza de piernas con una soltura que a Víctor le parece peligrosamente estudiada. ¿Lo está provocando? Y, si es así, ¿le disgusta la idea?

—¿Quién ha sido? ¿Fabián?

Kasia asiente y hace una mueca en la que le asoma apenas la lengua.

—Bien. Hagamos una cosa —dice él dejándose caer hacia atrás en la silla—. Estoy demasiado ocupado ahora para darte una charla que no servirá de nada. Sé muy bien cómo es Fabián, y sé también que esto va a volver a pasar. Así que… quiero que, durante el rato que tienes que estar aquí, escribas una redacción.

Kasia arquea una ceja. Víctor continúa.

—Describe en ella cómo te sientes. Si me lo explicas, quizá pueda ayudarte mejor que si nos limitamos a hablar y te suelto una reprimenda. ¿Qué opinas?

Kasia abre su mochila y saca un cuaderno arrugado y un bolígrafo azul con el capuchón mordido. Suspira.

—Si no tengo otra opción…

Víctor sonríe, apenas un gesto en los labios. Le sostiene la mirada y, para su sorpresa, ella también sonríe. Casi parece sincera.

—Venga. Escribe algo. Luego lo leeré —dice el director.

La chica se inclina sobre el cuaderno y empieza a escribir. Víctor intenta volver a su papeleo, pero sus ojos se desvían un instante hacia el escote de Kasia. Apenas un vistazo. O dos.

Ella lo nota. Lo sabe. Porque, sin apartar los ojos del papel, se sube ligeramente la camiseta con la mano libre. Es un gesto mínimo, sin dramatismos, pero lo deja claro: ha visto lo que tenía que ver.

Víctor traga saliva y aparta la mirada. No dice nada.

Pero algo se ha encendido.

No tiene duda.

En ocasiones, Kasia se pregunta si las demás chicas son idiotas o tan solo están ciegas. Porque, sinceramente, ¿cómo es que siguen despreciándola cuando les demuestra, una y otra vez, que podría destruirlas con un par de gestos? No es arrogancia. Es estadística. Datos. Observación de campo. Les quita los novios con la misma facilidad con la que cambia de pintalabios. Y lo hace porque puede. No siempre porque quiera.

Celia Gil, por ejemplo. Con esa vocecita chillona y su grupo de amigas que la miran como si fuera ejemplar. Celia fue la que le echó la culpa del cartel arrancado del tablón. Como si Kasia tuviera tiempo de andar arrancando esas mierdas. Lo gracioso es que Celia no sabe que su novio le manda mensajes a Kasia cada dos por tres, con esos emojis de fuego y corazones estúpidos. Ella no ha respondido. Aún. No le interesa. Pero quizá lo haga. Solo por joder.

Ahora, sentada frente al escritorio del director, se esfuerza por mantener la expresión neutra mientras él lee la hoja que acaba de entregarle. Tiene una letra cuidada, meticulosa y bonita. La redacción habla de una chica que ya no quiere estar aquí. Una chica que se ha sentido tan sola que, por un momento, pensó que desaparecer sería más fácil. La clase de nota que haría que alguien

—al menos una vez en su vida— se preguntara si ha sido parte del problema al leerla.

Víctor tarda más de lo que esperaba en levantar la vista. Su rostro ha perdido el color.

—No piensas esto de verdad, ¿eh, Kasia?

Ella se encoge de hombros con lentitud, poniendo en práctica esa mezcla de indiferencia y vulnerabilidad que tan bien le sale.

—Nunca haría algo así. Pero a veces me siento tan sola… Y me han hecho tanto daño… Pensé que, si lo supieran, si supieran cómo me he sentido, quizá cambiaría algo.

Víctor resopla y observa el papel, lo sostiene con la punta de los dedos, como si quemara.

—No puedo pasar esto por alto. Espero que solo sea un malentendido. —Le devuelve la nota con firmeza—. Deshazte de este escrito. Y escúchame bien, Kasia: quiero volver a hablar contigo mañana. Durante los próximos días, nos veremos un par de veces a la semana y me contarás cómo estás, ¿entendido?

La chica aprieta la mandíbula. No le gusta que le impongan nada. Ni siquiera Víctor, que había empezado a caerle simpático con su mirada torpe y esa sonrisa que no sabe disimular.

—Preferiría que no.

—Es eso o aviso al psicopedagogo y te hacen una valoración —responde él, tajante.

Y en ese instante, Kasia se da cuenta de que acaba de ganar otra partida. Porque, aunque se haga el preocupado, está confuso. Asustado, incluso. Con dos frases y una hoja, lo ha dejado temblando. Y si eso no es poder, entonces no sabe qué es.

Pero lo cierto es que lo único que le importa ahora está lejos. En algún rincón de Ludwigsfelde. Thomas. Solo él parece verla de verdad. Aunque su cámara nunca funcione y solo le haya mandado dos fotos. Aunque algo no encaje del todo. Da igual. Por él, Kasia está dispuesta a ahorrar, a mentir, a esperar. Porque cuando por fin consiga dinero y se vaya a Alemania, todo cobrará sentido. Lo sabe.

Dejará esta vida atrás para empezar una nueva, mucho mejor.

Bruno Porta camina solo por el centro de La Nucía mientras el cielo comienza a oscurecerse. Las farolas parpadean al encenderse, una a una, despertando de golpe al caer la tarde. En una bolsa de papel que le cuelga de una muñeca, lleva un ejemplar recién comprado de *Bajo la misma estrella*, de John Green. Lo ha elegido porque le han dicho que es triste. No sabe por qué, pero últimamente le apetece leer cosas tristes.

Está a punto de girar hacia su calle cuando la ve.

—¿Bruno? —dice una voz que no esperaba oír.

Kasia. La única persona del instituto que no se ríe de él. La única que, cuando le mira, no parece estar juzgándolo.

Él levanta una mano a modo de saludo, algo torpe.

—Hola.

—¿Qué haces por aquí? —pregunta Kasia sonriendo.

Bruno señala la bolsa.

—Acabo de comprarme un libro.

—Ah —dice ella, y levanta el estuche que lleva al hombro—. Yo vengo de mi clase de violín.

Bruno asiente. No sabe muy bien qué contestar, pero entonces Kasia añade:

—¿Sabes? Creo que debería empezar a leer algo. Hace tiempo me leí *El código Da Vinci* y me gustó mucho. No sé por qué no seguí leyendo después.

—Puedo recomendarte algunos buenos —responde Bruno sin pensarlo demasiado—. Suelo sacar libros de la biblioteca del instituto. Si quieres, mañana después de clase podemos quedar allí.

—¿Harías eso por mí?

Él se encoge de hombros con timidez.

—Claro. ¿Por qué no?

Kasia lo observa unos segundos ladeando la cabeza.

—No sé… No te he visto ayudar mucho a otros del instituto. ¿Por qué a mí sí?

Bruno baja la mirada. Le cuesta hablar, pero fuerza las palabras.

—Porque tú no me tratas como ellos. No te ríes de mí.

Kasia asiente despacio, como si entendiera algo que ya sabía.

—Vale. Acepto el ofrecimiento. Aunque no sé qué puedo enseñarte yo a ti… Salvo a tocar el violín.

Bruno sonríe. Se pone rojo. Le da un poco de vergüenza lo que está a punto de decir.

—¿Me dejas verlo? —pregunta señalando el estuche—. Nunca he tenido uno entre las manos.

—¡Claro! —contesta Kasia.

Se agacha, abre con cuidado las hebillas del estuche y le ofrece el violín. Bruno lo coge como si fuera una joya frágil, de esas que solo se ven tras una vitrina. Lo sostiene mientras lo observa

fascinado por el brillo de la madera y los detalles delicados. Lo acaricia como quien toca algo sagrado.

Kasia se echa a reír. Su risa es suave, no burlona. Pero Bruno se sonroja aún más.

Va a devolvérselo cuando algo ocurre. El violín se le escurre de las manos.

Todo pasa en una fracción de segundo. Bruno intenta atraparlo al vuelo, pero ya es tarde.

El golpe suena seco. La voluta del violín queda marcada contra el suelo.

Bruno se queda congelado. A Kasia le cambia la cara.

—¡Bruno! —grita—. ¿Tienes idea de lo que le costó a mi padre ahorrar dinero para comprarlo?

Bruno está temblando.

—Lo siento, Kasia. Pagaré la reparación. ¿Se ha roto? Lo pagaré, por supuesto.

Kasia revisa el violín con rabia, desliza los dedos sobre la marca y suelta un bufido. Después lo vuelve a meter en el estuche, se lo echa al hombro y desaparece maldiciendo por lo bajo.

39

Bruno Porta está en la biblioteca del instituto, en su rincón favorito: una mesa escondida entre dos estanterías altas. Ahí se siente aislado, justo lo que busca. Nadie lo molesta. Nadie lo mira. Puede leer sin sentir que alguien lo observa o lo valora. Sus dedos acarician el lomo de un libro abierto mientras su mente divaga.

No oye los pasos. No percibe el movimiento. Solo nota una presencia cuando una mano le toca el hombro con suavidad.

Se gira de golpe.

Kasia está allí, tan cerca que por un segundo a Bruno le cuesta reaccionar.

—Hola —dice con un hilo de voz.

Ella no contesta. Simplemente se sienta a su lado, sabe que es bienvenida. Mete la mano en el bolsillo de su sudadera y saca algo.

—Te he traído esto —murmura.

Abre la palma y le muestra un llavero. Tiene la forma de un violín diminuto con detalles tallados y una cuerda fina enrollada en su base. Bruno lo coge sin saber muy bien qué hacer.

—Es… Vaya. No hacía falta, pero muchas gracias —dice intentando sonar natural, aunque la voz le tiembla un poco.

Una parte de él no puede creerlo. Aparte de sus padres, nadie le ha regalado nunca nada. Es una sensación agradable.

—Me sentí fatal, de verdad. Si quieres, te pago la reparación —añade.

Kasia niega despacio con la cabeza.

—Solo fue una marca en la madera. Nada importante. No te preocupes.

Se queda en silencio un momento. Luego levanta la vista.

—Bueno, tú y yo teníamos una conversación pendiente. Ibas a recomendarme un libro, ¿recuerdas?

Antes de que pueda responder, alguien chista detrás de la estantería. Un susurro cargado de impaciencia. Bruno y Kasia contienen una risa y bajan la voz.

Él empieza a hablarle con más soltura de la que creía posible. La pone al día sobre las secciones que hay escondidas al fondo, los libros que nadie coge, las historias que parecen olvidadas. Le habla de autores de misterio, de aventuras trepidantes, de novelas que atrapan y no te sueltan hasta la última página.

Pero ella no busca eso. No quiere distracciones ni emociones baratas. Lo que quiere es algo que la sacuda por dentro. Algo que la haga pensar.

Bruno lo entiende enseguida. Se levanta sin decir nada, camina hacia una estantería alta y comienza a buscar con los dedos, uno a uno, como si fueran teclas de un piano.

—Ya lo tengo —anuncia, y se vuelve hacia Kasia con un ejemplar de *El Principito* entre las manos—. Creo que este te puede gustar.

Kasia lo mira de reojo y sonríe al ver la portada.

—Ese, entonces —dice mientras apoya el codo en la mesa y comienza a raspar la madera con un clip.

—¿Qué haces? —pregunta Bruno frunciendo el ceño.

Kasia no se detiene.

—Esta será nuestra mesa —responde—. Solo pongo mi nombre para que la gente lo sepa.

Villa Violeta resplandece bajo la luz de los focos distribuidos por la fachada. Todo está impecable: las copas de cristal relucientes, las flores blancas que flotan en las fuentes decorativas, los trajes oscuros que se mezclan con vestidos brillantes y carísimos. Hace unas semanas, Vicente Climent falleció. Llevaba mucho tiempo arrastrando un estado de salud frágil, según ha podido saber Kasia. Su hijo Mateo, que hasta ahora era quien la contrataba, será el nuevo dueño del imperio familiar. Hoy han organizado un banquete en honor del anciano, cortesía de la familia Climent. Han acudido amigos, socios y familiares. El salón está repleto de personas importantes.

Kasia está en su rincón habitual, junto a las columnas de mármol del salón principal, el violín apoyado en la clavícula izquierda. El arco sube y baja con precisión mientras interpreta una sonata de Bach. A veces le gusta tocar a solas en casa, pero esto —tocar con público— tiene algo adictivo. El silencio reverente que se forma a su alrededor, ese vacío que nadie se atreve a interrumpir y del que ella disfruta. Claro que lo hace.

La semana siguiente será una gala benéfica organizada por una farmacéutica. La semana anterior fue una boda. El dinero empieza a acumularse poco a poco. Acepta todos los encargos posibles, renunciando a noches libres, tragándose sonrisas falsas en eventos

llenos de gente que ni siquiera sabe su nombre. Todo con la esperanza de empezar de cero en Alemania. Con Thomas.

Últimamente, sin embargo, la idea de Thomas pesa más que ilusiona.

El chispazo fue real. Intenso, impredecible, casi cinematográfico. Durante semanas vivió colgada de cada mensaje, cada promesa, cada conversación a medianoche. Pero luego vinieron las excusas. Las cámaras rotas, las malas conexiones, los «hoy no puedo» cada vez que ella le pedía una videollamada. Kasia intentó no darle importancia, se convenció de que había una explicación lógica. Pero ya no está tan segura. Si Thomas no quiere que vea su cara, ¿será porque no es quien dice ser?

Y luego están las críticas. Que si sus vestidos son demasiado llamativos; que si le da mucha importancia a lo que piensen los demás; que si su ideología política no es la adecuada; que si debería ayudar en casa en lugar de ahorrar para ir a Alemania. Thomas siempre tiene algo que corregirle, una objeción nueva, una forma sutil de hacer que se sienta culpable por desear algo distinto.

Aun así, no lo ha bloqueado. No ha tenido el valor. La ilusión fue tan fuerte, tan real, que romperla del todo sería como arrancarse una parte de sí misma.

La música sigue fluyendo. El salón al completo parece respirar al ritmo de su violín. Kasia se deja llevar por los compases, permite que sus pensamientos se deshagan en el sonido.

Y entonces algo la interrumpe. Un cosquilleo, una sensación de alerta. Levanta apenas la vista, solo un instante. Y lo ve.

Un hombre la observa desde una de las mesas más cercanas al escenario. Delgado, de cabello gris perfectamente peinado, traje

oscuro, mirada firme. Es mayor que el resto, pero mantiene una elegancia que destaca incluso entre la opulencia del salón. No aplaude. No habla con nadie. Solo la observa.

Kasia intenta convencerse de que admira la música. Que está conmovido por su interpretación. De todos modos, sabe que no es eso. La forma en que la desnuda con la mirada no tiene nada de artística.

Aprieta los dedos contra el arco con más fuerza. No para. No tiembla. Pero, por dentro, una parte de ella se tensa. Porque conoce esa clase de mirada. Porque sabe lo que significa.

Y, sin embargo, no puede evitar sentirse intrigada.

Sebastián Salas no parpadea.

La ve desde el otro extremo del salón bajo una luz ámbar que tiñe de oro su melena recogida. El violín descansa sobre su clavícula. Parece que ese hubiera sido siempre su lugar. Y cuando comienza a tocar, Sebastián siente una punzada en el estómago, como un recuerdo que vuelve de golpe sin haber sido invitado.

No puede ser.

Pero lo parece.

Tiene que tomarse unos segundos para recomponerse. Para recordarse que Samantha lleva muerta más de veinte años. Que ningún truco del destino podría devolverle su sonrisa ni aquella manera de inclinar la cabeza cuando alguien la observaba demasiado.

Y, sin embargo…, esta chica lo hace.

Se ha sentado más cerca sin pensar, guiado por una necesidad infantil de comprobar cada detalle. Las manos largas. La forma de sus labios, sus ojos. Esa sonrisa breve.

Es idéntica a ella.

No, no puede ser.

Pero lo es.

No piensa desaprovechar esto. Lo que sea. Sea lo que sea.

Él ya no es el hombre que era en 1991. No es inmune al paso del tiempo, por desgracia. Aunque ahora tiene más experiencia, más control. Debe suplir sus carencias con sus veteranas virtudes.

La ve dejar el violín con suavidad y alcanzar la botella de agua vacía que hay tras su silla. Es entonces cuando Sebastián se levanta con un gesto elegante y pausado. Camina hacia la barra sin prisas, pide una botella fría y da media vuelta.

Cuando regresa, la chica lo ve acercarse. Alza la mirada con un gesto que a él le parece calcado. Exacto. Como una escena repetida de otro tiempo, de otro escenario.

—Gracias —dice ella, y le sonríe.

Sebastián también. Se gira y regresa a su sitio con paso tranquilo. Pero, por dentro, todo se ha puesto en marcha.

Eso no ha hecho más que empezar.

40

Kasia se hunde en la silla tapizada con ese cuero marrón que siempre cruje cuando se mueve. El despacho de Víctor Fábregas sigue siendo igual de insulso que siempre, y él está distraído corrigiendo exámenes. Le ha pedido a Kasia que saque un libro y se ponga a leer. Mejor. Así puede repasar mentalmente la escena ridícula de hace apenas media hora mientras finge leer *El Principito* por vigésima vez.

Fabián Núñez la ha echado de clase. De nuevo. En esa ocasión sin que haya pasado nada. Ni una palabra fuera de tono, ni una mueca. Solo eso de que «no estaba prestando atención». Como si fuera delito capital, aunque, todo sea dicho, era cierto. Fabián se ha vuelto loco. Literalmente. Con los ojos desencajados y la vena del cuello a punto de estallar, gritando delante de todos. Luego la ha agarrado de una oreja y la ha arrastrado fuera del aula. Todas las miradas clavadas en su espalda. Las risitas. Los susurros. La vergüenza.

Todos se han reído. Menos Bruno.

Bruno no se ríe cuando a Kasia le pasan cosas malas. Él solo baja la mirada y se entristece. Es el único que no se alimenta de sus desgracias. Y, últimamente, desgracias es lo que le sobra. Aunque nadie lo sepa.

Ya no habla con Thomas. Las conversaciones se fueron apagando poco a poco, como una vela que parpadea antes de consumirse del todo. Cada vez eran más cortas, más incómodas, llenas de reproches. Y luego llegó ese mensaje, como una sentencia: «Tal vez sea mejor que dejemos de hablar». Ella solo respondió con un «ok». No lo peleó. No le quedaban fuerzas para discutir por algo que ya estaba roto.

Aun así, le dolió. Porque lo quería. Porque Thomas fue el único que le hizo sentir algo de verdad. Le removía cosas que Kasia ni sabía que tenía dentro. Pero eso se acabó. Thomas ya no está. Y no va a volver.

Para no pensar, se ha lanzado a gastar el dinero que llevaba tiempo ahorrando para ir a Alemania. Zapatillas de deporte nuevas, ropa de marca, cosas que siempre había mirado con deseo. Ahora sí. Ahora puede. Porque ya no depende solo del violín para conseguir dinero.

Tiene otra fuente de ingresos. Una que no cuenta a nadie. Una que le da lo suficiente para permitirse un móvil de última generación y, aun así, guardar para su plan de fuga. Londres. Lo ha decidido. En cuanto acabe el instituto, se va. Le da igual dónde vivir, con quién o haciendo qué. Mientras sea lejos de La Nucía.

No soporta más este sitio.

El otro día, Susana —su profesora de violín— la echó de su casa a gritos. Le dijo que no podía presentarse vestida «como una fulana». Kasia apretó los puños. Le daban ganas de gritarle que no era culpa suya si su marido no dejaba de mirarla. Que ese no era su problema. Pero no lo dijo. No esa vez. Bueno, nunca lo hace, en realidad.

Kasia levanta la mirada. Está cansada de estar en el despacho del director.

Víctor y ella ya tienen una rutina. Él no lo admite, pero casi siempre la espera. Desde aquella redacción. Desde aquella maldita redacción en la que Kasia fingió escribir su nota de suicidio. Aquel día cambió algo. Víctor la obligó a ir allí a menudo después de eso, a hablar, a escribir tonterías en un cuaderno. Y ella, aunque se quejó al principio, al final lo aceptó. Porque, al menos, a Víctor parecía importarle lo que le pasaba. Aunque no tuviera motivos.

Eso, hoy en día, a Kasia le cuesta encontrarlo en las personas.

La vista se le va hacia la pared del fondo. Hay un cuadro grande enmarcado con ese gusto institucional que reflejan todos los despachos. Una foto antigua en la que hasta ahora no se había fijado, hombres en fila, algunos con corbata, otros más relajados. Un grupo del instituto, quizá antiguos profesores o alumnos, no está segura. Uno de ellos capta su atención de inmediato. Camisa negra. Brazos cruzados. Serio. Pero es él. Lo identifica enseguida.

Se le eriza la piel.

—¿Conoces a ese hombre? —pregunta de repente, sin reflexionar.

Víctor levanta la cabeza, como si lo hubiera sacado de un pensamiento profundo.

—¿Qué?

—Que si conoces a ese hombre —repite Kasia, y señala con la barbilla hacia la fotografía enmarcada—. El de la camisa negra —añade mientras se inclina un poco hacia delante intentando enfocar mejor la imagen.

Víctor gira en su silla y se fija en el cuadro.

—¿A este? —dice, y señala a un hombre que está justo al lado de Vicente Climent.

Kasia asiente con el corazón acelerado.

—Sí, claro. Es mi suegro —responde Víctor con normalidad—. ¿Por qué?

La expresión de Kasia cambia al instante. No puede disimularlo. Algo en su cara se contrae: los párpados más abiertos, la mandíbula tensa. Se queda helada.

—¿Cómo se llama? —pregunta con un hilo de voz que no parece la suya.

—Sebastián Salas —responde Víctor entrecerrando un poco los ojos—. ¿Lo conoces de algo?

Kasia parpadea. Tiene que reaccionar rápido.

—No —miente—. Lo he confundido con otra persona. Un amigo de mi padre. Se llama Christian.

Víctor asiente, pero algo en su gesto no encaja con la respuesta. Aprieta los labios. Aunque no dice nada, su expresión es otra. Duda. Curiosidad. Un destello de sospecha.

Kasia siente que ha metido la pata. Se ha delatado.

Porque ese hombre no se llama Christian. Y, sin embargo, eso fue lo que le dijo cuando empezaron a verse en secreto. Ese hombre, que ahora sabe que es el suegro de Víctor, se presentó con otro nombre.

Y ella, sin saberlo, ha estado viéndose con Sebastián Salas. El suegro del director del instituto.

Sebastián Salas contempla las fotografías que ha recibido de Kasia en su ordenador. No descarga ni una, las ve a través de una memoria USB. Esa era una de las normas. Las imágenes son íntimas y cuidadosamente calculadas para parecer espontáneas. Valen cada céntimo que ha pagado por ellas, desde luego. Las estudia una a una como si fueran obras de arte. Porque, en cierto modo, lo son.

Decidió empezar poco a poco. Nada que la ahuyentara de golpe. Kasia Nowak no es como las demás. Lo intuyó desde el primer momento en que la vio sosteniendo el violín con esos dedos frágiles y seguros a la vez. Esperó a que terminara la función. Se acercó a ella con una sonrisa neutra, ensayada. Se presentó como Christian. Siempre Christian.

Le dijo que tenía una propuesta laboral. Kasia frunció el ceño, intrigada. Nadie debía verlos hablar, así que fue breve. La emplazó a encontrarse al día siguiente. Cuando la chica sacó el móvil para apuntar su contacto, Sebastián posó la mano sobre la de ella con suavidad, pero con firmeza.

«Ya encontraré el modo de dar contigo», murmuró.

Un toque de misterio. Control disfrazado de elegancia. Ahora no es como en el noventa y uno, cuando todo era más sencillo al no haber teléfonos móviles. Ahora debe ser más precavido.

No le costó localizarla. En La Nucía no hay muchas Kasias. Una búsqueda superficial en redes, un cruce de datos y un par de preguntas hábilmente disfrazadas en conversaciones con hombres de confianza. Nadie sospecha de Sebastián Salas cuando lanza una pregunta casual en medio de una comida o un paseo.

La esperó en el único acceso a su casa a la hora en que terminan las clases del instituto. Kasia apareció puntual, mochila al hombro, el

cabello recogido con descuido. Cuando le ofreció subir al coche, ella dudó. El gesto de alguien que aún escucha esa vocecita interna. Pero vio el Mercedes, el cuero impecable del asiento, el reloj caro que le asomaba bajo la manga de la camisa. Se subió sin decir una palabra.

Sebastián no se anduvo con rodeos en el coche. Le repitió que se llamaba Christian y que eso era todo lo que necesitaba ella saber. Le habló de dinero, de oportunidades. De cómo podría triplicar lo que ganaba tocando en bodas y comuniones a cambio de unas simples fotos. Diez fotos. Sin nombres. Sin historias. Solo imágenes.

Kasia dudó. Por un segundo, Sebastián creyó que diría que no. Pero luego asintió, y quedó en entregárselas al día siguiente. Lo hizo. Y dos días después le dio otra tanda. Ni siquiera tuvo que pedírselo. Fue ella quien propuso hacer más.

Ahí supo que ya la tenía.

El dinero en la mano corrompe despacio, como gotas de agua que caen lentamente. Sebastián lo ha visto demasiadas veces como para ignorarlo. No importa la moralidad que tengas. Con la cantidad adecuada, los límites empiezan a desdibujarse.

Ahora ha llegado el momento de dar el siguiente paso.

Le ha ofrecido a Kasia cinco mil euros a cambio de algo simple: un paseo. Solo eso. Una ruta de sendero, en las afueras, donde nadie pueda verlos. Un poco de aire fresco, le ha dicho. Le ha prometido que no pasará nada que ella no quiera; que si en algún momento se siente incómoda, la llevará de vuelta.

Y ella ha dicho que sí.

Quedan menos de veinticuatro horas.

Y todo va según lo previsto.

41

Kasia se ha levantado antes de que suene la alarma. Apenas ha dormido. Siente el cuerpo tenso, como si llevara horas aguantando la respiración.

Ha llegado el día.

Ha tenido dudas hasta el último momento, pero lo va a hacer.

Está nerviosa, por qué negarlo. Aun así, no tiembla. Nunca tiembla. Está demasiado acostumbrada a fingir que no pasa nada, incluso cuando todo se desmorona.

Sebastián. Ahora sabe que se llama así. También sabe que su mujer murió de cáncer hace años, que vive solo, que tiene una hija que está casada con el director de su instituto. Nada de eso lo hace menos despreciable. Le repugna su forma de actuar, esa sonrisa de medio lado, ese tono suave con el que cree estar diciendo algo inocente. Como si fuera normal invitar a pasear a una menor. Como si no estuviera podrido por dentro.

Ha pensado en el chantaje como forma de aumentar sus ingresos. Quizá lo haga, si algo se tuerce hoy, pero mientras todo fluya, piensa que no se debe matar a la gallina de los huevos de oro.

Es patético. Penoso. Pero Kasia también juega sus cartas. Lo hace desde que tenía doce años. Sabe cómo vestirse sin parecer

provocativa pero tampoco ingenua. Sabe cuándo reírse y cuándo mirar al suelo. Es una especie de talento innato del que goza.

Y sí, en parte se está aprovechando de él. Lo admite. Aunque lo odie. Aunque le dé asco. No va a dejar que la toque. No permitirá que se le acerque más de la cuenta. Si lo intenta, si siquiera lo insinúa, se acabó. Ella puede defenderse. O, al menos, eso cree.

Cinco mil euros. El sobre estará en la guantera, como siempre. Es dinero fácil. Sucio. Pero suyo. Y va directo al hueco de la cisterna, donde esconde los secretos que ha ido acumulando durante las últimas semanas. Secretos que, dentro de poco, serán el pasaporte a una nueva vida.

Cuando lo ve doblar la esquina en el Mercedes negro, se le revuelve el estómago. El coche brilla bajo la luz pálida de la mañana. Se detiene frente a ella, en ese recóndito lugar en el que Sebastián le pidió quedar para que nadie los viera, detrás de una fábrica abandonada.

El motor ruge.

Él no baja del coche. Nunca lo hace. Espera.

Kasia se ajusta la cremallera de la chaqueta. Abre la puerta del copiloto. Sube al Mercedes sin saludar. Cierra con cuidado. Y sonríe.

Está lista.

Sebastián desvía la mirada hacia las piernas de Kasia más veces de las que debería. No lo puede evitar. Las mallas que lleva hoy son ligeras, adecuadas para una caminata e ideales para atraer su atención. Ella no parece darse cuenta. O quizá sí, y simplemente no le importa. De lo que está seguro es de que no podrá llevarla al

mismo lugar donde se encontró con Samantha Reynolds en 1991. Hoy se celebrará una carrera de montaña, y el sendero estará repleto de corredores, voluntarios y curiosos. Una lástima. Pero no un problema.

Conoce alternativas.

La ruta del Ponoig es más abrupta, menos transitada. Y hay tramos donde no pasa nadie durante horas. Justo lo que necesita. Le gusta cambiar de destino con frecuencia para no levantar sospechas.

Desde que Kasia se sube al coche, él nota su incomodidad. Trata de disimular, eso sí. Mira por la ventanilla. Evita sus ojos. No habla mucho. Sebastián sonríe para sus adentros. Fingida indiferencia. Una fachada.

Cuando aparca en un lateral de la carretera, justo en la entrada de un sendero sin señalización, se gira hacia ella.

—Es aquí —dice.

Kasia no responde. Sebastián abre la puerta y baja. Tiene la mandíbula tensa. La chica lo sigue y se adentran juntos en el sendero. El camino es estrecho, lleno de ramas secas y hojas húmedas. Caminan en fila, en silencio. Al cabo de un rato, se desvían. Medio kilómetro más de terreno sin trazar. Tierra virgen. Es incómodo. Espinas que rozan los tobillos, piedras sueltas, ramas que arañan la piel. Pero Sebastián lo conoce bien. Sabe exactamente dónde pisa.

Y entonces, por fin, llegan. La cueva está escondida tras un espeso arbusto, casi invisible si uno no sabe lo que busca.

—¿Qué tiene de especial este lugar? —pregunta Kasia con la voz más firme de lo que él esperaba.

Sebastián da un paso hacia ella. Kasia retrocede otro.

—Nos permite estar solos —responde él.

—Ah…, ya. Bueno, ¿y de qué quieres hablar, Sebastián?

Entonces su expresión cambia.

Su sonrisa desaparece. Los ojos, antes juguetones, se tensan. Y por un instante, la cara de Sebastián es la de un desconocido. Un rostro duro. Vacío. Algo en él se rompe en silencio como una cuerda que deja de tensarse y se suelta de golpe.

«Mierda», piensa Kasia.

Ha cometido un error garrafal. Le ha llamado por su verdadero nombre.

Christian. Eso es lo que debería haber dicho. Christian. Pero no. Lo ha pronunciado en voz alta, sin pensarlo, sin calcular. Quizá los nervios han jugado en su contra. Y ahora lo ve claro en la expresión de Sebastián: ha tirado por la borda cualquier opción de conseguir ese dinero rápido y fácil. O quizá ha hecho algo peor. Mucho peor.

—¿Cómo me has llamado? —pregunta él, inmóvil.

—Chris… Christian. ¿Por qué?

—No. Me has llamado por otro nombre. ¿Por qué?

Kasia no sabe qué decir. Le sudan las manos. El pulso le martillea en las sienes. Querría salir corriendo, pero él le corta el único paso posible hacia el sendero. Detrás de ella, la boca negra de la cueva. A su izquierda, el barranco: tierra suelta, piedras afiladas, una caída demasiado brusca para considerarla una opción. Nada lo es, en realidad.

—Vi una foto tuya y pregunté quién eras, eso es todo —dice procurando parecer calmada—. Pero me da igual. No voy a contar

nada a nadie. Puedes estar tranquilo.

—¿A quién le preguntaste? —inquiere Sebastián, y la agarra del brazo con tanta presión que Kasia se tensa.

—Eso qué más da… Suéltame. Me haces daño.

Aun así, él no la suelta. Todo lo contrario. La agarra con más fuerza, ahora por la cintura, y la atrae hacia sí con una violencia que le hiela la sangre.

—¿A quién le preguntaste? —repite en un tono más bajo y amenazante, como si la respuesta ya no le importara tanto como hacerle entender que no puede mentirle.

Kasia forcejea, intenta zafarse. Siente el aliento de él tan cerca que le revolvería el estómago si no estuviera tan ocupada tratando de no entrar en pánico.

—A mí —dice una voz a su espalda.

Y el mundo se detiene.

La voz de Víctor Fábregas tiembla al salirle de la garganta.

No recuerda haber sido valiente nunca. Jamás. Pero esto es diferente. Reunir el valor suficiente para seguir a su suegro y plantarle cara es una gesta para la que no estaba preparado. Y, sin embargo, lo ha hecho. Y ahora no tiene ni idea de cómo va a reaccionar Sebastián.

Ya no podía mantenerse al margen. No después de esas sesiones con Kasia impuestas por él mismo. En realidad, más por su intención de verla con asiduidad que por un genuino interés en la salud mental de la chica. Tanto tiempo sin una compañía femenina, tantos silencios, tanta culpa… Bastó que Kasia lo mirara dos veces seguidas

para que empezara a imaginar cosas. Cosas que no debería imaginar. Porque Kasia sigue siendo una niña, y él lo sabe. Se odia por ello. Se desprecia como ser humano, aunque no por eso consigue dejar de sentir lo que siente.

Sebastián suelta a Kasia. Ella tropieza hacia atrás y tiene que estirar los brazos para mantener el equilibrio. Víctor nota en su rostro algo parecido al alivio. O quizá gratitud. Es solo un segundo, pero ahí está.

—Víctor —gruñe Sebastián sin ocultar su sorpresa—. ¿Qué coño haces tú aquí?

Siente el calor subirle por el cuello. Las rodillas le tiemblan. Tiene que hablar despacio para que no se le note en la voz.

—Déjala marchar. Deja que se vaya ahora mismo. Déjala ir.

Sebastián sonríe. Esa sonrisa que siempre le ha dado asco.

—Pero ¿qué dices, hombre? Estamos dando un paseo por la montaña. Nada más. ¿Crees que hago algo malo? ¿Estás loco?

—Sé lo que haces —insiste Víctor, más firme esta vez—. Y quiero que la dejes marchar.

Kasia alterna la mirada entre ambos. Parece confundida.

—¿De qué va todo esto? ¿Alguien me lo puede explicar?

Sebastián da un paso hacia ella. Intenta cogerla de la mano con una suavidad impostada.

—Nada, cielo. A Víctor se le va la cabeza desde que su mujer pasa de él. No lo culpes.

Kasia retira la mano al instante. Un gesto breve, seco, definitivo.

—No eres la primera chica con la que hace esto, Kasia. No sé cuántas van ya. Pero una de ellas acabó muerta —afirma Víctor, y sus palabras consiguen que todos dejen de respirar.

Víctor siente que el corazón se le para. El estómago se le revuelve. Mira a Kasia, que retrocede con cuidado y se coloca detrás de él.

—No creas nada de lo que dice —espeta Sebastián—. Está loco.

—Déjanos ir. Yo la llevaré a casa.

—De eso nada, payaso.

El puñetazo llega antes de que Víctor pueda moverse. Sebastián lo ha empujado con fuerza, y su yerno cae de espaldas golpeándose la cabeza contra el suelo. El mundo gira. El aire se le escapa de los pulmones. Antes de que atine a incorporarse, Sebastián se le echa encima y lo golpea con una violencia irracional, salvaje. Más personal.

Kasia corre. Se esconde tras un árbol, no sabe qué hacer.

Otro puñetazo. Y otro. Víctor intenta levantarse, pero no puede. Sebastián lo vuelve a tirar al suelo con un manotazo brutal. Ahora lo patea. En las costillas, en las piernas, en la cabeza. Golpea con odio. Con rencor acumulado. Con ganas de hacer daño.

Víctor ya no reacciona.

Es un muñeco a merced de un monstruo.

Sebastián jadea, agotado, pero no se detiene. Prepara la siguiente patada.

Y entonces Kasia echa a correr.

No piensa. No mide. Solo se dirige aprisa hacia él.

Cuando Sebastián va a lanzar la patada, la chica lo empuja con todas sus fuerzas. Él tiene solo un pie apoyado en el suelo. Resbala. Intenta agarrarse a algo, pero ya es tarde. Tropieza y cae por el barranco.

El silencio que sigue al sonido de Sebastián impactando en el fondo del despeñadero es brutal.

Kasia tarda un tiempo en reunir el valor necesario. Se acerca al borde y mira hacia abajo.

La distancia.

La posición del cuerpo.

No hay duda posible.

Acaba de matar a una persona.

42

Han pasado dos meses. O quizá más. Kasia ya no cuenta los días, pero todas las noches sueña con él. Sebastián Salas cayendo hacia la nada, como si el barranco tuviera hambre y se lo tragara entero. Y luego el silencio. Siempre el silencio.

Cada mañana al despertar, se queda mirando al techo unos segundos, trata de convencerse de que aquella vez también fue una pesadilla. Pero no lo fue. Ella lo empujó. Y el cuerpo cayó. Y Víctor sangraba en el suelo. Y no había nadie más.

Salvo ellos dos. Los únicos testigos. Los únicos culpables, de una forma u otra.

Víctor le suplicó que no fuera a la policía. Le explicó todo lo que Sebastián le había contado una noche: lo de Samantha Reynolds, lo del barranco del Infierno, lo del secreto. Pero no tenían pruebas. Solo las palabras de un hombre borracho que ahora estaba muerto. Si el cuerpo de aquella chica no se encontraba donde Sebastián concretó…, entonces ella era una asesina. Así lo dijo Víctor. Con esas palabras. Y ella, estúpidamente, le creyó.

Limpiaron. Borraron su rastro. Fingieron normalidad.

Tardaron un par de días en encontrar el cadáver de Sebastián. Un descuido. Mala suerte, dijeron. Todo el mundo creyó que había caído accidentalmente por el barranco. Kasia fingió estar enferma y

se quedó en casa, y Víctor justificó sus heridas forzando un impacto contra un quitamiedos mientras conducía.

Desde entonces, a Kasia todo le da igual. Las clases, el violín, Londres. No va a aprobar. Ni siquiera lo intenta. Algunos días ni se presenta en el instituto. Su madre le pregunta si está enferma; su padre le pide que se esfuerce un poco más. Kasia asiente en silencio y vuelve a su habitación a leer cualquier cosa que no hable de muerte. Bruno le escribe de vez en cuando, pero ella le responde con monosílabos. No hay nadie que pueda salvarla.

El dinero, ese maldito dinero que Sebastián le iba a pagar por las fotos, se quedó en la guantera del Mercedes. Víctor lo recuperó. Fue el quien se encargó de llevar el coche de Sebastián de vuelta, nadie sospechó de él. Le ofreció los cinco mil euros a Kasia, pero ella contestó que no los quería. No quería tocar más ese dinero. Sentía que le quemaba los dedos. Le dijo que lo donara a una asociación para la infancia. Según él, así lo hizo. A veces imagina a una niña abriendo una caja de lápices nuevos pagados con esos billetes sucios. Y no sabe si sentirse mejor o peor.

Sí decidió quedarse con la memoria USB que contiene las fotografías. Fue fácil dar las premisas necesarias a Víctor para que la recuperase sin llamar la atención cuando él y su mujer entrasen a su casa. Víctor le contó que Sebastián la tenía encima de su escritorio, sin ningún tipo de cuidado, a la vista de todo el mundo. Ahora está en el hueco de la cisterna del cuarto de baño de Kasia. Tal vez sea una prueba que pueda ayudarla si decide contar la verdad de lo sucedido.

Sus días se han convertido en un amargo ciclo en el que acude al instituto, el profesor Fabián Núñez la castiga sin razón y ella

aprovecha ese momento para acudir al despacho del director. Víctor intenta mantener la compostura, le ofrece agua, le habla del clima, de libros, de cualquier cosa que no tenga que ver con un cuerpo descompuesto en el fondo de un barranco. Kasia se sienta en la silla frente a él, en silencio, como si estuvieran atrapados en una penitencia compartida.

Sin embargo, Kasia no puede más.

Hoy, el cielo está especialmente negro. Pesado. Las nubes cuelgan bajas, amenaza con desatarse una tormenta. A través de la ventana del despacho, siente que el mundo entero está a punto de estallar. Y por primera vez en semanas, ese pensamiento no le produce miedo. La alivia.

Se gira hacia Víctor.

—No aguanto más —confiesa en voz baja pero firme—. Esta noche, después de la clase de violín, hablaré con mis padres. Se lo contaré todo. Mañana por la mañana iremos a la policía. Lo siento, Víctor. Es lo mejor. Pero no te preocupes, les diré que gracias a ti no me pasó nada.

Víctor cierra los ojos. Se lleva las manos a la cara. Suelta un bufido. Kasia percibe el miedo en su mirada.

Asiente.

—Gracias por avisarme. Así tengo tiempo para contárselo a mi mujer y que se entere por mí.

Y el primer trueno retumba a lo lejos.

La lluvia cae en cortinas densas azotándole el rostro mientras ella camina deprisa por las calles resbaladizas de La Nucía. El estuche

del violín le pesa en la mano derecha, y cada paso le resulta más difícil que el anterior. El viento arrastra por el asfalto restos de hojas mojadas y papeles que se le pegan a los tobillos.

Tiene frío. Más del que admite. La sudadera que lleva puesta apenas la protege, y cada gota que cala en su ropa parece pesarle directamente en el alma. Hace meses que las cosas no van bien, desde que todo se rompió, y cada noche como esta —gris, vacía, infinita— se siente un poco más perdida.

Oye algo. Un crujido entre los árboles. Se vuelve de golpe, asustada.

Nada. Solo son las tenues luces de las farolas distorsionadas por el aguacero.

No hay nadie en la calle; sin embargo, tiene miedo. Por algún motivo, piensa que alguien la persigue. Pero eso no es lo único que teme. También tiene miedo de sí misma.

Aprieta el paso. Sabe que, para llegar a casa, tendrá que cruzar los caminos de las afueras, senderos embarrados que serpentean entre campos olvidados y viviendas aisladas. Durante el día es diferente, pero de noche, con la tormenta, parecen rutas salidas de una pesadilla.

Siente otra vez esa presión en la nuca. Esa certeza inexplicable de que alguien la sigue, invisible, escondido justo fuera de su campo de visión. Traga saliva. Tal vez sea su imaginación. O tal vez no.

La tormenta arrecia, y cada relámpago ilumina el mundo de forma breve y fantasmagórica. En uno de esos destellos, distingue la entrada al sendero que lleva a su casa. Se detiene, jadeante, con el estuche del violín resbalándole de la mano.

Frente a ella, el camino desaparece en una oscuridad que ni siquiera los relámpagos logran disipar. Una oscuridad absoluta.

Titubea. Algo en su interior le susurra que dé media vuelta, que no cruce. Pero el siguiente trueno la empuja hacia delante.

«Tal vez —piensa mientras da el primer paso—, tal vez sea lo último que haga».

Consigue ver un coche detenido a un lado del sendero. Continúa con paso firme y lo rodea cuando Víctor Fábregas abre la puerta y sale de él.

Kasia tiembla. La lluvia se le cuela por el cuello del abrigo; le cala la piel, pero no es eso lo que la hace temblar. Es el miedo.

—Tenemos que hablar de lo que me has dicho esta mañana —suelta Víctor agachando la frente por la lluvia.

Kasia se queda quieta y niega con la cabeza.

—No hay nada que hablar, Víctor. Es lo mejor para todos —responde sin mirarlo.

Él vuelve el rostro, le clava los ojos con una mezcla de urgencia y culpa.

—No se trata de eso. —Ya no le tiembla la voz—. Es Fidela. Le he contado todo. Quería que se enterase por mí antes de que fueras a la comisaría. Deseaba tener esa deferencia con ella… Y todo ha salido mal.

Kasia lo mira al fin.

—¿Qué…? ¿Qué dices? ¿De qué estás hablando?

Víctor se lleva las manos a la cabeza.

—Ha sido un error —balbucea—. Fidela se ha vuelto loca. Afirma que te aprovechabas de su padre, que teníais una relación. Que lo único que buscabas era su dinero.

Kasia parpadea desconcertada.

—¿Cómo? ¡Eso no es verdad!

—Mi mujer asegura que robaste algo a Sebastián. Habló de una colección de relojes muy cara que ha desaparecido de su casa. Dice que él debió de descubrirte y que por eso lo mataste.

A Kasia se le hunde el mundo bajo los pies. Siente cómo se le escapan las fuerzas, cómo todo gira a su alrededor.

—Pero eso no es así… ¡Tú lo sabes!

—¡Yo lo sé! —grita Víctor—. Pero Fidela no. ¡Y está en comisaría ahora mismo! Contando todo esto. Tenemos que pensar qué vamos a decir. No podemos cometer errores.

Kasia rompe a llorar. No llora con elegancia ni en silencio. Llora como quien se quiebra en mil pedazos. La lluvia golpea los cristales del vehículo con fuerza, el agua les llega a ambos por los tobillos.

—¡Vamos, Kasia! ¡Entremos en el coche!

Kasia se mueve con lentitud. Cada gesto parece costarle el doble. No se merece esto. Nunca se lo merece. Da igual cuánto se esfuerce por hacer lo correcto. El universo siempre encuentra la forma de hundirla. ¿Por qué? ¿Por qué siempre le pasa lo peor?

Abre la puerta del copiloto y se sienta.

—Vamos a mi casa —dice Víctor, y arranca el coche—. Apaga el móvil. Si la policía investiga no ha de saber que has estado conmigo este tiempo. El mío ya está apagado. Si ven que fuiste a mi casa… pensarán que estamos compinchados.

Víctor conduce despacio con las dos manos aferradas al volante. La lluvia golpea con furia el parabrisas y las ruedas patinan levemente

al tomar una curva cerrada. No es fácil controlar el coche bajo la tormenta, pero su determinación es firme. Precisa. Nada de esto ha sido improvisado.

La idea germinó en su cabeza la noche en que Sebastián Salas murió. No de forma nítida, no todavía, pero sí como una semilla. Una posibilidad remota que fue cobrando fuerza día tras día hasta que ya no hubo marcha atrás. Por eso sabe lo que tiene que hacer y evita las calles con cámaras, por eso rodea el pueblo en lugar de atravesarlo. Por eso ha pedido a su mujer que apague todas las luces de la vivienda con la excusa de que una subida de tensión provocada por un rayo podría fundir el sistema eléctrico. Una mentira razonable. Le ha dicho que iba a por una bomba de agua por si el sótano se inundaba. Sabe que no lo hará. Los desagües de esa casa están recién instalados y funcionan perfectamente, cortesía de su difunto suegro.

Cuando llega a su hogar, todo está en orden: la oscuridad reina, tal y como había planeado. La lluvia no da tregua. Aparca el coche a un lado del camino, oculto a ojos de su mujer, que está en casa a oscuras.

—Es mejor que no entremos —dice a Kasia sin mirarla—. Si Fidela regresa y te encuentra dentro… No quiero ni imaginar la escena. Mejor vamos a la caseta de los aperos. Tiene un sótano. Allí podremos hablar tranquilos.

Kasia asiente en silencio, deja el estuche del violín en el asiento de atrás y se baja del coche. Camina junto a Víctor encogida, los brazos cruzados sobre el pecho, la capucha de la sudadera puesta. Avanzan por la parte trasera del terreno, cruzan una puerta pequeña

y siguen un sendero de piedra casi sin poder ver nada. La caseta está al fondo, silenciosa bajo la lluvia.

Dentro, el único sonido es el repiqueteo del agua sobre el tejado de chapa. Kasia mira a su alrededor. No hay sillas ni nada parecido donde poder sentarse. Solo herramientas viejas colgadas de la pared y un olor leve a humedad. No parece un buen lugar para hablar.

—Espera —murmura Víctor.

Se agacha y retira una alfombra cubierta de polvo. Debajo hay una compuerta con un candado. Saca una llave del bolsillo y lo abre. Una escalera metálica desciende hacia la oscuridad.

—Ahí abajo hay una sala. Fidela no sabrá que estamos aquí.

Kasia duda, pero solo por un instante. No piensa. Actúa. Se deja guiar por la voz de un hombre que, hasta ahora, ha sido bueno con ella. Un hombre que la protegió de un monstruo cuando nadie más lo hizo. El hombre que la salvó.

Bajan la escalera. Al fondo, otra puerta, también metálica. Víctor usa otra llave. Una vez dentro, pulsa un interruptor. La bombilla desnuda del techo parpadea antes de encenderse. La sala es pequeña. Hay un colchón en el suelo. Una mesa. Una silla de mimbre. Un armario de madera.

Kasia se sienta en la silla, tiritando.

—¿Has apagado tu móvil? —pregunta Víctor sin levantar la voz.

—Lo he puesto en modo avión —responde ella, luego se lo saca del bolsillo de la sudadera y lo deja en la mesa—. Debería avisar a mis padres.

—Sí, claro. Enseguida te llevo con ellos. Hay toallas en ese mueble. —Víctor señala el armario—. Coge una. Debemos pensar bien qué vamos a decir. Tenemos que actuar con decisión, Kasia.

Ella se levanta y camina hacia el armario. Abre el cajón.
Está vacío.
Oye un golpe. Se gira.
La puerta está cerrada.
Víctor ya no está.
Su teléfono tampoco está en la mesa.

43

Víctor Fábregas camina hacia su casa con determinación. Cuando entra, encuentra a su mujer medio dormida en el sofá.

—Cariño, ya estoy aquí.

Fidela se incorpora desperezándose.

—No he podido meter el coche en el garaje, la puerta no se abre. Será por la lluvia, mañana revisaré el mecanismo. Tampoco he encontrado la bomba de agua, pero vengo de la caseta de los aperos y parece que está todo bien. Solo que no me quedo completamente tranquilo … Así que probaré suerte en Benidorm.

—Gracias por encargarte, cariño —responde su mujer—. No soy capaz de bajar ahí. Solo de pensar que puede haber alguna rata… Ni hablar.

Víctor sonríe y se excusa para ir al aseo. Cierra la puerta y se sienta en la tapa del inodoro.

¿Qué ha hecho? ¿Ha perdido el norte?

No podía permitirlo.

La frase se repite una y otra vez en su cabeza como un mantra. Como una orden. Quiere interiorizarlo.

Lo ha pensado. Lo ha sopesado. Una y otra vez.

No puede permitir que Kasia hable.

Fidela… Su esposa parece otra desde que murió su padre. Más ligera, más viva. Como si le hubieran quitado un peso de encima. Ha empezado a sonreír, a decir que quiere ser madre. Han vuelto a tocarse y a hacer el amor. Víctor siente que, por primera vez en mucho tiempo, todo va bien en casa. Incluso ha logrado controlar la atracción que Kasia le provoca. Porque el deseo sigue ahí. A fuego lento, agazapado, pero sin causar problemas.

Y luego está la venta del negocio de su suegro. Cuatro millones de euros. Una empresa de comida para mascotas que, con el traspaso, los colocará en una posición envidiable. Fidela es la heredera universal. Víctor ya puede imaginarse el dinero entrando en la cuenta. La vida reorganizándose. Todo por fin en su sitio.

Hasta que Kasia decidió revolver el pasado. Hasta que dijo que se lo contaría todo a la policía.

¿Y si lo hace?

¿Quién va a querer una empresa manchada por un crimen? ¿Quién comprará un imperio levantado por un asesino?

Víctor aprieta los dientes. No.

No puede permitirlo.

Porque si lo hace no solo perderá el negocio. Perderá a Fidela. Y todo volverá a la oscuridad.

Ha hecho lo que tenía que hacer.

Kasia no sabe cuánto tiempo lleva en ese lugar. Podrían ser horas o días. Tiene el cuerpo entumecido, la boca seca, la mente atrapada en una niebla espesa que no se disipa. No hay ventanas, ni rendijas,

ni un miserable resquicio por el que se cuele la luz del mundo exterior. Solo ese silencio denso, absoluto, que la rodea y la asfixia.

Las paredes son frías. De cemento, probablemente muy gruesas. Están construidas para resistir, para que nadie oiga los gritos. Para que nadie pueda salir.

Hay un colchón viejo tirado en el suelo con una mancha oscura en una esquina que intenta no mirar. No ha dormido sobre él. No puede. Ha pasado la mayor parte del tiempo sentada en el suelo o en la silla de mimbre abrazada a sus rodillas, escuchando. Esperando. Rezando.

En una esquina hay un inodoro diminuto y un grifo que escupe agua con desgana. Se ha lavado la cara varias veces, enrojecida por las lágrimas y el disgusto.

Gritó. Golpeó la puerta con las palmas, con los puños, luego las tuberías. Se dejó la garganta intentando que alguien la oyera. Nadie respondió. Nadie fue. Sigue sola.

Buscó por todos los rincones algo que pudiera usar como arma. Un tornillo suelto, una piedra, un trozo de hierro oxidado. Nada. Solo hay superficies lisas y vacías. Parece un lugar diseñado para retener a alguien sin opción a defenderse.

Y ahora espera.

No sabe qué es peor: el miedo de que Víctor regrese o el miedo de que no lo haga. No entiende por qué está ahí encerrada. No encuentra una lógica, una explicación que le permita sostenerse. Cada teoría que se le ocurre se derrumba al cabo de unos minutos. No hay razón que justifique algo así.

Ese no era el peor final que había imaginado para su historia.

Es peor.

Víctor aparca en su plaza habitual del instituto, saluda con una sonrisa tranquila a Jorge, el bedel, y camina por el pasillo principal como haría un hombre que no tiene nada que ocultar. Incluso él se sorprende de su capacidad para controlar el estrés.

En su interior, sin embargo, algo vibra. No son nervios. No exactamente. Es más bien la conciencia de que cualquier error, cualquier mínimo desliz, podría echarlo todo a perder.

Por eso, la noche anterior, cuando regresó a su casa después de acudir al barranco del Infierno y vio el violín en el asiento trasero, el corazón le dio un vuelco.

Volvía cansado, pero con la seguridad de haber dejado atados todos los cabos. Había llevado el teléfono de Kasia a ese barranco. Le resultó difícil acceder a una zona apartada con una oscuridad tan cerrada. La linterna que había cogido funcionaba a ratos por la lluvia, pero lo consiguió. Llegó a un punto que le pareció adecuado. Desbloqueó el móvil de Kasia sin necesidad de dibujar un patrón o introducir un PIN, una clara ventaja a su favor. Registró los últimos mensajes. Debía asegurarse de que nadie más sabía la historia de Sebastián Salas, lo revisó durante varios minutos y no encontró nada relevante. Entonces, desactivó el modo avión y comenzaron a llegar notificaciones de llamadas perdidas y mensajes de los padres de Kasia.

No perdió más tiempo. Apagó el teléfono, lo limpió con un pañuelo, se colocó un guante y lo lanzó con todas sus fuerzas al fondo del barranco. Eligió ese lugar porque, de algún modo, se sentía en deuda con Samantha Reynolds. Pensó que, si la policía realizaba una búsqueda allí, sería posible que encontrase a Samantha. Fue su aporte de bondad. Aunque no es tonto. Sabe que

conviene apuntar a su suegro por si la investigación de Kasia destapa alguna prueba incómoda. Su suegro, Samantha, Kasia. Un nexo que lo exculparía.

Al regresar a casa y descubrir el violín, decidió que era tarde, que no era el momento de ocuparse de él. Por eso lo envolvió en una sábana, abrió la primera compuerta que lleva al búnker de la caseta de los aperos y lo dejó en la escalera sin que Kasia oyera nada. Es imposible que oiga algo rodeada de varios metros de hormigón.

Más tarde decidirá qué hacer con él. Ahora no hay tiempo.

Los padres de Kasia Nowak lo esperan en la puerta de su despacho. La madre, con el rostro demacrado y los ojos inyectados en lágrimas. El padre, rígido como una estatua y mordiéndose las palabras. Le dicen que su hija no ha regresado a casa y están preocupados.

Víctor pone cara de asombro y se lleva una mano a la boca. Se ofrece a ayudarlos de inmediato. Convoca una reunión de urgencia con el resto de los profesores —menos Fabián Núñez, de quien no tiene noticias desde hace días—, los informa de la situación y solicita su colaboración.

Incluso cuando una pareja de policías se persona en el instituto, Víctor mantiene la calma.

Ahora toca responder con cortesía y actuar como se espera que lo haga el director de un instituto donde ha desaparecido una alumna.

44

Kasia Nowak permanece en el rincón más oscuro del búnker. El estómago le arde de hambre, una punzada que crece desde hace horas arañándole las entrañas. Ha perdido la noción del tiempo. Solo sabe que no ha comido en días. El único líquido que ha ingerido es el agua del grifo, tibia y con un regusto metálico que le revuelve el estómago aún más cada vez que da un sorbo.

Se siente mareada. En ocasiones cree que va a desmayarse, pero no lo hace. Su cuerpo resiste, aunque cada minuto es un suplicio más. Se tumba en el suelo helado con la mejilla contra el cemento y se pregunta por enésima vez si va a morir ahí, sola. Se repite que nadie la encontrará. Nadie.

Durante las primeras horas, gritó. Golpeó la puerta. Suplicó. Pero ahora ya no tiene energía. Y, en el fondo, lo sabe: no hay nadie fuera buscándola con desesperación. Nadie que grite su nombre. Nadie que se niegue a rendirse. No tiene amigos. No de los de verdad. Solo cuenta con sus padres. Y ni siquiera está segura de que ellos sean lo bastante fuertes para soportar algo así.

Cierra los ojos. Se dice que va a morir y que, con el tiempo, todos se olvidarán de ella.

El golpe la hace saltar. Un estruendo seco en la puerta metálica. Kasia grita, un chillido agudo que rebota contra las paredes del

búnker. El corazón le late tan rápido que casi le duele.

Se incorpora de golpe tambaleándose. Todo su cuerpo se tensa como si fuera a correr, aunque no hay adónde huir. La puerta no se abre. No todavía.

Una voz se filtra desde el otro lado, amortiguada, lejana, pero reconocible.

—Kasia, te traigo comida. Abriré despacio. La luz tiene que estar encendida, y tú al fondo. Las manos donde pueda verlas, ¿de acuerdo? Las palmas hacia arriba. ¿Lo has entendido?

Kasia no responde de inmediato. Sus pensamientos son una maraña de miedo y confusión.

Traga saliva con dificultad. La boca le sabe a óxido y tierra.

—Sí —responde al fin con la voz ronca.

Entonces la puerta se abre con un chirrido lento. Kasia apenas respira. La luz del pasillo se cuela como el corte de un cuchillo entre la penumbra del búnker. Luego, la cabeza de Víctor asoma con cautela. Sus ojos recorren la estancia hasta encontrarla, allí al fondo, justo donde le ha indicado. En su mano lleva un táper de plástico. Lo deja en el suelo con cuidado, como si fuera una ofrenda.

Kasia da un paso.

—¡No! —grita Víctor, tan fuerte que Kasia se asusta—. No te acerques.

Ella se congela. Tiembla, no sabe si de miedo, de hambre o de rabia contenida.

—¿Por qué me estás haciendo esto? —Su voz se rompe en la última palabra.

Víctor no se aproxima. No la mira directamente.

—No tengo otra opción, Kasia. No podía dejar que fueses a la policía. Ibas a tirar por la borda nuestras vidas… La mía y la tuya. Te recuerdo que mataste a Sebastián Salas.

Kasia abre la boca, pero no encuentra palabras. Su rostro se endurece, una máscara de odio que va formándose poco a poco. Le basta un salto, piensa. Solo uno. Podría alcanzarlo, lanzarse sobre él, rodearle el cuello con las manos y apretar hasta que no pueda gritar más. Pero sabe que no funcionará. Está débil. Él es más fuerte. Acabaría mal. Muy mal. Y necesita comer. Necesita esperar.

—Déjame salir —suplica—. No diré nada. Lo prometo. No quiero estar aquí.

Víctor niega con la cabeza despacio, casi con tristeza.

—Eso no va a pasar, Kasia. Necesito que te calmes. Con el tiempo te acostumbrarás. Puedo traerte algo para que estés entretenida. Lo que quieras. Libros, música. Lo que sea.

—¿Es que piensas dejarme aquí para siempre?

Víctor se queda un segundo en silencio. Luego responde en un tono bajo, casi suave.

—No voy a matarte, Kasia. No soy un asesino. Pero conseguiremos que esto funcione, ¿de acuerdo? Ahora me voy. Volveré cuando pueda.

Y sin darle tiempo a reaccionar, cierra la puerta. El cerrojo suena como un disparo.

Kasia corre hacia ella, se lanza contra el metal con las palmas abiertas gritando con todas sus fuerzas:

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! ¡Por favor!

Golpea. Una y otra vez. Le duelen los puños. La garganta le arde.

Pero no hay respuesta.

Solo el eco de su voz rebotando en el silencio.

Han pasado varios meses y Víctor Fábregas tiene la situación completamente bajo control. El caos inicial se ha desvanecido, como si nunca hubiera existido. Ya nadie menciona a Kasia. No hay carteles nuevos en las farolas ni reportajes desgarradores en televisión. La prensa ha pasado página.

Es curioso —piensa mientras hojea el periódico del domingo— cómo la gente olvida. Cómo todos se adaptan. Cómo el horror pierde fuerza al diluirse con el tiempo. Ya pasó con Josef Fritzl, el monstruo de Amstetten, y ahora está pasando con Kasia Nowak, solo que el monstruo es él.

La pista del teléfono en el barranco del Infierno fue un acierto. Un golpe maestro. Logró desviar la atención hacia un lugar donde no encontraron nada. Según los últimos artículos, no hallaron ni el móvil ni restos de la otra chica de la que Sebastián le había hablado. Quizá su suegro solo jugaba con él y dio rienda suelta a su imaginación sumido en una tremenda borrachera. Un farol. Uno de esos trucos sucios para alargar su pequeña cuota de poder. A Víctor, en el fondo, no le importa.

Lo que sí le importa es que Kasia parece haber aceptado su nueva vida. Al principio fue difícil, claro. Los gritos, el miedo, esa mirada de odio que quemaba. Pero ahora… ahora es distinto. A veces, incluso, él baja al búnker y se sienta con ella. Conversan. Kasia le pregunta si todavía la buscan, si sus padres han salido en televisión. Víctor le responde con voz tranquila, seleccionando cuidadosamente cada palabra. Le da esperanza cuando conviene y

desazón cuando lo necesita. Controlar la narrativa es fácil si se tiene toda la información.

En un par de ocasiones, ha logrado que se ría. Una risa breve, fugaz, pero real. Le ha pedido libros, y eso a Víctor le parece inofensivo. Le llevó *El Principito*, una edición raída que encontró en la biblioteca del instituto, justo la que Kasia le pidió. También le llevó una novela juvenil sin demasiado contenido. Solo para mantenerla ocupada. Kasia lee durante horas, en silencio. Víctor le concede ciertos lujos, algún regalo que otro, como helados, ropa de su mujer o una fotografía suya tocando el violín que sacó del anuario del instituto. Se le nota el desgaste físico, pero hay algo en su rostro —una chispa, una dulzura involuntaria— que le recuerda a la chica que una vez fue.

Esa mañana, Víctor está en el sofá, cerveza en mano y absorto en el periódico, cuando su mujer aparece de repente y se planta frente a él. Sonríe. Una sonrisa desbordante, brillante, como si hubiera ganado la lotería.

—¿Qué pasa? —pregunta Víctor sin moverse.

Fidela alza la mano. En ella, una prueba de embarazo. Dos rayas. Una noticia que no necesita ser dicha.

Víctor se queda pasmado durante un segundo. Luego abre los ojos, se levanta y la envuelve en un abrazo fuerte, casi eufórico.

Todo está saliendo de maravilla.

45

El tiempo pasa, pero Kasia Nowak no ha bajado la guardia en ningún momento. Cada día, cada hora, intenta convencerse de que alguien la encontrará. Tiene que hacerlo. No puede aceptar que ese sea el final.

Se ha despertado hace unas horas. Como siempre, ha inspeccionado cada rincón de la habitación, tanteado las paredes con los dedos, probado la cerradura con desesperación silenciosa. Nada. Lleva mucho pensando en una manera de pedir ayuda. Nunca se le ocurre nada porque no dispone de los medios. Sin embargo, hoy una idea fugaz le ronda la cabeza.

El Principito.

Se levanta despacio, como si de moverse demasiado rápido la idea que empieza a formarse en su mente pudiera desvanecerse. Se acerca al libro. Lo sostiene con cuidado. Reconoce la etiqueta adhesiva desvaída en la contraportada: el sello de la biblioteca del instituto.

Dado que es el ejemplar de la biblioteca, Víctor tendrá que devolverlo tarde o temprano, piensa

Tal vez… Tal vez eso es todo lo que necesita.

Sin perder un segundo, cruza la habitación y se deja caer de rodillas junto a la silla de mimbre. Le tiemblan los dedos mientras

rasga una de las hebras que sobresalen en la pata trasera. La rompe con esfuerzo, se astilla. Obtiene un fragmento puntiagudo, blando pero lo bastante firme para intentarlo. No sirve para escribir, lo sabe, pero puede grabar. Marcar. Dejar algo. Una palabra. Una pista.

Se sienta con el libro abierto. Presiona con fuerza la punta de mimbre contra una página en blanco. Nada. Vuelve a apretar. La astilla se parte un poco, pero deja una marca.

El mejor capítulo es el del zorro, el número veintiuno. Es ahí donde debe dejar el mensaje. Pasa las páginas con rapidez. Lo encuentra y logra marcar la letra «N». Luego una «E». El trazo es torpe, superficial. Tiene que seguir. «C». «E». Su respiración se agita. «S».

Cuando va por la «I», una voz retumba desde la puerta:

—Kasia, al fondo. Voy a entrar.

Ella se sobresalta. Suelta el trozo de mimbre. El corazón le martillea en el pecho.

—Dame un minuto. Estoy en el aseo —responde Kasia con voz temblorosa.

Silencio.

Agarra la astilla de nuevo. No hay tiempo para pensar. No hay tiempo para dudar. Encuentra la «T». Luego la «O». Ya está: «Necesito». Bien. Sigue. Busca la «A». La encuentra. Marca. Pero la línea se curva demasiado, podría confundirse con la letra que está al lado. No importa. Tiene que continuar. «Y». El sudor le resbala por la sien. Se le nubla la vista. «U». «D». Se salta la letra, retrocede, la marca como puede. El trozo de mimbre cruje. Solo una más.

—Venga, Kasia. No tengo todo el día.

—¡Un segundo! —grita. Está jadeando.

«A». Por fin: «Ayuda». Lo ha hecho. No es perfecto, pero es legible. Si alguien lo ve, si alguien identifica el mensaje…. Debería poner su nombre y dónde está, pero no dispone de más tiempo. Tendrá que dejarlo así y continuar después.

—Kasia, voy a entrar.

Ella lanza el libro sobre la mesa, abierto por la página donde ha grabado el mensaje, y deja caer el trozo de mimbre al suelo. Corre hacia el fondo. Se pega a la pared, las manos visibles, las palmas hacia arriba. Como él quiere.

La puerta se abre.

Víctor asoma la cabeza. Kasia ya está al fondo con las manos en alto, obediente como siempre.

—¿Qué estabas haciendo?

—Ya te lo he dicho. Estaba en el aseo.

Víctor observa con detenimiento ladeando la cabeza. Algo no cuadra.

—No he oído el ruido de la cadena.

—No he podido hacer nada. —Kasia se encoge de hombros—. Es difícil concentrarse con alguien aporreando la puerta.

Víctor asiente despacio sin quitarle el ojo de encima. Hoy no es un buen día. En realidad, toda la semana está siendo una mierda. Su mujer está feliz, emocionada con lo del bebé, y eso debería alegrarlo. Pero no. Últimamente no le deja ni acercarse, ni tocarla ni… Nada. Dice que podrían poner en riesgo al bebé. Faltan meses aún, y ya ha colocado el cartel de prohibido. Eso lo está volviendo

loco. Se había acostumbrado a recuperar cierta normalidad y ahora, de golpe, otra vez de vuelta a la castidad.

Kasia se acomoda sobre el colchón y lo mira con una sonrisa suave, casi ensayada.

—¿Qué me has traído hoy?

—Pasta. Espero que te guste.

Víctor se sienta a su lado. La cercanía es nueva. Por lo general charlan un rato, pero manteniendo las distancias. Hace varios días que Víctor da vueltas a esto. Y hoy dará el paso. Porque es él quien tiene el poder y puede hacerlo.

Kasia no se aparta cuando le roza el brazo. No parece asustada. Solo lo observa con una mezcla de incomodidad y confusión. Eso lo anima. Baja la mano, despacio, hasta su muslo.

—Víctor…, ¿qué estás haciendo?

Su voz es apenas un susurro.

—Relájate. Pasas mucho tiempo aquí sola. ¿Por qué no nos divertimos un poco?

Ella le aparta la mano con rapidez y se incorpora para alejarse, pero él la sujeta del brazo con fuerza.

—No —dice bajando la voz hasta convertirla en amenaza—. Vas a hacer lo que yo te indique, Kasia.

Ella intenta zafarse. Él aprieta más. Sus dedos se clavan como garras.

—¡Víctor, no!

El sonido de su nombre en esa súplica le resulta molesto. Se lleva un dedo a los labios pidiéndole silencio. La tensión en la habitación aumenta. Kasia tiembla. Víctor actúa con torpeza, con prisa.

Un golpe. El bofetón que Kasia le ha dado le tuerce el rostro. Le arde la mejilla, le sangra el orgullo. Pero no es suficiente para frenarlo. Es, más bien, un disparo de salida. Y lo que ocurre después ya no ofrece vuelta atrás.

Víctor actúa ahora con más violencia. La agarra de los hombros y la gira para colocarla de espaldas a él. Kasia no es lo suficientemente fuerte para resistirse.

La desnuda con brusquedad y le sujeta ambas manos atrás cuando se coloca encima de ella.

Se oye un sollozo con cada embestida. Víctor sabe que no es placer, es dolor. Se entremezcla con el llanto, que casi es una agonía. El tiempo pasa rápido para él, interminable para ella.

Cuando termina, Kasia se queda inmóvil, tal cual él la deja. Solo se oye su llanto. El pecho le sube y le baja con violencia.

Víctor se abrocha el pantalón. Recoge con calma los libros que hay en la mesa.

—Despídete de la lectura. Eso te pasa por pegarme. Piénsalo la próxima vez.

Y, después de eso, cierra la puerta, echa el cerrojo y se va.

Kasia se queda sola.

Kasia ya no es Kasia.

No volverá a ser ella misma nunca más.

46

Mónica Rives llega cinco minutos antes de la hora acordada. Tiene el pelo recién lavado, un vestido discreto —demasiado formal, tal vez— y las manos le sudan a pesar de que solo lleva media hora sin consumir. No puede permitirse que la vean colocada. No hoy. Hoy tiene que parecer funcional, fiable, limpia.

Aprieta el timbre con el pulgar y espera. Cada segundo que pasa le hace pensar que no va a abrir nadie, que ha sido una trampa, que quizá han descubierto quién es y le están haciendo perder el tiempo a propósito. Pero entonces la puerta se abre.

Un hombre de unos cuarenta años la observa desde el umbral. Lleva una camisa azul perfectamente planchada, tiene el mentón tenso y una expresión imposible de clasificar. Ni agrado ni rechazo. Solo evaluación. Mónica le sonríe como si fuera la mujer más segura del mundo.

—Hola. Soy Mónica. Mónica Rives.

Él tarda un segundo en reaccionar. Después asiente, se aparta y le hace un gesto para que entre.

—Pasa.

La casa huele a limpio y a muebles nuevos. Todo está perfectamente ordenado, tan pulcro que parece de catálogo. Mónica da un paso, consciente de cada uno de sus movimientos, de sus

zapatos baratos sobre ese suelo impoluto. Y entonces aparece ella. La mujer.

—¡Hola! Encantada. Yo soy Fidela —dice con una sonrisa amplia, excesiva tal vez.

Fidela tiene el aspecto de alguien que ha resucitado hace poco. Un estado de ánimo que no se corresponde con su físico pálido y enclenque.

Mónica le devuelve su mejor sonrisa. La necesita.

Hace apenas unos meses la invitaron a irse del hospital de Benidorm donde trabajaba como matrona. No hubo despido formal ni escándalo público, solo una conversación tensa en el despacho del director, unas palabras cuidadosamente elegidas que le dejaron claro que su presencia ya no era bienvenida.

Todo empezó cuando desaparecieron los primeros viales de morfina. Uno o dos al principio. Nada escandaloso. Pero después, las ausencias se volvieron demasiado frecuentes. Alguien dio la voz de alarma y, en ese momento, nadie pensó en Mónica. Era educada, puntual, profesional. El tipo de persona que pasa desapercibida precisamente porque sabe fingir.

Y entonces llegó la llamada.

Su hermana Sabina, esa hipócrita de sonrisa blanda, telefoneó al director. Le dijo que Mónica no estaba en condiciones de trabajar, que tenía un problema con las drogas, que necesitaba ayuda. Lo hizo sin avisar, sin mirarla a la cara, sin siquiera darle la oportunidad de explicarse. Desde ese instante, todo se desmoronó.

Ya no quiere saber nada de su familia. Ni un mensaje más, ni una carta siquiera. Su hermana ha intentado justificarlo, ha dicho que lo hizo por su bien, que prefería verla en la calle y no entre rejas

por un error con algún paciente. Pero Mónica no se traga ese cuento. Sabina siempre le ha tenido envidia. Siempre ha querido verla caer. Y esta vez lo ha conseguido.

Desde entonces, nadie la contrata. Está sancionada en la bolsa de empleo de la sanidad pública. Su currículum está manchado y, aunque intenta sonar convincente en las entrevistas para las clínicas privadas, algo en su mirada la delata. Hay desesperación, hay miedo. Y eso asusta.

El dinero se acaba. Las reservas han volado. Si no consigue ese trabajo, si esa pareja también le da la espalda, tendrá que robar. O algo peor. Ya lo ha pensado. A veces se le pasan por la cabeza ideas que antes habría considerado impensables, pero ahora solo le importan dos cosas: conseguir dinero y seguir pagando su dosis.

Lleva tanto tiempo consumiendo que ya no recuerda cómo era estar limpia. Tiene una habilidad innata para disimularlo: la mirada clara, el pulso firme, las frases en su sitio. Pero, por dentro, su mente se ha convertido en un terreno resbaladizo, lleno de zonas oscuras donde el juicio se disuelve.

Tuvo un chollo que le venía de perlas y que perdió hace poco, pero de nada sirve pensar en eso ahora. Aquello no volverá.

—¿Te apetece algo de beber? ¿Un café, una infusión…?

—Agua está bien —responde Mónica dejando la voz caer con suavidad.

Se sientan los tres en el salón, un espacio diáfano con ventanales que dan a un jardín que parece de revista con una caseta de aperos al fondo.

Mónica cruza las piernas, fuerza otra sonrisa y repasa lo que tiene que decir. Ya ha mentido antes. Ya ha intentado convencer a

otras personas para que crean que está perfectamente capacitada. Solo tiene que hacer lo mismo un poco mejor. Porque necesita ese trabajo. Lo necesita de verdad.

Y si esa pareja no la contrata, no sabe qué hará mañana.

Víctor Fábregas no alcanza a oír del todo lo que dicen Fidela y esa matrona. Su mujer le pregunta si es malo comer caramelos de menta durante el embarazo. Desde que supo que espera un bebé, para no fumar consume unos tres paquetes de esos caramelos al día. Es excesivo.

Víctor observa a la mujer con detenimiento desde el otro extremo del salón fingiendo que solo está ahí como acompañante, como simple espectador. Pero no lo es.

La ha visto antes. No le cabe la menor duda.

Recuerda el día exacto y el lugar: fue en Finestrat. Ella estaba en el inicio de una ruta de sendero, con ese mismo gesto sereno y la melena rubia recogida en una trenza apretada. Iba con Sebastián Salas. Un viejo verde, desagradable, manipulador y asesino. Pero algo no cuadra. ¿Cómo una joven atractiva y con un trabajo tan respetado y cualificado como el de matrona se rebajó a encontrarse con su suegro a escondidas?

Algo no encaja. Y desearía saber qué es.

—Supongo que mi marido ya te habrá contado por teléfono que tengo un problema con los hospitales —dice Fidela sin apenas pestañear—. Me pasa desde que mi madre falleció de cáncer cuando yo era joven. Lo pasé muy mal. Por eso tengo claro que el parto será

en casa. Y, para serte sincera, es difícil encontrar profesionales como tú que accedan a ello.

Víctor desvía la mirada hacia la recién llegada. Mónica, ha dicho que se llama.

—Es muy común en otros países —responde ella—. Cada vez más parejas buscan experiencias íntimas en un momento tan importante de sus vidas.

Su voz es agradable, pausada. ¿Dónde está el truco?

—¿Y qué puede decirnos de los riesgos? —pregunta Víctor, que por fin se une a la conversación.

Mónica sonríe.

—Ninguno. Si hubiese algún tipo de problema, yo sería la primera que advertiría de que es necesario acudir al hospital. Pero eso pasa muy poco. No deben preocuparse.

Víctor asiente, aunque no piensa en el parto. No realmente. Su mente sigue atrapada en esa imagen en la montaña.

Sonríe mostrando alivio, pero es fingido.

Hay algo extraño en esa mujer, y no se detendrá hasta averiguar qué es.

47

Kasia Nowak ha dejado de existir.

La chica que era antes ya no está. En su lugar hay otra. Una sombra encogida sobre sí misma, atrapada en una silla de mimbre, con las piernas pegadas al pecho y la vista fija en una mancha de humedad que se extiende por la pared. A veces imagina que es una puerta. Otras, que es el lugar exacto donde debería estamparse la cabeza hasta que todo desaparezca. Hasta que, por fin, todo se vuelva negro.

Víctor sigue bajando.

No siempre a la misma hora. No siempre con palabras. A veces ni siquiera se molesta en mirarla. Entra, hace lo suyo y se va. Como si ella fuera un mueble, una muñeca vieja que ha dejado de tener voz. Kasia ya no lucha. Ya no grita. Solo se encoge después en silencio, con los músculos temblando y las lágrimas escondidas en la manta sucia con la que se cubre. Sabe que Víctor la prefiere así: quieta, rota, sumisa. Y cada día que pasa, le cuesta más reconocerse. Más aún, acordarse de quién era.

Ha perdido la noción del tiempo.

En ocasiones se atreve a preguntarle: «¿Cuánto llevo aquí?». Pero él no responde. Solo sonríe, una mueca torcida que a Kasia le revuelve el estómago. Ya ni siquiera la hace esperar al fondo con las

palmas hacia arriba. Está tan débil y alicaída que no supone ninguna amenaza.

Al principio intentaba marcar los días en la pared con la uña, pero ya no importa. Hacía marcas sin tener claro si se trataba de un nuevo día o solo lo imaginaba. Ahí abajo todo es oscuridad.

Solo hay espera.

A veces llora. Llora y grita hasta quedarse sin voz. Otras veces intenta dejar la mente en blanco. Pero no puede. Porque su cuerpo ha empezado a cambiar. Las náuseas llegan cada mañana. Los olores le parecen más intensos. El hedor de la humedad le da arcadas. Y está tan cansada que se siente como si la drenaran por dentro.

Sabe lo que ocurre.

Lo supo desde la primera vez que él la violó, con ese aliento acre y las manos frías. Fue esa primera vez, sin duda, aunque no entienda por qué. Lo supo desde que el cuerpo empezó a dolerle de otra manera. La menstruación no volvió. Y ahora, una curva leve se forma en su vientre. No es hinchazón. No es su imaginación. Es algo real. Es algo que crece.

No se lo ha dicho a Víctor.

Todavía no.

Pero no podrá ocultarlo mucho más. Y cuando él lo descubra, cuando vea lo que sucede… Kasia no quiere pensar en lo que vendrá.

A Mónica Rives ya no le sirven los cálculos que hace en su cabeza. Por más que los estire, por más que deje de comer y su cuerpo haya

cambiado drásticamente en solo un año, el dinero no alcanza. Las revisiones a Fidela apenas le dan para malvivir, y la cantidad grande —la que vendrá con el parto— aún está lejos. Un mes y medio, si no se adelanta. Un mes y medio es una eternidad cuando todo se viene abajo.

Hoy, la gota que colma el vaso: una carta pegada en la puerta de su apartamento con el membrete del juzgado y la palabra «desahucio» en negrita. Lleva más de dos años sin pagar el alquiler. Tarde o temprano, esto tenía que pasar.

Cuando sale del edificio, las miradas de los vecinos la persiguen. No hay insultos, ni amenazas ni portazos. Solo ese silencio espeso que hiere más que cualquier grito. Sabe lo que piensan. Que es una aprovechada. Que se lo ha buscado. Que ojalá se largue y no vuelva.

Ha enviado un mensaje esa mañana a un conocido, medio amigo, medio otra cosa. Le ha ofrecido lo único que le queda: su cuerpo, su presencia. A cambio, una cama, una ducha, un techo. Él ha dicho que sí sin demasiadas preguntas. No debería sorprenderla, pero la tristeza se instala en su interior.

Camina hasta la estación de autobuses. Hace apenas unos minutos ha consumido la cocaína que le quedaba. Se dirige al hospital de La Vila, como cada día. Unas veces encuentra trabajo como veladora de enfermos. Otras no. La mayoría la descarta en cuanto se percata de su estado. «Está usted para que la cuiden más que para cuidar», ha llegado a oír. Pero algunos la aceptan por desesperación al no encontrar a nadie más.

El banco de metal está helado. Mónica se sienta y espera.

Una silueta se acerca por el extremo del andén. En un primer momento no distingue quién es. La luz del mediodía cae a plomo y la obliga a entornar los ojos. Camina con paso firme, directo hacia ella. Mónica nota algo familiar en la forma en que balancea los brazos.

Cuando lo tiene a unos metros, lo reconoce. Víctor. El marido de Fidela.

Se le hiela la sangre. Él también la ha visto, se dirige a su encuentro.

Y no parece que vaya a sonreír.

—Hola, Mónica —la saluda Víctor al detenerse frente a ella.

Ella parpadea perpleja e intenta recomponer su expresión en cuestión de segundos.

—Víctor… ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces por aquí?

—He venido a buscarte. Tenemos que hablar.

La forma en que lo dice la desarma. No hay amenaza directa en su voz, pero sí una firmeza que no permite escapatoria. Mónica traga saliva. Empieza a temerse lo peor. ¿Va a despedirla? ¿Fidela se ha enterado de algo?

—Mónica —continúa él en ese tono bajo que solo usan quienes ya han tomado una decisión—, he estado hablando con algunas personas que me han contado tu problema. Supongo que entiendes que ese no es el escenario más adecuado para nosotros.

Ella asiente sin decir nada. No tiene argumento posible. ¿Qué podría decir que no suene patético?

—Además, hay algo que no sabíamos y que deberías habernos contado, porque mi mujer no tenía una buena relación con su

padre… Es que también me han dicho que te veías con mi suegro, Sebastián Salas.

Mónica frunce el ceño, desconcertada.

—Perdona, pero de eso último no tengo ni idea.

—Os vieron juntos en su coche. Un Mercedes negro. Fuisteis a Finestrat, a una ruta de sendero.

Mónica abre los ojos, incrédula. Le cuesta seguirle el hilo.

—¿Christian es tu suegro? —pregunta sin poder evitarlo.

Víctor la observa con desconfianza.

—¿Qué? No…, no se llamaba… —Se detiene, pensativo. Hay un destello fugaz en su mirada, como si algo le acabara de encajar.

Mónica no le da tiempo para continuar hablando.

—Oye, entiendo que tengáis dudas. Sin embargo, lo de Christian fue… —Suspira—. No voy a negar que me ayudaba económicamente, pero eso se terminó. Era un hombre muy raro. Un día dejó de venir y no volví a tener noticas suyas. Es verdad que quedaba con él porque, como ya te han contado, tengo un problema de adicción… Bueno, lo tenía, ahora lo he controlado. Estoy limpia. Te lo juro.

Víctor no responde. Sus ojos recorren el rostro de Mónica. Ella le sostiene la mirada. No le queda otra.

—Y con respecto al parto en casa… —El nudo que siente en el estómago la aprieta.

—Mónica —la interrumpe él—, eso no va a pasar. Te ayudaré. Fidela no sabrá nada, es mejor así. Pero tienes que prometerme que, cuando llegue el momento, le dirás que ha habido una complicación. Que tiene que ir al hospital y te desentenderás.

Ella pestañea, está aturdida.

—No me meteré en tus asuntos ni te juzgaré —añade él—. Solo te estoy pidiendo eso. ¿Lo has entendido?

Mónica asiente. Porque no tiene alternativa. Porque en ese instante la ayuda de Víctor es lo único que se interpone entre ella y el abismo.

Y porque, aunque le duela, sabe que él tiene razón.

48

Todo ha empezado de repente.

Kasia Nowak abre los ojos en la oscuridad con el corazón latiéndole en las sienes. Un líquido caliente le empapa las piernas y, durante un segundo, no comprende. Cree que ha tenido un accidente. Un descuido. Otra humillación. Pero entonces llega la primera contracción, brutal, como una zarpa que le desgarra el vientre desde dentro. Se dobla, se le escapa un gemido. El colchón cruje bajo su cuerpo rígido.

¿Nueve meses? ¿De verdad han pasado ya? No, es imposible.

El cuarto está a oscuras. Ahí dentro el tiempo no existe. Solo el miedo. Y ahora también el dolor. Uno nuevo, distinto. Profundo.

—¡Aaah! —grita por fin, sin pensar, sin que le importe nada—. ¡Por favor! ¡Por favor!

Sabe que nadie acudirá. Nadie la escucha. Puede que ahí fuera no haya nadie.

La contracción pasa, y se queda temblando, empapada, desnuda, acurrucada como una niña. Nota el colchón húmedo bajo las piernas. Está segura de que ha roto aguas. Y lo que más le aterra no es el dolor. Es la certeza. El secreto ya no puede esconderse. Y no hay marcha atrás.

Se siente estúpida por no haber contado nada. Por colocarse de espaldas en la cama para recibir a Víctor cada vez que él bajaba a dejarle algo de comer y, de paso, violarla. No tiene tanta barriga como otras embarazadas, eso ha ayudado. También la oscuridad. Y el único interés real de Víctor: aprovecharse de ella. Porque, si le hubiera prestado un mínimo de atención, se habría dado cuenta.

Empieza a llorar.

Empieza a gritar.

Porque lo siguiente que venga tendrá que afrontarlo sola.

E ignora cómo hay que hacerlo.

Víctor Fábregas está sentado en el sofá con la vista fija en la pantalla del televisor, aunque no está viendo nada. El zumbido monótono le sirve de excusa para no hablar. No es que haya algo que decir. Hace tiempo que las palabras entre él y Fidela han vuelto a ser escasas. Ahora, ese silencio lo llena todo, solo interrumpido por el irritante chasquido que hace su mujer cada vez que muerde un caramelo de menta y lo revienta contra los dientes.

Otro estallido más. Víctor parpadea, está tenso. Va a perder la dentadura a ese paso, piensa. Pero no dice nada. No merece la pena.

—¿Oyes eso? —pregunta Fidela de repente.

Víctor apenas gira el rostro.

—¿A qué te refieres?

—No sé… Es como un ruido. De fuera. ¿Un grito, tal vez?

Él alza la cabeza fingiendo molestia. Pero entonces lo oye. Un sonido agudo, lejano, entrecortado. Como un alarido amortiguado. El

tipo de ruido que alguien podría hacer si estuviera encerrado.

—La verdad es que no oigo nada —miente con una naturalidad ensayada—. Será tu imaginación.

Y entonces sube el volumen de la tele.

—No, espera. Quita eso —insiste Fidela.

Se inclina para coger el mando, pero su marido se lo arrebata antes de que lo alcance.

—Está bien —resopla Víctor—. Echaré un vistazo. Quédate aquí.

Se pone en pie con esfuerzo y sale al jardín después de coger el manojo de llaves de la entrada. El aire de la noche le da en la cara, frío y seco, mientras avanza con paso firme hacia la caseta de los aperos. Desde la ventana del salón, Fidela lo sigue con la mirada. Víctor se detiene ante la puerta de madera con los brazos en jarra y se gira lentamente hacia ella.

—Creo que hay una rata aquí dentro, Fidela —le dice alzando la voz—. Quédate en casa, no vaya a ser que te muerda y tengamos que salir corriendo hacia el hospital. Volveré enseguida.

Cuando ve que Fidela se retira de la ventana y desaparece en la penumbra, se permite respirar de verdad.

Entra en la caseta y da un portazo tras de sí. Aparta la alfombra y abre la trampilla con torpeza. La urgencia de la situación lo lleva a cometer errores, como no cerrar la compuerta secreta bajo la alfombra. Las prisas lo están arruinando todo. El sonido que asciende desde el búnker es más claro ahora. Ya no hay forma de fingir que no lo oye.

Baja por la escalera sin pensar, asustado y furioso a la vez. Abre la puerta y presiona el interruptor de la bombilla del techo.

Y el corazón le da un vuelco.

Kasia está tumbada sobre el colchón, las piernas abiertas, gimiendo entre gritos y espasmos. La sangre le cubre los muslos. La cabeza de un bebé asoma entre ellos.

—¡Ayuda! —grita.

Pero él no se mueve.

El corazón le late como si se le fuera a salir del pecho. El cuerpo no le responde, se está mareando. No es capaz de reaccionar, parece que una parte de su cerebro se ha desconectado.

«Esto no puede estar pasando. No ahora. No así».

—¡Ayuda, por favor! —grita de nuevo Kasia.

Víctor da un paso hacia ella. Inseguro. No sabe por dónde empezar. Está a punto de inclinarse cuando ve algo distinto en la cara de Kasia.

Su mirada ya no está sobre él. Está clavada en alguien a su espalda.

—¡Ayuda! ¡Sácame de aquí! —suplica, esa vez con otra voz, desesperada, rota de verdad.

Víctor se da la vuelta con el estómago encogido.

Fidela está en el umbral, la boca entreabierta, los ojos como platos, le tiemblan los labios. En sus ojos no hay ira. Ni rabia. Es algo mucho peor.

Horror.

Y entonces el mundo se detiene.

Fidela parpadea, pero la imagen no desaparece. Sigue ahí, fija, como una fotografía espantosa que alguien hubiera pegado al fondo de sus retinas. No sabe si está soñando o si la propia pesadilla ha

decidido representarse en el búnker oculto de su caseta de los aperos. La chica… La chica está ahí, frente a ella. Sus labios se mueven, dicen algo. Pero el sonido le llega amortiguado, lejano, como si alguien hubiera bajado el volumen de la realidad.

¿Está pidiendo ayuda? ¿Pronuncia su nombre?

Fidela da un paso atrás. Por un instante, un destello absurdo atraviesa su mente: se parece a la chica que desapareció hace varios meses. No…, no puede ser. Es imposible. Víctor participó en las batidas, fue de los primeros en ofrecerse voluntario, se le veía tan consternado… ¿Verdad?

¿Verdad?

No sabe qué pensar. Solo que necesita moverse. Reunir fuerzas. Subir esa escalera. Entrar en casa. Llamar a alguien. A una ambulancia. A la policía. A ambos. Pero no puede quedarse ahí. No puede.

Da media vuelta. Sube la escalera y sale de la caseta de los aperos. No anda, levita. Entonces, oye tras ella un clic metálico. El sonido de una cerradura al cerrarse. Se le eriza el vello. Pero no se detiene. Sigue andando, más deprisa. Ya toca la puerta de su casa cuando una mano le agarra el brazo con fuerza.

—Cariño, espera. Puedo explicarlo.

La voz de Víctor la atraviesa como una cuchilla. Por instinto, sin pensarlo, sin medir, le cruza la cara con una bofetada que resuena en el aire. Él se queda inmóvil, atónito. Fidela aprovecha para zafarse, entra en la vivienda y corre hacia la mesa, donde está su teléfono.

Le tiemblan los dedos, pero lo desbloquea. Marca el número de emergencias. Solo tiene que dar al verde.

—Por favor, Fidela, no lo hagas.

Le sostiene la mirada durante unos segundos, decepcionada. No puede quitarse la imagen de la cabeza.

Todo sucede muy rápido.

Lo nota de repente, la tensión es sus músculos. Todo a su alrededor gira, y Fidela se tambalea. El teléfono se le resbala y se estampa contra el suelo. Comienza a hacerse una idea de lo que le está sucediendo y sabe que no será capaz de afrontarlo. ¿Por qué justo ahora?

Víctor se aproxima a ella y la sujeta para que no se desplome. Su mujer ha empezado a sudar profusamente. Al sentarse en el sofá, Fidela se nota la ropa interior empapada.

—Creo que he roto aguas —consigue decir arrastrando las palabras.

El disgusto ha debido de provocarlo, piensa.

Víctor desvía la mirada por debajo de su vientre. Cuando acerca los dedos, Fidela quiere apartárselos de un manotazo, pero es incapaz. Empieza a respirar con rapidez, se siente bloqueada, colapsada. Está sufriendo un ataque de pánico.

—Tengo que llevarte al hospital —dice Víctor.

Pero Fidela no se lo va a permitir.

No puede hablar. No puede moverse. Aun así, su marido ha debido de entender que no quiere pisar un hospital, ya que ahora le pregunta:

—¿Prefieres que llame a Mónica?

Fidela consigue asentir.

La pantalla del teléfono de su mujer está hecha añicos. Sin embargo, el dispositivo se enciende. Víctor lo desbloquea. Fue él quien le puso el PIN. Él lo ha controlado todo siempre.

Busca entre los contactos. Pulgar torpe, respiración entrecortada. Encuentra el nombre.

Mónica.

Pulsa.

—Mónica, soy Víctor —dice apenas ella descuelga—. Necesito que vengas a mi casa. Ya.

—Oye, si Fidela está de parto, será mejor que la lleves al hospital. No puedo ir a tu casa ahora mismo.

Silencio. Denso. Cortante.

—Ven, Mónica.

Y cuelga.

Acto seguido, apaga el teléfono.

49

Han pasado años desde que Mónica vendió su alma. Ni siquiera recuerda bien el momento exacto, solo sabe que sucedió antes de que todo se fuera al carajo. Antes de las pandemias, antes de los ingresos hospitalarios por neumonía, antes de despertarse en una camilla con un catéter clavado en el brazo y la cara llena de mugre. Antes de que empezara a confundirse con frecuencia: realidad y alucinación, pasado y presente, vigilia y sueño.

Lo ha perdido casi todo. Menos el dinero. Eso llega con asiduidad y le permite seguir consumiendo para que su mente se olvide de todo durante un tiempo, al menos. Y, sin embargo, hay recuerdos que regresan intactos. Como el de aquella noche.

La peor de todas.

La recuerda con una claridad enfermiza. Como si acabara de pasar.

Llegó a casa de los Fábregas veinte minutos después de recibir la llamada. Lo primero que hizo, tal y como había acordado con Víctor, fue advertir a Fidela de que lo mejor sería ir a un hospital, justo después de explorarla. No lo hizo solo por cumplir el pacto: cualquier profesional habría recomendado lo mismo.

Fidela se estaba desangrando.

Estaba en shock, pálida como la nieve, y apenas se le notaba el pulso. No tenían mucho tiempo. El niño venía con una vuelta de cordón y en el suelo ya se había formado un charco de sangre que habría alarmado a cualquiera.

Menos a Víctor, que solo reaccionó para arrebatarle el teléfono de la mano cuando intentaba llamar a una ambulancia.

—Tu mujer y el bebé van a morir si no pedimos ayuda ya mismo —le advirtió Mónica.

Había consumido. Estaba colocada. Todo le parecía una escena sacada de una película de terror. Y a cada segundo, empeoraba.

—Procura salvar al niño —contestó Víctor.

Tal vez lo obedeció porque ya habían llegado a ese punto en el que solo quedaba intentarlo. Fidela estaba condenada. Y el crío ya asomaba.

Lo intentó. Desde entonces, se repite una y otra vez que lo intentó por todos los medios.

Consiguió sacar al bebé. Pero estaba muerto. Y no pudo hacer nada para reanimarlo.

Ya había vivido una situación similar cuando trabajaba en el hospital. Pero esta vez fue diferente. Esta vez perdió a los dos. Y supo, al instante, que su nombre quedaría manchado para siempre.

Se echó a llorar.

Víctor, en cambio, no lloraba. Solo miraba la pared.

—Dame un momento antes de llamar, Mónica, por favor.

Cogió al bebé sin vida, salió al jardín y regresó cinco minutos después con otro que lloraba entre sus brazos.

Mónica ha repasado mentalmente esa escena un millar de veces. El crío estaba muerto cuando Víctor se lo llevó. Está segura. Por muy

drogada que estuviera.

—¡Respira! —gritó él al entrar con expresión de asombro.

A Mónica le costó mucho tiempo llegar a entenderlo.

Víctor creyó que podía engañarla. Pensó que era estúpida. Una drogadicta más. Medio muerta por dentro.

Todo cambió cuando ella propuso llamar a una ambulancia de inmediato.

Entonces Víctor le hizo una propuesta. Algo sencillo. Inofensivo, en apariencia. Le ofreció ayudarla económicamente el resto de su vida si accedía a declarar que había sido Fidela quien se había negado en redondo a llamar a emergencias. Y que ya era tarde cuando al final llamaron.

Le explicó que todo el dinero de su mujer procedía de una herencia protegida por cláusulas testamentarias. Una fortuna considerable que solo podría heredar su hijo. Y que, si un juez determinaba que Víctor había tenido algo que ver con la muerte de su esposa, jamás vería un euro.

Intentó hacerle creer que actuando así había obedecido la última voluntad de Fidela antes de que ella perdiera el conocimiento. Pero eso era omisión de socorro, de todos modos, pensó Mónica. Y Víctor tendría que responder ante la ley.

El dinero, sin embargo, significaba el fin de sus problemas.

No tuvo más remedio que aceptar y mirar hacia otro lado cuando Víctor solicitó por teléfono una ambulancia para su mujer diciendo que acababa de ponerse de parto.

Ha comprado mucha droga gracias a la asignación mensual que recibe desde entonces. Pero nunca ha dejado de pensar en ese bebé al que vio muerto… y luego vivo.

Algo no cuadraba.

Comenzó a atar cabos cuando vio a dos hombres hablando con Víctor en su casa. Poco después, su amiga Lidia —la que pide limosna en un semáforo del centro de Benidorm— le dijo que había estado charlando con unos policías que buscaban a Damián, uno de los camellos de Mónica, y que investigaban el caso de Kasia Nowak. Por lo que contó, habían encontrado el violín de Kasia en una tienda de artículos de segunda mano.

Yago tiene ahora seis años. Todo el mundo cree que es hijo de Fidela y Víctor.

Pero no lo es.

Mónica cree haberlo entendido, al fin.

Ya no quiere seguir mintiéndose a sí misma. Si la policía ha reabierto el caso de Kasia Nowak, no es por puro azar.

Ni siquiera imaginó la magnitud del asunto cuando se coló en la casa de Víctor Fábregas para robar un poco de dinero o algún objeto de valor. No era la primera vez. Siempre ha sabido que, si la pillaba, él jamás la denunciaría. No puede. No después de lo que ella sabe.

El violín estaba bien escondido: envuelto en una manta al fondo de un armario, en un hueco oculto. No lo buscaba, pero lo encontró.

Lo malvendió a un conocido suyo experto en trapicheos discretos. Doscientos euros que gastó en drogas, por supuesto.

Ahora, por primera vez, empieza a pensar que quizá haya llegado el momento de redimirse y contar la verdad.

Se ha fijado en el coche que conducían esos hombres. Tal vez se los cruce. Tal vez encuentre la forma de hablar con ellos sin salir perjudicada.

Solo que, en su estado, tomar decisiones correctas no es tan fácil.

Víctor Fábregas está muy preocupado desde que el maldito Bruno Porta se presentó con ese policía en la puerta de su casa. No lo vio venir. Después de tanto tiempo. Después de haberlo hecho todo tan bien. Después de que el asunto parecía olvidado.

Ya nadie hablaba de Kasia Nowak. Nadie la mencionaba, nadie preguntaba. Su nombre se había borrado como una huella en la arena tras la marea. Y ahora, el inspector Somoza está al acecho. Víctor ha buscado información sobre él por internet. Gabriel Somoza es tenaz, ha resuelto casos complicados y bastante llamativos. Sería una buena guinda en su currículum atrapar a Víctor.

No puede permitirlo.

Lleva una vida estupenda con su hijo Yago. Salen a cenar fuera cuando les apetece, tienen todas las comodidades, no se privan de nada. No hay sobresaltos, no hay preguntas. Solo una rutina perfecta que él se ha encargado de construir y cuidar.

Todo eso ahora está en peligro.

Y acaba de recibir una llamada que le obliga a pasar a la acción.

Mónica le ha telefoneado. Solo con oír su voz, lo ha sabido. Está con el mono otra vez. Se vuelve loca cuando está así y es capaz de cualquier cosa. Estaba llorando, se planteaba acudir a la policía y comentarles ciertas dudas que tiene sobre la noche en que Yago nació. Según le ha dicho, ha seguido al agente de policía con el coche y cree que la ha descubierto.

Víctor no ha titubeado ni un segundo. No ha hecho falta preguntar a Mónica por esas dudas, sabe perfectamente que tienen que ver con el bebé muerto que ella vio aquel día. La ha convencido de que, si todo se descubre y lo acusan de un delito, ella no se librará, y le ha ofrecido un trato. Le dará una buena suma de dinero. Veinte mil euros en efectivo esa misma noche si mantiene el silencio, desaparece y nunca más vuelve a saber de ella.

Mónica ha aceptado y han quedado en verse a las afueras de Callosa d'en Sarrià. Ha pesado mucho que Víctor jugase la carta de la felicidad de su hijo Yago, que quedaría devastado y cuya vida cambiaría por completo.

Ya se había imaginado que algo así podría pasar. Por eso está preparado.

Sube a la habitación del niño. Abre con cuidado. Yago duerme profundamente enredado entre las sábanas, ajeno a todo. Lo observa un instante en silencio. Luego cierra la puerta y echa el pestillo.

Enciende el televisor y pone un capítulo de una serie en Prime Video.

Sale sin hacer ruido.

Y se dirige al punto en el que ha quedado con Mónica.

Mónica observa cómo Víctor aparca el coche junto al suyo, en esa zona polvorienta y olvidada de Callosa. Un lugar aislado, ideal para dos indeseables como ellos. Él sale del coche sin prisa con una bolsa de deporte negra al hombro. Mónica la reconoce de inmediato. El

dinero. Ese hombre pagaría cualquier cantidad con tal de quitársela de encima. Debería haberle pedido más. Mucho más.

Víctor abre la puerta del copiloto y entra sin pedir permiso. Como si tuviera derecho a ocupar ese espacio. Mónica jadea. Tiene las pupilas dilatadas, el pulso acelerado. Hace demasiado que no consume y el cuerpo empieza a pedirle con malas maneras que lo haga.

—Mónica, no estás bien para conducir. —Víctor la mira con ese aire de falsa compasión—. Estás con el mono. Mírate.

—Eso no es asunto tuyo —responde ella con los ojos inyectados en sangre—. ¿Has traído los veinte mil euros?

—Sí, pero hablemos primero. Quiero asegurarme de que puedo fiarme de ti.

—Puedes —espeta Mónica, impaciente—. Dame el dinero. Necesito una dosis y todo irá bien.

En lugar de sacar la bolsa de deporte, Víctor mete la mano en el bolsillo de su chaqueta. De ahí extrae una bolsita de plástico transparente con polvo blanco en su interior.

—Toma —le dice tendiéndosela—. Te he traído un poco. Te noté mal por teléfono.

Mónica le arranca la bolsita de la mano como si contuviera el antídoto a un veneno que la está matando. La abre sin poder controlar el temblor de sus dedos, saca un espejo de la guantera, vuelca una pequeña cantidad, forma una raya con rapidez y la esnifa. Ni siquiera espera unos segundos. Se prepara otra. Y luego otra.

—Despacio, Mónica —sugiere Víctor en voz baja.

—Déjame. Estoy muy nerviosa.

—¿Adónde vas a ir?

Ella no lo mira.

—Eso no te importa. Lejos. Donde no puedas encontrarme.

Víctor calla.

—¿Volverás por aquí? —dice al cabo de un instante.

Mónica no contesta. Se hace otra raya. La conversación se disuelve en el aire como el polvo que inhala. Un silencio tenso se instala entre los dos.

—¿Dónde la has comprado? —pregunta Mónica arrugando la frente—. Es rara.

—Se la incauté a un alumno de segundo. La llevaba en la mochila. Se suponía que debía tirarla, pero pensé que podía ser útil.

—Me estoy mareando —susurra Mónica; aun así, empieza a preparar otra raya.

No llega a completarla.

La mano deja de responderle. El espejo le resbala de los dedos y cae con un sonido seco. Intenta mantener la cabeza erguida, pero le resulta imposible. Todo se tambalea a su alrededor. El coche, el aire, sus pensamientos.

Y cuando se da cuenta de lo que acaba de pasar, ya es demasiado tarde.

Víctor actúa con calma. Se pone los guantes de látex que llevaba doblados en un lateral de la bolsa. Saca la manguera y el trapo húmedo, y empieza a limpiar.

Tiene tiempo. Mónica acaba de esnifar unas veinte pastillas de diazepam que él mismo ha machacado y guardado en la bolsa de

plástico. Estará dormida un tiempo.

Encaja con firmeza un extremo de la manguera en el tubo de escape e inserta el otro por la ventanilla, que baja justo lo necesario. Enciende el motor y se aparta, observando un momento.

Echa un último vistazo. Todo parece en orden. Nada desentona. Nada lo vincula.

Camina hasta su coche. Se sube y conduce en silencio hasta que la tierra se convierte en asfalto. Allí se detiene, se baja sin apagar el motor y abre el maletero. Rebusca entre los compartimentos y saca la funda del triángulo de emergencia, rota por las esquinas. Con ella, traza movimientos lentos sobre el camino borrando las huellas de los neumáticos y las suyas propias. Un barrido rápido pero eficaz.

Cuando regresa al coche y cierra el maletero, siente que acaba de eliminar un problema, pero sigue sin estar tranquilo.

50

Víctor está a punto de perder los nervios.

Su hijo no para de hablar, de cantar, de preguntar cosas absurdas para las que no tiene energía ni ganas de responder. Lleva más de una hora intentando que se duerma, pero Yago parece tener una batería infinita.

Necesita que se calle para poder pensar con claridad. Tiene que volver a repasar todo. Lo de Mónica. Lo de la manguera. Está seguro de que no dejó huellas, ¿o cometió algún error? Todo estaba calculado. Todo. Pero entonces… ¿y si alguna cámara captó su coche? ¿Y si alguien lo vio salir aquella noche?

¿Por qué no la han encontrado aún? ¿O la han encontrado y él no lo sabe?

Porque está muerta, ¿verdad? Está convencido de que es imposible que sobreviviera. Aunque lo cierto es que no se quedó hasta el final. Se fue antes. ¿Respiraba todavía? No lo sabe. No quiso comprobarlo.

Le tiemblan las manos.

Necesita saber si hay alguna noticia, alguna pista que lo vincule. Pero no puede buscar nada por internet desde la conexión de su casa. Sería una estupidez. Si hay alguna sospecha —aunque sea mínima—, lo más probable es que su actividad esté controlada.

Tiene que ir a otro sitio. Un lugar neutral. Seguro.

Entonces lo ve claro.

El despacho del instituto.

Nadie sospechará. Si Jorge, el bedel, pregunta, le dirá que ha perdido la cartera, que va a mirar si se la dejó en el cajón de la mesa de su despacho. Es creíble. Casual. Jorge no hace preguntas, en cualquier caso. Es bastante prudente.

Sí. Es una buena idea.

Se acerca a su hijo, lo levanta en brazos, ya sin ternura, solo con urgencia. El niño protesta, pero Víctor lo lleva a la cama sin darle opción.

—Ya está bien —le dice con voz seca—. Es hora de dormir.

Ni siquiera espera a que Yago cierre los ojos. Sale, cierra la puerta y echa el pestillo desde fuera. No se detiene. Baja la escalera, coge las llaves del coche y abandona la casa.

Minutos después, ya está conduciendo en la oscuridad sin mirar atrás.

Aparca en el lateral del instituto, donde la calle está a oscuras y no pasan coches desde hace rato. No quiere llamar la atención. Baja y camina pegado al muro.

Cuando está a punto de doblar la esquina que da al acceso principal, oye algo. Unos golpes. Se detiene en seco y asoma la cabeza con cuidado.

Es Bruno Porta.

«¿Qué hace aquí? —piensa con rabia—. ¿Qué coño hace aquí a estas horas?».

Lo ve moverse bajo el porche del edificio, impaciente. Y entonces aparece Jorge, el bedel. Acaba de salir exaltado. Los dos

intercambian un par de frases que Víctor no alcanza a oír del todo, aunque capta con claridad la palabra «libro».

Víctor entorna los ojos. Bruno lleva algo en las manos. ¿Un libro?

Dice que tiene que comprobar algo, y Víctor oye también el nombre de Kasia.

Mierda.

Los ve desaparecer juntos hacia el interior del instituto. Después, la puerta se cierra.

Víctor se queda inmóvil, la espalda pegada al muro de ladrillo. Tiene que pensarlo bien. Si Bruno está ahí por algo importante, si ha encontrado una pista, si a él se le ha escapado algo tendrá un problema serio. Tiene que actuar. Ahora. Antes de que sea tarde.

Aguarda un par de minutos agazapado en la esquina hasta que está seguro de que no hay nadie más. Luego se acerca en silencio. No necesita usar sus llaves. Jorge ha sido amable, o torpe, y ha dejado la puerta sin pasar el cerrojo. Víctor la empuja con cuidado, evitando cualquier crujido. Se cuela en el instituto, cierra tras de sí y golpea el portón con fuerza una vez. Espera un rato y acto seguido vuelve a aporrearlo.

Dos golpes secos.

De inmediato echa a correr hacia el pasillo de la derecha, el que lleva a la biblioteca. Se desliza en el cuarto de la limpieza y cierra la puerta. A oscuras. Apenas respira.

Oye unos pasos. Jorge va. Lo ve pasar por una rendija: linterna en mano, expresión confusa, murmura algo.

Víctor dispone de unos segundos.

Sale del cuarto y cruza el umbral de la biblioteca. Dentro reina un silencio espeso. Avanza entre las estanterías como un animal en la

selva, acechando, sin hacer ruido. El corazón le late rápido. Se desliza hasta el fondo, detrás del mostrador.

Entonces lo ve.

Bruno está ahí. De espaldas. Inclinado sobre el libro de registro. A su lado, en la mesa, *El Principito*.

No… No puede ser, piensa. ¿Kasia? ¿Dejó algo ahí? Es imposible. Él revisó ese libro. No tenía forma de escribir en él. ¿O sí?

No puede arriesgarse. No ahora.

Coge un pisapapeles redondo que hay en una mesa. Pesa lo suficiente. Se coloca detrás de Bruno. Contiene la respiración. Levanta el brazo.

Y golpea con todas sus fuerzas.

La sien de Bruno recibe el impacto con un sonido sordo. El cuerpo se desploma como un saco, sin emitir un solo quejido. Víctor no pierde un instante, coge *El Principito* y se esconde tras la estantería de novela histórica.

Aguanta ahí, con el libro entre las manos y el pecho a punto de estallarle.

Unos segundos después, oye a Jorge entrar en la biblioteca.

—¿Bruno? ¿Hola? ¿Estás bien?

La voz se eleva. Se vuelve más aguda. Alarma. Nerviosismo.

—¡Bruno! ¡Eh! ¿Qué ha pasado?

Y entonces Víctor lo ve claro.

Es ahora.

Corre.

Cruza el pasillo como una sombra y sale del edificio sin mirar atrás.

TERCERA PARTE

51

Gabriel y Patricia se encuentran en el interior del coche en un lateral de la vía justo antes del cruce. Frente a ellos, una carretera solitaria. Patricia Siles tiene la mirada perdida en el horizonte.

—¿Le has puesto de comer a Azabache hoy? —pregunta de repente sin volver la vista hacia su compañero.

Gabriel niega con la cabeza, apenas un gesto seco.

—Se me ha olvidado —murmura.

—Si se hace tarde, llamaré al vecino y le pediré que lo haga —afirma ella todavía sin mirarlo.

Gabriel resopla, se pasa la mano por la cara.

—Soy el peor dueño de una mascota de la historia.

Patricia asiente despacio. No lo discute.

Entonces, sin aviso, suena la radio.

—Llegamos al cruce en treinta segundos —dice una voz masculina, entrecortada por alguna interferencia.

Gabriel se incorpora en el asiento, pulsa el botón de respuesta.

—Todo listo. Vamos —informa, y enciende el motor.

En cuanto ve aparecer la furgoneta blanca de la Unidad Científica, seguida de tres coches patrulla, pisa el acelerador. Se incorpora a la carretera y se coloca al frente. La caravana se pone en

marcha detrás de él, obediente, como si todos respiraran al mismo compás.

El inspector Somoza conduce tres minutos en línea recta. El cielo se tiñe de gris azulado, y la tensión recae sobre sus hombros. Al llegar a la casa de Víctor Fábregas, se detienen de golpe. Los vehículos se abren en forma de pinza y ocupan ambos lados de la carretera bloqueando cualquier posible vía de escape.

Los agentes bajan con rapidez, las armas preparadas, la tensión palpable. Gabriel y Patricia se aproximan a la entrada mientras un joven policía examina la cerradura de la puerta exterior.

—Esta es de las fáciles —comenta, más para sí que para ellos.

Veinte segundos después, la puerta se abre con un leve clic metálico.

Los agentes se adentran en el jardín sin encontrar oposición. Gabriel es el primero en llegar a la puerta de la casa. Gira el pomo. Está abierta. Se aparta, levanta la mano e indica a los agentes que entren primero. Cuatro de ellos lo hacen en formación con las armas en alto.

—¡Quieto! ¡Policía!

Dentro, el silencio se rompe con un sollozo. El llanto agudo de un niño flota a través del pasillo.

—¡Levanta las manos! ¡Quieto! ¡Quieto!

Gabriel cruza el umbral justo cuando su instinto le dice que ha llegado el momento. El momento de la verdad.

Somoza y Siles acceden al salón. El ambiente es tenso. Víctor Fábregas está sentado en el sofá con el rostro desencajado. Su hijo pequeño, Yago, llora desconsolado pegado a su pecho como si ese abrazo fuera lo único que pudiera salvarlo del caos.

—Víctor Fábregas —dice Gabriel con voz firme—, queda detenido como sospechoso en relación con la desaparición de Kasia Nowak.

Su rostro es un poema. Pálido, inmóvil, apenas parpadea mientras Gabriel le lee sus derechos en voz alta para hacerse oír por encima de los sollozos estridentes del niño.

Cuando termina, hace un gesto a la policía que tiene a la espalda.

—Esta agente se va a llevar a su hijo a un lugar donde esté tranquilo. Ahora tenemos que hablar de algo importante.

—No sé de qué va todo esto, pero están cometiendo un grave error —espeta Víctor con una voz cargada de rabia mal disimulada.

Yago se resiste, patalea, se aferra a su padre con fuerza.

—No pasa nada, Yago. Papá irá enseguida, no te preocupes —murmura Víctor con una dulzura forzada que desentona con el temblor que empieza a traicionarlo.

Gabriel espera a que el niño desaparezca tras la puerta. Espera a que los gritos se apaguen. El silencio que se instala después es sepulcral e incómodo.

—¿Me puede explicar de qué va todo esto? —pregunta Víctor llevándose una mano al pecho.

Gabriel saca del bolsillo interior de su chaqueta una bolsa de pruebas transparente. Dentro, el pequeño muñeco con la cabeza mordida que Bruno Porta le entregó. El mismo que se llevó por error de la habitación de Yago. Aunque Gabriel sospecha que ese error tal vez fue intencionado.

—¿Reconoce este objeto?

—Pues… es un juguete.

—Así es. En concreto, es un juguete de su hijo. En él hemos encontrado muestras de ADN.

Víctor cierra los ojos. Durante un segundo parece que todo el peso del mundo se le cae encima. Pero aún no se rinde.

—Usted dice que ese juguete es de mi hijo. Pero podría ser de cualquiera.

Gabriel se inclina un poco hacia él. No sonríe.

—Mire, se lo voy a dejar claro: no me gusta que me hagan perder el tiempo. Podemos hacer a su hijo una prueba de ADN ahora, sin necesidad de juguetes, y llegaremos al mismo punto, solo que estaré furioso porque usted me ha habrá hecho perder un tiempo muy valioso. Así las cosas, ¿por qué no empieza a colaborar y se deja de tonterías?

Víctor no contesta. Se echa las manos a la cabeza. El temblor ya no es sutil.

Patricia da un paso adelante.

—El ADN de su hijo tiene una coincidencia del cincuenta por ciento con el de Kasia Nowak. Lo que indica que Yago es hijo de Kasia.

El silencio que sigue es devastador. Víctor se queda inmóvil.

—¿Dónde está Kasia, Víctor? —pregunta Gabriel.

Nada.

—Víctor —insiste el inspector, más bajo, más amenazante—. ¿Dónde está Kasia?

Sigue sin oír una respuesta.

Se agacha, se pone en cuclillas frente a él. Sus rostros casi se tocan. Habla despacio y en un tono tan firme que cada palabra parece cortar el alma de Víctor.

—¿Ha visto a todos los policías que he traído? No ha sido porque la inspectora Siles y yo no pudiésemos detenerle solos. Usted no es tan peligroso. Ha sido porque, si no contesta, si no me ahorra el trámite, voy a poner esta casa patas arriba hasta que encuentre algo. ¿Lo entiende?

Víctor asiente. Tiene los ojos vidriosos. Y entonces se echa a llorar.

—Se lo preguntaré una vez más: ¿dónde está Kasia?

Víctor se incorpora de golpe. Uno de los agentes reacciona al instante alzando el arma.

—¡Quieto! ¡Inspector Somoza, apártese, por favor!

Gabriel no se mueve. Levanta la mano sin girarse.

—Tranquilo. Todo está bien.

Mira a Víctor. Espera. El hombre asiente con un gesto casi imperceptible.

—Síganme —susurra.

Camina arrastrando los pies mientras el resto del equipo lo rodea sin bajar la guardia. Gabriel y Patricia lo siguen en silencio. Víctor coge un manojo de llaves de un cajón, abre la puerta principal y señala hacia la caseta de los aperos que hay al fondo del jardín.

—Debajo de la alfombra hay una escalera que desciende…

Gabriel le arrebata las llaves de un tirón y arranca a correr. Patricia va detrás sin decir palabra.

En la caseta, levanta la alfombra. Ahí está la compuerta. Introduce una llave al azar. Falla los dos primeros intentos. Acierta en el tercero. Aparece la escalera metálica.

Baja los escalones de dos en dos hasta llegar a una puerta. La puerta del infierno. Prueba una llave. Esa vez acierta a la primera.

En cuanto la abre, una ráfaga de hedor lo golpea de lleno. Huele a podredumbre. A encierro. A miedo.

—¿Hola? —dice con voz firme.

Nada.

Entra a ciegas, tanteando las paredes, hasta que encuentra el interruptor.

Un clic.

La bombilla desnuda del techo parpadea antes de encenderse.

Un cuarto minúsculo, húmedo y oscuro. Una mesa coja, una silla de mimbre y un colchón mugriento en el suelo.

Y, sobre él, una mujer.

Demacrada, consumida, pálida.

Pero viva.

Sus ojos verdes —hondos, apagados, rotos— se clavan en Gabriel.

No hay duda: es Kasia Nowak.

52

Han pasado tres meses desde que Kasia Nowak apareció con vida. A veces, Gabriel Somoza todavía se despierta en mitad de la noche pensando en ella, como si su cerebro necesitara recordarle que todo fue real. Que la encontraron. Que sobrevivió.

La repercusión ha sido extraordinaria. Portadas, programas de televisión, documentales en marcha. Medios de todo el mundo contaron su historia con titulares en negrita, como si ese horror pudiese resumirse en una frase. El comisario Alfonso Muñiz no ha dejado de sonreír desde entonces. Para él, ha sido como ganar la lotería. A Gabriel se le revuelve el estómago cada vez que lo ve hinchar el pecho en las entrevistas. Ha dejado muy claro que no quiere participar en nada de eso. No le interesa, no es el motivo por el que intenta ser el mejor en su trabajo. Para él, la gloria no existe; no puede alcanzarla después de lo que le sucedió. Sus metas son otras.

Pasar página de un caso así no ha sido fácil. Ni para él ni para Patricia. Durante semanas, centrarse en otras investigaciones fue una tarea ardua. Todo giraba en torno a Kasia. Lo que vivió. Lo que le arrebataron. Encerrada en aquel búnker, aislada de un mundo que la había dado por muerta, sin conocer a su hijo, sin saber lo que era

caminar libre bajo el sol, sufriendo las consecuencias de que un ser despreciable le robara su cuerpo y su alma, su existencia.

Gabriel sabe que su vida nunca volverá a ser normal. Y, de algún modo, eso también los ha marcado a él y a su compañera. A veces la visitan en el centro donde está ingresada. Un lugar triste, silencioso, con ventanas grandes que dejan pasar la luz como si eso fuese parte del tratamiento. Kasia tardó semanas en hablar. Ahora, después de interminables sesiones de terapia, ha empezado a pronunciar monosílabos. A veces un «sí», un «no», alguna palabra suelta que a Gabriel le suena a victoria. Porque sigue ahí. Porque lucha.

Pero si todo lo que Kasia vivió durante siete interminables años no fuera ya suficiente, hubo un momento que Gabriel no podrá olvidar. El día que sus padres la vieron de nuevo. ¿Cómo alguien puede afrontar que a su hija le suceda algo así? La respuesta es simple: no se puede, es imposible.

Patricia, siempre tan fuerte, tan impenetrable, se encerró esa noche en su habitación y no salió hasta la mañana siguiente. Gabriel la oyó llorar durante horas. Nunca la había visto romperse. Nunca. Hasta ese momento.

Bruno Porta no se ha apartado de Kasia ni un solo día. Cada mañana aparece en el centro con algo entre las manos: una flor, un libro para leerle, una canción que cree que le gustará. Se sienta a su lado manteniendo las distancias, porque Kasia aún no tolera que la toquen, le habla bajito y le cuenta historias de sus compañeros de instituto. Historias que se perdió. Historias que no podrá recuperar. Bruno ha sido, junto con la familia de ella, quien más se ha volcado

en su recuperación. Desde el primer día, él tuvo un propósito. Y lo ha cumplido. Ha encontrado a su amiga.

La vida de Kasia cambió para siempre. Pero no solo la suya.

Yago, su hijo, no la acepta como madre. Es demasiado pequeño e inmaduro para entender lo que hizo su padre. Los han ido presentando poco a poco, pero ni el niño quiere verla ni Kasia ha reaccionado positivamente las únicas dos veces que los terapeutas han propuesto su encuentro. Según los profesionales del centro, Kasia desarrolló lo que llaman síndrome de Estocolmo. El desorden mental de haber estado sometida al aislamiento en un lugar como ese búnker derivó en una situación insólita. Cuando la rescataron, había establecido una especie de vínculo con Víctor en el que ambos interaccionaban con normalidad. Para entenderlo hay que pensar en cómo vivió Kasia durante siete años.

Gabriel confía en que la situación mejorará con el tiempo, aunque sea demasiado tarde.

Dos hombres coincidieron en el tiempo. Dos hombres a los que unían lazos familiares: Sebastián Salas y Víctor Fábregas, quienes se apropiaron de las vidas de Samantha Reynolds y la de Kasia Nowak. Sin derecho. Sin autoridad. Con violencia. Con maldad.

El nexo que unía a esos dos monstruos era Fidela Salas, y también ella perdió la vida junto a su bebé por la omisión de socorro de su marido. Un daño colateral devastador.

Víctor tuvo la sangre fría de enterrar a su propio hijo —el que Fidela nunca llegó a conocer— en el jardín de su casa. Muy cerca de donde Kasia Nowak vivió aislada durante siete años.

Gabriel no deja de pensar en eso. En cómo es posible que haya personas capaces de adueñarse de otros seres humanos como si

fueran objetos. Como si pudieran decidir qué destino les corresponde.

Sabe que el mundo está lleno de hombres como Sebastián y Víctor. Que los hay en cada rincón, ocultos bajo trajes caros o detrás de fachadas corrientes. Y también sabe cuál es su papel en todo eso. No es salvar el mundo. No es reparar lo irreparable. Lo único que le importa ahora es dar con ellos. Con todos los que quedan. Y hacer que paguen.

El sol comienza a caer sobre el horizonte. La luz anaranjada tiñe el jardín de la Coveta Fumá de tonos cálidos. Gabriel está sentado en la vieja silla de madera, una taza de café entre las manos, la vista fija en el mar. No piensa en nada en particular, o quizá piensa en demasiadas cosas a la vez.

Oye pasos detrás de él, pero no reacciona hasta que unas manos cálidas se posan en sus hombros. Se sobresalta por un instante, aunque enseguida gira la cabeza y se encuentra con el rostro de Patricia. Ella le sonríe.

—Acaba de salir la fecha del juicio —dice—. Será la primera semana de septiembre. Jurado popular. Se comenta que lo más probable es que le caiga una prisión permanente revisable.

Gabriel asiente con la cabeza sin apartar la mirada del mar.

—Buena noticia, entonces.

Patricia le acaricia el pelo, justo en la coronilla, como si fuera una forma muda de agradecerle todo.

—Sí —responde—. Así que esta noche saldremos a celebrarlo. Iremos a tomar algo.

Gabriel no contesta, solo vuelve a clavar la mirada en el mar. Y sonríe.

Agradecimientos

En primer lugar, quiero darte las gracias a ti, lector, por haber concedido una oportunidad a este libro. Sin tu curiosidad, sin ese gesto de confianza al abrirlo y avanzar por sus páginas, nada de esto tendría sentido.

Fue en noviembre de 2024 cuando tomé la decisión de profesionalizar mi escritura y dar un paso más en mi carrera. Desde entonces, he trabajado con constancia aprendiendo cada día, leyendo mucho y, sobre todo, manteniendo viva la motivación de mejorar en cada línea.

En enero de 2025 publiqué la primera entrega de esta saga, *La noche de San Juan*, y desde entonces he vivido una experiencia increíble. La acogida por parte de los lectores ha superado con creces cuanto imaginaba. Cada comentario, cada reseña, cada mensaje de apoyo me ha servido de impulso para seguir adelante, para continuar esta historia con más ilusión todavía.

Esta vez, incluso con una apendicitis de por medio, he conseguido sacar adelante la historia de Kasia Nowak, que creo que encaja a la perfección para que la saga del inspector Somoza continúe creciendo. Ha sido un reto exigente, con una trama compleja y llena de matices, pero también profundamente

gratificante. Espero, de corazón, que hayas disfrutado de la lectura tanto como yo he disfrutado escribiéndola.

Mi agradecimiento más sincero a quienes han sido parte esencial del proceso. A mis lectores cero, que con su mirada atenta ayudan a que el libro alcance su mejor versión: gracias, Carlos Muñoz e Iris Lago, y gracias a mis padres, María José y Adolfo.

Gracias también a Ángel Ruiz, jefe del Grupo de Homicidios de la Policía Nacional de Mallorca, por su inestimable ayuda técnica y por sus consejos, que siempre aportan ese matiz profesional tan valioso a la trama.

Una vez más, quiero agradecer a mis editores, Toni Hill y Marta Araquistain, su excelente labor guiándome y ayudándome a ser mejor escritor. Vuestra profesionalidad y buen hacer me impulsan a superarme en cada nuevo libro.

También quiero agradecer a Marién Rovalo y Anna Adell su magnífico trabajo corrigiendo el texto de esta novela. Sin vosotras no habría quedado tan pulida. Estoy encantado con el resultado.

Por último, quiero agradecer al equipo de diseño gráfico encargado de elaborar tanto esta como el resto de las cubiertas de la serie. Admiro vuestra capacidad para sintetizar en una imagen la esencia de toda una historia.

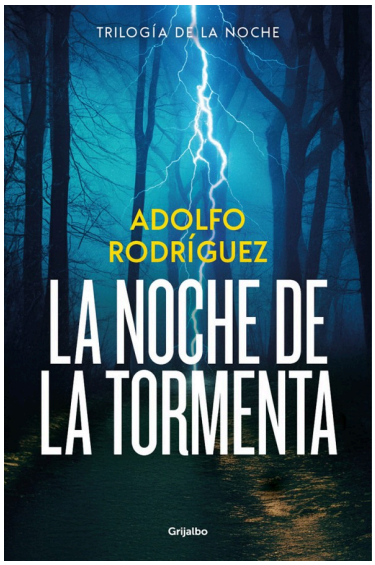
Como siempre, gracias a mis tres chicas, Aída, Lucía y Lara, por ser mi mayor tesoro.

Y, por último, una mención especial para todos los que me escribís para contarme qué os han parecido mis libros. Vuestras palabras son muy valiosas. Gracias por tomaros ese tiempo, por estar al otro lado, por acompañarme en el camino.

Gracias por seguir creyendo en las historias.

Gracias por leer.
Cualquier error en el manuscrito es solo mío.

Dicen que después de la tormenta siempre llega la calma, pero hay veces que el viento y la lluvia solo dejan un rastro de preguntas sin respuesta.



Hace varios años, Kasia, una estudiante de música de origen polaco, desapareció cerca de la costa alicantina tras una fuerte tormenta. Ni sus padres ni su único amigo han superado la pérdida y nunca han creído que la joven se marchara por voluntad propia, tal como dictaminó la investigación oficial.

Ahora, nuevas pruebas permiten reabrir el caso. Gabriel Somoza, el único inspector capaz de ver lo que los demás pasan por alto, comienza a sumergirse en el pasado de esa joven violinista y en el

de las personas que la rodeaban, aquellas que la desearon o la envidiaron.

Adolfo Rodríguez nos lleva a un ambiente de playas cálidas y cielos azules pero con noches llenas de misteriosas sombras. Tensión, intriga y giros inesperados en una trama tan precisa como impactante.

Adolfo Rodríguez nació en Jerez de la Frontera, pero vive en Alicante desde muy joven. Su entrega a una profesión que le entusiasma, la enfermería, no le ha impedido desarrollar una segunda vocación en el mundo de la escritura. Autor autopublicado hasta ahora, debutó en 2015 con *El viaje de Hugo*, que alcanzó el número uno en ventas en su categoría de Amazon España. A esta novela la siguieron *Engañando a la muerte* y *La gran implosión*, que también fueron muy bien recibidas por los lectores.

En 2025 se estrenó en el thriller con la Trilogía de la Noche, la serie que le ha supuesto un éxito de ventas y de reseñas. Miles de lectores se han rendido a las atmósferas de misterio y a su estilo ágil y directo.

Después de haber sido finalista del premio Kindle Storyteller, llega a las librerías de la mano de Grijalbo con las obras que componen dicha trilogía: *La noche de San Juan*, *La noche de los secretos* y *La noche de la tormenta*.



Primera edición: junio de 2026

© 2026, Adolfo Rodríguez
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Marina Martínez
Imagen de la cubierta: composición fotográfica a partir de las imágenes de © David Lichtneker / Arcangel Images, iStock y Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7423-4

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

La noche de la tormenta
Prólogo
Primera parte
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30
Segunda parte
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Tercera parte
Capítulo 51
Capítulo 52
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Adolfo Rodríguez
Créditos